ALBA CORPAS

Me emborraché para olvidarte y ahora te veo doble



esencia

Índice

Portada
Dedicatorias
Prólogo
PRIMERA PARTE
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
SEGUNDA PARTE
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
TERCERA PARTE
Capítulo 29
Capítulo 30

Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Biografía
Notas
Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita **Planetadelibros.com** y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

PlanetadeLibros.com

Comparte tu opinión en la ficha del libro y en nuestras redes sociales:

Explora Descubre Comparte

A TODOS los que habéis estado en la cocina del proceso de este libro, gracias, porque en mayor o menor medida, también sois partícipes de esto que ahora tenéis en vuestras manos.

A Esther, mi editora, esa persona que un día decidió descolgar el teléfono y poner mi mundo patas arriba, con sus cojo *palabras y sus* dime que sí.

A Palo y Tam, porque no podía pasar la oportunidad de daros las gracias de todo corazón por tanto boli rojo y caritas sonrientes en muchas de las páginas del borrador.

A Alexandra Roma, autora del prólogo de este libro, y a mi queridísima Manza, que son la misma persona. Si de algo estoy segura es de que sin ti no estaría escribiendo estas líneas ahora. Contigo este mundo es más sencillo. Me siento realmente afortunada de tenerte en mi vida como socia, compañera, colega de profesión y amiga.

A un futuro bombero que llegó tarde, pero llegó para quedarse. A mi familia y amigos, que me queréis, no podré extenderme todo lo que quisiera, pero desde aquí daos todos por aludidos, porque demostráis cada día que mi felicidad es también la vuestra. Sentíos un trocito de esta historia.

A mis padres, que me falta vida para agradecerles TODO. En mayúsculas. Porque sería imposible ser quien soy si no fuera por su entrega, esfuerzo y devoción para conmigo. Tres líneas de un libro no agradecen ni por asomo lo que os merecéis, pero espero que a éste le sigan muchos más, donde nunca os faltará un rinconcito donde gritaros lo mucho que os quiero.

Pero me vais a permitir que, en esta ocasión, haya una persona ESPECIAL a quien dedicar la locura de esta historia. Aquella que cantaba Mi jaca *cada vez que tenía ocasión con los ojos azules más bonitos que he visto en mi vida. Para ti, abuela, es todo esto, porque te hice una promesa y tenía que cumplirla. Siempre estarás conmigo*.

Por ti y para ti, muchos besos arma *mía*.

Prólogo

Los expertos afirman que lo más importante de un libro es su primer párrafo. Ese al que los indecisos echan una ojeada antes de decidir si se harán con él o no. Y aquí me encuentro yo, intentando transmitir, con total honestidad, a aquellos que todavía dudan si darle o no una oportunidad a *Me emborraché para olvidarte y ahora te veo doble* que no se lo piensen ni un segundo más, pues tienen entre sus manos una novela que se convertirá en obligatoria, con la que soñarán, reirán, suspirarán, se enamorarán, se les encogerá el corazón y, como ocurre con las mejores historias, se trasladarán al interior de una ficción hasta tal punto que desearán perderse para siempre entre sus páginas. Por el contrario, si ya es suyo, mi responsabilidad es que sepan que tienen entre sus manos uno de esos libros que son joyas y que, aunque parece imposible hablando de papel, logra resplandecer anunciando lo que está por venir.

Conozco a la autora Alba Corpas desde que era una adolescente en busca de su lugar en el mundo hasta que lo ha encontrado, convirtiéndose en una mujer de éxito. Recuerdo cada segundo a su lado y es que siempre he sabido que era una de esas estrellas que algún día brillaría con luz propia, iluminando a todo aquel que estuviera cerca. Es una mujer independiente, inteligente, tenaz, constante, trabajadora, con talento y, a la vez, divertida, simpática, amiga de sus amigos y con un don cada vez que se pone ante un teclado. No necesitas más que leer una frase que ella haya creado para convertirte en fan incondicional de su pluma. Y eso soy yo, su seguidora, como estoy segura, sin ningún resquicio de duda, de que te convertirás tú después de embarcarte en su primera novela publicada.

Tiene un don, una capacidad de transmitir, de convertir lo cotidiano en especial, de plasmar diálogos que te arrancan sonrisa tras sonrisa hasta que te duele la mandíbula, de perfilar personajes que se convierten en amigos, protagonistas de los que no te queda más remedio que enamorarte y momentos que te encogen el alma al ritmo de unos pétalos amarillos.

He tenido el honor de vivir a su lado todo el proceso de creación y el de ser una de las primeras personas que leyó *Me emborraché para olvidarte y ahora te veo doble*. Y se confirmaron mis sospechas. Tenía delante uno de esos manuscritos especiales, diferentes, únicos y originales que aparecen de vez en cuando para conquistar a las editoriales y al público. Una novela en la que te ponías en la piel de Lily, esa rubia neurótica, y disfrutabas de cada segundo a su lado, las horas se transformaban en segundos y notabas una sensación de vacío cuando terminabas.

La lectura y la escritura son mis dos pasiones, los amores de mi vida, me gusta decir. Por este motivo, no me atrevería a decir estas palabras si no fueran del todo ciertas, pero es que con Alba se descubre una autora de esas destinadas a que todas sus novelas se transformen en bestsellers inmediatamente. Mucha gente escribe, pero ella es diferente, única y especial. Es realista. No busca heroínas de siglos pasados, sino que se centra en las mujeres de hoy en día, que con sus hazañas cambian el mundo.

El amor es importante en *Me emborraché para olvidarte y ahora te veo doble* y te garantizo que nunca olvidarás a Ian y Lily, una de esas parejas a las que en algunos momentos te gustaría soltarles un guantazo y en menos de un microsegundo querrías traspasar el folio y darles un beso, o aplaudir como una loca al más puro estilo americano mientras ellos lo hacen. Pero no sólo el amor logra removerte las entrañas y es que en esta novela hay hueco para otro tipo de amor, tanto o más importante que el primero, la simpática relación de Lily con la meticona de su madre o el Comando Ensaladilla, formado por cuatro amigas que fácilmente podrían pertenecer a nuestro propio círculo.

Los valores que defiende la novela, de luchar contra la adversidad para cumplir los sueños, para ponerse como meta el cielo, son sólo unos de los ingredientes que hacen que te quedes con un buen sabor de boca después del final. Además, lo hace del mejor modo posible, con el humor por bandera. Por mi trabajo como periodista he entrevistado a numerosos artistas y siempre se ha repetido una constante: lo más complicado es lograr que la gente se ría. Sin embargo, Alba lo consigue sin esfuerzo, con naturalidad.

El dicho popular asegura que la mirada es el espejo del alma. Yo no opino lo mismo, soy más de sonrisas. Creo que hay una para cada momento: el amor, la alegría, la ilusión, la felicidad y un largo etcétera. Pues bien, os prometo que durante la lectura de *Me emborraché para olvidarte y ahora te veo doble*, Alba ha logrado que se dibujasen en mi rostro todas y eso sólo lo podría conseguir alguien que logra calarte hasta lo más hondo.

Como escritora que soy, podría escribir un libro hablando de la novela de Alba, pero creo que sería haceros perder un valioso tiempo, cuando lo que necesitáis es embarcaros en esta historia. Así, aprovecho este último párrafo para tomarme la licencia de pediros perdón de parte de Alba. Sí, estáis leyendo bien. Si ella pudiera, creo que lo haría. Y es que os quedan unos días por delante con ojeras y dolor de manos, porque no vais a poder parar hasta devorar cada una de las líneas de *Me emborraché para olvidarte y ahora te veo doble*, es lo que pasa con una historia que es como las drogas, adictiva.

Alexandra Roma,
Autora de *Un océano entre tú y yo*

PRIMERA PARTE

1

Pipipipi. Pipipipi. Pipipipi. Como cada mañana, el despertador de Lily sonó puntual y, como cada mañana, Lily lo paró y se quedó diez minutos más en la cama. Como cada mañana también, esos diez minutos se convirtieron en treinta y, como cada mañana, Lily se duchó, vistió y maquilló en tiempo récord para no llegar tarde a su trabajo. El primer café del día lo dejaría para después. Un viernes cualquiera. O no.

—Que alguien le diga a la señorita Olsen que la quiero ver en mi despacho en cuanto llegue —bramó el señor Anderson.

Anderson, director de *Di Sole*, la revista femenina más importante del país, estaba de mal humor. Eso sólo podía significar dos cosas. Una, que las ventas del número pasado no habían sido las esperadas, o dos, que había oído la conversación de Lily con Luisa, su compañera y amiga, riéndose de él en los pasillos de la redacción.

Aunque llegó justo a tiempo, entró por la puerta hecha un flan. Una bronca de Anderson era lo que menos necesitaba en esos momentos. Tenía unas ojeras que le llegaban a los pies, después de no haber dormido nada la noche anterior, tras haber discutido con Silvia, su madre, una mujer que conseguía sacarla de sus casillas y a la cual era muy difícil hacerla entrar en razón si se le metía algo en la cabeza. De tal palo, tal astilla, en realidad.

Al llegar a su mesa, se maldijo a sí misma por no haberse tomado el café antes de salir de casa. Al menos, así habría tenido algo más de fuerza para hablar con su jefe, o el Moscón, como lo llamaban en la redacción.

—Lily, el Moscón quiere verte, y parece que no es su día. ¡Buena suerte! —le dijo Luisa al verla entrar por la puerta, tan increíblemente perfecta como siempre.

—Sí, gracias por avisar. Ya le había oído gritar mi nombre desde el pasillo... —respondió Lily, mientras dejaba sus cosas encima de su mesa—. ¿Qué te parece mi falda nueva? Es un pequeño caprichito que me di ayer. Estaba en el escaparate y en la etiqueta ponía «Para Lily».

Las compras eran una de sus grandes y caras perdiciones.

—Sí, claro, todo es para Lily —contestó Luisa con sorna—. ¿Se puede saber cuánto te ha costado esta monada, firmada por... Cavalli? —Había estado a punto de adivinarlo con una simple ojeada.

—Casi, my friend. ¡Dolce, Dolce, Dolce! Y no preguntes por dinero, ¡no queda bien!

—Ains, Lily... ¿Cuándo aprenderás que las tarjetas no son un saco sin fondo...? —Luisa era, además de su compañera en *Di Sole*, su amiga más incondicional, su pack, como la llamaba cariñosamente.

—¡Cállate! Sólo me doy un capricho de vez en cuando. Ya sabes que las compras son mi vía de escape —soltó, mientras daba una vuelta sobre sí misma, mostrando el vuelo de la falda—. Además, no digas nada, pero ¡presiento que hoy es mi día! —Según pasaban los minutos, su positividad habitual volvía a ella—. Quizás el Moscón, por fin, me vaya a ofrecer el puesto de redactora jefe, ¿no crees?

—¡Seguro! La verdad es que nadie se merece ese trabajo más que tú —respondió Luisa, contagiada por el carácter alegre de su amiga—. Llevas aquí cuatro años trabajando a la sombra de Mireia y ahora que ella se ha ido a la competencia, la muy bruja, ¡es tu momento! De todas maneras, ten cuidado, aún no se ha tomado el café de la mañana y ya sabes lo que eso significa...

—¿Él tampoco? —Recordó su ansiado tazón XXL que se había quedado esperando en su pequeña cocina—. Pues mira, mejor, así celebramos mi ascenso los dos juntos con una taza humeante. —Y

dirigiéndose hacia el despacho, gritó—: ¡Luisa, cruza los dedos! ¡Estoy segura de que dentro de treinta minutos saldré por esa puerta siendo tu nueva jefa!

—¡Cruzados!

Con toda la confianza de una persona segura de sí misma, Lily llamó a la puerta, decidida a comerse el mundo.

—Señor Anderson, me han dicho que quería hablar conmigo —se apresuró a decir con la mayor de sus sonrisas, una sonrisa que, por cierto, utilizaba a su antojo cuando quería sacar algo provechoso de quienes la rodeaban.

—Sí, buenos días, señorita Olsen. No voy a extenderme mucho... Como sabrá, desde que nuestra anterior redactora jefe de moda se ha marchado, estamos haciendo una reestructuración de la plantilla.

—Sí, algo había oído... —respondió, mientras su sonrisa se hacía cada vez más y más grande. Estaba rozando el puesto con la yema de los dedos.

—Bien, hemos pensado que ya va siendo hora de un cambio. *Di Sole* necesita dar un giro. Una renovación, gente nueva...

La cara de Lily pasaba de la alegría a la felicidad y de ahí al éxtasis. El puesto era suyo, ¡lo sabía!

—¿Me está escuchando, señorita Olsen?

—Por supuesto. Decía que necesitamos gente nueva.

—Así es. Por eso, le repetiré lo que acabo de decirle y que parece que la ha alegrado más de lo que esperaba: prescindiremos de usted a partir de... bueno, a partir de hoy.

—¿Pres... qué? ¿Eso es... despedida? Pero ¿cómo ha podido pasar? ¡Llevo cuatro años deslomándome y quedándome sin vida privada por esta revista!

Tenía que ser una broma. Y de muy mal gusto, además.

—Lo sabemos, y se lo agradecemos muchísimo. Es una pena, pero no nos eche la culpa a nosotros. El presupuesto de la revista se ha visto considerablemente reducido desde que comenzó la crisis.

—Pero entonces, ¿eso de que se necesita un cambio y gente nueva?

—Bueno, digamos que es la forma más bonita y maquillada de decir que media plantilla se va a la calle y que los supliremos con becarios, que son bastante más baratos. Pero escuche, usted vale mucho, sé que pronto encontrará otro empleo.

—¡Váyase usted un poquito a la mierda, Moscón!

La positividad era uno de los rasgos más característicos de Lily. Y la impulsividad también.

El final de la conversación con el señor Anderson se había oído en toda la redacción. Lily se levantó, le dedicó aquella mirada de odio con sus grandes ojos verdes que tenía preparada para ocasiones especiales en las que se sentía realmente vapuleada y pegó un portazo, no sin antes volverse y dirigirse a su —hasta entonces— jefe:

—Y sí, Moscón es su apodo en esta redacción. ¿Y sabe por qué? ¡Porque va oliendo la mierda de todos los culos de los jefazos! ¡Por eso está donde está!

Un silencio sepulcral se apoderó de toda la planta, donde, normalmente, el ruido de gritos, canales de noticias e impresoras hacían que pareciese más un gallinero que un lugar de trabajo. Mientras comenzaba a recoger sus cosas, Lily se dirigió a Luisa:

—¿Y ahora qué hago con esta falda de quinientos pavos? ¡Le he quitado la etiqueta!

2

Cabreada como pocas veces en su vida, Lily iba de camino a su casa, maldiciendo y rumiando todas las cosas que se le habían quedado en el tintero y no le había soltado al incompetente de Anderson. ¿Despedida? Aún no podía creérselo. Ella, la primera de su promoción, la incombustible redactora de *Di Sole* que gastaba las pocas horas libres que le dejaba su trabajo en seguir trabajando. Ella, que había dado su vida (¡¡su vida!!) por esa revista, ahora le daban una patada en su bonito trasero.

Y, para colmo, no era su día. Cuando le quedaban tres paradas para llegar a su casa, una voz avisó a los viajeros del metro que había una incidencia, por lo que el transporte estaría parado al menos una hora. «Oh no, lo que me faltaba.» Lo que menos necesitaba en ese momento era quedarse otra hora más de su vida encerrada en ese vagón infestado de gente, en plena hora punta, donde los olores de unos y otros se concentraban hasta el punto de la asfixia.

Cargada con los bártulos que había ido acumulando en su mesa durante los últimos cuatro años, Lily decidió subir y coger un taxi. No serían más de cinco o seis euros, se lo podía permitir. Y, además, las sandalias de Jimmy Choo de cuatrocientos euros le estaban reventando los pies como para pensar en andar siquiera cien metros.

Bueno, al menos había tenido suerte. Justo cuando salía de la boca de metro de Gran Vía, un hombre se apeaba de un taxi. Corrió hacia el vehículo y lo cogió.

—A la calle Irún, por favor.

Pero ¿qué más le podía pasar? ¿En qué momento se le pudo pasar por la cabeza coger un taxi en hora punta para cruzar el centro de Madrid? Tras media hora metida en un coche, con un conductor de dudosa profesionalidad y con catorce euros menos en su cartera, Lily estaba por fin en su casa. Un bonito loft ubicado en pleno centro de la ciudad, cerca de Plaza de España. Un espacio creado por y para ella. ¿Lo mejor de todo? Las vistas. La pared principal era una cristalera desde donde se veía el famoso Templo de Debod. Su casa era sin duda su remanso de paz, pero ni siquiera éste conseguía que pensase con claridad en ese momento.

Ya era tarde, la rubia neurótica que llevaba dentro había salido a la luz. De modo que se dispuso a hacer lo que siempre la ayudaba a calmarse: escribir en su querido blog, un espacio donde soltaba todas sus frustraciones e historias y con el que conseguía ser, simplemente, ella misma.

Tirada en el sofá y mientras contemplaba el atardecer, cogió su Mac y, sin pensar demasiado, escribió lo que se le iba ocurriendo.

¡No me lo puedo creer!

Yo, Lily Olsen, estoy despedida. ¡Despedida! ¿Os lo podéis creer? Yo, una parada más de este país. No sé cómo peinetas he podido llegar a esto. ¿Despedida? ¿En serio? Siento si me repito más que el ajo de un gazpacho, pero cuando crees que mejor te van las cosas, a la ~~mierda~~. He llegado a la oficina y el ~~gilipollas~~ del Moscón me dice que prescinden de mí para poner en mi lugar a un becario. ¡¡Un becario!! Cuatro años aguantándolo a él y a la perra inmunda de Mireia para esto.

¿Conocéis esos días en que os levantáis —con la hora pegada al culo, pero os levantáis— pensando que ése será un buen día y, de repente, se convierte en uno que no se lo desearíais ni a vuestro peor enemigo? Pues eso me ha pasado a mí. Yo, que he llegado a la redacción convencida de que me iban a ascender... Vale, quizás mi ego personal me había elevado demasiado la moral, pero, en serio,

creía que éste era mi momento... ¡Y van y me despiden! Así, sin un gracias siquiera. Lily, estás despedida. Y ya, adiós, bye bye, arrivederci, au revoir. Y no pongo más poliglotismos porque ando espesa, pero vamos, que os lo podría chapurrear en alemán y, si me apuráis, en morunés.

Y, para colmo, ya no puedo cambiar la falda que os conté que me compré ayer. Esta mañana no me lo he pensado dos veces y le he arrancado la etiqueta cual hiena. Quería que mi nueva adquisición me acompañara en lo que se suponía que iba a ser mi Gran Día (con mayúsculas, para acentuar más la crueldad de mi destino). Quinientos euros menos en la cuenta que me hubieran venido genial para pagar el alquiler de este mes, y resulta que ahora están en mi armario, transformados en una bonita tela de organza azul, junto con cuatro o cinco faldas prácticamente iguales, o eso diría mi madre. Pero no, son parecidas; todas tienen ese no sé qué que qué sé yo que las diferencia del resto.

Sin embargo, no voy a dejar que esta ~~mierda~~ de día me agobie. No. De hecho, voy a hacer lo que tenía pensado para este viernes: salir de fiesta con mis amigas. Al fin y al cabo, parece que han sido razonables y me han despedido a las puertas del fin de semana, para que el Comando Ensaladilla (que así nos hacemos llamar mis amigas y yo, bueno, ya lo sabéis) pueda acompañarme y ahogar las penas en alcohol, sin tener que madrugar al día siguiente. Alcohol, alcohol, alcohol. Y en vena.

Según iba escribiendo estas líneas, la positividad ha vuelto a mi persona. Yo, Lily Olsen, seré una mujer de éxito. Y yo, Lily Olsen, en su primer día —o noche— como parada oficial de este país, mojaré. No sé si sólo las penas, pero mojaré.

Lily

Una hora después de haber publicado su último post, recibió una llamada de Ale, otra integrante del Comando Ensaladilla, una pequeña pelirroja entrometida, a la que Lily consideraba

imprescindible en su vida.

—Hola, Ale —respondió cuando descolgó el móvil.

—¡Qué fuerte, qué fuerte, qué fuerte! ¡Dime que no es verdad lo que acabo de leer en tu blog! *Non ci credo!* —Ale era italiana, pero llevaba viviendo en España más de veinte años. De hecho, hablaba castellano mejor que la mayoría de los españoles.

—Vale, si quieres te digo que es mentira, si te sientes mejor...

—No me lo puedo creer, de verdad. Pero tú no te preocupes, mi Patata Cocida, que esta noche lo olvidamos todo con unos gin tonics en el Raiki Beach, ¿ok?

El Raiki Beach era el nuevo local de moda de la ciudad, al que Lily y sus amigas solían acudir cuando necesitaban tomar muchos, muchos, muchos cócteles. O, si la cosa era realmente grave, muchos, muchos, muchos cócteles acompañados de muchos, muchos, muchos chupitos. Y también cuando querían ligarse a algún que otro soltero, porque, para qué se iban a engañar, a las chicas de su edad les quedaban ya pocos lugares a los que salir por Madrid sin encontrarse a niños de dieciocho o veinte años cuya máxima aspiración era liarse con una madurita. ¿Maduritas ellas? ¡Por favor...!

—Claro que saldremos. Llevaba un rato pensando qué ponerme. Tiene que ser algo especial, que hoy comienza mi nueva vida.

—¿Y te lo piensas? Ponte el Vestido Rojo y un par de los miles de taconazos que tienes. ¡Hoy triunfamos!

—Pues tienes razón. ¡A por ellos!

Con una noche por delante digna de recordar, Lily hizo caso del consejo de su amiga y se plantó el Vestido Rojo. Con mayúsculas. Un vestido que despertaba los deseos más oscuros de unos y de otros y con el que se sentía realmente poderosa. Resaltaba sus más que generosos atributos femeninos: pechos rebosantes y caderas voluminosas; lo que, en realidad, hacía las delicias de los hombres, y no las escuálidas modelos que estaba tan acostumbrada a ver cuando preparaban los editoriales de moda para *Di Sole*. Acompañó

su prenda fetiche con unos zapatos de salón negros firmados por Louboutin, un capricho muy caro, que le costó un disgusto cuando le llegó el extracto del banco a fin de mes.

«¿Y qué hago con mi pelo? ¿¡¡Qué hago con esta melena lacia y lamida por una vaca!!?», pensó, mientras se miraba al espejo, con una toalla enrollada en la cabeza tras salir de la ducha.

Lily era muy exigente consigo misma; siempre se sacaba defectos, pero, en el fondo, sabía que no estaba del todo mal. Medía 1,68 (1,80 con tacones, como solía decir), unas piernas bastante bien esculpidas (sus horas de cinta en el gimnasio le costaban) y una melena rubia natural que solía dejarse suelta para que se secara al aire. Por no hablar de sus ojos: grandes y verdes, su seña de identidad cuando flirteaba con algún soltero en la barra de un bar, mientras barría el aire con una caída de pestañas.

Sin embargo, aquélla sería la primera noche de su nueva vida y quería cambiar. Si salía con el Vestido Rojo, no habría nada de nuevo en ella. Por ello, decidió que su pelo sería la novedad de la noche. Se recogió la melena en una coleta alta y, después de varios intentos fallidos, consiguió rizar las puntas con las tenacillas, lo que le confirió un aspecto de peluquería profesional.

No tardó mucho más en arreglarse. Un poco de colorete, máscara de pestañas y un carmín rojo fueron los detalles que culminaron su look.

«Esta noche me como el mundo», pensó, mientras salía por la puerta de su casa, rumbo al Raiki Beach.

3

—Por nuestra Patata Cocida, porque, aunque hoy la hayan despedido, mañana será una mujer de éxito y ese tal Anderson se dará de cabezazos contra la pared —dijo Ale con la copa en la mano.

—¡Por nuestra Patata Cocida! —repitieron todas al unísono.

Las cuatro amigas estaban brindando al final de la cena, con sus ya habituales gin tonics en la mano. Llevaban juntas toda la vida y habían decidido autobautizarse como Comando Ensaladilla, un apodo que consideraban divertido y, sobre todo, original. Cada una de ellas representaba un ingrediente de los que conforman la ensaladilla de toda la vida. Lily era la Patata Cocida, por lo blanquecino de su piel, Ale era la Aceituna, por ser un hueso duro de roer, Merche el Huevecito, por su carácter frágil, y Luisa el Atún, por lo escurridiza que podía llegar a ser a veces.

Usaban sus motes como una forma diferente de definirse desde que tenían diez años y coincidieron en un campamento de verano, donde les pusieron de comer ese plato que todas odiaban. Desde entonces, decidieron que serían las Comando Ensaladilla del verano y, veinte años después, aún seguían llamándose así. Ellas eran únicas y, como tales, debían sentirse especiales, aunque fuera con unos apodos tan gastronómicos.

Varias copas más tarde, decidieron que ya era hora de salir a la pista de baile. El Raiki Beach era un nuevo concepto de local, donde se fusionaban los espacios de restaurante y discoteca, por lo que apenas tuvieron que caminar hasta llegar a su reservado, donde las esperaba una botella de champán preparada para ser descorchada, además de cuatro copas bien frías. Era una de las cosas buenas de

ese lugar, no hacía falta que se destrozasen los pies caminando por el casco histórico de Madrid, empedrado, con sus altísimos y caros tacones.

—¡Vaya! Möet Chandon, ¿quién se ha rascado el bolsillo esta noche? Yo no, desde luego, recordad que ahora no estoy para demasiados lujos, después de la patada en mi trasero de esta mañana.

—He sido yo —contestó Merche—. De hecho, había reservado esta mesa hace días para celebrar una cosa con vosotras, pero no quería robarle el protagonismo hoy a Lily.

—¿Y qué celebramos, Huevecito mío? —se apresuró a preguntar Luisa, muy dada a hablar con diminutivos.

—Pues... Creía que os acordaríais, pero veo que no. ¡Hoy hace un año que dejé mi relación con Diego! —Las pequeñas manos de Merche daban pequeñas palmadas, mientras movía su melena morena al compás.

—¡Oh, es cierto! ¡Hace ya un año que disfrutas de la libertad sin ese cansino gilipollas! Sinceramente, me alegro mucho de que por fin le echases ovarios y dejases a ese vago infeliz, te mereces algo mucho mejor —acertó a decir Ale—. ¡Un brindis por la libertad de las treintañeras!

—¡Por los treinta, que son los nuevos veinte! —gritaron todas.

En ese momento, Lily soltó:

—¡Eeeeeeeeeeeeh! ¡Quietas *parás*! Que yo los rozo, pero todavía tengo veintinueve.

El alcohol comenzaba a hacerse notar y el Comando Ensaladilla no paraba de bailar sin pensar en nada más que en pasárselo bien, dejando a un lado los problemas que entre semana toda persona adulta tenía. Esa noche tan sólo eran cuatro chicas que salían juntas para celebrar los males de unas y las alegrías de otras. Y con alcohol, mucho, mucho, mucho alcohol.

A eso de las seis de la mañana, y cuando el Raiki Beach estaba a punto de echar el cierre, todas estuvieron de acuerdo en volver a casa. Lily se ofreció para ir al guardarropa a recoger sus cosas,

mientras las demás exprimían los últimos minutos en intentar pillar algo de carne fresca que aún quedaba en el local.

—No me puedo creer que no hayamos ligado nada hoy, chicas. ¡Es increíble! —comentó Luisa con, sin duda, unas copas de más.

—Pues yo no he echado de menos nada de nada a los hombres esta noche. Hacía tiempo que no entrábamos y salíamos todas juntas de un local —contestó Merche, mientras se ponía la chaqueta y se atusaba el pelo.

De repente, Lily comenzó a sentirse mal. Los incontables gin tonics, copas de champán y un par de chupitos a los que la había invitado un desesperado en la barra, creyendo que conseguiría algo con ella, fueron una mezcla demasiado explosiva.

—Chicas, o nos vamos ya o juro que la echo aquí mismo —se apresuró a decir, con claros síntomas de embriaguez.

Rápidamente, y apoyada entre los hombros de Luisa y de Ale, Lily salió con sus amigas del local en busca de un taxi. Sin embargo, cuando apenas habían traspasado el umbral de la puerta, su estómago no pudo más y decidió que era el momento de soltar todo lo que había ingerido en las últimas horas. ¿Dónde? Encima de los zapatos de uno de los chicos que aún se resistía a volver a casa y charlaba chistosamente con sus amigos.

—¡No me jodas! —soltó él.

—Oh, perdón, perdón, perdón. Te juro que no... no quería. Lo siento de verdad —dijo Lily, con las pocas palabras que le salieron tras semejante espectáculo, y aún con el estómago del revés. Ni siquiera sabía si había logrado hablar en condiciones, ya que su lengua se empeñaba en trabarse una y otra vez.

El hombre observó a la que le había ensuciado sus zapatos de Ermenegildo Zegna. Aquella rubia despeinada, claramente desencajada por la situación, y con un vestido rojo que casi mostraba un pecho más de la cuenta. ¡Y qué vestido rojo! Desde luego, si no fuera porque la chica no podía ni tenerse en pie, le parecería toda una belleza.

—No te preocupes, podría habernos pasado a cualquiera —aflojó el discurso que había estado a punto de salir de su boca hasta que la vio.

—Oh, Dios, qué vergüenza, de verdad. No sé cómo ha podido pasar. Dame tu número de teléfono y te pagaré los gastos de la tintorería —dijo, cuando se fijó en que también le había salpicado los pantalones con su particular regalito.

Él, que vio un posible ligue a la vista, no lo pensó dos veces y, en vez de darle su número, que probablemente luego la rubia no marcaría, decidió pedir el de ella. Lily no se lo pensó dos veces y se lo dio. Y no sabía ni por qué.

El resto del Comando Ensaladilla pensaron que ya era hora de volver a casa y acabar con el espectáculo, por lo que cada una regresó a su hogar. Lily, que les aseguró que ya se sentía mejor, cogió un taxi rumbo a su loft. Media hora más tarde, estaba metida en la cama, sin desmaquillar y con un dolor de cabeza que no la dejaría hasta el día siguiente.

No vuelvo a beber

¿Quién me mandaría anoche ahogar mis penas en alcohol? ¿Quién? Hoy tengo una nueva amiga que hacía tiempo que no venía a visitarme. Se llama Resaca y parece que ha venido para quedarse toooooooooodo el día. ¿Sabéis eso que decimos todos de «No volveré a beber nunca más»? Pues en ésas ando y prometo que, durante mucho tiempo, cumpliré mi promesa. No sólo por este martilleante dolor de cabeza que apenas me deja levantarme de la cama, sino porque, según creo recordar, anoche hice bastante el ridículo en la celebración de mi nueva vida. Tengo lagunas como océanos, pero me parece que le vomité encima a un chico a la salida de la discoteca. Menos mal que no lo conocía y nunca más volveré a verlo, porque si no me moriría de vergüenza.

Releyendo mi último post, me parece que salí con demasiadas ganas. Tan segura yo de que iba a mojar y la única cosa que mojé fueron los zapatos de ese pobre hombre... Me había propuesto que hoy comenzaría a llamar a contactos y mandar currículums, pero siendo sábado, y con la visita de mi vieja amiga, aprovecharé para hacer vida de ermitaña en casita: tarde de pelis y nada más. Nada más. Chicas, si leéis esto, no me llaméis, que como escuche otra voz contándome lo que pasó anoche, además de la de mi propia conciencia, no sé qué será de mi persona. Hoy es un día para mí y sólo para mí. Bueno, y para mi regocijo personal, como autoflagelación de persona patética. Hasta pronto. Ah, y tú, mamá, si me estás leyendo —que apuesto mi cabeza a que sí—, te prohíbo que me llames tú también hoy. Déjame respirar y autocompadecerme y te prometo que seré yo quien mañana marque tu número.

Lily

Tal como había augurado, sus amigas y, milagro, también su madre, habían leído el post y habían decidido dejarla descansar. De no ser así, la habrían acribillado a llamadas y WhatsApps.

Una tarde para ella sola, que aprovechó como toda mujer hace cuando está de bajón: para ver películas románticas con la única compañía de una manta y un paquete de kleenex. Ese día era, según su propia clasificación, bajón de nivel naranja (el rojo era el más grave), por lo que decidió que, para una tarde como ésa, *Cómo perder a un chico en diez días* y *El diario de Noa* serían las películas idóneas que la acompañarían.

Cuatro horas y dos ibuprofenos más tarde, Lily vio que ya era hora de acostarse.

«Genial, he gastado mi primer día de mi nueva vida en no hacer nada. Bueno, sí. En regocijarme en mi dolor de persona patética, borracha y parada. Y, para más inri, soltera. Malditas películas de amor peliculero.»

4

—Mamá, soy yo y, antes de que digas nada, estoy bien.

Eran las diez de la mañana del domingo y ya era hora de llamar a su madre o, de lo contrario, en menos de una hora la tendría plantada frente a su puerta, y lo que menos necesitaba era tener a Silvia cara a cara.

—Oh, querida, por fin te has dignado hablar con esta mujer que te dio la vida —fue la respuesta que oyó por el auricular.

—No empieces, mamá. —Silvia era una experta en hacerse la víctima y lograr que su hija se sintiera mal por todo, con razón o sin ella—. Simplemente, no me apetecía hablar. Eso es todo.

—Claro, hija, claro. Por eso quedas con tu Comando para emborracharte, ¿verdad? Y por eso decides contárselo al mundo en ese diario que tienes en internet y al que me he tenido que enganchar si quiero conocer la vida de mi hija pequeña. ¡Y a mí que me den! Ay, Dios mío, cuando seas madre, sabrás lo que se siente...

—¿Quieres que te lo explique o no? Porque puedo no hacerte caso y que te sigas enterando de todo gracias a ese blog que, por cierto, no quería que descubrieras. Dale las gracias a tu primogénito, Jaime, y a su mujercita, de estar al tanto de lo que pasa en mi vida privada.

—No, ¡si encima tendré yo la culpa de que tú cuentes tus sinvergonzonerías en la red! Anda sí, querida, cuéntame, que me tienes en ascuas. Y deja de querer llevarme la contraria, que cada día te pareces más a tu difunto padre —añadió resignada.

Le podía más el *cotillismo* que el *victimeo*.

—No te metas con papá. —El padre de Lily era norteamericano y, tras el divorcio de sus padres, cuando ella tenía quince años, sólo lo había visto un par de veces al año, ya que había decidido trasladar su empresa de maderas a Nueva York, de donde él procedía. Pero de eso ya había pasado demasiado tiempo. Habían ido perdiendo su relación poco a poco, hasta que éste murió unos años atrás—. Pues nada, si ya lo sabes todo, que me han despedido.

—¿¡Ya está!? ¿Eso es todo lo que vas a contarme? —exclamó Silvia, totalmente indignada con lo parca en palabras que era su hija siempre con ella.

—¿Y qué más quieres que te diga? Tampoco yo sé mucho más... De momento, no quiero agobiarme. Mañana empezaré a llamar a mis contactos, a ver si hay suerte, y si no, comenzaré a echar currículums. No creo que me vaya mal, ¿no?

—¿Sabes a quién podrías llamar? —preguntó Silvia con una sonrisa, a la espera de que Lily se anticipara a lo que ella estaba a punto de decir.

—Espero por tu bien, mamá, que no vayas a pronunciar su nombre...

—Ay, hija, pues no sé por qué. Sabes que Roberto aún está loquito por ti y nadie mejor que él para ofrecerte trabajo. ¿Sabías que lo han ascendido y que ahora es redactor jefe de *Sports of Spain*? Lo leí el otro día en su página web.

—¡Mamá! ¿Cómo es posible que sigas pendiente de su vida? ¡Lo pillé en la cama con otra! ¡Quince días antes de mi boda! —gritó encolerizada, a la vez que pegaba un bote en la cama.

—Bueno, una cosa no quita la otra... Él hizo algo mal, sí, pero sigue siendo el periodista deportivo más importante del país...

—No me lo puedo creer. Te juro que cada día me sorprendes más... —No daba crédito a lo que estaba escuchando.

—Está bien, pequeña fierecilla, ya no te lo nombraré más. Y ahora deja que tu madre vaya a hacerte una visita a ese cuchitril que llamas casa y te prepare una comida caliente.

—Ni lo sueñes, mamá. Ahora mismo estoy muy pero que muy cabreada contigo. ¡Ah! Y haz el favor de contarle esta conversación a Jaime, pero tal como ha sido y no con tu propia versión, que luego me toca escuchar su discursito semanal de por qué soy una mala hija, ¿entendido?

—Madre mía, con qué humor nos hemos levantado hoy. A ver si va a ser que tienes la TSA acumulada...

—¿La qué? —respondió extrañada Lily, antes de colgar.

—Tensión sexual acumulada, cariño, tensión sexual acumulada.

—Oh, mamá, eres imposible.

Y con estas últimas palabras, Lily dio por acabada la conversación y colgó.

A ti, mujer que me dio la vida

Oh, Señor, dame paciencia. Un, dos, tres, yo me calmaré. Cuatro, cinco, seis, todos lo veréis. Os preguntaréis por qué ando tan exaltada y no, no es por la resaca. Gracias a media caja de Ibuprofeno y una cura de sueño de casi doce horas, desapareció de mi vida. Pero ahora tengo otro tipo de resaca y es, desgraciadamente, permanente desde que nací. Se llama Silvia y es mi madre. Sí, esa mujer que me dio la vida hace veintinueve años y que es experta en levantarme dolores de cabeza. Jaquecas. Migrañas. Os voy a contar la última y, de verdad, si no me dais la razón es porque sois peor que ella.

Como ya escribí en mi último post, pedí que mi Comando Ensaladilla en general y ella, mi madre, en particular, no me llamasen en todo el fin de semana, y así lo hicieron. Por eso, esta mañana, y cuando ya me encontraba algo mejor, he decidido (con pocas ganas, para qué os voy a engañar) marcar el número de mi madre. Era eso o tenerla aquí, cocinando y gritando. Como si la viera.

Resulta que cuando le he contado que me habían despedido y que mañana, lunes, comenzaría a mandar currículums, no se le ha ocurrido decirme otra cosa que aconsejarme llamar a Roberto, mi ex. ¡Roberto! ¡Ese ser del género masculino con pensamiento penil, que pillé en la cama con una ~~guarra~~ dos semanas antes de casarnos! A partir de ahora, le llamaremos R G, porque es una persona conocida y no quiero, encima, hacerle propaganda gratuita.

¿Os lo imagináis? Esa persona, cuyo alarde máximo en la vida, y que se encarga de recordármelo ochenta veces al día, es la procreación de mi persona, me dice que llame a mi ex, al ~~gilipollas~~ de mi ex, y le pida trabajo. ¡Increíble! Cuatro horas después, aún sigo flipando. I'm flipping totally*. De verdad que a veces no entiendo cómo mi madre (¡¡mi madre!!) no piensa un par de veces las cosas antes de soltarlas por esa boquita de piñón*...

Mamá, sé que me estás leyendo, así que mira, como dices tú, le estoy contando al mundo lo que has sido capaz de decirle a tu propia hija, esa que se pasó meses llorando por una persona que la traicionó y que destrozó su vida. Pero ¿sabes qué? Que me costó, sí, pero salí adelante. Sin él. Y volveré a hacerlo.

Y ahora, amigos, es domingo por la tarde y toca reunión del Comando Ensaladilla. Nos vemos en la próxima. Siempre vuestra y con el nivel de rubia neurótica demasiado alto, se despide,

Lily

Poco después de publicar su último post, Lily se encontraba ante el mismo dilema de siempre. «¿Qué me pongo?», pensó. La verdad que para una periodista especializada en moda no debería ser tan complicado pensar qué prendas combinar para salir perfecta a la calle. De hecho, casi siempre lo conseguía, pero estaba en uno de esos días en los que su aspecto no le importaba lo más mínimo. Por ello, optó por unos vaqueros ajustados, un jersey de cuello

vuelto y unas botas altas. Era noviembre y ya empezaba el frío. Se recogió el pelo en una coleta y, tras darse un poquito de colorete, ya estaba lista para salir.

Aún le sobraban unos minutos —la puntualidad era uno de sus puntos fuertes, pero no así del resto de integrantes del Comando—, de modo que decidió echar un ojo a la bandeja de entrada de su correo. Quién sabe, quizás el hipócrita de Anderson había recapacitado y la esperaba en su mesa, como cada lunes. Pero no. En lugar de eso, lo que encontró fue un email de su madre:

De: Silvia Sánchez
Para: Lilyana Olsen
Asunto: Discúlpame, terroncito

Querida hija, no me gusta que airees nuestras vergüenzas en internet, pero entiendo que te enfadases de esa manera conmigo. Por favor, perdóname y deja que mañana te vea para darte un achuchón. Mañana es fiesta en los coles y tu hermano va a venir con su familia a comer a casa. Me encantaría que nos acompañases. No te llamo porque no estoy segura de que me fueras a coger el teléfono. Por favor, perdona a esta mujer que te dio la vida y que daría la suya por ti. Un beso de tu madre que te quiere y te adora, Silvia.

«Hay que ver», pensó Lily.

Desde luego, su madre estaba sacándole partido a ese curso de ofimática al que se apuntó con su grupito de cincuentonas separadas. Primero pensó en hacerla sufrir un poquito más y no contestarle hasta que volviera de su salida, pero luego pensó en el amor irremediable e incondicional que sentía hacia ella, por lo que, exprimiendo los últimos minutos que le quedaban antes de irse, respondió:

De: Lilyana Olsen
Para: Silvia Sánchez
Asunto: Rv: Discúlpame, terroncito

Querida mujer que me dio la vida y que se encarga de recordármelo unas cincuenta veces al día, te perdono. Pero sólo porque (o eso creo) has entendido que has obrado mal y sé que para ti pedir disculpas no es fácil. De acuerdo, mañana estaré en tu casa

a eso de las dos para tener una (espero que pacífica) comida familiar. Hasta mañana, Lily.

Envió el correo a su madre y decidió que ya iba siendo hora de ponerse bufanda y guantes. El invierno empezaba a llamar a las puertas de Madrid y comenzaban a bajar vertiginosamente las temperaturas. Ataviada con un nuevo abrigo de Zara que había pillado en una ganga de rebajas especiales para personal de prensa de moda, Lily salió de casa rumbo a su cita semanal con el Comando.

5

Su salida dominical con el Comando Ensaladilla había sido muy divertida, pero llegó a casa pasada la medianoche y estaba deseando acostarse. Parecía que la resaca había vuelto antes de despedirse definitivamente. Se desvistió, acertó a ponerse su pijama hortera de ositos, que reservaba para bajones de nivel naranja como el que la acompañaba en esos días, y se acostó sin pensar demasiado.

«Mente en blanco», se dijo, antes de caer en los brazos de Morfeo.

De repente, dio un respingo y pensó que llegaría tarde al trabajo, para más tarde darse cuenta de por qué no había sonado el despertador esa mañana. Eran las ocho y Lily decidió levantarse igualmente. Se había despertado con ganas de comerse el mundo.

«Un nuevo lunes de mi nueva vida», se recordó, mientras se lavaba la cara frente al espejo.

Media hora más tarde, y con su primera taza de café en la mano, estaba lista para comenzar su nuevo trabajo: el de parada oficial. Así, lo primero que hizo fue actualizar sus datos en todas las páginas de búsqueda de empleo por internet en las que se había registrado cuatro años atrás. Desde entonces, y por suerte, nunca más había hecho uso de ellas. Se dio un minuto para pensar en *Di Sole*. Había pasado los últimos años de su vida trabajando en lo que más le gustaba, fusionando sus dos pasiones: la moda y la escritura.

«¿Qué peinetas me deparará ahora el futuro?»

Dos horas después, y con una dioptría más en los ojos, Lily no se había movido del ordenador. Llegó a mandar más de treinta currículums en una sola mañana. Convencida de que con su

formación y experiencia le lloverían entrevistas, decidió dar por terminada la jornada de búsqueda de trabajo para ponerse a escribir un post.

Positivismo Mode On

¡*Buenos días a todos, queridos*!

Hoy me he levantado con un positivismo digno de mí. Llevaba días que parecía que se había escondido en una cueva, o detrás de mis más sanguinarios instintos para con mi jefe (bueno, ex jefe), pero ya ha vuelto. Y estoy decidida a comerme el mundo, por cierto. ¡Hasta he madrugado sin siquiera haberme sonado el despertador! ¡Eso tiene que significar algo!

Ahora no puedo extenderme demasiado, ya que, dentro de poco, tendré que comenzar a arreglarme para ir a una súper comida familiar que maldita la gracia que me hace, por cierto (lo que lees, mamá). Una reunión donde estará mi hermano mayor, Jaime, su amada esposa, Cayetana, y mis dos sobrinos, Carlota y Mario. Os hablo poco de ellos, pero hijos, es que son tan la familia perfecta, que no tienen chicha para destripar en éste mi pequeño mundo bloguero.

Pero bueno, como auguro que tendré comida familiar movidita hoy, os pondré un poco en antecedentes. Yo soy la oveja negra, mi hermano, la blanca. Se llama Jaime y tiene treinta y cinco años. Por lo visto, es un abogado matrimonialista de éxito en uno de esos bufetes cool *del centro. Su esposa, Cayetana, es un poco —bastante, diría yo— estirada y vive de gastar lo que gana mi hermano, en spas, centros comerciales y viajes a Londres, donde —según ella— le exponen los cuadros que pinta. Porque sí, se supone que es pintora de renombre allá por tierras británicas, pero vamos, yo no he visto en mi vida cuadros más feos que los que ella hace... Como habréis podido apreciar, la chica lo que se dice santo de mi devoción no es. Mi hermano, en cambio, era mi mayor ejemplo. Hasta que se casó con ella y se convirtió en otro esnob más*.

A mis sobrinos los adoro. Son Carlota, una repipi de siete años, y Mario, de tres. Espero que no se conviertan en lo que son ahora sus padres, aunque mucho me temo que sea verdad el refrán ese de «De tal palo, tal astilla».

¡Madre mía, qué hora es! ¡Y yo sin arreglar! Bueno, era necesario que hiciese esta pequeña introducción para que luego pueda decir lo que me venga en gana de ellos.

Por cierto, todo este post era para deciros lo positiva que estoy hoy. Ya he actualizado mi perfil en las páginas web de búsqueda de empleo y he mandado una treintena de currículums. Mañana comenzaré con las llamaditas de hazme un favor y dame trabajo, please*.*

Sin más, me despido, que me queda, al menos, una hora frente al armario para pensar qué me pongo. Sí, tan decidida para unas cosas y tan indecisa para otras. Qué le voy a hacer, así soy yo.

Lily

P. D.: No sé cómo, pero he conseguido bloquear a mi hermano y a su amada esposa para que no puedan leer este blog. De aquí a trabajar en el departamento de seguridad de alguna importante compañía va un paso. Acordaos de mis palabras.

Como bien había predicho, Lily estuvo un buen rato frente al armario pensando qué ponerse. «No puede ser cualquier trapito», se dijo. Tendría que dejar a su cuñada con la boca abierta. Finalmente, se decidió por unos vaqueros de Diesel que remarcaban sus curvas bien puestas («Las que ella no tiene después de dos embarazos»), y una blusa semitransparente de media manga en tonos azules. Un moño bajo, *stilettos* de ocho centímetros y una chaqueta de cuero perfecto completaron su look.

Media hora más tarde, ya estaba sentada al volante de su pequeño Peugeot 206. Una tartana del noventa y seis que se resistía a abandonar. Y más ahora, que no estaba para muchos lujos. O para

ninguno, de hecho. No lo usaba demasiado, pero ahí estaba, para desplazarse cuando lo necesitaba. Rumbo a Las Rozas, donde vivía su madre y ella había crecido, pensaba en el bien que le hacía conducir. Muchas veces, y haciendo competencia desleal a su pequeño coche de firma francesa, Lily sacaba el brazo por la ventana, al más puro estilo BMW. Era una sensación de libertad que adoraba.

Ensimismada en sus pensamientos, y cuando apenas quedaban tres kilómetros para coger la salida de la autopista, notó que el volante vibraba de una manera bastante más fuerte de lo que solía hacerlo habitualmente.

«¡No puede ser, no puede ser!»

Sí podía ser. De hecho, lo era. Sin siquiera poder llegar a la salida en cuestión, Lily tuvo que parar en el arcén de la autopista y comprobó que, como ya temía, se le había pinchado una rueda.

—Genial, genial, genial. ¡Todo me tiene que pasar a mí! —gritó, sin que nadie la oyese.

Eran casi las dos y, segura de que su madre la llamaría para preguntar dónde estaba, cogió su móvil con el firme propósito de adelantarse, pero ¡oh, sorpresa!, para no variar, no tenía batería.

—Mucho chisme de última tecnología y luego no funcionan cuando se los necesita, ¡joder! —gritó.

Lily no había cambiado una rueda en su vida, pero allí estaba, arrodillada frente a su coche, dispuesta a convertirse en toda una heroína mecánica. Sin embargo, tras varios intentos, ni siquiera fue capaz de atinar a poner el gato.

Justo cuando empezaba a pensar que las personas que vivían en este mundo eran de lo peor, ya que nadie se dignaba a ayudarla, un reluciente Mercedes CLK plateado paró para ver qué ocurría. Del coche bajó un elegante hombre trajeado.

«Me ha tocado la lotería», pensó ella.

—Señorita, ¿puedo ayudarla en algo? —preguntó con una voz muy varonil, totalmente acorde con su aspecto.

—Bueno, ya ve, he pinchado y... no sé cambiar una rueda. He intentado llamar a la grúa, pero no tengo batería en el móvil. Qué típico, ¿eh? —Mientras hablaba, Lily pensaba que estaba quedando como el prototipo más absoluto de rubia tonta.

Poco después de mantener una pequeña conversación, más propia de un ascensor, el hombre se dispuso a cambiar la dichosa rueda. Lily, en vez de atender a las explicaciones de éste sobre cómo actuar en esos casos, pensaba en otra cosa. Sin darse cuenta, estaba haciendo una ficha completa de ese perfecto desconocido. Mediría, a su juicio, 1,84, fornido, treinta y muchos sin llegar a cuarentón, moreno (con pelo, lo que, hoy en día, no era nada fácil), aparentemente con una cartera bastante solvente —a la vista de su coche y vestimenta—, agradable, varonil y, lo mejor de todo e imprescindible, con una sonrisa blanca y perfectamente conjuntada con una mirada felina color miel.

«¿En serio? ¿Este hombre es real? ¿Estará casado? Claro que estará casado...» La mente de Lily no paraba de fantasear, cuando El Hombre (¿cómo se llamará?) la despertó de su ensimismamiento *enamoril*.

—Perfecto, ya está. Te meto la rueda pinchada en el maletero, ¿vale? Suerte que llevabas una de repuesto.

—Sí, la verdad. ¿Qué hora es? ¡Madre mía, las tres y cuarto! Tengo que irme. Tenía comida familiar y ya llego más de una hora tarde. —Por un momento, se preguntó por qué le daba tantas explicaciones a aquel desconocido—. Muchísimas gracias, en serio. ¿Te puedo ofrecer algo a cambio? —preguntó, pensando que, quizás, había sido un ofrecimiento de su persona demasiado obvio.

«Va a pensar que soy un putón o una desesperada. O, peor aún, las dos cosas.»

—¿Qué tal una cena? ¿El viernes, por ejemplo? —dijo él con una sonrisa más propia de un ser sobrenatural.

—¿Una cena? —La mente de Lily no paraba de dar vueltas.

—Sí, claro, ¿por qué no? Conozco un restaurante bastante bueno en la ciudad. Las malas lenguas dicen de él que es el nuevo local de moda.

—Ehm... Venga, vale. ¿Te doy mi teléfono y concretamos?

—Resulta que ya lo tengo. —Lily no supo cómo reaccionar. «Pero, ¿cómo?»—. Te llamaré. Sin duda que lo haré.

Y, dicho esto, y dejándola con la palabra en la boca, El Hombre se montó en su coche y desapareció.

Lily, descolocada, volvió a tomar las riendas de su pequeño bólido sin parar de pensar en las últimas palabras de aquel ser, al que, por cierto, no le había preguntado el nombre.

«Pero ¿cómo va a saber mi número? ¿Será un loco psicópata y acosador, como los de las películas de sobremesa de Antena 3?»

El Hombre era irresistiblemente guapo y encantador, si bien había algo en él que la descolocaba. Estaba acostumbrada a que las personas del género opuesto le echasen miraditas de arriba abajo, centrándose siempre en la misma parte delantera de su anatomía, sin embargo El Hombre la miraba de una manera especial. Como si ya la conociese...

Cuanto más pensaba y pensaba, más confusa estaba. Sin darse cuenta, y pocos minutos después, se encontraba frente a la puerta de la casa de su madre.

«Oh, Dios, la que me espera», pensó, mientras llamaba al timbre.

—Oh, la hija pródiga se ha dignado, por fin, aparecer —dijo su hermano al abrirle la puerta.

—Yo también me alegro de verte, Jaime. —«Señor, dame paciencia»—. He pinchado de camino y no tenía forma humana de avisaros.

—Bueno, eso díselo a mamá, que es la que lleva gritando como una loca desde hace más de una hora.

Mientras Lily se deshacía de chaqueta, guantes y bufanda, Silvia la esperaba en la cocina, con cara de muy pocos amigos.

—Hola, mamá. Antes de que digas nada, tengo una explicación —dijo, con las manos en alto.

—Pues empieza a soltar por esa boquita, canalla —gritó, con el rodillo en la mano, lo que significaba que su nivel de cabreo era bastante importante.

Sólo hacía uso de él para cocinar rosquillas, y cocinar rosquillas era sinónimo de relajación para intentar olvidar un enfado muy grande.

—Se me ha pinchado una rueda del coche viniendo para acá y no tenía batería en el móvil para avisaros —repitió como un papagayo, tal como lo tenía preparado en su cabeza.

—Sea lo que sea, ¡es tardísimo! Dejaré la masa de las rosquillas reposando, mientras intentamos tener una comida-merienda familiar tranquila —contestó, soltando esa pullita tipo «Contigo, niña, la hora de comer se torna impredecible».

«Bueno, fin del primer round», pensó Lily, mientras saludaba efusivamente a sus dos sobrinos. Su cuñada, Cayetana, tuvo que conformarse con dos besos en las mejillas y un simple «Hola, ¿qué tal?». Ella, para más inri, ni siquiera se molestó en contestar.

«Jodida esnob.»

No habían pasado del primer plato cuando la bomba de relojería que pendía sobre sus cabezas explotó.

—¿Es que no vas a decirnos nada sobre por qué te han echado del trabajo?

Jaime había sido el primero. Sin duda, el tema del despido había estado rondando como uno más en la mesa, pero nadie se había atrevido hasta ese momento a abrir la boca.

Lily soltó una especie de bufido-soplido. Si hubiese tenido que apostar por quién iba a poner el grito en el cielo por primera vez, habría hecho un *all in*[1] por su madre. Se irguió un poco, intentando coger más seguridad en sí misma, y contestó:

—No me han echado por la puerta de atrás, como parece que estás intentando dar a entender. Me han despedido con una carta de recomendación y la posibilidad de contratarme de nuevo cuando las

cosas vayan mejor, ¿entendido? —Esa última palabra había sonado más choni de lo que pretendía y notó en el gesto de su hermano mayor que no le había hecho la menor gracia—. Además, ¿por qué tengo que estar dando explicaciones con casi treinta años que tengo? —alzó la voz.

—¡No contestes así a tu hermano mayor! —saltó su madre. «Genial, la que faltaba»—. E intenta ser un poquito más simpática. Tendrás que reconocer que el hecho de que te echen a estas alturas de tu vida no dice mucho de ti, jovencita... ¡Con casi treinta años y en la calle! ¡Virgen Santa! ¡Si te viera la abuela...!

«Uno, dos y tres, yo me calmaré. Cuatro, cinco y seis, todos lo veréis.»

El nivel de enfado de Lily comenzaba a ascender a un ritmo vertiginoso. Cuando estaba a punto de abrir la boca para comenzar con su verborrea, Jaime se le adelantó:

—Gracias, mamá —dijo su hermano, dirigiéndose a Silvia—. ¿Y se puede saber qué vas a hacer con tu vida? Porque, vamos, digo yo que tendrás un plan B, ¿verdad? Aunque, bueno, conociéndote me apuesto lo que quieras a que no tienes nada ahorrado. ¿Para cuántos meses tienes de alquiler en esa mierda de casa de treinta metros que se te antojó?

—Pero bueno, ¡ya está bien, joder! ¡Claro que tengo plan B y C y Z, si me apuras! ¡Que no soy ninguna jodida niñata! —Le pareció ver una sonrisa de su cuñada y la sangre le hirvió a cien grados—. Perdona, ¿tienes algo que decir, chata?

—Por Dios, qué mujer tan ordinaria —soltó Cayetana en susurros, pero que oyeron todos.

Con un segundo suspiro, Lily cogió aire y decidió ignorar a aquella metemierda que lo único que estaba intentando era sacarla de quicio.

«Le arrancaba las extensiones de pelo de ardilla y me quedaba tan a gusto...»

—Había pensado en que, quizás, yo podría hacer unas llamadas a un par de periódicos económicos —profirió Jaime en un tono más conciliador. Sabía que la relación entre cuñadas sólo podía ir de mal en peor—. Por cierto, ¿sabías que a Roberto lo ascendieron el mes pasado?

«Lily, recuerda. Un, dos, tres yo me calmaré. Cuatro, cinco, seis todos lo veréis.» Consiguió respirar un par de veces. Sólo le faltaba poner los dedos a lo flor de loto.

—¿Y? —La vena de Lily estaba muy roja y la rubia neurótica que llevaba dentro se encontraba a punto de estallar—. Mira, ahora que lo pienso, y respondiendo a eso de los planes B, se me está ocurriendo que lo mismo me dedico a la pintura también y montamos una galería juntas —dijo, dirigiéndose a su cuñada. Por Lily, la conversación con Cayetana no había acabado. De hecho, tenía ganas de soltar sapos y culebras por la boca y su cuñada era la diana perfecta—. No puede ser tan difícil eso que haces tú, ¿no?

—Oh, *sacrilège*, pero ¡qué personita tan triste y maleducada! —respondió Cayetana, ofendida, esta vez en un tono que todos pudieron oír sin problemas—. Y tú di algo, ¿no? —añadió, dirigiéndose a su marido.

—¿Triste yo? Mira, Cayetana, no me toques las palmas que me conozco... —Miró para arriba y, por enésima vez en los últimos minutos, cogió aire, pero aun así siguió hablando—. ¿Sabéis qué? Que estoy cansada de callarme. Tú, señoritinga de tres al cuarto, eres una estirada esnob que se cree Picasso y no llega ni a aprendiz. Tú, Jaimito, has olvidado lo que es ser feliz desde que decidiste casarte con semejante escoba y dedicarte a eso que llaman leyes. Y tú, mamá, ¡tú eres insoportable! Hale, ya lo he dicho, ahora podéis odiarme si queréis. Y, por cierto, que quede claro de una vez por todas, ¡me la repampinfla el ascenso de Roberto!

Lily había conseguido lo que jamás creyó que podría ocurrir en aquella casa. Un silencio sepulcral reinaba en la sala. Un silencio que nada ni nadie estaba dispuesto a romper. Y así siguió durante el segundo plato, el postre y el café.

Un par de horas más tarde, y en un salón donde se respiraba una tensión insostenible, Jaime, Cayetana y sus dos hijos se marcharon. Lily, en cambio, sabía que no debería haber reaccionado así, por lo que decidió quedarse un rato más con su madre y ayudarla a terminar las rosquillas.

«A modo de reconciliación», pensó.

—Mamá, lo siento. Sé que me he pasado contigo —dijo, mientras hacía agujeros a la masa.

—Ahora no me apetece hablar contigo, pequeña canalla —sentenció la mujer.

Dicho esto, madre e hija siguieron durante toda la tarde en total silencio. Una preparaba la masa, la otra cocinaba. Cuando hubieron acabado de freír la última tanda, Silvia decidió retomar por fin la conversación.

—Querida flor de mis amores, sabes que te quiero con todo mi ser, pero hay veces en que te mataría. Lo que ha pasado ahí —señaló la mesa del comedor— es impropio de una señorita. Una total desvergonzonería por tu parte, jovencita.

—Lo sé, mamá, y lo siento. Siento haber dicho de ti esas cosas tan horribles, pero que te quede clara una cosa: todo lo que ha salido de mi boca respecto a Jaime y su querida mujer las pienso desde hace mucho tiempo. Ya no podía aguantarme más. Sabes que cuando exploto, exploto, y no hay nada ni nadie que pueda frenar mis impulsos. Tú también podrías haberme defendido un poquito, ¿no? Pero ¡si sabes que esa tía es gilipollas!

—¡Lilyana Olsen Sánchez, esa boca! Yo he criado a una señorita de bien, no a una poqui leopardesa. —El vocabulario de su madre cada día la sorprendía más—. Hay cosas que incluso con casi treinta años, como dices que tienes, no están bien. Esperemos que sea una simple riña de hermanos. —Intentaba poner paz, viendo que Lily comenzaba, otra vez, a exaltarse más de la cuenta—. Tenéis que arreglarlo, que yo no quiero dos hijos enfadados, ¿está claro?

«Santo Dios, hay veces en que esta mujer parece una persona normal y todo. ¿Dónde estará ahora esa loca que tengo por madre?»

—Quién sabe... —respondió ella, encogiéndose de hombros—. Quizás el día en que tu querido primogénito me llame para disculparse, quizás y sólo quizás, lo deje correr. Y quizás y sólo quizás, cuando esa pelandusca aprenda a respetarme, podamos hablar como personas civilizadas. Aunque mira, no, eso sabemos que va a ser imposible, mamá.

—Pero ¡hija...!

—¡Ni hija ni nada, mamá! Que yo tengo mi dignidad también, ¿sabes? Y que vale que Jaime es el hijo perfecto, pero yo no estoy tan mal, ¿no? Además, sabéis lo que el tema de Roberto significa para mí, y tu querido hijo el primero. Y él, hala, a tocar donde más duele. Y luego la otra perra inmunda metiendo mierda. ¡Si es que la cogía del moño y...!

Silvia tuvo que reprimir una sonrisilla. En el fondo, sabía que su hija tenía razón, la mujer de Jaime era demasiado estirada.

—Pero tienes que superarlo, Lily —dijo, volviendo al tema de Roberto—. Ya ha pasado mucho tiempo. Mira, sé que a veces yo también puedo ser un poquito inaguantable y metepatas, pero todo lo decimos por tu bien.

—Pues por mi bien, por favor, no volváis a hablarme de ese tema.

—Como quieras, terroncito.

«Definitivamente, ésta no es mi madre», pensó.

Ambas dieron por finalizada la conversación. Se conocían demasiado bien la una a la otra como para intentar forzar unas palabras que ya no llevarían a ninguna parte. Por eso, y con tres rosquillas en el estómago, Lily recogió sus cosas y volvió a casa.

Ya metida en la cama, no dejaba de dar vueltas a lo que había pasado. Había sido un día en que las emociones habían estado a flor de piel. Debía arreglar la discusión con su hermano. Sabía que se tendría que haber controlado, pero dejaría que pasasen unos días para que la situación estuviese más calmada.

Pero no era eso lo que le quitaba el sueño. El Hombre, ese hombre no la dejaba dormir. La inquietaba pensar por qué tenía su número de teléfono.

«Si es que lo tiene, quizás lo ha dicho para escurrir el bulto. Pero entonces no me habría invitado a cenar, ¿no?»

Hora y media después, se dijo que ya se había acabado lo de pensar en él. Quizás todo hubiese sido un bonito sueño de veinte minutos en el que creyó conocer al héroe que siempre había esperado. Una situación rara, sí, no podía negarlo, pero un héroe al fin y al cabo.

«Yo no soy así, no soy una tonta enamoradiza», se dijo.

Y con esas últimas palabras, se obligó a cerrar los ojos y, por fin, cayó en un profundo sueño.

6

Ya era martes. Su segundo día oficial en paro. El *pipipipi* del despertador había sonado puntual a las ocho. Lily se había prometido madrugar cada día y poner todo lo que estuviese de su parte para no remolonear en la cama más de la cuenta.

Cuando hubo cumplido con su ritual matutino de ducha con agua tibia y taza de café, se recogió el cabello en un moño y pensó que ya era hora de, una vez más, sentarse frente al ordenador.

«¿Me habrán contestado de las empresas a las que escribí ayer?» Segura de que sí, lo primero que hizo fue mirar la bandeja de entrada de su correo.

—Siete mensajes, ¡buena señal! —dijo, dando una leve palmada.

Pero se equivocaba: tres mensajes eran de propaganda de «Acaba con la celulitis», «Consejos sobre cómo reparar las puntas de tu cabello» y «Disfruta con tu pareja de un fantástico fin de semana en uno de los lugares más espectaculares del país» («¿Qué pareja?») y los otros cuatro eran de rebajas en outlets online a los que estaba suscrita.

Tras el desánimo en que se vio inmersa después de cerciorarse de que nadie (¡¡nadie!!) le había escrito para ofrecerle una entrevista de trabajo, se fue directa por una bola de helado del congelador. Con extra de chocolate.

«Habrá habido algún problema a la hora de enviarlos. O, probablemente, tendrán los buzones llenos.»

Se relamía el helado pensando en las posibilidades más optimistas de las que fue capaz.

Más animada, dedicó un par de horas más de su mañana a enviar currículums y buscar en antiguas agendas contactos que ahora pudiesen echarle una mano. Al fin y al cabo, ella también había ayudado a compañeros y amigos cuando estaba en situación de hacerlo. De hecho, Luisa había conseguido trabajo en *Di Sole* gracias a su encarecida recomendación un día tras otro al señor Anderson.

«Qué ironía», pensó. Ella en la calle y Atún trabajando. Lily podía tener muchos defectos, pero la envidia no era uno de ellos. Por eso, se felicitó por haber conseguido ese empleo para Luisa y rezó para que pudiese conservarlo mucho tiempo.

Con el culo cuadrado de no moverse durante horas de la silla, decidió que era momento para un descanso. Se tomó su segunda —que no última— taza de café del día y se puso una sudadera, pantalones de chándal y zapatillas de deporte, dispuesta a sudar en el gimnasio. Hacía días que no lo pisaba y eso, para ella, era imperdonable. No era una loca obsesiva del culto al cuerpo, pero sentía que, cuando estaba allí, dejaba todo su mundo a un lado. Era una manera saludable de liberar endorfinas, se decía.

Se soltó el moño para, posteriormente, hacerse una coleta y salió de casa rumbo al gym.

Una vez allí, pensó en cambiar su rutina. Siempre se ponía los cascos y corría en la cinta sin pensar demasiado en la gente de su alrededor, que, de vez en cuando, le echaban una miradita. Sin embargo, pensó que su conducta antisocial no debía de estar bien vista. Al fin y al cabo, muchas de sus amigas habían conseguido entablar amistades e incluso habían echado polvos esporádicos con compañeros de gimnasio.

No era así en su caso, pero oye, su nueva vida quizás no sólo suponía un cambio de trabajo, sino de planteamientos vitales. Por ello, dejando a un lado su idea de vivir sola en este mundo, pensó que ya era hora de entrar a una clase colectiva. Echó un ojo al horario y vio que en cinco minutos comenzaría una sesión de spinning.

La idea de verse rodeada de hombres sudorosos no era de su especial agrado, pero se repitió que sería una buena manera de echar una primera ojeada a lo que la rodeaba y, de paso, eliminar unos cuantos centímetros de sus cartucheras, fieles amigas de su cuerpo que se resistían a abandonarla. Ya que no podía pagar el tratamiento que le habían ofrecido en uno de los mails que había leído por la mañana, podría hacer un esfuerzo para conseguir el mismo resultado.

«¡Allá vamos!»

Quince minutos más tarde, Lily pensaba que el corazón se le iba a salir por la boca. Estaba convencida de que tenía una buena forma física, pero era obvio que se equivocaba. No es lo mismo correr unos kilómetros en la cinta a tu propio ritmo que intentar seguir el de los demás, subida a una bicicleta, mientras escuchas *chundi chundi* y los gritos de un monitor que te dice:

—¡Ánimo, venga, un poquito más fuerte!

¿Un poquito más fuerte? «¡Será gilipollas!» Si apenas podía respirar. Pensó en darse por vencida y salir de la sala con el rabo entre las piernas, pero su orgullo la obligó a aguantar.

—Vamos, Lily, sólo quedan veinte minutos más. Tú puedes —mascullaba.

Ya estaba. Lo había conseguido. Había sobrevivido a su primera clase de spinning. Cuando el monitor dijo aquello de «Buen trabajo, chicos, hemos acabado», Lily creyó ser la reina del mambo, pero de repente empezó a ver estrellitas a su alrededor. En un instante, esos destellos luminosos dejaron paso a una neblina que la aturdía y, de ahí, a una oscuridad total. Una negrura que volvió a dejar paso a una luz cegadora cuando abrió los ojos. No alcanzaba a comprender muy bien dónde estaba ni qué había pasado, pero una cosa tenía clara: estaba en el suelo y rodeada de numerosas cabezas observándola desde lo alto.

«No, no, no, no, por favor.»

—No, no te muevas. Chica, ¡qué susto nos has dado! —dijo uno de ellos, mientras la ayudaba a incorporarse—. Despacio, despacio.

—¿Qué ha pasado? —preguntó aturdida, aunque empezando a comprender qué era lo que había ocurrido.

«Que alguien me traiga la capa de invisibilidad de Harry Potter, por Dios.»

—Ha debido de darte una bajada de tensión del esfuerzo en la bici —contestó el monitor, ofreciéndole una mano para terminar de ayudarla a levantarse—. Venga, todos fuera, ya me quedo yo con ella. ¡Se acabó el espectáculo! —rio.

Lily decidió quedarse sentada en el suelo. Si alguien le hubiera preguntado si quería morirse en ese momento, no lo habría dudado. «Señor, llévame pronto.» Un poco más calmada, consiguió decir:

—No me lo puedo creer. Soy experta en convertirme en el centro de atención sin quererlo.

«Joder.»

—Tranquila, eso nos puede pasar a todos. Soy Mike, el monitor de spinning. Bueno, en realidad me llamo Miguel, pero nadie se dirige a mí de esa forma. —Sonrió mientras le tendía una mano y la ayudaba a ponerse en pie.

Un escalofrío recorrió la espalda de ella cuando las palmas de sus manos se tocaron. Aquel chico era realmente guapo. Tenía una sonrisa más blanca de lo usual y su pelo, sudado y enmarañado, le confería un aspecto muy sexy.

—Encantada, yo soy Lily, rubia neurótica en paro y ahora, además, torpe profesional sobre la bicicleta —se presentó sin ningún atisbo de vergüenza en la voz. Se sintió muy orgullosa de sí misma.

—Oh, vamos, ya te digo que le puede pasar a cualquiera. Ahora sube al vestuario, date una buena ducha y cuando estés lista te tomas un refresco con azúcar. Invita la casa, ¿vale?

Lily le sonrió asintiendo y puso rumbo a los vestuarios. Cuando llevaba recorridos unos dos metros, se dio la vuelta. Mientras giraba sobre sí misma, se imaginó que él le estaría mirando el culo y le sonreiría, como en las pelis moñas que en el fondo tanto le

gustaban. Pero nada más lejos de la realidad. Mike se había dirigido al mostrador de la entrada y reía a carcajadas con otro monitor. «Mierda, soy un puto chiste con patas.»

Ya en el vestuario, cogió sus cosas y, antes de meterse en la ducha, se percató de que todas las miradas estaban fijas en ella. Cuando por fin estuvo bajo el agua, sólo podía pensar una cosa. ¿Por qué me tiene que pasar todo a mí? Como si una fuerza sobrenatural la retuviera, Lily era incapaz de salir de la ducha. Era su escondite, por el momento. Cuando saliese, volvería a encontrarse con aquellas miradas y cuchicheos. Pero no podía alargarlo más, así que, tras cuarenta minutos bajo la alcachofa y las yemas de los dedos arrugadas sin remedio, se secó, se vistió y salió por la puerta de los vestuarios.

Ahí estaba (cómo era, ¿Mike? Qué hortera. Demasiado «Mujeres y Hombres y viceversa») esperando con una rodilla apoyada en las taquillas de la planta baja y los brazos cruzados. Era bastante más guapo de lo que recordaba, pero claro, teniendo en cuenta su primer encuentro, lo raro era que pudiera acordarse siquiera. En la cabeza llevaba una cinta para que el pelo no se le viniera a la cara, sus músculos eran obvios, muy moreno de piel —de rayos, quizás— y, cuando pudo verlo más de cerca, unos ojos azules que atraían como la miel a las abejas.

—Vaya, pensaba que se te había tragado el desagüe —dijo él a modo de saludo—. Te estaba esperando. Es la hora de comer y apenas hay gente ahora. ¿Te apetece tomar algo? Ya sabes, invita la casa. —Volvió a sonreír.

—Pues, la verdad, no lo sé. Ya me encuentro mucho mejor. —«Joder, este tío me pone nerviosa»—. Otro día, quizás.

—Bueno, no creo que vaya a haber otro día en que tenga la suerte de que una chica preciosa caiga en mis brazos y yo poder salvarla cual noble caballero.

«Puaj, encima cursi. Sería perfecto para Merche.»

—Ni yo. Creo que no volveré a tus clases.

«Es un poco pedante, ¿no?»

—Mejor me lo pones entonces. Venga, un aperitivo y te dejo libre.

—¿Y qué tal mañana? Te prometo que me volverás a ver por aquí, pero es que ahora no puedo, de verdad —contestó, pensando en lo que haría nada más llegar a casa.

—Está bien, chica dura. Mañana te espero, ¿eh?

Con una sonrisa, Lily dio por finalizada la conversación y puso rumbo a su hogar. No sabía muy bien qué pensar de ese chico. En su antigua vida, jamás le habría dado una oportunidad. Era demasiado, cómo llamarlo, ¿repipi, musculitos? Sin embargo, era el segundo día de su nueva vida y no pensaba cerrar las puertas a nada. Y a los hombres menos, que bien necesitaba darse una alegría en esos momentos o se le secaría *la zona* ya sin remedio.

«Por fin en casa», pensó.

Nada más entrar, se dirigió a la nevera, cogió ese refresco de cola que su nuevo amigo le había prometido y se lo bebió de un trago. Seguidamente, abrió el congelador, sacó el primer tupper que vio (albóndigas de mamá, pasables) y lo metió en el microondas. Tardarían un rato aún, así que se dispuso a hacer lo que mejor sabía y lo que, por cierto, había pensado en el gimnasio: escribir en su blog.

Por el amor de esa mujer

Tengo tantas cosas que contaros hoy que no sé ni por dónde empezar. Como imaginaréis, tuve bronca en casa de mi madre, aunque eso era de esperar. Lo que quiero explicaros es mucho más emocionante: Yo, Lily O, he ligado. Por fin. Y por partida doble, o eso creo, al menos. Pero bueno, os resumiré primero la discusión que tuve con mi hermano y os dejo lo mejor para el final...

Exploté. Sencillamente, exploté. He tardado años, pero solté por la boca todo lo que llevaba guardado. Pensándolo fríamente, quizás me pasase un poco, pero sabéis que cuando hago pop, ya no hay stop. Llamé a mi hermano Jaime infeliz, a mi cuñada escoba esnob y

a mi madre la califiqué de insoportable (no sin cierta carga de verdad, para qué nos vamos a engañar). Conseguí que me odiasen un poquito más si cabe y sé que tendré que pedir disculpas, pero creo que aún tardaré unos días en hacerlo.

Me volvieron a nombrar a Roberto y ese tema es intocable para mí. Y lo ~~jodidamente~~ peor es que lo saben. Conclusión: soy una bocazas. Pero una bocazas con razón. Aun así, seré yo quien tenga que bajarse las bragas y pedir perdón. Como siempre...

Y ahora, se acabó el tema familiar. Total, para qué os voy a cargar con tanto problema con hermanos y cuñadas varios, si lo que queréis escuchar son mis temas amoriles, ¿no? Pues eso, que he ligado. O, como he dicho antes, eso creo, porque, sinceramente, puede ser que me haya flipado un poquito... No sé, antes tenía un radar para estos temas, pero pasado el tiempo y con eso de la supuesta madurez, he olvidado dos cosas: una, ligar, y dos, pillar las indirectas cuando a la que intentan ligar es a mí. Aun así, creo que esta vez no me equivoco.

Me hallo entre dos medias citas. «¿Dos medias citas?», os preguntaréis. Pues sí, porque he medio aceptado quedar con dos hombres diferentes. Y digo medio, porque, en el fondo, no he concretado nada. Y en ésas ando, que no sé si realmente debería aceptar o no. Por eso, espero que vosotros, mis más fieles seguidores blogueros e internautas, me ayudéis a decidirme.

Los llamaremos, a partir de ahora, candidato número 1 y candidato número 2, en el orden cronológico en que los he conocido.

Candidato número 1: Todos conocéis ya la buena suerte de esta rubia neurótica en paro que esto suscribe. Y, claro, esta vez no iba a ser menos. Resulta que cuando iba de camino a casa de mi madre, se me pinchó una rueda. Sí, amigos, lo más típico del mundo, ¿no? Pues sí. Un caballero montado en su noble corcel (en forma de un magnífico Mercedes CLK) paró para ayudarme. Yo lo llamo El Hombre, con mayúsculas, por ponerle un nombre propio y porque, en realidad, tampoco sé cómo se llama.

Tendría unos treinta y alguno —o treinta y muchos—, moreno, muy guapo, y apuesto los dedos de las dos manos con la manicura recién hecha a que es un hombre de negocios. Y lo mejor de todo es que, después de cambiar la rueda de mi tartana de coche, me invitó a cenar este viernes. Y diréis, «Bueno, Lily, y ¿dónde está el problema?». Pues en que creo que hay algo raro en todo esto. No, no lo creo, está claro que algo raro hay.

Por supuesto, mis ganas de tirarme a su cuello y mi reloj biológico, que no para de hacer tictac, le contestaron con un sí rápidamente y, cuando me dispuse a darle mi número de teléfono, ¡oh, sorpresa!, me suelta que ya lo tiene. ¿Cómo que ya lo tiene? Eso es imposible, ¿no? No si es un psicópata. Es a la única conclusión que he llegado.

Me estaría persiguiendo, me clavó algo en la rueda y esperó su oportunidad. O también puede ser que, por misterios de la vida vital, el destino lo haya querido poner ante mis ojos dándole mi número primero y mi pinchazo después. Sea como fuere, no sé qué hacer. Supuestamente, me llamará esta semana para concretar la cena (eso si es verdad que tiene mi número, claro) y no sé qué le responderé.

Y ahora paso al candidato número 2. De éste sí sé su nombre: se llama Miguel, bueno, Mike. Lo he conocido esta mañana en el gimnasio. Y pensaréis «Por fin se ha dignado socializar con hombres musculosos y sudorosos». Pues en parte sí, pero no.

Quise hacer caso al Comando Ensaladilla, que siempre me dicen que aproveche, que en el gimnasio puedes conocer a mucha gente, así que hoy he cambiado mis cascos antisociales por una clase de spinning. Oh, my God! *Juro que jamás volveré a esas bicicletas estáticas de la muerte. Y no, no exagero. He acabado desmayada al acabar la clase. Y en el sentido más literal de la expresión, por cierto. Cuando me he querido dar cuenta, estaba tumbada en el suelo, rodeada de cabezas cotillas. Y Mike era una de ellas. De*

hecho, es el monitor de spinning y, después de ayudarme, ha dicho que me invitaba a tomar algo, pero tampoco le he dicho que sí. Sólo un medio sí.

Creedme cuando os digo que hoy no era el momento de irme a tomar nada con nadie, después de ese ridículo tan espantoso. Al final le he prometido que mañana volveré al gimnasio y aceptaré su invitación, pero es que no sé, tampoco es que me convenza.

Y sí, antes de que lo preguntéis, os contesto: es irresistiblemente guapo. Y fornido. Y con pelo. Y con un aire a lo «Mujeres y Hombres» desgraciadamente también. Pero algo me dice que es el típico canalla que promete, promete hasta que la mete. Aunque, por otra parte, tampoco me vendría mal... Bueno, que divago, ¿me ayudáis? ¿Qué haríais en mi situación? Y, ya de paso, os pregunto: ¿Conocéis a alguien que sepa limpiar el aura y/o quitar el mal de ojo? Porque, en serio, la mala suerte que me acompaña ya se está cebando con mi persona...

Y ahora os dejo, que tengo unas albóndigas descongeladas que me están esperando. Os pondré al día con las novedades.

Lily

«Dios, qué bien me viene escribir. Y no lo hago tan mal», pensó cuando acabó el post. De hecho, siempre se lo había planteado, aunque le daba un miedo atroz escribir algo que no sirviera ni para limpiarse el... Pero ¿y si escribía una novela? ¿Y si, de verdad, por una vez, cogía el toro por los cuernos y hacía algo que llevaba queriendo hacer toda su vida?

En pocos minutos, su imaginación hizo el resto. Ella, Lily Olsen, se convertiría en escritora de éxito. O, al menos, en escritora con nómina que pudiese pagar el alquiler. Según su cabeza iba dando forma a la idea, lo veía más claro. ¿Por qué no? Ahora contaba con todo el tiempo del mundo. Dedicaría unas horas al día en seguir en su empeño de encontrar un trabajo precario y, por otro lado,

dedicaría parte de su tiempo a escribir una historia. Siempre lo había pensado. De pequeña, incluso, escribía obras de teatro que luego representaba ante sus padres y Jaime. Toda una artista, le decían, al ritmo de unos aplausos que Lily tomaba como grandes victorias.

Lo sabía, el destino —en el que ella creía a pies juntillas— se lo había puesto en bandeja. «Ahora o nunca», se dijo. ¡Sí, sí, sí! La alegría invadía todo su cuerpo. Por fin, y sin darse cuenta, había dado el paso que tanto tiempo iba retrasando: era su momento, el momento de su historia.

Tenía que contárselo a alguien, pero ¿a quién? ¿A la loca de su madre? ¿Al Comando Ensaladilla? No, mejor aún: al mundo. No tardó ni dos minutos en volver a encender su ordenador y abrir la pantalla de inicio de Wordpress. No solía escribir más de un post al día, pero ésta, sin duda, era una ocasión especial. Eso sí, sería concisa:

¡Yo, escritora!

Amigas, amigos, os comunico una cosa. No sé cómo ni con qué, pero voy a convertirme en una escritora de éxito. Por fin he decidido que éste es el momento y no otro de escribir una novela. ¡Yo, escritora!

Lily

Realmente, ni siquiera sabía por qué estaba tan contenta, pero lo cierto era que, desde que el señor Anderson decidió prescindir de ella en *Di Sole*, no había encontrado una motivación para sonreír como lo estaba haciendo en ese momento. Era martes por la tarde y las chicas ya habrían salido de sus respectivos trabajos. En la revista no cerrarían el número del mes de febrero (trabajaban con más de tres meses de antelación) hasta dentro de dos semanas, así que Luisa no estaría encerrada en la redacción. Merche era empleada de una pastelería y salía tarde, pero Lily sabía que, precisamente, los

martes eran su día libre y Ale, bueno, era Ale, si le decía la palabra *urgente* sabía que dejaría a cualquier cliente plantado en su maravillosa mesa de abogada de renombre y saldría corriendo.

Por ello, escribió un mensaje en el grupo que compartía con ellas en WhatsApp y las instó a verse esa tarde:

Chicas, es urgente, necesito veros. Donde siempre. En una hora. Y sed puntuales.

Tal era su felicidad que apenas tardó en decidir qué ponerse. En poco más de veinte minutos, Lily ya estaba lista. Optó por un vestido vaquero con botas altas y un abrigo de paño rojo. Tenía que contarle al Comando Ensaladilla el porqué de tanto alboroto.

Para su sorpresa, las chicas habían llegado puntuales. Desde luego, Lily había soltado las palabras clave para que dejasen lo que estuvieran haciendo y corriesen a ver qué le ocurría. A las ocho, las cuatro estaban sentadas en uno de sus locales favoritos: un pequeño bar situado en la zona de Moncloa que no tenía nada de especial, pero que ellas adoraban. Todos sus años universitarios los habían pasado en ese cuchitril, cotorreando sobre idas y venidas mientras Luti, el hijo del jefe, les servía unas cervezas siempre bien frías. Cuando alguna de las integrantes del Comando Ensaladilla quería contar algo importante, siempre se citaban allí. Era como su lugar talismán. Su bar, su mesa, su comanda.

—¿Lo de siempre, chicas?

—Sí, Luti, gracias —se apresuró a decir Lily, a la vez que se desabrochaba el abrigo y se quitaba el gorrito a juego que había elegido para la ocasión.

—¿Se puede saber qué te ha pasado? ¿Por qué tanta prisa? —preguntó Luisa, nerviosa—. Suelta por esa boquita.

—¿Habéis leído mi blog? Apuesto a que no —se respondió, sin esperar a que las demás lo hicieran—. Mejor, así os doy la noticia y os veo las caras al mismo tiempo. Dos por uno.

—Lo que tú digas, pero habla ya. ¿Es bueno o malo? —interrogó Ale, la Aceituna del Comando, entrecerrando los ojos.

—Más que bueno.

—¿Trabajo? ¿Amor? ¿Sexo? —inquirió Merche.

—¡Se acabó! ¿Queréis dejarla hablar ya de una vez? —Sólo Luisa sabía hacer callar a aquellas cacatúas.

—Gracias, Atún —dijo Lily, dirigiéndose a ella—. Y sí, callaos y dejadme hablar. Tengo trabajo, autotrabajo más bien. Bueno, más que trabajo, un proyecto.

—¡Ésta es mi Patata Cocida! —alcanzó a decir Ale, mientras las demás la instaban a que siguiese hablando, haciendo gestos con la mano.

—Bueno, todas sabéis lo que me gusta escribir y los seguidores que leen mi blog, ¿no? —Sus amigas asintieron, expectantes—. Pues bien, ha llegado el momento de hacer lo que siempre he querido. He decidido escribir una historia, mi historia.

—¡Oh, Lily O, eso es fantástico! —Luisa ya estaba con la cerveza en alto—. Brindemos por Patata Cocida, por su nuevo proyecto y por todos los éxitos que la esperan con él.

Entre risas, las chicas siguieron escuchando todo el entramado que Lily se había inventado en poco tiempo. Sabía que tendría que darle mucha más forma aún, pero era incapaz de no contárselo a sus amigas. De hecho, en multitud de ocasiones éstas habían sido su fuente de inspiración en muchos de sus artículos en *Di Sole*. En ese momento, pensó que nadie mejor que ellas para convertirlas en protagonistas de su novela.

También aprovechó para contarles sus medio citas con El Hombre y con Mike, pero no quiso extenderse demasiado. Ya era tarde y no tenía ganas de que la acribillasen (más) a preguntas indiscretas a las que ni siquiera ella sabía dar respuesta. Por eso, con un escueto «Podéis leerlo todo en mi blog», Lily se dispuso a volver a casa. De camino en el taxi, lo único en lo que podía pensar era en la suerte que tenía de tener a aquellas locas sin remedio en su vida. Sus amigas.

7

Era jueves y Lily, infiel a su promesa, no había aparecido por el gimnasio. No es que quisiese evitar a Mike —que probablemente también—, sino que no había tenido tiempo apenas de respirar.

Desde que se le ocurrió la genial idea de convertirse en escritora, no paraba de dar vueltas a la cabeza, intentando ordenar miles de pensamientos, pero sin éxito alguno a la hora de poner orden o concierto en ellos. Dedicó horas y horas a pensar y repensar, mas, como no conseguía sacar nada en claro, decidió no aturullarse con el tema y puso rumbo al centro comercial, que falta le hacía darse un paseo. Al fin y al cabo, había llevado a cabo su promesa de no derrochar en complementos innecesarios, claro que estaba en un punto de su existencia vital en que hacer uso de su tarjeta de crédito comenzaba a ser crucial para su supervivencia.

Poco después, el presupuesto que se había marcado ya lo había superado con creces. «Y eso que me he decantado por las tiendas lowcost», se decía para no sentirse culpable. Pero ni aun así conseguía mitigar ese pequeño pellizco que sentía en el estómago cuando, con las bolsas en la mano, pensaba en cómo diantres pagaría el alquiler. Dos vestidos, unos vaqueros y un monísimo sombrero de lana tenían la culpa de sentir ese quiero, pero no debo que la aturdía.

Bien mirado ése fue el menor de sus problemas cuando, de repente, se topó con la estampa que jamás habría pensado que vería. Allí, junto al cristal, en una pequeña mesita para dos de una conocida cafetería, estaba él. Roberto. Sin embargo, no fue eso lo que más la impactó. Era la persona que hacía compañía a su ex quien había conseguido que se quedase petrificada observándolos.

Era incapaz de retirar la mirada, una fuerza invisible la pegaba al suelo cual imán y le impedía huir y olvidar lo que estaban viendo sus ojos.

Roberto y... y... ¡Mireia! ¡Roberto haciendo manitas con su ex jefa! No podía creérselo, pero de repente, decenas de imágenes comenzaron a solaparse unas encima de otras y empezó a comprender... Hasta entonces no había entendido por qué su redactora jefe había cambiado su empleo en una revista de moda por uno en la sección de deportes... Sí, eran mejores condiciones, pero jamás hubiese pensado que Mireia cambiaría tacones de Manolo Blahnik y ropa de Gucci por zapatillas de deporte y gorra de béisbol.

Había oído que aquella pelandusca de pelo cobrizo había llegado tan alto por sus trabajos no precisamente con pluma y tinta, pero aquello... Camelarse a un tío como Roberto sabiendo lo que ella, unos años atrás, había sufrido por él, era demasiado.

Con una reacción digna de una rubia neurótica de nivel cincuenta, Lily no sabía si marcharse de allí o ponerse a gritar como una loca desatada. Y decidió que la madurez que, supuestamente, comportaba la futura treintena, bien valdría irse de allí sin dar un espectáculo.

Cuando por fin sus pies reaccionaron y comenzaron a poner rumbo hacia el parking, Roberto giró la vista hacia el pasillo del centro comercial y *voilà*, allí estaba ella, con cuatro bolsas en las manos y, por cierto, bastante mal vestida para la ocasión.

«¿Qué hago? ¿Qué hago?», pensó a toda prisa, pero lo único que se le ocurrió fue salir corriendo.

Cuando ya se encontraba a salvo dentro de su coche, la opresión que sentía en el pecho le hizo pensar que estaba a punto del paro cardiaco, pero no era la primera vez que le pasaba. De hecho, su madre solía decirle que era la persona más hipocondríaca que había conocido en toda su vida, así que, recordando lo que debía hacer en esos casos, se dispuso a inspirar pausadamente, hasta que consiguió respirar con cierta normalidad.

Con el firme propósito de llegar a casa y prepararse una tila doble, puso rumbo a su loft, pero conducir, lejos de relajar su mente, consiguió el efecto contrario. «¿En serio? ¿De verdad? Pero... ¿cómo?», su cabeza no paraba de dar vueltas y más vueltas. Cuando entró por la puerta, casi no reparó en que había una nota en el suelo. Alguien había tenido la brillante idea de pasar un papelito por debajo.

Soltó todas las bolsas sin reparar dónde y se dispuso a leer el pequeño post-it:

> ¿Lily? Soy Mike, del gimnasio. Tenía la tarde libre y he pensado pasar por aquí e invitarte a algo. No pienses que soy un acosador, tus datos están registrados en la intranet del gym. No estás, hablamos.

Genial. Lo que menos necesitaba en esos momentos era otro hombre rondando en su vida.

—¿Es que los hombres no pueden dejarme en paz? —gritó, mientras, una vez más, comenzaba a hacer sus ejercicios de respiración.

Señor, llévame pronto

Anonadada, patidifusa y ojiplática se halla mi persona después del episodio que me acaba de tocar vivir. ¿Sabéis esa frase que constantemente pronunciamos las mujeres de «Odio a los hombres»? ¿Y esa otra de «Si me lo encuentro, que me vea estupenda de la muerte»? Pues eso. Estoy en un momento de mi vida en que ni quiero ni necesito a los hombres (sé que hasta ayer pensaba lo contrario, pero hoy he cambiado de opinión. Definitivamente) y, en vez de eso, me los encuentro por todas partes. Y, creedme, sin yo buscarlo.

Iba yo hoy tan feliz tras derrochar un dinero que no tengo, cuando me encuentro con la preciosa estampa de dos personas no menos que retozando en una cafetería. Dos personas non gratas en mi existencia vital. Juntas. Dios los cría y ellos se juntan.

Mis dos ex (novio y jefa) juntos. Haciendo manitas. Magreándose. ¡Esto es un ultraje clarísimo a mi autoestima! Roberto, ese ser al que encontré en la cama con otra, ese ser que después se inventó que ya tenía en mente dejarme porque necesitaba progresar en su carrera, liado con Mireia, mi ex jefa, la que dejó Di Sole *para ¡oh, sorpresa! progresar en su carrera. Dos ex, dos progresos. Y adecuadamente, por cierto.*

En serio, ¿no empezáis a pensar seriamente que soy demasiado egoísta por no compartir la mala suerte que reina en este, nuestro planeta? Y, a ver, pensándolo fríamente, creía que lo mío con Rober ya estaba más que superado, pero qué queréis que os diga, verlo con esa ~~maldita desgraciada~~ no ha hecho más que remover algo que creía enterrado...

Para colmo, eso no es lo último, no. Él me ha visto. A mí, me ha visto, con las pintas que llevaba. No me preguntéis por qué, pero era incapaz de dejar de mirar a esos dos tortolitos y, claro, cuando llevas delante de un cristal una eternidad, llega un momento en que uno de ellos tiene que mirar. Y ha mirado.

Pues ahí estaba yo, que sólo me faltaba una pinza en la cabeza y unas pantuflas para ir de andar por casa. Petrificada y cotilla. No me preguntéis lo que ha venido después, porque no, no ha habido una conversación posterior entre dos adultos que se han reencontrado después de mucho tiempo. Lo que ha habido ha sido una espantada por parte de mi persona. En el sentido más literal de la expresión: he salido corriendo. Yo, con, desgraciadamente, casi treinta años, corriendo como una niña de siete.

En fin, qué desgraciaíta*, gitana, tú eres teniéndolo* tó*, como diría mi madre, versionando (a su manera) a Lola Flores, pero ¡ah, no, esperad! ¡Que no tengo nada! Por no tener, no tengo ni siquiera ideas para esa supuesta novela que me iba a sacar de la pobreza y la inmundicia de persona en paro. Llamadme melodramática, pero ya sabíais a quién leíais cuando os metisteis a curiosear en este blog de casi treintañera neurótica al borde del colapso.*

Y creo que ya acabo, que me apetece tirarme en el sofá a ver una peli de bajón nivel rojo, quizás Cuando Harry encontró a Sally *o, peor aún,* Titanic.

Lily

Justo cuando Rose Dewitt Bukater sale escopetada del bote que le salvaría la vida en busca de Jack Dawson y le dice eso de «Si saltas tú, salto yo», Lily ya estaba al borde de un irremediable ataque de amoritis aguditis. Bien era cierto que para nada se consideraba una persona demasiado sensible o enamoradiza, pero ver esa escena siempre le ponía los pelos de punta.

«Quizás, después de todo, el amor exista», le decía el angelito ataviado de blanco que se recostaba plácidamente en su hombro derecho. «Por favor, apaga esa moñez, que sólo te servirá para hundirte más en la miseria», lo contradecía el pequeño demonio que llevaba dentro y que, en ese momento, se hallaba en su otro hombro.

Decidida a aguantar hasta el final, corrió al baño en busca de pañuelos y volvió al sofá esperando no haberse perdido ninguna parte importante. Pero nunca nada es perfecto. Poco después de que Rose y Jack se jurasen amor eterno por vigésimo octava vez, el teléfono comenzó a sonar. «Qué oportuna eres mamá», pensó. Sin embargo, quien llamaba no estaba guardado en su agenda de contactos.

—¿Sí?

—Sí... eh... hola. —No conseguía poner rostro a esa voz de hombre—. Quería hablar con una preciosa rubia a la que recientemente se le pinchó una rueda en la autopista.

No podía ser. ¡No podía ser! El Hombre con mayúsculas (y posible acosador) la estaba telefoneando. Con todo el ajetreo de aquella semana ni siquiera había tenido tiempo de pensar en él y en la respuesta que le daría si se dignaba llamarla.

—Eh... sí, soy yo, aunque, bueno, seguro que no soy la única chica rubia a la que se le ha reventado una rueda por allí en los últimos días... —Sonó más juguetona de lo que había previsto.

—Pero sí la única a la que me paré a ayudar. Soy Ian, el chico que, como ya habrás deducido, te ayudó a poner la rueda de repuesto el otro día.

Lily lo notaba especialmente nervioso y lo peor de todo era que ella también lo estaba.

—Sí, gracias. Muchas gracias —se apresuró a decir—. Así que te llamas Ian.

—Eso creo o, por lo menos, eso pone en mi DNI —rio—. Te llamaba para que me devolvieras el favor que te hice cuando estabas triste y sola tirada en ese arcén de mala muerte...

—Pero ¡bueno...! —«Qué canalla, me gusta»—. Ten por seguro que tarde o temprano alguien habría parado.

—Supongo, pero lo cierto es que fui yo el afortunado que te vio primero o, al menos, el primero que decidió perder unos minutos en ayudarte.

—Sí, en eso tienes razón. La verdad es que ya llevaba un rato intentando poner cara de pena, pero nadie me hacía caso. Estaba debatiendo conmigo misma si hacer dedo, a ver si alguna alma caritativa se apiadaba de mí. —¿Por qué tenía tanta facilidad para hablar con él?—. Pero apareciste tú y deseché la idea.

—Y encima divertida. No me puedo creer la suerte que he tenido al encontrarte... A lo que iba, que tengo que entrar a trabajar. —«¿A las ocho de la tarde?», se extrañó Lily—. ¿Te apetecería cenar mañana conmigo?

—¡Sí!

«Por Dios, Lily, no puedes contestar así de rápido», pensó dándose un golpecito en la frente.

—Genial. ¿Te recojo a las ocho y media, por ejemplo?

—De acuerdo. ¿Dónde? Está claro que tenías razón en eso de que sabías mi teléfono, pero me asustaría pensar que también sabes dónde vivo. Ya que me has llamado, e imagino que éste es tu

número, ¿te mando un WhatsApp con mi dirección? —dijo resolutiva.

—Perfecto. Me encantaría seguir hablando contigo, pero el trabajo no espera, ya sabes.

—Sí, no espera. —«La que espera al trabajo soy yo, de hecho»—. Tienes razón. Hasta mañana pues.

—*Bye*, rubia.

¿*Bye,* rubia? La forma de despedirse no le había gustado demasiado, aunque tenía que reconocer que siempre buscaba en los hombres ese puntito canalla que la hiciera reír a carcajadas. Sin darse cuenta, no había parado la película y Jack ya se había hundido en el fondo del mar y Kate ya era una vieja con mucho pellejo, que lo único en lo que pensaba era en la persona que pudo llegar a ser pero nunca fue.

«Pero vamos a ver, Lily, ¿tú no habías decidido pasar de los hombres?», se dijo. El caso era que, tras los acontecimientos de las últimas horas, había pensado que su relación con el sexo masculino estaba pasando por un *impasse*, pero ese hombre en concreto despertaba algo en ella. No sabía qué era, pero ahí estaba. Psicópata acosador o no, tenía que averiguarlo, así que, antes de meterse en la cama, le escribió un mensaje con su dirección.

Pensando en que el destino, después de todo, quizás tuviera algo bueno preparado para ella, se quedó dormida.

A la mañana siguiente, apenas tardó en despertarse y darse una ducha rápida. Se había acostumbrado a su nuevo horario de parada y ya ni siquiera necesitaba el dichoso sonidito del despertador. Además, no es que hubiera sido una de las noches más placenteras de su vida. Un sinfín de pensamientos se había arremolinado en su cabeza en forma de sueños incontrolables, que apenas la habían dejado dormir. Roberto, Mireia, Mike, Ian, la inexistente novela, el pago del alquiler...

Antes de empezar a aturullarse, prefirió aparcar sus problemas y pensó que era hora de ponerse a trabajar. Su rutina diaria la hizo leer todos sus correos electrónicos, pero nada, ni una respuesta a los cientos de currículums que había mandado, aunque tampoco le importó, ya comenzaba a aprender lo que significaba estar en paro en plena crisis.

Fiel al espíritu con el que se había levantado, dejó el tema de la búsqueda de empleo a un lado y navegó por internet sin saber muy bien qué buscaba. Sin darse cuenta, había perdido más de una hora entre redes sociales y la lectura de los principales diarios del país. Pero nada interesante, lo mismo de siempre: políticos que se echan los trastos a la cabeza pensando que el que tienen enfrente es peor que ellos y que la solución de la crisis pasa por el cambio.

—El cambio, el cambio, siempre el cambio. A veces, uno quiere cambiar y las circunstancias se lo impiden —farfulló para sí misma.

De hecho, empezaba a pensar que su vida necesitaba un cambio radical de ciento ochenta grados y, por un momento, se convenció de desaparecer de la ciudad y trasladarse a algún pueblecito costero, donde encontraría la inspiración y escribiría como una posesa su novela.

Era increíble la facilidad con que conseguía que sus pensamientos divagasen y la sacasen del camino que se había propuesto para ese momento. Su propósito de la mañana había sido buscar trabajo e ideas para su libro y lo único que había conseguido había sido ver cientos de fotos de viajes de sus amigos en Facebook y la idea de pasar los días tirada en la arena de cualquier playa, con la única compañía de un portátil. Y sin cable para cargarlo.

«Hale, hasta que le durase la batería, viviendo al límite, que estoy mu’ loca.»

No era ni media mañana cuando se levantó de un salto y se vistió para ir al gimnasio. Al fin y al cabo, y tal como estaba discurriendo la jornada, a ese paso no haría nada productivo. Por

supuesto, no se había olvidado de su cita con El Hombre ¿acosador? o Ian —«Debería acostumbrarme a llamarlo por su nombre»—, pero para eso quedaba mucho.

—¡Hola, Lily!

«Hay que ver qué ánimo tiene este chico siempre», pensó al entrar.

—¡Hey, Mike! —Se quitó lo que creía que era una legaña del ojo —. Siento no haber venido antes, me ha sido imposible con tanto trabajo —mintió.

—Tranquila, no pasa nada. Aunque debo reconocer que he llegado a pensar que no volverías por aquí. —Se pasó una mano por el pelo—. Incluso me pasé ayer por tu casa para verte un rato, espero que no pensaras que soy un acosador ni nada parecido —sonrió.

«Vaya, vaya, vaya, de acosadores está mi mundo lleno.»

—Para nada —mintió—. De hecho, por eso me he obligado a venir hoy. Era demasiado descortés hasta para mí no agradecerte lo que hiciste el otro día, cuando me recogiste del suelo.

—De momento no he hecho nada... —Le guiñó un ojo—. De momento.

—Era una forma de hablar. —Sonó más cortante de lo que pretendía, aunque la contestación de Mike le había parecido de lo más pedante.

—Relájate, ¡era una broma!

La verdad era que Lily no solía pasar ni una. Y el chico tampoco es que hubiera hecho nada malo.

—Ya, perdona, es que últimamente estoy a demasiadas cosas. Bueno, creo que me debería poner ya a hacer algo de ejercicio. —Quería cortar la conversación cuanto antes.

—Como quieras, ¿te espero en spinning? —rio.

—Muy gracioso... Creo que pasarán décadas hasta que vuelvas a verme subida a una bici de ésas.

—Y yo confío en que no tenga que esperar las mismas décadas hasta que te decidas a invitarme a algo.

—¿Yo? ¿Invitarte a ti?

—Yo ya lo he intentado dos veces y me has dado unas calabazas demasiado grandes como para preguntártelo una tercera. Ahora sólo espero que te des cuenta de que soy el hombre de tus sueños.

Y tras esas últimas palabras, atendió una llamada del teléfono del mostrador, dejándola sin saber qué decir. «Será egocéntrico», se decía, mientras aceleraba el ritmo en la cinta de correr. No podía creer que hacía apenas unas horas renegara de los hombres y ahora allí estuviera, debatiéndose entre dos chicos a los que casi no conocía, pero que la hacían preguntarse una y otra vez si no merecería la pena hacer un esfuerzo por saber más de ellos (aunque, por el momento y sin conocerlo, uno pesaba más que el otro en la balanza del *amorismo*).

Para empezar, ya tenía una cita con Ian esa noche. «No puedo estar quedando con los dos», se autoconvencía mientras pensaba en proponerle a Mike si tomar un refresco a la salida del gimnasio. «El que inventó la psicología inversa tenía toda la razón del mundo.» Creía tener claro que con el monitor de spinning no tendría nada, pero sólo habían bastado unas palabras al más puro estilo «Ahora soy yo quien pasa de tu culo», para que ahora ella se pensase mejor lo de tener una cita con él.

Pero poco después había desechado la idea. Al menos, por el momento. Podía quedar con dos hombres, pero no el mismo día. Eso se lo dejaba más a Ale, a la que le daba igual ocho que ochenta. Para su alivio, Mike no estaba en recepción, así que pudo salir sin que éste le volviera a hacer ningún comentario inoportuno.

Ya en casa, comenzó con el ritual de toda mujer antes de una primera cita. Le quedaban unas horas por delante para probarse todo el armario, depilarse, pensar qué se haría en el pelo, qué tacones pegarían con el modelito escogido y cómo se maquillaría. Cuando iba por el tercer conjunto de la tarde, sonó el teléfono.

—Hola, Luisilla. Te echaba de menos —respondió al teléfono a modo de saludo.

—Yo también, por eso te llamo. Si no es por mí, tampoco hoy habríamos hablado.

—Lo sé —se disculpó—, pero es que, en serio, no he tenido tiempo para nada.

—¿Y qué te quita tanto tiempo? ¿Tu futura y exitosa novela? Ilústrame. Saldré como personaje, ¿no?

—Ojalá fuera eso, Atuncillo. Digamos que... —se hizo de rogar.

—¡Habla, maldita! —bramó Luisa al otro lado del teléfono.

—¡Hoy tengo una cita!

—¿Con un hombre? —se extrañó.

—No, con mi peluquera, no te jode...

—¡Ay, Dios! ¿Con quién? ¿Con el del gimnasio o con el acosador? —preguntó, mientras se la oía dar unas pequeñas palmadas a modo de aplausos.

—Con el hombre que me ayudó a cambiar la rueda. Y no lo llames acosador, es lo que intentaré averiguar esta noche.

—Vale, vale. Pero ¡cuéntame más! Quiero todos los detalles.

—Luisa, poco te voy a decir ahora. ¡Si la cita no es hasta dentro de tres horas! Mañana os lo contaré todo al Comando Ensaladilla. I promise. Hemos quedado en el Raiki Beach, ¡no lo olvides!

—¡Cómo iba a olvidarlo! ¡Y menos ahora! ¡Patata Cocida tiene una cita! Esto pienso apuntarlo en mi agenda de fechas clave de mi vida —soltó con una carcajada.

—Anda, cállate. Nos vemos mañana.

Y con una sonrisa, colgó. A lo tonto, había perdido un tiempo valiosísimo. Su cita llegaría en apenas dos horas y aún no había comenzado a arreglarse. Le hubiera gustado tener tiempo para escribir un pequeño post en el blog, pero al mirar el reloj se convenció de que sería imposible.

«¿Putón o recatada? ¿Putón o recatada?» Llevaba más de veinte minutos debatiéndose entre el Vestido Rojo o algo más sutil que no dijese «Cómeme, cómeme».

«Si estuviera aquí Ale, no dejaría que me lo pensase tanto», rio para sí misma. Ni siquiera sabía dónde la llevaría a cenar. ¿Y si le tenía preparado un picnic en medio de un parque? O quizás una romántica velada en un caro restaurante. «Así no me ayudas, cabecita loca», se dijo.

La tentación de escribirle un mensaje a su acompañante preguntándole cuál sería el plan de la noche le estuvo rondando por la mente mientras se daba una ducha, pero finalmente pensó que no era nada apropiado ir pidiendo explicaciones de ese tipo.

De perdidos al río, pensó. Poco antes de la hora acordada, ya estaba lista. Como era de esperar, el Vestido Rojo había sido la opción escogida para la ocasión. Lo combinó con un moño bajo y unos altos zapatos de tacón verde lima. Cuando se estaba echando un último vistazo, sonó el timbre.

—¡Enseguida bajo! —respondió, sin escuchar quién llamaba.

Se hizo la remolona unos minutos, cogió su abrigo y corrió escaleras abajo. Ian la estaba esperando apoyado en la puerta del copiloto de su fantástico Mercedes. Llevaba un traje oscuro sin corbata, con el primer botón de la camisa desabrochado y lucía una sonrisa Profident que provocó el mismo gesto en la cara de Lily. Otra parte femenina, algo más al sur del ombligo, de repente también se alegró al verle.

«Joder, joder, joder.»

—¡Guau, rubia! Estás preciosa. Te gusta mucho este vestido, ¿verdad?

—Eh... Sí, lo cierto es que sí —contestó, sin saber muy bien a qué se refería.

«¿Será un acosador de verdad que me persigue y me lo vio puesto la semana pasada?» Sin pensarlo demasiado, dejó que El Hombre le abriese la puerta y la invitase a entrar y sentarse en uno de aquellos asientos calefactables.

—Para nuestra primera cita —«Espera que haya una segunda»—, te llevaré a mi lugar preferido del mundo.

Y con esas últimas palabras, cerró la puerta de Lily.

8

No se lo podía creer. ¿Casualidad? ¿Destino? Allí se encontraban, frente a la puerta del famoso local Raiki Beach. Tras un gesto sutil de Ian para darle las llaves de su bólido al aparcacoches, El Hombre le abrió, una vez más, la puerta del copiloto y le ofreció su brazo para que se apoyase en él.

«Canalla pero galán.»

—¿El Raiki Beach? ¿En serio?

—Sí, por qué no.

La miró picarón mientras subían los pocos escalones que daban acceso al famoso local. Aún no había cola en la puerta, ya que durante la hora de la cena las mesas estaban reservadas desde semanas antes y no dejaban entrar a nadie que no estuviera en la lista de comensales hasta pasada la medianoche, cuando abrían al público y la tranquilidad del restaurante daba paso a una música alta y luces de colores a modo de discoteca.

—No sé, cuando has dicho mi lugar preferido del mundo, esperaba algún rincón especial de la ciudad donde todo el mundo va a pensar y esas cosas.

—Eso lo dejo para la segunda cita. O la tercera, ya veremos. —Y, sin más, le dio un dulce beso en la mejilla que la dejó petrificada.

No sabía si le había gustado esa espontánea reacción, pero parecía que las mariposas de su estómago hablaban por ella. Y, una vez más, la zona erógena femenina por excelencia también gritó de júbilo.

«Joder, joder, eso sí que no me lo esperaba.» Un segundo «Joder, joder» en menos de una hora significaba mucho para ella.

—Vamos, nos están esperando —sonrió.

Fueron recorriendo todo el local y parecía que ninguna de las mesas era la suya. De hecho, para sorpresa de Lily, ninguna estaba ocupada. El Raiki Beach estaba desierto.

«¿Un viernes?», se extrañó ella.

—¿Adónde vamos? —Los nervios comenzaban a impacientarla.

—Espera y verás. —Le puso una mano en la cintura para guiarla por unas puertas metálicas que daban entrada a lo que parecía la zona privada del local.

—¿La cocina? ¿Vamos a cenar en la cocina? —preguntó extrañada, cuando entraron a la gran sala llena de fogones.

Allí, en un rincón, había una pequeña mesa redonda con dos sillas de madera. Un mantel blanco con dos servicios de mesa y una rosa amarilla encima de uno de los platos como única decoración.

—No es una cocina. Es *mi* cocina —dijo, mientras retiraba la silla del lado donde estaba la flor, para que se sentara—. Y esta rosa ahora es tuya.

—Eh... Gracias, pero no entiendo nada —contestó desconcertada, mientras tomaba asiento.

—Ésa era la idea —rio—. No podía contarte nada hasta no tenerte aquí, sentada y retenida, para que no pudieras irte —respondió, guiñándole un ojo.

—¿Cómo? ¡Lo sabía! ¡Eres un loco psicópata! —exclamó en un tono bastante alto.

En ese momento se levantó de un salto y a punto estuvo de tirar con ella el mantel y todo lo que había encima. Ian, sobresaltado, la cogió del brazo con dulzura y la miró a los ojos, un gesto que apaciguó los impulsivos pensamientos de Lily.

—¿Qué?... ¡No! —Abrió los ojos como platos—. No me interpretes mal. Deja que te explique, por favor...

—Tienes un minuto —sentenció, con los brazos cruzados y los labios apretados, un gesto muy infantil que solía hacer cuando no sabía cómo manejar una situación.

—Vale, pero prométeme que no te enfadarás, rubia —dijo él, ladeando la cabeza.

—Tic tac, tic tac, pequeño loco acosador.

—¡Vale, vale! Lo más gracioso de todo es que ya nos conocemos y parece ser que todavía no te has dado cuenta. —«No te conozco de nada. Jamás olvidaría esa perfecta sonrisa. Y mi parrús menos»—. ¿Te dice algo, no sé, una escena un tanto escandalosa en la puerta de este mismo local, hace exactamente siete días?

—¿Qué? —«Oh, no. Oh, no»—. ¿No te estarás refiriendo a...? —No sabía ni cómo continuar la frase.

Ahora sí que deseaba salir corriendo de allí. De hecho, la señorita bien que, supuestamente, llevaba dentro gracias a la educación de su madre, ya se había largado por patas. Allí sólo quedaban su cuerpo y una vergüenza adolescente que se manifestó en sus mejillas, ahora rojas bermellón.

—Eso es. Ya vas encajando el puzzle. Yo soy el chico al que le debes cincuenta euros en concepto de lavandería. —Rio a carcajadas, apretándose el estómago con los brazos.

Lily se tapó la cara con las manos.

—Oh, Dios, cuánto lo siento. Claro, por eso tenías mi número... —Las ideas se le iban amontonando en la cabeza—. Yo misma te lo di para que me pasases la factura por haberte manchado de... Bueno, eso, por haberte dejado hecho un Cristo. ¡Cuánto lo siento! ¡Por Dios, qué vergüenza!

«Me quiero morir. Me quiero morir. Me quiero morir.»

—Tranquila, tranquila, no pasa nada. Es sólo que cuando pasó todo aquello, en principio pensé que eras una de las típicas locas de por aquí, que sólo entran en el local para beber hasta perder la conciencia, pero luego, al ver esos enormes ojos verdes, deseché por completo la idea —dijo, mientras buscaba su mirada.

Parecía un sentimiento sincero, no en plan «Me voy a hacer el romántico para metértela hasta la garganta».

—No sé ni qué decir...

Lo de las típicas locas que entraban al local para beber hasta perder la conciencia definía muy bien a las integrantes del Comando Ensaladilla, pero no era el momento de exponer esa posibilidad. La

vergüenza estaba haciendo que su cara pasase a un rojo a punto de la eclosión.

—De verdad, cuánto lo siento...

—Deja de disculparte y permíteme terminar —le contestó, haciendo un gesto con la mano—. Lily, no soy ningún acosador. Es, simplemente, que creo en el destino desde que te conocí hace siete días. No me preguntes por qué, pero no sabía cómo marcar tu número para quedar contigo. Y entonces, ¡zas!, apareciste. En forma de rubia desvalida en la carretera.

A ella la cabeza le comenzaba a doler mucho. Por no hablar de su estómago. Los nervios estaban haciendo que se le fuese cerrando con virulencia. Ahí ya no había espacio ni para un trozo de pan; las mariposas que creía muertas tiempo atrás la llenaban igual que una comida de tres platos.

¿Destino? Ella creía en él a pies juntillas, pero aquello no le podía estar pasando en la vida real. Eso se lo dejaba a los guionistas pastelones de Hollywood.

—No me lo puedo creer...

—¿Y crees que yo sí? Cuando bajé del coche y vi de quién se trataba, casi me da un infarto, te lo juro. No esperaba que el destino te fuese a poner así en mi camino. Y dos veces en menos de una semana.

—Yo...

«¿Otra vez la palabra destino? Joder, joder.»

—Tú nada. Cenemos y conozcámonos mejor. Creo recordar que eso es lo que se hace en una primera cita. —Sonrió, mirándola fijamente a los ojos y le cogió una mano—. Aunque apenas me acuerdo ya...

—Sí, creo que es lo que se debe hacer en estos casos —contestó ella, sin retirar su mano y dejando que el contacto visual hablase por ellos.

No sabía por qué, pero había algo flotando en el ambiente. Como una nube que la dejaba aturdida, sin saber muy bien qué decir ni cómo comportarse. Pero aun con la mente medio en blanco,

la cita no podría haber sido más perfecta.

Tras una cena en la que no existieron los silencios incómodos y una copa a modo de colofón, pensó que ya era hora de volver a casa. No quería estropear la primera —y genial— cita con El Hombre y sabía que si se quedaba más tiempo, podría acabar diciendo cualquier estupidez *Made in Lily* o haciendo algo sexualmente indecoroso para una primera cita en la que los corazones y el destino estaban igualmente invitados.

Ian parecía haberle leído el pensamiento y fue él quien dijo la última palabra.

—Será mejor que dejemos las segundas impresiones para otro día, no quisiera estropear esta primera noche que, si me lo permites, ha sido aún más increíble de como la había imaginado.

—Qué bobo... —Sonrió y lo miró de soslayo. Le dio un golpecito en el brazo a modo de coqueteo sutil—. Sí, tienes razón. Deberíamos irnos ya, mañana quiero madrugar.

—Toma —dijo, devolviéndole su abrigo—, te llevaré a casa.

Una vez más, Ian la tomó de la cintura para guiarla cuando cruzaron las puertas metálicas por las que, horas antes, habían entrado. Sin que se dieran cuenta, el bullicio ya había comenzado a dejarse notar en el interior del local. Las mesas del restaurante habían sido retiradas sin haber hecho caja esa noche, y la gente empezaba a aturullarse haciendo las primeras colas en el guardarropa y las dos barras que estaban situadas a ambos laterales.

Era difícil sortear a todos los grupitos que se iban formando en el centro, por lo que Ian cogió a Lily de la mano y no la soltó hasta que salieron.

—Así no te perderás.

Cuando estuvieron fuera, y tal como se imaginaba, decenas de personas estaban apostadas en la entrada, esperando ser uno de los pocos afortunados que pudieran acceder al local. Ian le hizo un leve gesto al aparcacoches, que, en apenas dos minutos, dejó el magnífico vehículo aparcado frente a ellos, con el motor en marcha.

Una vez más, y como ya comenzaba a ser costumbre, Ian abrió la puerta del copiloto y le tendió a ella una mano para que entrara. Mientras él rodeaba el coche para sentarse al volante, Lily pudo observar cómo la marea humana, en especial las féminas, no dejaban de mirarlos con una mezcla de asombro y ¿envidia?, lo que la hizo esbozar una sonrisa triunfante.

«Esta noche es mío, pequeñas lobas», se vanaglorió interiormente, mientras dedicaba una última sonrisa al personal, esta vez especialmente dedicada a todas ellas.

—Lo he pasado en grande. —Miró de soslayo a Ian—. Gracias por esta noche, por todo.

—¿Qué todo? Gracias a ti por haber aceptado mi invitación —respondió, mientras paraba el coche en la puerta de su casa.

—Lo digo en serio: la rueda, la cena... —«No ha apagado el motor. Al final, la diosa excéntrica ávida de sexo que llevo dentro se le va a lanzar al cuello»—. Y lo mejor de todo es que he disipado mi gran duda.

—¿Una duda? —arqueó una ceja.

—Sí, claro. Había llegado a pensar que podrías ser algún tipo de acosador, ¿recuerdas? —Y le dio un segundo toquecito en el brazo.

—No me tientes —rio a carcajadas—. Ahora déjame que sea yo quien te agradezca una cosa. Una sola. Gracias por haber aparecido así en mi camino, de repente y cuando más lo necesitaba.

Lily se había quedado muda. Se le amontonaban cientos de palabras en la boca, pero apenas podía separar los labios. Realmente, no sabía cómo tomarse que quien hasta hacía unas horas era un completo desconocido, ahora le estuviera dirigiendo unas palabras más románticas de lo normal para ser una primera cita.

Ian notó la contrariedad en su rostro.

«¿Me la estará colando? Es imposible que un hombre sea así de románticamente romántico sin tener un lado oscuro.»

—Y, dicho esto, buenas noches, Lilyana. —Y le dio el segundo beso de la noche, igual de tierno que el primero, en la mejilla izquierda.

Esta vez, El Hombre no se había bajado del coche para abrirle la puerta. Probablemente, que ella hubiese hecho la estatua después de sus palabras tuviera algo que ver. Con un simple buenas noches, Lily se bajó del vehículo y se adentró en su portal. Vivía en un quinto, pero necesitaba con urgencia algo que volviese a dar vida a aquel corazón que parecía haberse quedado petrificado. Decidió subir por la escalera, saltando los escalones de dos en dos.

Cuando llegó a su rellano, había conseguido que los latidos casi se le saliesen por la boca. Ahora, su cuerpo era un hervidero de impaciencia, mezclada con algo de adrenalina. Un subidón que no conseguía entender, pero se propuso hacerlo en el rato que le quedaba antes de dormir.

Pasaban unos minutos de la medianoche, pero no le pareció tarde para encender su ordenador y ponerse a escribir. Necesitaba plasmar todos aquellos sentimientos distintos y encontrados antes de que salieran espantados por la ventana.

La cotorra, ahora muda

Sé que no son horas de escribir nada, de hecho, un viernes a medianoche nadie estará pendiente de este blog, pero casi que lo prefiero. Simplemente, necesito soltar todo lo que llevo dentro ahora mismo, aunque ni siquiera sé si conseguiré contarlo, porque, en realidad, ni yo misma me entiendo.

Apenas sé cuál era el último post que escribí en condiciones, pero creo recordar que era aquel en el que os detallaba cómo podrían ser mis dos nuevos futuros ligues, ¿verdad? Pues lo cierto es que, ahora mismo, estoy sentada en la cama, con el portátil en las rodillas y el corazón aún encogido, después de haber tenido una

primera cita con uno de ellos. Habéis acertado: sí, con El Hombre, al que, por cierto, a partir de ahora podríamos llamar Ian, que así es como decidió su madre bautizarlo hace treinta y cinco años.

Creo que estoy dejando a un lado la neurosis que acompaña a mi persona desde que se levanta hasta que se acuesta, pero es que lo último que me apetece ahora mismo es volverme loca.

En situaciones normales, en estos momentos me encontraría despotricando contra el chico en cuestión que me habría preparado la típica primera cita patética, que se habría intentado tirar a mi cuello con la posterior cobra por mi parte y al que habría tenido que despedir con un «Te prometo que te llamaré», cuando al segundo estaría borrando su número al subir en el ascensor.

Pero no, no tengo nada malo que contar. Ni bueno, no sé. Es extraño, pero una persona como yo, a la que hay veces en que habría que taparme la boca con un esparadrapo para conseguir callarme, estoy sin palabras. Un desconocido ha conseguido dejarme muda, congelarme, sorprenderme. ¿Sabéis cuánto tiempo hace que un hombre no consigue causarme ese efecto? Quizás también yo lo haya rehuido, pero ahora que ha vuelto a pasar, no sé si estoy dispuesta a dejarlo entrar.

Os contaré algo más de él. Imagino que lo primero que querréis saber es si era un loco, tal como algunos habíamos llegado a pensar. No, no lo es. Aunque hay algo que me asusta más que el hecho de que pudiera ser alguien desequilibrado: el destino. De verdad, suena cursi, pero es la única conclusión a la que he llegado después de esta maravillosa y perfecta noche.

Ese hombre fornido, guapo y de inmejorable sonrisa y mirada de miel que me cambió la rueda cuando se me pinchó hace unos días, ha resultado ser el mismo al que hace una semana rocié con mis no sé cuántas copas de más en la puerta del Raiki Beach, del que, por cierto, es dueño y soberano. Ian, El Hombre, es el propietario de mi local favorito en la ciudad.

Las casualidades parecen que comienzan a amontonarse, ¿no creéis? Por eso tenía mi número; la noche que le vomité encima (en el sentido más literal de la expresión) fui yo misma quien se lo dio para que me pasase la factura de la tintorería. Aunque claro, con la jodida moña que llevaba, ni siquiera me paré a mirar a quién tenía delante. Madrecita, qué ser humano más bien hecho. Ahora lo sé. Y mi pepitilla creedme que también; aún no se ha recuperado y anda bailando el chachachá desde hace horas, esperando encontrar pareja de baile...

Pero bueno, a lo que iba. Y cómo es él y en qué lugar se enamoró de ti. Físicamente, ya os hacéis una idea de cómo es: guapo no, guapérrimo. De esos que, cuando lo miras, piensas «Dios existe». Pero no es eso lo mejor de él, tan sólo es un complemento. Es un hombre inteligente, divertido, siempre tiene una palabra perfecta que decir en cada momento y, además, es un organizador de primeras citas perfecto.

Ya os he dicho que es el dueño del Raiki, pero resulta que también es el chef. Ha cerrado todo el local para que pudiéramos disfrutar los dos solos de una cena buenísima que, por cierto, había estado preparando él durante toda la tarde. Y aunque pueda parecer increíble, es soltero, no tiene hijos conocidos y ahora dedica todo su tiempo a la buena marcha del local. Además, es súper modesto, porque yo creo que le van genial las cosas, pero se ha excusado diciéndome que no es oro todo lo que reluce y que es un emprendedor al que le está costando mucho esfuerzo llegar donde está llegando.

Y sí, como veréis, nos ha dado tiempo a contarnos muchas cosas y más, aunque, obviamente, no os lo voy a detallar aquí todo, que para eso era una cita de dos personas únicamente. ¡Ah! Sólo os diré una cosa más: es todo un caballero, ni siquiera he tenido que hacer el movimiento cobra (bueno, he de reconocer que no sé si hubiera sido capaz de haberlo rechazado...). Sin más, me despido de vosotros, que ahora sí que es demasiado tarde. Pasad un gran fin de semana.

Lily

P. D.: Venga, sé que echáis de menos a la rubia neurótica que llevo dentro, así que os contaré la anécdota penosa de la noche. He estado toda la tarde probándome ropa para decantarme, finalmente, por el Vestido Rojo. ¿Sabéis qué rubia loca llevaba ese mismo conjunto cuando conoció a El Hombre en horribles y ebrias circunstancias? Pues eso. Debe de pensar que no tengo más ropa en el armario. OMG...[2]

9

La luz ya entraba en la habitación cuando Lily comenzó a desperezarse. Odiaba la claridad al despertar, pero lo cierto era que la culpa había sido únicamente suya, al no haber bajado la persiana. Pensando que era sábado, intentó remolonear un rato más entre las sábanas, pero ya estaba lo bastante despejada como para volver a coger el sueño, así que, en un alarde de presentir el comienzo de un gran fin de semana, decidió prepararse un desayuno para campeones y tomárselo tranquilamente en el alféizar de su ventanal con vistas al Templo de Debod.

A veces olvidaba por qué había alquilado ese piso, pero cuando se sentaba allí, siempre le venía el mismo recuerdo a la cabeza. Habían pasado ya casi cuatro años desde que decidió irse a vivir sola. Tras visitar decenas de pisos, llegó a un punto en que pensó que jamás encontraría algo similar a la fotografía que ella se había hecho en su mente de lo que sería su hogar. Hasta que llegó a ese loft. Amplio, con paredes altísimas y unos ventanales con vistas inmejorables. El único requisito que puso a la hora de firmar el contrato de alquiler fue que lo quería completamente vacío. La sola idea de visitar Ikea una media de cuatro veces por semana para decorar su hogar le encantaba. La decoración, junto con la moda, eran sus pasiones, y si a eso le sumaba las compras, todo era un perfecto y completo pack.

Además, sonrió al recordar que, por suerte, ella no había gastado un céntimo en esa casa, ya que había sido la segunda mujer de su padre quien había corrido con todos los gastos de los muebles. Lily no tenía nada en su contra, pero sabía que haberle dado un

talonario de cheques no significaba más que un burdo intento de limpiar su conciencia por haber hecho que su padre los dejase a ella y a su hermano y se hubiese marchado tan lejos con ella.

No pretendía meterse en los problemas que habían tenido sus progenitores y que los habían llevado, irremediablemente, al divorcio, antes de que su padre muriera, pero era incapaz de perdonar a éste. Aun sintiendo el amor más grande por él, no conseguía olvidar que viajara a Estados Unidos con la excusa de volver unos meses después y luego nunca regresara. Desde entonces, Lily no creía en el matrimonio.

«Y, sin embargo, estuve a punto de caer —pensó—. Pero no pienso tropezar dos veces en la misma piedra.» Y con ese último pensamiento, decidió que ya era hora de hacer algo más productivo que estar pegada a un cristal practicando juegos malabares con sus recuerdos.

Se obligó a sentarse frente al ordenador e intentar escribir unas cuantas líneas de lo que se suponía que iba a ser una novela. Pero nada.

—Joder —masculló.

En sus años como periodista nunca le había faltado inspiración. Podía estar más orgullosa de unos reportajes que de otros, pero siempre había tenido esa última frase con chispa o ese toque loco para firmar sabiendo que había hecho un buen trabajo. Comenzaba a pensar que lo de escribir un libro era otra cosa. Aquí no tenía pautas que seguir, ni siquiera un tema con el que comenzar a trabajar. Ni una idea, ni una sola.

—Joder, joder —repitió.

Tampoco sabía en qué era buena. ¿Romántica? *¿Thriller?* ¿Autoayuda?

—No, autoayuda ni de coña. Deprimiría aún más a la gente —dijo en voz alta, a la vez que soltaba una sonora carcajada.

Una cosa tenía clara, el buen humor que solía acompañarla, tendría que servirle de algo a la hora de crear su primer bestseller.

Sería un libro con tintes humorísticos y nada de tragedias, que de eso ya había suficientes en el mundo real. No sabía cómo continuar, pero de repente se le encendió la bombilla y fue de inmediato a coger su móvil, el cual, por cierto, no sabía dónde estaba. Siempre tenía la mala costumbre de tenerlo silenciado y nunca recordaba dónde lo había dejado.

Tras buscarlo durante más de diez minutos e intentar prestar atención para oír la vibración, lo encontró a los pies de su cama.

> Cambio de planes, Comando. Cenamos en mi casa. A las diez. ¡Os necesito! Ah, ¡y traed la comida!

Lily había tenido la genial idea de juntar a sus amigas para una tormenta de ideas y conseguir así temas para su libro. Nada como cuatro mentes locas y diferentes para sacar algo productivo de todas ellas.

Era apenas sábado al mediodía y ya no sabía qué más hacer con su vida. Es increíble cómo todos los seres humanos de este planeta están deseosos de que llegue el fin de semana y, en multitud de ocasiones, luego se encuentran sin saber en qué gastar su tiempo.

No quería dedicar sus dos «días libres» a buscar trabajo, que bastantes quebraderos de cabeza le estaba dando ya eso durante el resto de la semana. Tampoco se pondría a cocinar para la cena. Precisamente les había pedido al Comando Ensaladilla que se ocuparan, porque el hecho de encender un fogón era imposible para ella. Se alimentaba a base de ensaladas y tuppers de Silvia. Muchas veces había pensado en apuntarse a algún curso de cocina, pero siempre se excusaba con que apenas tenía tiempo.

«Quizás sea el momento de hacerlo», se dijo.

Hasta ese instante no se había permitido pensar en Ian. Toda mujer, después de una primera cita, se pasaba el día siguiente pegada al teléfono por si el hombre daba señales de vida. Lily no era una de ésas, ¿o sí? Había resistido muy bien hasta entonces, pero necesitaba echar un ojo a su móvil. Quizás tuviera una llamada y no la había oído al no tenerlo con sonido. No era el caso. Nada de nada.

«Malditos hombres.»

Llevaba un rato en el sofá, intentando leer el nuevo número de *Di Sole* y el último en el que estaba su firma, pero su cabeza ya no podía parar de darle vueltas al mismo tema. ¿Por qué le había gustado tanto esa primera cita? Tampoco es que fuera tan especial, ¿no? Y él, ¿se merecía que se estuviera pensando dejarlo entrar en su vida?

«¡Por Dios, no! ¡Si apenas lo conozco!», se repetía.

Sí, pero no, no, pero sí. Jamás había creído en el amor a primera vista, no entendía por qué ahora estaba así. Se obligó a no pensar en las palabras que Ian le había dicho como postre de su primera noche juntos y se juró a sí misma que no las creería. Nadie en su sano juicio abre su corazón a otra persona cuando sólo has estado con ella unas horas. ¿O tal vez sí?

«¡Basta ya, Lilyana Olsen Sánchez!» Se dio un golpecito en la frente.

Conociéndose como se conocía, sabía que necesitaba alguna distracción más que una revista de cien páginas si quería dejar de pensar en El Hombre. Sopesó las posibilidades y decidió salir a correr al parque de Debod.

La temperatura en la calle apenas llegaba a los diez grados, algo que Lily agradeció enormemente al abrir el portal, ataviada con unos leggins, forro polar y guantes.

Cuando apenas había corrido un par de kilómetros, pensó que, por algún tipo de imposición de todos los dioses del Olimpo, el destino había querido poner aquella estampa frente a sus ojos. Delante de ella, un grupo de fornidos hombres estaban practicando alguna especie de arte marcial que les hacía apretar con todas sus fuerzas todos los músculos imaginables e inimaginables posibles. Como si aquella imagen le hubiera sorbido el seso, bajó un poco el ritmo, siguiendo la marcha a buen paso, hasta que, volviendo a su vida la mala suerte, se estampó contra la pata de un banco. Sintió un dolor agudo en el tobillo derecho.

—¡Ouch! —gritó.

De manera involuntaria, la rodilla se le dobló y se cayó de bruces al suelo. Aquel «¡ouch!» debió de sonar más alto de lo que le había parecido, ya que el grupito de bomberos —como poco después supo— se acercó para ayudarla, cual nobles caballeros en busca de damiselas en apuros.

«Lo que me faltaba. Soy especialista en parecer estúpida delante de buenorros.»

El ambulatorio al que solía acudir estaba muy cerca, así que, tras cincuenta negativas a los bomberos, que querían acompañarla, se dirigió hacia allá dando pequeños saltitos.

«Ridícula, ridícula, ridícula que eres, hija.»

Tras revisarla una mujer con cara de muy pocos amigos, le soltó lo que temía cuando notó ese dolor tan punzante: se había hecho un esguince bastante severo que la obligaría a estar en reposo al menos un par de semanas. Con una venda fuertemente apretada, que apenas le dejaba circular la sangre, Lily volvió a casa dando más saltitos.

Recordó que Merche había sufrido un accidente doméstico unos meses antes y le escribió un mensaje pidiéndole que por favor le prestara sus muletas. Acabó el mensaje con un «No te preocupes, todo está bien. Nos vemos esta noche», y lo envió. Pero en realidad no era así, estaba muy enfadada consigo misma por no haber calentado lo suficiente, motivo por el cual ahora se encontraba con ese lamentable y antiestético aspecto. Y, para colmo, no había conseguido su propósito del día. No podía dejar de pensar en Ian y en por qué no daba señales de vida después de haber pasado, a su juicio, una velada perfecta.

Todavía faltaban unas horas para que las chicas le acribillaran a preguntas y las risas invadiesen el espacio, así que decidió llamar a su madre. Lo cierto era que había pensado muy poco en ella en los últimos días y lo más raro de todo era que Silvia tampoco había hecho ningún amago de querer saber algo de su hija. Eso la inquietaba aún más.

—Hola, mamá —dijo a modo de saludo, sin demasiada alegría en la voz.

—Pero ¡bueno! ¡Mi desaparecida hija se ha dignado descolgar el teléfono para saber cómo está la mujer que la vio nacer! —Hizo una pequeña pausa—. Espera, ¿qué le pasa a mi florecilla? Te conozco demasiado bien como para saber que algo no anda como debería...

—Soy un libro abierto, ¿eh? —dijo, en un intento fallido de bromear—. Nada, es sólo que me apetecía hablar con mi madre.

—Mentirosa... Venga, ¿qué es?

Era increíble cómo, aun siendo tan diferentes, Silvia siempre sabía cuál era el estado de ánimo de su hija. Sí, era cierto que no se llevaban a las mil maravillas, pero cuando Lily tenía un problema, indefectiblemente era a su madre a quien acudía. Suponía que porque no le aconsejaba lo que a todo el mundo le gustaría oír. Franca como ella sola, no se cortaba y le decía todo lo que pensaba. Aun siendo hiriente, la verdad siempre era lo que Lily necesitaba para tirar adelante.

—Ains, mami... —sollozó—, ¿por qué todo me pasa a mí?

—¿Mami? Vaya, la cosa es grave...

—¡Estoy hablando en serio! —se molestó—. Supongo que me cuesta admitir esto, pero... necesito una charla de ésas madre e hija.

—¡No sabes qué emoción provocan tus palabras en mí! —Lily estaba convencida de que estaría reprimiendo una lagrimita—. ¿Es por el trabajo, querida?

—Es por todo, mami... No tengo empleo ni expectativas de tenerlo en un futuro próximo, las ideas para mi libro parecen haberse esfumado, un hombre al que apenas conozco ha calado en mí un poquito bastante y, para colmo, estoy coja.

—Perdona que me ría, hija, pero es que tu vida parece una broma. —Sin esperarlo, ambas se echaron a reír a carcajadas—. En cuanto a lo del mal de amores sabes que soy la menos indicada para

aconsejarte, pero sé toda la historia. Recuerda que soy fiel seguidora de tu blog. —Guiñó un ojo, algo que Lily no pudo ver—. Y, respecto a la cojera, ¿se puede saber qué ha hecho ahora la torpe de mi hija?

—¿Por qué das por hecho que he sido yo la causante de este esguince que ha hecho de mi tobillo un botijo? —respondió ofendida.

—Porque te conozco mucho mejor de lo que piensas. Son veintinueve años ya a tu lado, pequeña ingrata...

—Vale, sí, he sido yo. Me he hecho daño cuando he salido a correr... —explicó—. Pero antes de que digas nada, ¡no! No vengas a casa, me las apaño fenomenal yo solita.

—Tranquila, no pensaba decirte nada. —Ese comentario sorprendió enormemente a Lily—. Ya aprendí la última vez que intenté instalarme en tu casa dos días. Te quiero, mi vida, pero separadas la una de la otra somos más felices.

—No podría estar más de acuerdo, mamá —rio—. Por cierto, con tanto lío en la cabeza se me ha olvidado llamar a Jaime, pero te prometo que lo haré en estos días.

—Eso es lo que quería escuchar. —Levantó la vista al cielo—. ¿Sabes?, esta mujer que te dio la vida siempre estará orgullosa de esa mujer torpe y neurótica que tiene por hija.

—Gracias, mamá. Yo también te quiero. —Colgó con una satisfacción más grande de la que había esperado después de una conversación con su madre.

El resto del día lo pasó intentando matar el tiempo entre lecturas varias y zapping en la televisión. Para su sorpresa, las chicas se presentaron casi una hora antes, algo inaudito en un grupo en el que la puntualidad brillaba por su ausencia.

—¡Voooooooooooy! —gritó, al oír el timbre—. ¡Hola, chicas! —saludó con el pie malo levantado.

—¿En serio, Patata? ¿Otra vez así? —Ale le dio un efusivo abrazo—. No se te puede dejar sola ni un momento, chica con dos pies izquierdos.

—Yo también me alegro mucho de verte, pequeña devorahombres. —Dejó entrar a las demás mientras le lanzaba una mirada cómplice a la primera.

—¡Precisamente de eso quería hablaros hoy! —respondió Ale.

—¿Te has enamorado? —preguntó Merche mientras se sentaba en el sofá.

—No, la tonta enamoradiza que ha caído ha sido Lily, no yo —contestó, mirando a ésta, que también estaba tomando asiento.

—Pero ¿qué dices? —le espetó ella—. ¡No digas tonterías!

—Lo que tú digas. El caso es que yo he decidido subirme al carro de las nuevas tecnologías... —Ale escrutó a sus amigas—. ¡Me he apuntado a una página de contactos por internet!

—Oh, eres imposible, Aceituna... —le contestó Luisa desde la cocina.

Era la única que se había puesto manos a la obra para preparar unas pizzas y algo de picar.

—Lo digo en serio. Mis compañeros de trabajo dicen que se ponen morados a citas. Y, chicas, qué queréis que os diga, una tiene necesidades. —Todas soltaron una carcajada al unísono.

—Pues a mí me parece perfecto, Ale —dijo Lily—. ¿Para qué complicarse la vida con uno, teniendo la posibilidad de tenerlos a todos? Aunque también tengo que decir que precisamente a ti no te hace falta eso para ligar... —rieron.

—Lo dice la que está loca por los huesitos de un tal... ¿Izan? —respondió.

—Es Ian, y no, no estoy loca por él. —Hizo una mueca—. Es sólo... no sé... No quiero pensarlo demasiado.

Las siguientes dos horas transcurrieron en torno a Lily. El resto del Comando Ensaladilla la escuchaba en silencio, comentando de vez en cuando las impresiones de las historias que su amiga les contaba. Así, del tema Mike pasaron a la velada con Ian y, de ahí, a la caída en el parque y la extraña pero reconfortante conversación con su madre.

—Chica, unos días sin vernos y ¡te pasa todo esto! —espetó Merche—. Yo, sin embargo, no tengo nada nuevo que contar. A la pastelería sólo entran mujeres, voy a tener que hacerle compañía a Ale en esa página de ligoteo —rio.

—Lily O, ¿y por qué no lo llamas tú? —preguntó Luisa—. Venga, ¿no estás diciendo siempre que estamos en pleno siglo veintiuno y que la mujer debería tomar las riendas de sus relaciones?

—No es lo mismo...

—¡Sí que lo es! —respondieron todas al unísono.

—Vale, pues no, no pienso llamarlo. Lo he pensado mucho y no quiero estar pendiente de nadie más que de mí misma —afirmó—. Por cierto, se me ha olvidado contaros algo... El otro día vi a Rober.

—¡¡¿Cómo?!! —gritó Ale.

—Sí, y lo peor de todo es que no iba solo. Hacía manitas con Mireia cuando los vi en una cafetería... —Reprimió una lágrima—. Pero lo estamos pasando demasiado bien hoy como para hablar de esto ahora.

Sus amigas sabían que cuando Lily no tenía ganas de hablar, era mejor no atosigarla. Así que olvidaron esas últimas palabras de Patata Cocida y la noche transcurrió animadamente, entre risas y juegos de mesa.

—¿Seguro que no necesitas nada? —preguntó Luisa—. Nos podemos quedar a dormir contigo, si quieres.

—No, gracias, chicas —contestó ella—. Me manejo bien con las muletas que me ha dejado Merche y, además, ya estoy cansada. Me apetece dormir.

—¡Como quieras! ¡Te queremos! —gritó Ale, algo achispada después de unas cuantas cervezas, cuando se marchaban por el pasillo.

Mientras cerraba la puerta, Lily oyó cómo Merche le reprochaba a su amiga los gritos que acababa de dar a unas horas nada prudentes para armar escándalo en el descansillo de la escalera.

Tal como Lily les había dicho, decidió que ya iba siendo hora de irse a la cama. Se tomó un relajante muscular, como le había recomendado la doctora, y se tiró encima del colchón.

Pipipipi. Pipipipi. Pipipipi.

«Mierda. ¿Qué se habrán dejado ahora?, pensó.

El WhatsApp la había sacado del letargo precedente a lo que preveía que sería un profundo sueño gracias a la pastilla que poco antes se había tomado. Leyó:

Buenas noches, rubia.

—¡¡SÍ!! —gritó y, con el móvil en las manos y una profunda sonrisa, cayó rendida.

Había dormido más de lo habitual y le pesaban los párpados. Sabía que era bastante tarde, pero no quería levantarse. Aún no. Total, casi no podía moverse, con aquella aparatosa venda. Por un momento, se le pasó por la cabeza taparse toda con la sábana y desaparecer lo que quedaba de día. No sabía por qué, pero se había despertado de muy mal humor.

Entonces se acordó del mensaje que había recibido la noche anterior y al que no había respondido. Como una exhalación, salió del letargo en el que estaba sumida y buscó el teléfono por la cama. No lo encontró al principio, pero cuando consiguió dar con él, de repente su humor cambió de inmediato:

Buenos días, rubia. No pensarás deshacerte de mí tan fácilmente, ¿verdad?

Se dio unos minutos para saber qué contestar. Con un poco de suerte, aquélla sería la primera conversación vía WhatsApp que tendrían, lo que significaba un primer coqueteo sin estar cara a cara, algo que solía traducirse en soltar las cosas que no se atreverían a decir delante de la otra persona. Aunque, por lo que había descubierto hasta entonces, Ian no se cortaba un pelo si le tenía que

decir algo moñas o bobalicón. No así ella, a quien le costaba enormemente mostrar sus sentimientos y mucho menos ante alguien a quien apenas conocía.

Una de las cosas que más le gustaba de Ian era su contradictoria personalidad. Igual era el ser más increíblemente romántico sobre la faz de la Tierra, con frases que la dejaban sin aliento, como soltaba pullitas propias de un canalla fanfarrón, como aquel mensaje que acababa de leer.

Finalmente, decidió contestarle con un

No lo he decidido aún ;).

Los emoticonos podían decir más que las palabras. Cualquier usuario de mensajería instantánea lo sabía. Se quedó con el móvil en la mano, aún tirada en la cama, esperando contestación, pero nada. Se fijó en la hora en que él le había mandado el WhatsApp: las siete y media de la mañana. Lily supuso que ésa era la hora a la que se habría acostado, después de cerrar el Raiki Beach. Probablemente ahora, unas horas después y cuando todo el mundo solía levantarse, él estaría durmiendo.

«Genial, horarios incompatibles. Un motivo más por el que desechar la idea de seguir con él.»

Con un torpe movimiento, acercó hasta sus rodillas el portátil que había dejado en el suelo horas antes. Abrió un documento y escribió todas las ideas que el Comando Ensaladilla le había propuesto para su libro. Con lo despistada que era, no podía perder un segundo más sin plasmarlas en algún sitio; de lo contrario, se quedarían en nada.

Según Ale, Merche y Luisa, su libro debería ser un reflejo de sí misma. Lo que le faltaba, contarle su historia al mundo. Bastante penosa se sentía ya en esos momentos, como para hacer partícipes al resto de seres de este planeta de sus penurias laborales, amoriles y vitales. Una cosa era el blog, pero un libro... Entonces se le ocurrió

una cosa. ¿Y por qué no? ¿Por qué no hacer a modo de novela una oda a los millones de parados del país? ¿Por qué no escribir una especie de segundo blog sobre cómo es el día a día de una persona desempleada?

Así, sin pensarlo siquiera, y en medio de lo que presagiaba ser un domingo terrible, tuvo una de las mejores ideas de los últimos días. Ya tenía título para su libro: *Confesiones y anécdotas varias de una treintañera en paro*.

No tendría por qué decir que se trataba de una autobiografía. Firmaría con pseudónimo y se haría millonaria vendiendo cientos de miles de ejemplares, como J. L. James o J. K. Rowling.

«Debería firmar con iniciales, parece que funciona.» Y así, sin pretenderlo, pensó que su vida había empezado a tomar el camino que tanto tiempo llevaba buscando.

10

Cuando pensaba que el día no podía ser mejor, recibió una llamada de Ian, de quien había intentado no hacer caso, aunque había fallado estrepitosamente en el intento. Había mirado el WhatsApp una veintena de veces para cerciorarse de que El Hombre no se había conectado. De haberlo hecho, se habría molestado de que no le hubiera respondido.

Uno de sus grandes defectos, sin duda, era la impaciencia, pero toda duda se disipó cuando oyó el ring ring de su teléfono y ahí estaba, el nombre de ¿«Acosador»? en la pantalla.

«Mierda, tengo que poner Ian y cambiar esto antes de que lo vea algún día.»

—¿Dígame? —contestó, en un intento por hacer como que no conocía a la persona que había marcado su número.

—¡Buenos días, rubia!

«Dios, qué voz tan sexy tiene este hombre...»

—Querrás decir buenas tardes. Son casi las seis ya —respondió en un tono más cortante del que pretendía.

En realidad, sí que estaba molesta porque no le hubiera escrito o llamado antes.

«Eres tonta, Lilyana O.»

—Sí, tienes razón. Pero no te quejes, acabo de despertarme y mi primer pensamiento del día has sido tú —añadió él con sorna.

—Claro, imagino que habrás cerrado tardísimo el Raiki... —Intentó suavizar su tono. No podía contestar de otra manera tras la moñería que el otro le acababa de soltar, aunque se lo hubiera dicho en un tono bastante burlón.

—Qué va. Me acosté tardísimo, sí, pero no por lo que crees... Pasé la noche en Urgencias con mi sobrino.

La cara de Lily fue poniéndose roja por momentos.

«Meter la pata, otra de mis especialidades».

—El Raiki Beach no es sólo de mi propiedad, también lo es de mi hermano pequeño, Bruno. De hecho, somos socios al cincuenta por ciento. Yo llevo el restaurante y él la discoteca. No suelo quedarme mucho más allí después de cerrar la cocina, sólo de vez en cuando. Y, mira, una de las pocas veces que me quedo tomando una copa, viene una rubia y se recrea echando su cena en mis zapatos... —bromeó.

»Poco antes de acabar mi turno —prosiguió—, me llamó mi hermano y me dijo que mi sobrino tenía bastante fiebre. Teníamos preparada una fiesta privada muy importante y él no podía faltar, así que yo, como buen tío y padrino que soy de Álex, me ofrecí para llevarlo al hospital.

Era imposible hacerlo callar. Parecía que tuviese el discurso preparado, así que Lily dejó que acabase antes de meter baza en la conversación.

—Y aquí lo tengo ahora conmigo. Saluda a Lily, Álex —dijo, pasándole el teléfono a su sobrino, algo que ella no esperaba.

—Ehm... esto... ¡Hola, Álex! —Adoraba a los niños, pero de momento no supo reaccionar—. ¿Qué tal te encuentras? ¿Estás mejor? —Ya comenzaba a dominar un poco la situación cuando Ian volvió a coger el aparato.

—Es muy tímido y parece que le está subiendo la fiebre. Mejor dejamos el saludo para otro día... —rio—. El motivo de mi llamada era para saber qué tal se encontraba mi rubia favorita y para preguntarle, con un poquito de suerte, si me dejaba invitarla a cenar esta noche.

Otra vez. Las mariposas ya habían vuelto a hacer su aparición estelar en su estómago. ¿Qué hacía? ¿Le mentía para que no la viera con la pata chula y postergaba la cita para dos semanas después? ¿Y si se cansaba de esperar y se olvidaba de ella? Optó por ser sincera.

—He tenido épocas mejores... —Sonrió de mala gana—. Si me vieras ahora, pensarías que acabo de salir yo también de un hospital.

—¿Qué te ocurre? ¿Estás bien? —respondió alarmado, una reacción que, por cierto, a ella le gustó.

Le encantaban los hombres protectores, que no posesivos, pero éste, por el momento, no había dado señales de ser un celoso patológico.

—No, tranquilo, estoy bien, pero creo que deberíamos dejar la cita para otro momento —dijo, mientras le echaba una mirada asesina a su tobillo, que seguía embutido en aquella venda que apenas dejaba pasar la sangre hasta sus dedos—. Digamos que soy bastante torpe y que eso se tradujo ayer en una caída en el parque, con resultado de esguince de tobillo...

—Pero ¿es grave? —Su tono alarmista había descendido un poco, pero no lo suficiente como para sonar «normal».

—No, no. Un par de semanas en reposo, nada más —contestó.

—Entonces, ya está. No te preocupes. Si no tienes inconveniente, la cita sigue en pie.

—¿Có...? ¿Cómo? —farfulló.

—En tu casa, en una hora. Dejo a Álex con su tía materna y te preparo la cena. Y no admito un no por respuesta.

Antes de que pudiera decir nada, Ian ya había colgado. Se había asegurado de terminar la conversación antes de que fuera a responder con una negativa. La conocía desde hacía poco tiempo, pero lo suficiente como para saber que si él no daba los siguientes pasos, ella se quedaría estancada en el mismo. Y por la impresión que le daba, no iba a dejar pasar la oportunidad de conocerla más.

Se quedó un par de minutos pensativa, repasando lo que acababa de pasar, pero entonces abrió los ojos de una manera exagerada y gritó «¡Joder, joder, joder!». Tenía sesenta minutos para adecentar aquella pocilga antes de que El Hombre entrase por la puerta.

Pero ¿cómo iba siquiera a intentarlo? Apenas podía moverse ella, como para pretender hacer la cama o recoger un poco el salón. Así que optó por pedir ayuda, algo que le costaba mucho, debido al orgullo, un defecto que tenía desde que era pequeña. En poco más de quince minutos, su querida Luisa, o Atuncillo, como le encantaba llamarla, estaba manos a la obra, limpiando por aquí y por allá.

—Date prisa, no quiero que te vea aquí cuando llegue —la apremió.

—¿Encima? —dijo su amiga, terminando de recoger las cajas de pizza que el Comando Ensaladilla había dejado en la mesa del comedor la noche anterior.

—Sí, perdona, tienes razón. Pero ¡corre!

—¡Hago lo que puedo! —le espetó Luisa.

Cuando ésta estaba terminando de ponerse el abrigo, segura de haber conseguido su hazaña en un tiempo récord, sonó el timbre.

—Joder, qué maldita costumbre de llegar antes de hora —dijo Lily—. Ni una palabra, ¿entendido?

—Entendido —respondió su amiga, con una mano en alto a modo de juramento.

Lily abrió la puerta y allí estaba él, El Hombre, con una bolsa de supermercado con lo que parecían ser los ingredientes para la cena en una mano y con una rosa amarilla en la otra, la segunda en apenas unos días.

—Luisa ya se iba, ¿verdad? —dijo Lily al abrir la puerta.

—Esto... ehm... sí. Bueno, yo soy Luisa. —Le dio dos sonoros besos en las mejillas—. Os dejo solos, tortolitos... —Y antes de que cerrase la puerta, Lily vio cómo le hacía un gesto aprobatorio con el dedo, a la vez que decía en apenas un susurro—: ¡A por él, chica!

—Muy efusiva tu amiga —sonrió Ian, mientras le daba un beso a ella en la mejilla, algo que, ya estaba convencida, se había convertido en una costumbre.

Ian pareció convertirse de inmediato en el dueño de la casa. Hizo tomar asiento a Lily en el sofá y se dispuso a preparar la cena. Media hora más tarde, ya estaban degustando una ensalada fría de

pasta con salsa al pesto. La conversación, como ya había ocurrido en su primera cita, fluyó como si fueran dos personas que se conocieran de toda la vida. Gestos cómplices y miradas furtivas fueron los complementos de una velada que, de ser por Lily, no habría acabado nunca.

Ian le contó que su hermano pequeño había tenido una relación con una chica italiana a la que había dejado embarazada cuando ambos tenían dieciocho años y que, poco después, la pareja se había roto. Desde entonces, Álex, que ahora tenía diez años, vivía con su padre, pero gran parte del tiempo estaba, en realidad, con él. Lily también aprovechó para hablarle del cariño que sentía por sus dos sobrinos, pero intentó omitir que no sentía lo mismo por los padres de éstos.

Una cosa tenía clara de aquella conversación: Ian adoraba a los niños. Contuvo su irrefrenable deseo de saber más acerca de sus anteriores parejas. No era el momento de acribillarlo a preguntas de ese tipo, aunque, en realidad, se moría de ganas de hacerlo.

—Creo que ya va siendo hora de irme —dijo Ian mirando el reloj.

¿En serio se iba a ir? Ella no quería que se marchase, pero ¿cómo pedirle que se quedara sin parecer demasiado obvia?

—Mañana debo coger un vuelo hacia Milán a primera hora.

Y ¡plum!, el «Quédate» que Lily tenía en la punta de la lengua se desvaneció.

—¿Ah, sí? ¿Te marchas? —preguntó nerviosa.

Esa idea no le gustaba en absoluto. Se estaba empezando a acostumbrar a él y eso que no habían compartido nada que no fuera platónico. Aún.

—Voy a visitar las añadas de un nuevo vinicultor. Son espectaculares y tengó la intención de incluirlo en la carta del Raiki. Bueno, y también quiero que se nos conozca fuera de Madrid, la verdad. —Sonrió—. Pero serán sólo un par de días —aclaró, al ver la cara que Lily había puesto—. Prometo dar señales de vida desde tierras italianas. —Le guiñó un ojo.

—No, no. No te preocupes por mí. El trabajo es el trabajo... —mintió.

—Sí, el trabajo es el trabajo —repitió él ya en la puerta, a punto de irse.

Llegaba el inminente momento de la despedida y Lily no sabía cómo reaccionar. ¿Bastaría con un casto beso en la mejilla? Lo cierto era que quiso frenar un impulso loco de lanzarse a su cuello, pero no le hizo falta. Ian, ya bajo el dintel de la puerta, la cogió de la cintura con una mano y, durante unos segundos que a Lily le parecieron eternos, tomó su barbilla con la otra y la miró directamente a los ojos. Se sostuvieron la mirada en silencio y, con un dulce gesto, Ian tiró de su mandíbula hasta acercarla muy despacio a su boca y, en un instante, sus labios se encontraron.

Lily experimentó un hormigueo indescriptible con ese primer beso. Para ella, saborear por primera vez a la otra persona era crucial a la hora de ver si existía química. Y vaya si la había. Una fuerza invisible parecía haber pegado sus labios a los de Ian. Una fuerza que no estaba dispuesta a dejar un solo milímetro de distancia entre ambos. Se separaron con la extrañeza de quien acaba de descubrir algo que no creía posible. Había algo entre los dos, algo imposible de explicar con palabras, y él también se había dado cuenta.

—Buenas noches, rubia. —Y con un último beso, desapareció por el pasillo rumbo a la escalera.

Al cerrar la puerta, se sintió mareada. Eso, sumado a la poca maña que se daba con las muletas, hizo que se cayera estrepitosamente de culo, algo que la hizo soltar una sonora carcajada, pero la alegría no le duró demasiado. Poco después, experimentó un sentimiento que creía enterrado para siempre: la preocupación de no volver a ver a la otra persona, de que se asustara y saliera corriendo por la puerta de atrás, como tantos otros habían hecho antes.

Estaba aterrorizada, ya no podía seguir negándose a sí misma lo que sentía hacia ese hombre. Si no era amor, se le parecía bastante.

11

Estaba hecha una furia. No sabía por qué se le había pasado ni un solo minuto por la cabeza confiar en Ian. Era un hombre, y no se podía confiar en un hombre. Eso lo sabía, pero durante un pequeño lapso de tiempo había derribado el muro que siempre tenía levantado para que ningún ser masculino pudiera hacerle daño.

Lo que se suponía que iban a ser sólo dos días sin verlo, se habían convertido ya en casi una semana, en la que no había tenido ni una sola noticia de él. En esos días, su humor había pasado de la euforia más absoluta a unos bajones de autoestima que la hicieron no levantarse apenas de la cama. Bajones de un rojo bermellón demasiado alarmantes.

Al octavo día de no saber nada de él, decidió que no se iba a lamentar más por una persona que sí, la había ilusionado, pero esa ilusión tan sólo se había traducido en dos citas y un más que espectacular beso. No era demasiado. El duelo apenas le duraría unos días, lo que tardase en terminar de recuperarse del tobillo y volver a dar guerra en la calle, como solía decir su amiga Ale.

Pero no todo iba a ser malo. La imposibilidad de moverse, debido al esguince, sumada a su humor nada positivo, hicieron que aprovechara esos días para sentarse frente al ordenador y comenzara a organizar las ideas que ya tenía claras para su libro.

Sin pensar demasiado, sus dedos se movían solos. Escribía y escribía sin ninguna dificultad. No podía parar, quizás en otro momento no volviera a tener esa inspiración que ahora la inundaba. Un capítulo, dos, tres. Eufórica, por fin sintió que su idea comenzaba a tomar forma. Esas últimas semanas que había pasado buscando de manera nada fructífera un trabajo precario, ahora le estaban

sirviendo para contar una historia en clave de humor. Nadie lo sabría, pero, poco a poco, esas líneas de ficción se iban convirtiendo en la autobiografía de una rubia neurótica como ella.

Una treintañera en paro, que veía acentuado su carácter loco y compulsivo después de que la echasen de su puesto de trabajo soñado y que ahora se veía a un paso de tener una mano delante y otra detrás. Lily en estado puro.

En un primer momento, pensó que no sería capaz de plasmar en unas líneas las locuras que a diario se le pasaban por la cabeza, pero nada más lejos de la realidad. Ser la protagonista de la historia era un aliciente más para seguir escribiendo.

«¿Tendrá un final feliz?», pensaba a menudo. El único final feliz que podría tener sería encontrar un trabajo, cosa que veía prácticamente imposible, después de esas últimas semanas en las que, diariamente, mandaba currículums y obtenía el silencio por respuesta de todas las empresas con las que se había puesto en contacto. Ni siquiera amigos, amiguetes o conocidos le habían echado una mano cuando les había pedido que la tuviesen en cuenta en cualquier proceso de selección.

Hacía unos días que había desechado por completo la idea de buscar empleo en la redacción de alguna revista de moda. Ni siquiera se planteaba ya la opción de encontrar trabajo como periodista. La cosa estaba muy mal en todos los sectores, pero la crisis de los medios superaba con creces a cualquier otra. Los periodistas, ahora, eran sustituidos por jovenzuelos de tercero de carrera contratados como becarios, que cobraban una miseria, si es que cobraban, y ocupaban la mesa del, hasta hacía poco, redactor o incluso redactor jefe de cualquier importante periódico.

Los hasta entonces asalariados de los medios de comunicación nunca habían visto mal el hecho de que estudiantes universitarios formasen parte de la redacción. Es más, ellos, años atrás, también habían sido becarios que soñaban con ser periodistas reconocidos de alguna radio o televisión. Pero aquello era otra cosa. Ya no existía el

tándem redactor-ayudante de redactor. Ahora sólo cabía la posibilidad de becario y el periodista al paro. Y eso Lily lo sabía muy bien.

Poco después de que la despidiesen de *Di Sole*, Luisa la había llamado alarmada, contándole que habían puesto a una becaria en su puesto, una chica que apenas había acabado la carrera, y que estaba segura de que ella sería la siguiente en irse a la calle. Así era el día a día de muchas empresas en época de crisis, viviendo cada jornada con el miedo de que pudiera ser la última con trabajo.

Todas esas ideas que siempre había tenido en la cabeza, se transformaron en capítulos de un libro que, en poco tiempo, ya tenía un cierto número de páginas. Pero por ese día ya era suficiente.

Se acordó de que aún no había cumplido la promesa que le había hecho a su madre días atrás de intentar hacer las paces con su hermano, por lo que inspiró y espiró varias veces y marcó su teléfono.

—Hola, Jaime —fue lo único que se le ocurrió decir, cuando éste descolgó el móvil.

—Ah, hola, eres tú. —La respuesta de su hermano tampoco es que incitase demasiado a entablar cualquier tipo de conversación.

—Esto... ¿qué tal los enanos? —Necesitaba introducir algún tipo de tema antes de entrar de lleno en lo que seguro que sería la continuación de la discusión que habían tenido semanas antes.

—Bien, muy bien —contestó él sin demasiado ánimo—. Carlota ha crecido casi un palmo desde la última vez que la viste y Mario ya habla como una cotorra...

—Tienes razón. Hace mucho que no los veo. —No sabía cómo continuar la conversación—. ¿Sabes que me hice un esguince? —dijo, intentando llevar el tema hacia algo más trivial y sin importancia—. Si hubiera podido moverme, habría ido a veros.

—Ya... —fue lo único que Jaime dijo.

—¡De verdad! —¿Es que no pensaba dar su brazo a torcer ni un poquito?—. Y Caye, ¿qué tal con su nueva exposición? ¿Se está vendiendo mucho en Londres?

—Sí, fenomenal. —Parecía que se iba relajando. Hablar de su mujer era lo que más lo enorgullecía. Lily jamás dejaría de preguntarse cómo podía haberse enamorado de semejante arpía estirada—. De hecho, ahora está allí, hablando con una galería para expandir más su mercado.

—¡Anda, qué bien! —«Genial, la escoba no está. Ahora o nunca»—. ¿Quieres que me acerque esta tarde a veros un rato a ti y a los niños? —A ver qué respondía—. Puedo coger un taxi y plantarme allí en un rato.

—Como quieras. También vendrá mamá. Iba a preparar pasta para cenar, que a los enanos les encanta.

—¡Genial! ¡Pues nos vemos entonces! ¡Hasta luego, hermanito!

Sabía que sería el momento perfecto para arreglar las cosas con él, sin que estuviera la pelandusca de por medio, intentando meter cizaña. Lo cierto era que le apetecía ver a su familia, ya que, desde la discusión, no habían vuelto a estar todos juntos.

Aún faltaban unas horas para que fuese a casa de su hermano y no sabía muy bien qué hacer hasta entonces. Pero, cómo no, le vino a la cabeza el motivo por el que había estado de tan mal humor esos días y decidió desahogarse en su blog, como hacía siempre.

Aaaaaaaaaarrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrgg

¡*Hola, amigos! Tendréis que perdonarme, sé que hace días que no aparezco por este, mi querido espacio blogueril, pero entre el poco tiempo de que dispongo y las ganas casi nulas que tenía de explicaros ciertas cosas, lo he ido retrasando demasiado. Aquí estoy de nuevo*.

En realidad, no sé muy bien qué contaros. Si hubiera escrito hace días, habría sido el post más moñas y positivo que, probablemente, hubiera escrito nunca, pero ahora, en cambio, lo único que me apetece es dejar aflorar a la rubia neurótica que llevo dentro y ponerme a gritar cual posesa en celo ¡¡MALDITOS

HOMBRES!! En serio, es que os odio profundamente. Pero de ese profundo, profundo sin luz al final. De ese *profundo, profundo que si se me pone un ser con pene delante, se lo corto. Así de profundo.*

No me sale ser más educada, prefiero ser sincera y chillarle al mundo que he sido la persona más incrédula y estúpida al pensar que alguien me podría volver a hacer «feliz». Me río yo de la felicidad que trae consigo el «amor».

Para mí, siempre han sido dos palabras que jamás han ido unidas en la misma frase, pero, por una vez, y haciendo caso omiso a mi racionalidad, pensé que quizás fuera verdad eso que te cuentan en todas las comedias románticas, donde se ven volar los corazones en medio de cada escena y donde, cómo no, no hay cabida para un final trágico y, por qué no decirlo, real.

Porque, amigos, podrá existir la tontería, el enamoramiento del principio, pero pocas veces eso consigue traducirse después en algo de verdad, tangible.

Y sí, imagino que ya sabréis por dónde van los tiros... Ian ha desaparecido, como todos los hombres que han pasado antes por mi vida. Y diréis, «¿Qué más da? Si sólo has tenido dos citas con él». Pues es cierto, ni yo misma lo entiendo, pero estoy un poco ~~jodida~~. Bastante ~~jodida~~, de hecho. ~~Jodidamente jodida~~, puestos ya a ser sinceros. No sé si alguna vez os ha pasado, pero yo nunca antes había sentido eso que llaman flechazo.

En apenas unas horas con él, sentí como si lo conociera de toda la vida... Muy guapo, muy inteligente y muy divertido, sí, pero un hombre, al fin y al cabo. Creo que soy como la miel para las abejas, sólo que yo, en vez de atraer a insectos, atraigo a seres masculinos con una patología no diagnosticada de mentira compulsiva. Supuestamente, hace ocho días que ha viajado a Milán durante «un par de días», un par de días en los que, supuestamente, daría señales de vida y un par de días en los que, obviamente, no he sabido nada de él. Ni en ese par ni en los que han venido después.

Se ha esfumado, ha desaparecido, se lo ha tragado la tierra. Y no, ni se me ha pasado por la cabeza llamarlo yo y ni se os ocurra planteármelo, porque sabéis de sobra que no pienso hacerlo. Seré tonta, sí, pero orgullosa también. Por suerte. Nunca me he arrastrado por un hombre —dejando de lado mis años adolescentes de perra en celo tras niñatos despeinados que tocaban guitarras pintarrajeadas en un garaje—, así que menos lo iba a hacer ahora por alguien con el que he tenido dos citas, maravillosas, sí, pero sólo dos, al fin y al cabo.

De Mike no tengo nada nuevo que contaros, porque ni siquiera le he visto en los últimos días. Me hice un esguince en el pie la semana pasada (sí, lo sé, soy una completa y torpe inútil), así que no he ido al gimnasio, ni él me ha llamado. Por suerte, una vez más, porque si antes tenía claro que no quería nada con nadie, ahora menos. Es muy majo, pero no es para mí. Menos mal que, en realidad, ni siquiera llegué a planteármelo en serio.

Creo que no tengo más novedades... Esta tarde iré a casa de mi hermano e intentaré hacer un esfuerzo infinito por tragarme todo el orgullo que llevo dentro y conseguir que hagamos las paces. Por suerte (y es el tercero en este post, lo sé), la escoba está ahora en Londres, vendiendo sus queridísimas y horriblemente feas obras de arte, así que no tendré que hacer como que me cae bien. Ni yo a ella.

Y por esta vez nada más. Prometo pasarme por aquí más a menudo.

Lily

P. D.: ¡Ah, sí! Tengo algo bueno que deciros... ¡Mi libro va viento en popa! Id guardando unos eurillos para ayudarme a estar entre los diez más vendidos! ;)

Tal como le había prometido a su hermano Jaime, se personó en su casa unas horas después. La verdad era que le había sentado bastante mal el hecho de que no se hubiera ofrecido a recogerla. En vez de eso, se había gastado casi cuarenta euros en un taxi para llegar a su casa, situada en un pueblo del norte de la ciudad. Cuarenta euros menos en su cuenta, que bien podría haber gastado en pagar parte del mes de alquiler.

Comenzaba a asustarse; justo antes de salir de casa, y mientras esperaba que llegara el taxi que había pedido, echó un ojo al saldo que tenía en su cuenta. Era cierto que ahora cobraba el subsidio de desempleo, pero a ese ritmo apenas podría aguantar unos meses más. El loft suponía un coste muy alto para alguien que estaba percibiendo unos ingresos bastante escasos. Y, por si eso no fuera suficiente, quedaban poco más de tres semanas para que llegasen las navidades, lo que se traducía en un derroche descomunal de dinero en forma de regalos insustanciales para toda la familia.

La sola idea de volver a casa con su madre en caso de no poder hacer frente al alquiler la hizo estremecerse.

«Antes muerta.»

—¡Hola a todos! —dijo, cuando la sirvienta le abrió la puerta—. ¡Gracias por venir a ayudarme, estoy bien! —soltó, mientras recorría la espaciosa entrada de camino al comedor, a mano derecha.

Allí estaban todos. Los primeros en saludarla fueron sus sobrinos, Carlota y Mario, que la hicieron tambalearse al tirarse a sus brazos, pero consiguió mantener el equilibrio y no acabó en el suelo. La siguiente fue su madre, Silvia. Le dio un efusivo abrazo para retirarse después y dejar en primer plano a Jaime.

El ambiente estaba cargado de una gran tensión y ninguno de los dos parecía querer dar el primer paso. Finalmente, Lily dio unos saltitos a la pata coja y se echó a los brazos de él. En el fondo lo quería muchísimo. Era su hermano mayor, el que durante tantos años la había defendido en el colegio cuando se metían con su alta estatura. Además, si no aprovechaba ahora, a saber cuándo podría volver a abrazarlo, si la escoba estaba delante.

—Te he echado de menos, esnob —añadió, mientras se soltaban, ya con una sonrisa en los labios.

—Yo también, tontorrona. —Le dio una palmadita en el costado —. Siéntate, anda, que en cualquier momento te nos desgracias el otro pie. Nunca había visto a nadie más torpe que tú en la vida, hermanita.

El resto de la tarde transcurrió de una manera inmejorable. No era por ser metemierdas, pero estaba claro que se respiraba otro ambiente mucho más distendido y familiar cuando no estaba la pelandusca de su cuñada. Pero bueno, con un poco de suerte, tampoco tendría que aguantarla demasiado a menudo. Por lo visto, la venta de sus cuadros en tierras inglesas no podía ir mejor, así que viajaba a Londres cada vez con más frecuencia. Jaime, en cambio, había bajado un poco el ritmo de trabajo, ya que alguien debía estar con los niños.

Si algo habían tenido claro los hermanos era que, si algún día tenían hijos, lo suyo sería una familia de verdad y no una como en la que ellos se habían criado, con una madre medio desquiciada y un padre a miles de kilómetros.

Pasada la medianoche y varias partidas de cartas después, esta vez sí Jaime la llevó a su casa. Siempre y cuando no estuvieran enfadados, como lo habían estado hasta entonces, él siempre había ejercido de ejemplar hermano mayor.

—Buenas noches, hermanita. —Se despidió de ella con un tirón de orejas, como hacía años que no hacía.

—Buenas noches, bravucón.

Al llegar a casa, sintió un vacío que no recordaba desde años. Entró y, como si no se hubiera dado cuenta hasta entonces, vio que estaba sola. Con la única compañía de un ordenador. Sola.

Nunca se había parado a pensar en eso. De hecho, siempre había sido muy independiente y adoraba vivir sin compañeros de piso, pero en ese momento, y recreando los recuerdos de esa tarde de su hermano con sus hijos, pensó en la soledad que la acompañaba desde hacía demasiado tiempo.

Y fue entonces cuando, una vez más, El Hombre volvió a sus pensamientos. Había conseguido retener su imagen en un rincón medio olvidado de su memoria durante toda la tarde, pero ahora, sin nadie con quien distraerse, volvió a su cabeza la perfecta sonrisa de Ian. Había despotricado contra él, lo había maldecido y había jurado y perjurado que no derramaría una sola lágrima por aquel hombre que tan mal se había portado con ella en los últimos días, pero entonces notó cómo sus ojos comenzaban, irremediablemente, a inundarse de un líquido salado que empezó a caerle por las mejillas.

Hacía tantos años que no lloraba por nadie que se asustó. Y, por si había tenido alguna duda hasta el momento, tuvo que reconocer lo que llevaba días negándose a sí misma: estaba locamente enganchada a ese hombre.

Por un instante, se le pasó por la cabeza llamarlo, pero rápidamente desechó la idea. Si quería volver a saber algo de ella, cosa que dudaba, después de no tener noticias suyas durante tanto tiempo, debía ser él quien diera el primer paso.

Pensó durante unos minutos que quizás hubiera algún tipo de explicación de por qué había desaparecido de esa manera, pero pronto lo comparó con sus anteriores relaciones y se dio cuenta de que lo único que estaba haciendo era intentar convencerse a sí misma para negar la evidencia de que no regresaría.

Ya era tarde y quería dormir, pero no paraba de dar vueltas en la cama sin conseguir caer en los brazos de Morfeo. El Comando Ensaladilla decía de ella que era medio bruja, ya que en numerosas ocasiones había predicho algunas cosas que les habían pasado poco después. Y en ésas se encontraba ahora. Con un mal presentimiento. No sabía qué era, pero sabía de quién se trataba: Ian.

12

El Comando Ensaladilla había quedado como cada semana para ponerse al corriente de todo lo que les había sucedido durante los últimos días. A Lily ya casi no le dolía el pie, así que antes de salir de casa decidió desterrar de una vez por todas las antiestéticas muletas. Le apetecía ponerse guapa. Con todo el tema de Ian, llevaba días como alma en pena, sin apenas arreglarse y pareciendo un completo desastre.

—Es el momento de dar guerra —dijo en voz alta, mientras se echaba un último vistazo en el espejo de la entrada y aprobando el modelito que había escogido para la ocasión.

Había querido salir decente y no sólo lo había conseguido, sino que algo mucho más que eso, irradiaba luz y belleza. Había elegido una falda de vuelo roja con botas negras y una capa verde botella que resaltaba su rubia melena.

«Así, sí, Lilyana», y con ésas salió disparada a la calle.

—Pero ¡mira quién ha vuelto! —exclamó Merche, cuando la vio entrar por la puerta de su querido bar Luti.

—Gracias, gracias —respondió ella, mientras giraba sobre sí misma haciendo que ondease el vuelo de la falda.

—Preciosa y caminando sobre dos piernas, ésa es mi Patata Cocida —la elogió Ale, guiñándole un ojo.

—¿Cómo estás? ¿Has sabido algo de él? —preguntó Luisa.

—No, y tampoco quiero hablar del tema. Hay momentos en los que estoy bien, otros de bajón... Nada que no sepáis ya, después de aguantar mis aventuras y desventuras amorosas desde hace veinte años. —Todas rieron al unísono.

—¡Pues yo sí tengo algo que contar! —empezó a decir Ale, mientras levantaba un dedo pidiendo la palabra—. Chicas, ¡internet funciona!

—¿Y lo descubres ahora, Einstein? —dijo Merche, mientras soltaba una sonora carcajada.

—No, Huevecito, no me seas cenutria... Me refería a la página de contactos a la que me apunté hace unas semanas. ¿Os acordáis? —preguntó Ale con una ilusión digna de una niña a punto de recibir su regalo de cumpleaños—. Pues ya he tenido tres citas. ¡Tres!

—¡Cuenta, cuenta! —le inquirió Lily.

—«Al menos a una de nosotras le va bien en el amor.»

—Te conozco y sé lo que estás pensando... —comentó Ale dirigiéndose a ella—. Y no, no es amor. Es mucho mejor que eso. Tres citas, tres polvos. Así, sin compromiso. Nunca había sido tan fácil ligar como ahora. Ni siquiera hace falta que te arregles, como cuando intentamos pillar en cualquier local. Aquí no hay miles de mujeres con las que competir, en el momento en que quedas con uno, sólo tiene ojos para ti. —Rieron.

—Chica, de verdad que eres incorregible, vamos que eres de lo que no hay —contestó Merche—. Espero que algún día puedas sentar la cabeza y entiendas lo que se siente cuando una mujer está irremediablemente enamorada.

—¿Es que acaso tú lo estás? —inquirió Luisa.

—No, pero lo he estado y es un sentimiento maravilloso que, por cierto, me encantaría volver a experimentar —dijo, mientras se cruzaba de brazos, algo indignada.

—¡Anda ya! —respondieron al unísono sus tres amigas.

El resto de la velada no decayó en cuanto a risas se refiere. Sin embargo, cuando ya estaban a punto de pagar las más que aceptables cervezas, Lily recibió un mensaje:

Necesito verte.

Lo leyó en voz alta y un silencio sepulcral se apoderó del Comando Ensaladilla.

—¡Vamos! ¿Es que no pensáis decir nada? —Sorprendentemente, Lily fue la primera en reaccionar.

—Estamos esperando a que seas tú quien dé muestras de cómo te has tomado ese mensaje —dijo Luisa.

—¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios! ¡OH, DIOS! —Ahora es cuando empezaba a ser consciente de lo que acababa de leer—. ¿Qué hago? ¿Qué hago? ¿¡¡QUÉ HAGO!!?

—Para empezar, dejar de repetir las cosas veinte veces si no quieres que te mandemos bien lejos —respondió Ale—. ¿Y qué vas a hacer? ¡Pues contestarle!

—¡Eso! ¿A qué esperas? —añadió Luisa.

—¿Que a qué espero? ¡A que mis amigas me quiten la idea de salir corriendo y echarme a sus brazos! ¡Vamos! ¡Deberíais estar diciéndome que es un cabrón que ha desaparecido casi dos semanas y que no he sabido nada de él desde que se fue! —chilló, ya en medio de la calle.

—Te lo diríamos, créeme, pero te gusta lo suficiente como para, al menos, escuchar qué excusa barata tiene para haber actuado así —respondió Merche. Sin duda, era la más cuerda de todas las del grupo—. No tenemos quince años para odiar a los hombres. Tenemos treinta, ¿es que aún no hemos madurado?

—¡No! —contestaron al unísono.

Lily ya iba camino de su casa y aún no le había contestado. Había decidido regresar en metro. Necesitaba pensar y el trayecto en taxi sería demasiado corto como para darle tiempo a ordenar sus ideas. Eso y que no tenía un céntimo para darse ese capricho. Porque en eso se había convertido viajar en taxi: en un caro e inalcanzable capricho.

¿Acaso debía perdonarlo así, sin más? ¿Sería capaz de hacer como que no había pasado nada? Sus experiencias previas le habían hecho ser como era y sabía que no podría olvidar algo así tan

fácilmente. Odiaba ese sentimiento de sentirse abandonada y una cosa tenía clara: no quería volver a experimentarlo.

Divagando sumida en sus cosas, ni siquiera había reparado en que, frente a su portal, se hallaba estacionado el magnífico Mercedes plateado de Ian. Y allí, apoyado en la puerta del copiloto y con los brazos cruzados estaba él, con una sexy chaqueta de cuero, unos vaqueros y un gorrito de lana gris con una franja burdeos.

—¡Lily! —la llamó.

No podía creer lo que estaba oyendo. Si no la engañaban sus oídos, aquélla era su voz. Ya con la llave metida en la cerradura del portal, se volvió y lo vio allí plantado.

—¿Qué haces tú aquí? —Le dirigió una mirada asesina.

—¿No es obvio? Te estaba esperando —respondió sin despegarse del coche, con un tono de voz bastante autoritario.

—¿Acaso no has tomado mi no respuesta —puso especial énfasis en la parte negativa de la frase— a tu mensaje como una indirecta bastante directa de que no quiero volver a verte?

—No se le daba bien hacerse la dura. De hecho, de no haber llevado aquella gruesa capa que le cubría el torso, él podría haber visto cómo el corazón le palpitaba acelerado y a punto de salirse del pecho.

—Claro que me he dado por enterado, pero me gustaría que, si no quieres saber nada de mí, al menos tuvieras la decencia de decírmelo a la cara —respondió—. Te creía más madura, la verdad.

—¿¡¡Perdona!!? ¿Encima me estás pidiendo que YO te dé explicaciones a TI de por qué no he contestado un mensaje? —gritó enfadada y enfatizando los pronombres, mientras se señalaba a sí misma y a él—: Are you kidding me?[3]

—¿Uno? ¿¡¡UNO!!? Oh, vamos, Lily, ¡no sé nada de ti desde que me fui de tu casa hace diez días con una sonrisa de oreja a oreja! —La conversación ya podía considerarse una discusión en toda regla —. ¡Te he escrito una media de cien veces desde Italia!

—¿¡¡Ci...!!? ¿¡¡Cien veces!!? ¡Pues yo no he recibido absolutamente nada, capullo! ¡Joder, pensaba que te habías olvidado de mí! —gritó.

—¡Y yo pensaba que te querías deshacer de mí y me estabas dando largas! —replicó él—. ¡Mierda, Lily, te he echado de menos, joder!

—¡Y yo también a ti, idiota!

—¿¡¡Y entonces por qué coño estamos gritando en medio de la calle!!?

—¡¡¡NO LO SÉ!!!

Como si se hubieran leído la mente el uno se tiró encima del otro y la pasión se apoderó de ellos. Se besaron con la efusividad de quien necesita desesperadamente a la otra persona. Él la rodeó por la cintura y se miraron a los ojos. No hacía falta decir nada más, sus miradas ya lo habían dicho todo sin palabras. Lily lo cogió de la mano y entraron en el portal en silencio.

Apenas había abierto la puerta de su casa, Ian la estrechó fuertemente contra él. Unos tímidos besos pasaron al preludio de lo que prometía ser una noche loca de sexo. Pero ¿era eso lo que Lily quería?

Nunca hacía nada con un chico antes de la tercera cita. ¿Aquello se podía considerar como un tercer encuentro? No tuvo tiempo de pensar mucho más, porque sus hormonas ya habían decidido por ella.

«¿Será tierno o, por el contrario, será un salvaje en la cama?» No podía creer que estuviera divagando sobre eso precisamente en ese momento.

«Lily, relájate, relájate. ¡Ni que fueras virgen! —se dijo a sí misma, mientras Ian la tumbaba cariñosamente en la cama—. ¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios! ¡Va a pasar! ¡Va a pasar!»

—¿Estás bien? —le preguntó—. ¿Quieres que...?

—Oh, no, todo está bien. Prosigue —«¿Prosigue? Pero ¿esto qué es, Lily, una clase de conducción?—. Quiero decir... eh... Vas bien, vas bien.

Al parecer, las palabras que acababa de pronunciar habían sonado igual de mal para él que para ella, no hacía falta más que ver su cara de incredulidad. De haber podido, Lily habría dado marcha atrás en el tiempo y lo habría paralizado en ese beso en su portal, digno de las películas de Meg Ryan o Jennifer Aniston que tanto odiaba, pero a las que siempre recurría cuando tenía un día ñoño.

Por suerte para ellos, un teléfono comenzó a sonar.

—Es el tuyo... creo —dijo Lily, abrochándose los botones de la camisa.

—Eh... no... Me parece que es el tuyo. —La voz de Ian sonaba igual de nerviosa.

¿Cómo podía ser que hacía apenas cinco minutos hubiesen sido dos cuerpos comenzando a fundirse en uno solo y ahora parecieran dos extraños?

—Ah... sí... Disculpa, ahora vuelvo —se excusó, mientras salía huyendo hacia la cocina—. Dios, Luisa, recuérdame que tengo veintinueve años, por favor —dijo, contestando al teléfono.

—¿Por? ¿Qué pasa? —se sorprendió su amiga.

—Nada. Tú sólo recuérdamelo.

—Lily, tú odias decir en voz alta la edad que tienes —replicó Luisa, incrédula, mirando el auricular.

—¡Tú recuérdamelo, coño!

—Lily, tienes veintinueve años ya, ¡madura! —dijo, sin tener ni idea de qué se trataba ese jueguecito.

—¡Gracias, es justo lo que necesitaba oír! Ahora no puedo hablar, ¡mañana te llamo! —Y colgó, dejando a su mejor amiga con la palabra en la boca.

Convencida ya de la madurez que le confería la casi treintena, y tras haber conectado con su diosa sexual interior, corrió a la habitación para acabar lo que habían empezado. Pero ya era tarde, Ian se había vestido y puesto de nuevo la chaqueta. Tenía una cara de sorpresa incluso mayor que la de Lily minutos antes. Era todo tan raro...

—¿Te parece que mañana te pase a recoger y cenamos juntos en el Raiki? —le propuso El Hombre, mientras se abrochaba el pantalón de los vaqueros, con un importante bulto que no parecía querer desaparecer.

—¡Claro! —contestó ella con una alegría mal fingida y mirando, precisamente, hacia la parte más abultada de Ian—. ¿Tendré una tercera rosa amarilla? —preguntó, intentando pensar en algo que no fuese sexual.

—Una cuarta, en realidad, la tercera está ahora en el coche. —Parecía que el ambiente ya estaba algo menos caldeado—. Estaré aquí a las ocho. Sé buena, rubia.

Y con un leve beso, salió por la puerta. ¿Qué acababa de pasar? ¿Acaso no eran compatibles en la cama? Oh, no, eso no podía ser. «No, por favor», rogó. Pero entonces, ¿por qué se había puesto tan nerviosa? ¿Serían las ganas que tenía de pasar una primera noche con él? Cuantas más vueltas le daba, menos comprendía lo que acababa de suceder.

Era hora de encender el ordenador.

D. E. P., diosa del sexo

La diosa del sexo que llevaba en mi interior ha muerto. D.E.P. No os riais, que os conozco. Hablo en serio. Yo, a mi edad, he perdido el apetito sexual. O eso o soy una chica virginal cagada ante su primer polvo con un hombre. No daré nombres, pero ya sabéis todos de quién estoy hablando. Sí, sigue vivo y no, no pienso matarlo en las próximas horas.

¿Alguna vez habéis deseado tanto a alguien que luego no es tal como lo habíais imaginado? En realidad, ni siquiera sé si es cumplidor, ya que mi persona ha decidido no pasar apenas de la segunda base. Oh, por Dios, ¡qué vergüenza! Habrá pensado que soy algún tipo de mujer estrecha o, peor aún, ¡una calientabraguetas! (Aceituna, perdona, sé que a ti te encanta, pero no, yo no soy una de ellas...)

Tampoco es que quiera ir aquí contando mis experiencias en la cama, pero vamos, nunca ninguno se me había quejado. De hecho, me consideraba una muy buena amante, pero ahora, hace apenas unos minutos, he descubierto que soy una completa gilipollas. Ya había oído yo eso de que ponerse a pensar en pleno acto no era buena idea, pero qué queréis que os diga, no lo he podido evitar.

El caso es que una comienza con «¿Cómo será? ¿Cómo será?» y acaba acordándose de que se le ha olvidado fregar el baño y ya para qué queremos más... Vamos, que lo que se suponía que iba a ser nuestra primera noche de sexo desenfrenado, con unos preliminares que prometían bastante, se ha convertido en una espantada por su parte.

Se ha debido de sentir tan incómodo como yo y se ha largado como una exhalación. Y con una súper erección. Mañana cenaremos juntos, a ver cómo solucionamos este pequeño... problemita. Oh, Dios, Lilyana Olsen, ¡eres un caso imposible!

Lily

P. D.: Mamá, abstente de hacer cualquier comentario. Bastante tienes con que no te haya bloqueado y deje que sigas mi vida minuto a minuto en este blog.

A la mañana siguiente, se despertó somnolienta y malhumorada. Lo primero en que pensó nada más abrir los ojos fue en el sueño tan extraño que había tenido esa noche. «Desde luego, somos lo que soñamos», se dijo. Una pesadilla extraña de la que apenas recordaba nada, pero que le había dejado un mal sabor de boca y un montón de imágenes sueltas arremolinándose en su memoria: Silvia, Ian, Jaime, el Comando Ensaladilla... Toda la gente que conocía y que consideraba importante en su vida se había dado cita en una especie de ¿funeral? ¿El suyo quizás?

«Oh, lagarto, lagarto», pensó y, antes de recordar nada más, decidió ponerse en pie y olvidar ese mal sueño.

Una ducha bien fría y dos tazas de café hasta arriba hicieron que su estado de ánimo cambiase de la más absoluta miseria a la más feliz de las alegrías. Como bien decía su madre, era una Piscis de manual, con idas y venidas cada dos por tres. Muchas veces era impredecible hasta para ella misma la reacción que tendría ante determinadas cosas. «Espero que esta felicidad me dure todo el día», deseó.

Y tanto que le duraría. Para su sorpresa, su bandeja de entrada del correo electrónico contenía un mail de lo más halagüeño:

De: Juan Henares Lucio —Recursos Humanos GTH
Para: Lilyana Olsen Sánchez
Asunto: Proceso de selección Z Magazine
Estimada Lilyana Olsen Sánchez:

Tras haber superado una primera criba de currículums, nos congratula anunciarle que ha pasado la primera fase para optar al puesto de Redactora de moda. Revista Z Magazine Spain.

Le rogamos, por favor, que concierte una cita con el departamento de Recursos Humanos para conocerla y tener una entrevista personal. Podrá hacerlo respondiendo a este mismo correo.

Muchas gracias y mucha suerte en el proceso de selección,
Atentamente,

Juan H. Lucio
Dpto. RRHH Grupo GTH

—¡OMG, OMG, OMG! ¡Sí, sí, sí!

No podía parar de gritar y saltar por toda la casa. De repente, el cuerpo de veintinueve años de Lily se había convertido en uno de una niña de diez, correteando por todas partes y llegando, incluso, a dar unos saltitos encima del edredón de su cama. Poco más tarde, y dándose cuenta de la histeria incontrolable que se había apoderado de su persona, respiró, se sentó frente al ordenador y se dispuso a contestar el mail.

No sabía si expresar euforia o, por el contrario, dar sensación de profesional. Finalmente, optó por lo segundo y redactó unas líneas dignas del director de *The Guardian.*

No sería fácil conseguir ese puesto, de hecho, ya lo había intentado en un par de ocasiones antes, pero ni siquiera había pasado aquella «primera criba de currículums». Después de todo, quizás le hubiera servido de algo la experiencia que había cogido tras trabajar cuatro años en la competencia.

Di Sole y *Z Magazine* eran rivales en los quioscos. Cada mes, los directivos de una y otra revista se lanzaban a estudiar las estadísticas para saber si habían conseguido vender más ejemplares que su competidora. Es cierto que *Di Sole* contaba con un público más fiel y consolidado, pero *Z Magazine* llevaba unos meses pisándole los talones, llegando, incluso, a rozar cifras casi exactas en los últimos números.

Hasta hacía bien poco, Lily también era una de las locas que estudiaban hasta la más mínima diferencia con su competencia, leyendo y releyendo sus artículos, pensando en cómo podía mejorarlos y estrujándose el cerebro hasta límites insospechados por idear temas frescos y novedosos, algo que, sin duda, era bastante complicado en un trabajo como el suyo, donde las faldas de tubo, los sombreros fedora y los autobronceadores habían sido protagonistas de todos y cada uno de sus reportajes desde hacía no sabía cuánto tiempo.

«Es verdad que la moda vuelve», solía decirse, cuando le tocaba escribir sobre el look sesentero que con tanta fuerza había vuelto a la calle.

Ahora, su lado competitivo y periodístico había despertado, y con más rabia que nunca. Todavía no había conseguido el puesto, pero se prometió que lo lograría, costara lo que costase. Sería la nueva redactora de *Z Magazine* y, en un par de años, tres como máximo, habría ascendido hasta ocupar la mesa de redactora jefe o, mejor aún, directora. Así podría darle en los morros al señor Anderson y a sus queridos y pobres mal pagados becarios.

Sin darse cuenta, y cual protagonista del cuento de «La lechera», perdió un tiempo precioso que había previsto gastar en probarse medio armario, hasta conseguir el look perfecto para su

¿tercera o cuarta? cita con Ian. Segura de que el encuentro sería inmejorable, apenas tardó en escoger el atuendo ideal que luciría durante la noche. Dejó un perfecto y ajustado vestido negro de tirante fino encima de la cama y salió a hacer un par de recados.

Desde que se hizo polvo el tobillo, lo cierto era que apenas había tenido vida social. O vida, al fin y al cabo. Por ello, escribió la lista de lo que necesitaba y se dirigió rumbo al supermercado. No sabía por qué, pero le encantaba hacer la compra. Suponía que porque no tenía las restricciones de una madre que, cada dos pasos, le recordaba que el chocolate que estaba a punto de coger le produciría un horrible acné —por no hablar de la expresión que había grabado a fuego en su cabeza de «Un minuto en la boca, toda una vida en tus amplias caderas, querida»— o que el champú que tenía en las manos era para cabello seco y ella lo tenía excesivamente graso.

«Bendita independencia», pensó, mientras daba la tarjeta de crédito en la caja y metía una enorme tableta de chocolate con leche en su bolsa.

Antes de regresar a casa, pasó también por el salón de belleza, donde después de un masaje tailandés y una limpieza de cutis, se sentía como nueva. Miró el reloj y pensó que ya era hora de volver. Sí, definitivamente, ése era su día.

En general, Ian siempre llamaba a su puerta una media de quince minutos antes de la hora acordada. Por ello, terminó de arreglarse a tiempo y lo esperaba impaciente, dando vueltas sin parar. Apenas se sentaba en el salón, se levantaba por un vaso de agua y se echaba otro vistazo en el espejo, para después volver al sofá otra vez. Estaba demasiado inquieta y él lo notaría.

Durante el resto de la tarde, se había estado preparando un discursito con temas algo intrascendentes, para intentar tener una conversación fluida y sin demasiados silencios incómodos. Sin embargo, comenzaba a pensar que él no iría, pues, entre unos viajes y otros recorriendo el loft, ya habían pasado treinta minutos de la hora acordada y aún no había dado señales de vida.

Impaciente, respiró hondo un par de veces. No quería volver a precipitarse y pensar que había desaparecido. Otra vez. No, él no lo haría. En el poco tiempo que hacía que lo conocía, sabía que ese hombre estaba realmente interesado en ella y que no se iría por la puerta de atrás por cualquier cosa. Vale que la noche anterior había sido un tanto desastrosa, pero tanto como para coger carretera y no verle más el pelo... No, eso no.

«No puedo creerlo, soy incorregible», pensó, dándose cuenta de que, una vez más, estaba dejando que su mente le hiciera pasar un mal rato. Debatiéndose entre la desconfianza y la paciencia obligada, por fin sonó el timbre.

—¿Señorita Olsen? —preguntó por el interfono una voz que no reconocía—. Vengo de parte del señor Ian.

—Eh... Sí, soy yo —respondió, sin saber muy bien qué decir y sin sonar demasiado contrariada—. ¿Quién es usted?

—Soy Fran y seré su conductor esta noche, señorita —contestó.

—¿En serio? —dijo, mientras observaba al hombre por la videocámara. Desde luego, aspecto de chófer tenía...

—Me temo que sí, señorita Olsen. —Sonrió a la cámara, seguro de que ella lo estaría mirando.

—Esto... pues nada... ahora bajo.

No podía creerlo. Lilyana Olsen Sánchez, escritora frustrada y periodista en paro de profesión y rubia neurótica por vocación, estaba sentada en la parte de atrás de una limusina, cual Paris Hilton un martes cualquiera. Al parecer, y según le había informado el tal Fran, Ian la esperaba en un lugar «románticamente secreto».

Lo cierto era que ella odiaba el romanticismo hasta límites vomitivos, pero desde que lo conocía, siempre esperaba que El Hombre hiciese y deshiciese planes melosos y con tintes color de rosa. Ya llevaba dentro del vehículo unos veinte minutos, tiempo más que suficiente para inspeccionar el lugar y a sí misma varias veces.

El coche en cuestión era bicolor, con las paredes grisáceas y la tapicería beige de cuero, algo que, por cierto, no agradeció demasiado, ya que, debido al excesivo calor de la calefacción, sumado a su estado de nervios, sudaba como un pollo, lo que hacía que se quedase pegada al asiento.

Cuando por enésima vez se repasaba los labios con el pequeño espejo que llevaba en el bolso, Fran se dio la vuelta:

—Aquí termina mi servicio por hoy —dijo, al tiempo que le entregaba un pequeño sobre amarillento, algo ajado—. Esto es para usted.

—Pero... a ver... ¿dónde estoy? ¿Dónde está Ian? —preguntó algo asustada.

—No sé más que usted, señorita. —Tanto «usted» y tanto «señorita» empezaban a incomodarla. Ella era más de andar por casa...—. Sólo sé que todo lo que necesita saber se encuentra dentro de ese sobre. —Se tocó la gorra a modo de despedida.

—Bueno, pues nada... Hasta luego, supongo —se despidió contrariada, bajándose del coche.

Nerviosa, miró a su alrededor. Vale que Ian tuviera ideas «románticamente secretas», pero aquello era demasiado. No sabía dónde estaba. Era de noche y apenas podía vislumbrar nada. Lo único que sabía era que estaba en medio de la nada, en lo que parecía ser el arcén de una vieja carretera secundaria.

Antes de abrir el sobre, maldijo a todo ser viviente que pudiera escucharla, incluida ella misma, por haber escogido ese ceñido vestido, a juego con unos tacones que ya empezaban a hacer su aparición estelar a modo de dolor de juanetes.

Rubia, sigue el camino amarillo. Ian.

¿Ya está? ¿Eso era todo?

—Este hombre se ha vuelto loco. O, lo que es peor, ya lo conocí siéndolo —gritó, dando vueltas alrededor de sí misma, buscando un inexistente camino amarillo.

Habían pasado un par de minutos cuando, por fin, consiguió ver lo que parecía algo tirado en el suelo de ese color. Se acercó y encontró una rosa amarilla al comienzo de un pequeño sendero de piedra, que conducía a lo que parecía una especie de cabaña con dos luces brillantes en la puerta. Lo siguió y, a cada paso que daba, más maravillada estaba. Verdaderamente, era un camino amarillo.

La casa se encontraba a unos cuarenta metros del arcén donde Fran la había dejado unos minutos antes. En los bordes del sendero había pequeñas velas amarillas encendidas y el suelo estaba recubierto con pétalos de rosas del mismo color.

No podía creerlo. Nunca nadie antes había hecho algo tan espectacularmente precioso para ella. Y, lo que era mejor, ni siquiera a Jennifer Aniston ni a Meg Ryan las habían conquistado con algo remotamente parecido. Bueno, a excepción del final de la peli *Cuando Harry encontró a Sally*. Rio.

Cuando llegó al final del camino, ahí estaba él, guapérrimamente perfecto y con tres rosas más en las manos.

—Con la que tienes en la mano, ya hacen cuatro —sonrió él. Todavía los separaban unos metros—. Las citas que llevo intentando conquistar a esta preciosa mujer, rara y excéntrica donde las haya.

—Idiota... —Recorrió el escaso espacio que aún quedaba entre los dos y le dio un tímido beso—. Me alegro de verte.

—Me esperaba un saludo algo más acorde con todo esto... —señaló el sendero—, pero con este último gesto me vale. —Sonrió mientras le ofrecía entrar.

El resto de la noche no podría haber ido mejor. El miedo que tenía de no poder mantener una conversación fluida con él se disipó sólo con mirarlo a los ojos. Había *feeling* entre ellos, cualquiera que anduviese a kilómetros de distancia y los viese por un agujerito lo sabría. Hablaron de todo y más. Las risas se sucedían y el ambiente era pacíficamente relajado.

Ian le había explicado que había pasado toda la mañana solventando «ciertos problemillas». Al parecer, su compañía telefónica había desactivado la opción de *roaming* que los móviles

necesitan para poder hablar con otros países desde el extranjero, de ahí que no hubiesen podido contactar mientras estuvo de viaje de negocios en Milán. Lily ya casi había olvidado ese tema por completo, pero le encantó que, sin ella pedírselo, él le diera ese tipo de explicaciones.

A medida que transcurría la noche, Lily se iba dando cuenta de que no dejaría escapar a ese hombre, no mientras una fuerza mayor no se lo impidiese.

—¿No me dices nada de esta espectacular cena que he preparado con estas manitas? —dijo, al tiempo que jugaba con ellas.

—Oh, vamos, eres cocinero, no tiene tanto mérito...

—Perdone usted, pero no soy cocinero, soy chef, y uno de los mejores de este país, además —respondió triunfante, con el pecho hinchado y tocándose la barbilla, algo fanfarrón.

—No te lo discuto —rio—. Tengo que reconocer que nunca había probado una lasaña igual... Bueno, la de mi madre, pero eso no cuenta, mi madre es la mejor cocinera de este planeta. —Y según acabó la frase, se arrepintió de lo que acababa de decir.

—¿Ah, sí? Pues quiero probar su plato estrella, además de conocerla a ella, claro. —Lo sabía, la había cagado...

—¿Cómo? —se atragantó con el último bocado—. ¿Tú? ¿Con mi madre? ¿Juntos? ¿En la misma casa?

—Y en la misma cocina, ya puestos... —Ian estaba disfrutando con aquella conversación.

—Creo que ya no tengo hambre. —Retiró un poco su plato.

—¿Tan horrible soy? —preguntó Ian, abriendo sus enormes ojos color miel y haciéndose el ofendido.

—Tú no. Ella sí —sentenció—. No la conoces...

—Pues eso es precisamente lo que pretendo... —Rio con fuerza al ver el rostro de Lily, cada vez más pálido.

—¿Qué te parece tomarnos un whisky doble, ponernos una peli tapados con una mantita y olvidarnos de lo que acaba de pasar en los últimos momentos de esta increíble y maravillosa cena? —Sonrió

ella con cara angelical, recuperándose aún de lo que acababa de pasar.

Ian rio a carcajadas, mientras terminaba de recoger los platos. Lily estaba petrificada, sin poderse mover de la mesa.

—Habrá segundo asalto, que lo sepas —dijo él y acabó la conversación con un beso.

Poco después, ambos se encontraban tumbados frente al televisor, viendo una película de origen polaco que, al parecer, era una obra maestra, pero que para ella estaba siendo un verdadero coñazo. Sin darse cuenta, los párpados comenzaban a pesarle y, cuando volvió a abrirlos, unos haces de luz empezaban a colarse por las viejas persianas de la ventana principal.

Tardó en desperezarse, pero rápidamente volvió en sí al echar un vistazo a su alrededor. Allí se encontraba, despeinada, tapada con una manta en un sofá que no era el suyo y, lo peor de todo, sola. ¿Sería posible que se hubiesen alineado los planetas para que, una vez más, una magnífica cita con Ian no acabase donde tendría que acabar?

Se levantó y, tras hacer un pequeño reconocimiento de la casa, lo encontró en la habitación principal. Miró el reloj y se dio cuenta de que apenas había amanecido, por lo que, armándose de un valor infinito que ya no le confería una copita de más, se tumbó junto a él y volvió a cerrar los ojos.

«Quién sabe, los polvos mañaneros muchas veces son los mejores», se dijo, al tiempo que buscaba un hueco entre los brazos de El Hombre.

—Buenos días, dormilona. —La despertó con un abrazo.

—Sí, buenos días, supongo... —Otra vez se sentía contrariada.

No había la magia propicia para que la mañana tuviese un despertar más... sexual.

—Anoche no quise despertarte. Estabas tan...

—Sí, dormida, ya lo sé. No hace falta que me lo repitas —dijo, con los brazos en alto, mientras buscaba el baño.

—Pero ¿qué te...?

—¡Nada! —Desapareció dando un portazo y se sentó en el retrete.

Pero ¿es que ese hombre no se enteraba de nada? ¿Acaso quería hacerse el galán y esperar a que ella se lo pidiese? No, habían estado a punto de hacerlo la noche anterior, en su loft... Enfadada, salió del baño y se dirigió a la cocina, donde Ian la esperaba con un zumo recién exprimido.

—Lo siento. Supongo que no tengo buen despertar. —Se encogió de hombros, algo más relajada después de haber meditado la reacción de niña que acababa de tener—. Gracias, me muero de hambre.

—Tranquila, no pasa nada. —Ian le guiñó un ojo mientras se partía de risa.

«Hay que ver, la paciencia que tiene este hombre con mis cambios de humor. Creo que he encontrado al único chico que entiende a las mujeres.»

—Por cierto, todavía estoy esperando que me expliques el numerito de anoche. ¿Eres una especie de Christian Grey o alguien con una cuenta en el banco de millones de euros? —empezó con una verborrea incontrolable—. ¿La tienes? ¿Por eso puedes costearte un local inmenso? ¿Y qué me dices de la limusina? ¿Es una broma? ¡Yo no tengo nada que ofrecerte!

—¡Caramba, rubia! Tendrás mal despertar, pero tus ganas de hablar a estas horas de la mañana son sorprendentes —rio—. Siéntate, anda, y disfruta del desayuno. —Le llenó una taza de humeante café—. Y no, para tu desgracia y la mía, no tengo los ceros de Christian Grey en la cuenta bancaria.

—Vaya... Por un segundo esperaba que los tuvieras. —Ya estaba mucho más relajada. Lo tenía comprobado, el café la amansaba como si fuera una fiera—. ¿Entonces?

—No es tan complicado. —Tomó asiento—. Como te dije, el Raiki Beach es un proyecto al cincuenta por ciento con mi hermano. El dinero nos lo prestó mi padre, que tiene una empresa que va bastante bien, pero pensamos devolverle hasta el último céntimo. —

Lily notó que fruncía el cejo, como si no le hiciera gracia el hecho de haber dependido de él para sacar adelante su sueño—. Y la limusina... ¿No pensaste que podría ser alquilada? —canturreó divertido.

—Lo cierto es que no... —respondió sonrojada—. Por un momento me creí la princesa de un cuento, supongo —dijo, bajando la mirada.

Ian se levantó de la silla, se dirigió hacia ella y le cogió la barbilla con delicadeza.

—Lily, pero ¿es que aún no te has dado cuenta de que tú eres la princesa de mi cuento?

Había conseguido, una vez más, dejarla sin habla. Era un don que, hasta el momento, sólo él tenía. Nada ni nadie habían salido triunfantes de cualquier conversación o debate con Lily. Ella, la incansable y suspicaz periodista, siempre tenía un comentario o argumento mordaz con el que responder y quedar por encima. Pero con él era imposible, conseguía dejarla de piedra con cada frase que salía de su boca.

Era increíble cómo un hombre al que, en un principio —o no tan al principio— consideró un loco excéntrico, fuera, en realidad, el ser más culto, divertido y perfecto que había conocido nunca.

Por primera vez en mucho tiempo, se sentía bien con el género masculino. Quizás, después de todo, sí existiera un príncipe para Lily.

13

Después de que Ian la dejase en casa diciendo que tenía que quedarse con su sobrino unas horas, Lily se tiró en el sofá y suspiró. Había pasado uno de los días más maravillosos de su vida y todo gracias a ese hombre que había aguantado que le vomitase en los zapatos.

«Es curioso el destino», pensó riendo, mientras conectaba su ordenador.

No le importó comprobar que no le habían respondido desde el departamento de Recursos Humanos de *Z Magazine*. De hecho, sentía un deseo irrefrenable de volver a retomar su novela. Hacía días que la tenía abandonada, y era una pena después del tiempo que le había dedicado las últimas semanas. Ya tomaba forma y, lo que era mejor, le gustaba cómo iba quedando el resultado.

Lily era muy exigente consigo misma y con su trabajo, pero notaba que lo que escribía tenía sentido. No era un libro más, era su libro. Aunque no lo reconociese, era como un hijo para ella, con sus historias divertidas y excéntricas y, por qué no admitirlo, también con sus inseguridades. Sin apenas darse cuenta, un tercio de la novela ya estaba prácticamente finiquitado.

¿A qué huelen las nubes?

Eso me preguntaba yo cada vez que veía ese ridículo y patético anuncio de compresas en la televisión. Ahora lo sé. Llamadme cursi, pero yo, Lily Olsen, ya sé a qué huelen las nubes. No me hagáis describirlo, porque no sabría hacerlo, pero sí puedo deciros que más que un olor característico, es un sentimiento.

No sé si decirlo en voz alta, porque miedo me da que venga ahora cualquier desgracia y se lo lleve, bueno creo que sí, que lo diré... Creo que... Creo que... ¡Soy feliz! Sí, definitivamente, la felicidad hace que huelas las nubes y que andes un poquito por encima del suelo.

Imagino que os preguntaréis por qué. Bien, pues por todo en general. A diario, nos empeñamos en negarnos lo evidente. Si fuéramos capaces de descubrir el placer en las pequeñas cosas, seríamos más felices. Pero no. Estamos acostumbrados a no conformarnos nunca con lo que tenemos, a siempre querer más. Y más. Y más. Sin embargo, si mirásemos más allá de nuestras narices de vez en cuando, nos daríamos cuenta de que, por una cosa o por otra, podríamos ser felices si nos lo propusiésemos. Yo, sin ir más lejos, hoy, soy feliz. Mañana no lo sé, pero hoy lo soy.

Supongo que Ian tiene algo que ver, bueno, algo no, mucho, aunque no es lo único. Hoy siento que soy capaz de mirar más allá de mi propio ombligo. No tengo dinero para pagar el alquiler, ni siquiera para comprarme ese bolso de Prada que he visto hace un rato en un escaparate de camino a casa, pero ¿qué más da? Tengo otras cosas. A saber: una familia que me saca de quicio, y a la que, irremediablemente, quiero muchísimo, unas amigas por las que daría la vida y, por qué no, puestos a ser positivos, tengo el suficiente tiempo libre como para poder escribir una futura novela de éxito. ¿Os parece poco?

Supongo que para muchos sí, pero creedme cuando os digo que aquí la que suscribe es más materialista de lo que le gustaría, y a pesar de todo, ahora que no tengo ni para pipas, me doy cuenta de otras cosas más importantes en la vida. Y no, no me acaba de suceder nada maravillosamente extraordinario que me haya hecho cambiar de opinión. Es sólo que hoy me he despertado sabiendo a qué huelen las nubes.

Lily

«Joder, qué buena escritora soy cuando me lo propongo», se felicitó, mientras terminaba el post del día. Quizás le había quedado demasiado ñoño, pero era lo bueno que tenía tener un blog personal, que podía dar rienda suelta a sus sentimientos, y hoy la rubia neurótica que llevaba dentro se había despertado así, vistiendo de color de rosa. «O de amarillo.» Sonrió mirando el ramo de rosas, que combinaba a la perfección con los cojines del salón.

—Lily, ¿qué coño te está pasando?

Había quedado con las chicas para tomar algo y ése fue el saludo de Ale al llegar.

—Yo también me alegro de verte, Aceituna —sonrió.

—Lo digo en serio. Viniendo en el taxi he leído tu blog y casi vomito allí mismo.

—¿Por qué? ¿Qué pasa? —dijo Luisa dándole un codazo—. ¿Acaso ocurre algo que no me hayas contado? —Subió la voz—. ¡Sí que pasa! ¡Sí que pasa! ¡Y seguro que está relacionado con la llamada tan rara del otro día! —se exasperó.

—¿Qué llamada? —preguntaron al unísono el resto del Comando Ensaladilla.

—¿Queréis bajar la voz? ¡Luti siempre se acaba enterando de todo lo que pasa en nuestras vidas! —dijo Lily bajando la voz y mirando de reojo al camarero, que estaba apoyado en la barra, escuchando y sin disimular lo más mínimo.

—Por mí podéis seguir, chicas —respondió Luti con una sonrisa en los labios, sabiendo que pronto bajarían la voz y la tarde dejaría de ser tan entretenida.

—Bueno, vale, que no te vayas por los cerros de Úbeda y nos cuentes de una puta vez —insistió Ale.

—Hay veces que flipo con lo bien que sabes hablar el castellano, hija —comentó Merche, recordando el origen italiano de la Aceituna del grupo.

—Sí, demasiado tiempo juntándome con vosotras, supongo —rio—. Pero no nos distraigas a la Patata, que ya se está haciendo la remolona. ¡Otra ronda, Luti! ¡Y deja de poner la oreja! —le dijo al

camarero—. Y tú, suelta por esa boquita —añadió, señalando a Lily.

—¡Por Dios! ¡Qué tercer grado! ¿Es que una no puede estar feliz así porque sí? ¿Sin más?

—¡NO! —gritaron las demás.

—Oh, vamos, Lilyana Olsen Sánchez, eres una rubia extremadamente neurótica, que hace unas horas lloraba por los rincones por un hombre al que apenas conocía, con una vida de miseria, sumada a una madre entrometida y sin un céntimo en la cartera con el que pagar el alquiler —dijo Ale—. ¿Sigo?

—Joder, muchas gracias por ese psicoanálisis tan positivo que acabas de hacer de mi persona —respondió Lily con los ojos muy abiertos.

—Pero ¡si es verdad! —Merche entró en la conversación—. Y no pasa nada, nos encantas con tus excentricidades varias, por eso nos extraña tanto eso de que sepas lo jodidamente bien que huelen las nubes.

Estaba claro que Merche también había leído el post.

—Yo no he dicho que huelan bien... —contestó, mirándose las uñas.

—Se acabó. —Luisa, tajante, dio un pequeño puñetazo sobre la mesa—. O nos cuentas YA qué ha pasado para que estés flotando como flotas o llamamos a tu madre y le contamos...

—¡No seréis capaces!

—¡Sabes que lo somos! —gritó Luisa.

—Vale, vale... Joder, pero si sólo quería darle algo más de emoción a la historia...

El resto de la tarde, y como no podía ser de otra manera, Lily fue la protagonista. Relató a sus amigas todo lo acontecido en las últimas horas, incluida la oferta de trabajo en *Z Magazine* y las citas y el casi polvo con Ian.

—Bueno, dicen que a la tercera va la vencida —opinó Ale.

—Pensaba que me echarías la bronca por mi comportamiento inapropiado e infantil, porque yo misma ya me la he echado varias veces en lo que va de día.

—Por eso, paso de fustigarte más. Aunque sí, para qué nos vamos a engañar, me dan ganas de darte un guantazo y ponerte fina —respondió Ale.

—Ya salió la verdadera Aceituna —explotó Lily y todas rieron—. No, en serio, tenéis que ayudarme a pensar algo especial. Él se lo ha currado muchísimo en todas las citas y, qué queréis que os diga, siento que mi imaginación se queda estancada cuando tengo que pensar en algo original para corresponder, que creo que ya va tocando...

—Bueno, lo tuyo es la escritura, ¿por qué no pruebas a escribirle una carta de amor o algo así? —Merche, sin duda, era la romántica del Comando—. Mostrarle que tú también estás interesada, ya sabes.

—¿Estás loca? Lily no es así, ¿a que no? —dijo Luisa, dirigiéndose a ella—. No puede forzar algo de esa manera. Además, no sé, quizás te estés precipitando, ¿no? Quiero decir, ¿estás enamorada de él? Ya sabes lo que pasó la última vez con Roberto... Lo mismo éste es igual, o incluso peor... ¿Te fías de él en tan poco tiempo?

¿Luisa dirigiéndose a ella de esa manera? Jamás había sacado un tono tan reprochador cuando hablaban de chicos entre ellas. Al contrario, era la primera que siempre la había animado a encontrar un hombre que realmente mereciese la pena. Sin saber muy bien cómo tomarse el comentario de su amiga, se sintió realmente dolida.

—Tengo que irme, chicas. Quería llamar a *Z Magazine* antes de que sea más tarde, para ver si han recibido mi correo y eso... —Se despidió rápidamente, sin dejar que al resto del Comando le diese tiempo apenas de decirle adiós.

De camino a casa, pensaba en por qué le había sentado tan mal lo que Luisa le había dicho. A decir verdad, estaba en lo cierto. Se estaba dejando embaucar por un hombre al que apenas conocía. ¿Y si su amiga tenía razón? Igual estaba confundiendo amor con enamoramiento, dos sentimientos parecidos, pero diferentes al mismo tiempo.

¿Y si se estaba relajando con él y había dejado que entrara demasiado pronto en su cabeza? Y, lo que era peor, ¿en su vida y en su corazón? Se había despertado con la certeza de ser una persona feliz, pero se había dado cuenta de que hasta el más mínimo soplo de aire podía tirar un castillo de naipes en tan sólo un segundo.

Estaba dolida con Luisa. No por el comentario en sí, que tampoco era para tanto, sino porque le había dado donde más le dolía. Lily podía aparentar ser la persona más segura de sí misma que pisara la ciudad, pero en realidad todo en ella eran temores. A cada paso que daba, se preguntaba y repreguntaba si estaba bien.

Ella antes no era así, si bien la escasa relación con su padre y todo lo acontecido con Rober la habían convertido en una mujer insegura con los hombres. Por eso siempre era tan cauta a la hora de quedar con un chico o de dar algún paso hacia delante. Y ahora que estaba derribando el muro que ella misma había levantado, Luisa, su mejor amiga, lo había vuelto a reconstruir con una sola frase.

Sabía que le estaba dando demasiadas vueltas a una tontería como ésa, pero, sin darse cuenta, ya había vuelto a cerrarse en sí misma. No lo había notado hasta que, unos minutos más tarde, miró su móvil y vio un mensaje de Ian. Un mensaje precioso, en el que le recordaba lo impredeciblemente perfecta que era. Un mensaje que borró sin siquiera releerlo una segunda vez.

Abatida, se acostó pensando en que el anuncio de compresas era una absoluta y completa gilipollez.

Por la mañana, su humor no tenía pinta de ir a mejorar ni tampoco en las siguientes horas, pero algo hizo que, una vez más, su carácter cambiante volviera a dar un giro de ciento ochenta grados. Le habían escrito un correo de *Z Magazine* diciendo que la esperaban para una entrevista personal esa misma tarde.

—Al fin —le dijo al ordenador, al tiempo que contestaba el mail comunicando su absoluta y total disponibilidad para la reunión.

Miró el reloj. Era temprano y aún tenía tiempo de hacer algunos recados antes de prepararse para la entrevista. No tendría que meditar demasiado su modelito, ya que tenía uno especialmente pensado para las ocasiones importantes de trabajo. Un traje chaqueta en tonos grises con camisa blanca, era el look perfecto para denotar seriedad. Lo combinaría con complementos algo más llamativos y modernos. Era una entrevista para el puesto de redactora de moda, así que tendría que ponerse algo que dijese «Miradme, soy la primera que hago caso de los consejos que dais en vuestra revista».

De repente, pensó que llevaba semanas sin comprarse nada. «¡No tengo ninguna pieza de la última temporada!», se alarmó. Cambió de planes y, lo que se suponía que iba a ser una mañana de compras para el hogar, se convertiría en un paseo por el centro de Madrid, donde recorrería las principales calles y encontraría, seguro, una ganga con la que deleitar al director de Recursos Humanos.

Antes de poner rumbo a gastar un dinero que no tenía, decidió pasarse por el gimnasio. Hacía días que no lo pisaba y comenzaba a sentirse mal, pensando en que una pequeña lorza comenzaba a sobresalir de la cintura de sus pantalones.

Si Luisa estuviera en ese momento con ella, sabía perfectamente lo que le diría: «Lily, por Dios, no insultes a las mujeres reales de este mundo». A lo que Lily habría contestado «¿Perrrrrrdona? Pero ¿tú has visto estas caderas?». «Bueno, ahí te tengo que dar la razón, querida», habría contestado su amiga, dando por finalizada la conversación.

Sonrió un instante, rememorando el comentario que siempre le hacía Luisa acerca de su cuerpo, pero entonces recordó que estaba enfadada con ella y prefirió ocupar la mente en otra cosa. Se acordó de que no había contestado al mensaje de Ian y se sintió en la obligación de decirle algo. Por lo que, mientras iba de camino al gimnasio, le escribió un escueto WhatsApp:

Día súper liado. Espero poder contarte buenas noticias con una cena y un buen vino. Esta noche. En mi casa.

Por un momento, pensó que no estaba demasiado bien redactado, pero tampoco tenía tiempo de estar pensando nada bonito o excesivamente bien escrito. Bastante tenía con que lo acabara de invitar a cenar, cuando ni siquiera se atrevía a preparar un simple bocadillo.

Cuando llevaba media hora corriendo en la cinta, notó que alguien le daba un toquecito en el hombro. «Oh, no», dijo para sí, recordando que tenía otra especie de pretendiente en esa misma sala, del que había pasado olímpicamente en las últimas semanas.

—Ah, hola, Mike. —Se quitó los auriculares—. ¡Cuánto tiempo!

—La verdad es que sí... —respondió él, al tiempo que se subía a la máquina más cercana—. Creía que te habías borrado del gimnasio o algo.

—No, qué va. —No estaba acostumbrada a hablar y correr a la vez y comenzaba a fallarle la respiración—. Ya sabes, entre unas cosas y otras... —Sonrió sin saber muy bien cómo continuar la conversación. Lily podía tener muchas cosas buenas, pero el disimulo no era una de ellas—. Creo que voy a irme ya, hoy tengo un día horrible... —Se bajó de la cinta.

—Cómo me rehúyes, ¿eh? —dijo Mike, al tiempo que también él se bajaba de la máquina—. Ya te lo dije una vez, te había pedido quedar un par de veces. Sé que la tercera me lo preguntarás tú a mí. —Le dio un golpecito cariñoso en el hombro.

—Dicen que nunca hay que decir nunca, ¿no? —contestó, segura de que no sería ella quien le pidiera una cita.

De camino al centro en busca de un bolso o unos zapatos perfectos, pensó en Mike. En alguna ocasión se había planteado quedar con él. Era extrovertido, guapo y no parecía el típico musculitos sin cerebro, pero sabía que no era su tipo. Sin embargo,

tuvo una idea: probablemente, no sería su chico ideal, pero puede que sí lo fuese para alguna de las integrantes del Comando Ensaladilla.

¿Para Ale? No, ella no, ya se las apañaba demasiado bien con sus ligues por internet. La última vez que se habían visto les comentó lo bien que se lo pasaba cada día con uno. Para Luisa tampoco lo veía... pero Merche... ¡Merche, sí! Guardó rápidamente la idea en un rincón de su memoria y se prometió a sí misma que le daría un par de vueltas para intentar trazar un plan con el que juntar a dos amigos muy queridos para ella. Bueno, en realidad, una amiga muy querida y un chico que, a primera vista, no parecía un mal tío.

Mientras seguía pensando en cómo montaría un encuentro casual entre ambos, encontró lo que buscaba. Allí estaba, el bolso que tanto tiempo llevaba esperando. Un Amazonas de Loewe la miraba desde el escaparate con una etiqueta en la que anunciaban un descuento del cuarenta por ciento.

—¡Síiiiiiiiii! —gritó como una loca en medio de la calle, llegando, incluso, a llamar la atención de algunos de los viandantes que pasaban a su lado en ese momento.

Conocía el precio de ese bolso y sabía que no se lo podía permitir, ni siquiera con un descuento de ese calibre, pero ahí estaba, era para ella. El destino había decidido que ese bolso colgaría de su antebrazo por los siglos de los siglos. Calculó mentalmente lo que tenía en la cuenta. Quizás si se alimentara de pasta y arroz y dejase de salir dos días por semana, pudiese pagarlo en un par de meses. En un burdo intento por convencerse a sí misma, se dio cuenta de que ni por ésas podría comprarlo, pero tenía que intentarlo al menos.

Entró sin hacer demasiado ruido para admirarlo de cerca, y enseguida una dependienta algo estirada y con un cuerpo escandalosamente envidiable se acercó cual aguililla rapaz en busca de una suculenta comisión. Llegaba el momento de la conversación más absurda que Lily podía considerar en el mundo (después de la que mantenían dos personas en un ascensor):

—Buenos días, ¿puedo ayudarla en algo? —preguntó la chica, con una sonrisa Profident que dejaba al descubierto un caro y reciente blanqueamiento dental.

—No, gracias, estoy mirando. Bueno, sí. —Por una vez, haría caso a una mujer que no fuera ella misma a la hora de asesorarse en una compra—, ¿en cuánto se queda ese Amazonas del escaparate? —señaló el cristal.

—Veo que es usted de gustos caros. —Amplió más la sonrisa—. Su precio original es de mil cuatrocientos euros, pero con un descuento del cuarenta por ciento se queda en...

—Ochocientos cuarenta, sí, ya lo sé —no dejó que la dependienta acabase la frase—. Está bien. Muchas gracias. —Y se volvió a modo de despedida.

Apenas quedaban un par de horas para la entrevista y tenía que decidirse. ¿Comer o no comer? Ahí estaba la cuestión. Sabía que era imposible gastarse semejante cantidad de dinero, pero ese bolso siempre había sido su sueño, desde que tenía uso de razón. ¡Y ahora era un chollazo!

«Jodido destino sin un céntimo», maldecía interiormente. Daba vueltas por el establecimiento haciendo como que se interesaba por otros artículos, pero en realidad no paraba de pensar en lo mismo. Finalmente, salió de la tienda con un humor de perros.

«¿Por qué a mí, Señor?» ¿Es que no había habido tiempo en esos cuatro años de redactora en *Di Sole*, donde cobraba un buen sueldo, para que, por un pequeño instante, se les hubiese pasado por la cabeza a los directivos de Loewe rebajar *ese* bolso para *ella*?

Poco después, ya estaba lista para salir de casa. Se miró al espejo y pensó que el conjunto quedaría infinitamente mejor con el Amazonas en su brazo. En lugar de eso, optó por un bolso bombonera y un moño alto, que realzaba su cuello y dejaba ver una gargantilla de piedra verde, de la última temporada de Bottega Vennetta, que su madre le había regalado por su último cumpleaños.

«Tendrá que valer con esto.»

Algo más animada, cogió un taxi y se dirigió a *Z Magazine*, no sin antes prometerse a sí misma que ese empleo sería para ella y que aquél sería el último taxi que cogería hasta volver a cobrar un sueldo.

Llegó al edificio diez minutos antes de la hora acordada. Al entrar, encontró el panorama que había estado rezando por no ver. Una sala llena de espectaculares mujeres que esperaban, igual que ella, ser entrevistadas por cualquier mindundi de Recursos Humanos.

Nunca había entendido el excesivo protocolo que conllevaba una entrevista de trabajo: vestuario, lenguaje verbal, lenguaje no verbal, no ser excesivamente hablador pero tampoco quedarse callado, sonreír, mirar a los ojos en todo momento... Un sinfín de reglas no escritas que siempre la habían puesto muy nerviosa cuando, años atrás, se había enfrentado a muchas de ellas.

Había hecho bien en llevar su carpetita debajo del brazo. En ella, además de un par de currículums preparados, portaba un libro bastante grande. Siempre había sido su estrategia a la hora de entrar en cualquier despacho examinador. Se había convencido de que dejar ese mamotreto en la mesa le conferiría un aspecto de mujer culta e interesante, aunque no sabía muy bien si había acertado demasiado con su elección: *La caída de los gigantes*, de Ken Follet. Ni siquiera se lo había llegado a terminar, de hecho, no había pasado de la página cien, pero era el más gordo que encontró antes de salir de casa.

«Tendrá que valer», pensó de nuevo, mientras lo abría por donde estaba el marcapáginas. Echó un ojo al resto de chicas y vio que su estrategia no era lo que se decía original, ya que muchas de ellas parecían tener dolores de espalda de los inmensos libros que también habían traído con ellas.

—Lilyana Olsen Sánchez, por favor. —Al oír su nombre, salió del ensimismamiento en que se había sumergido sin darse cuenta—. Puede entrar.

—Eh... ¡Gracias! —Había sonado demasiado entusiasta—. Sí, gracias, buenas tardes. —Intentó sonar más profesional.

Nada más entrar vio que no lo tendría fácil. La persona encargada de entrevistarla era una mujer. Más que un pensamiento sexista era una superstición. Siempre había suspendido si la examinadora había sido una mujer. Cuatro «no apto» en el carnet de conducir lo corroboraban. Probablemente sería autosugestión, pero cuando, al mirar por el retrovisor vio que era un hombre quien la examinaría en la quinta ocasión, se relajó y bordó la prueba.

—Buenas tardes, señorita... —hojeó unos papeles que Lily supuso que serían su currículum— Olsen. ¿Americana?

—Más o menos. Mi padre sí lo es, pero yo nací aquí. Mi segundo apellido es Sánchez. Como verá, no es una buena combinación. —Sonrió, pero al ver que su ingenioso comentario no le había hecho gracia a su interlocutora, se calló de inmediato y se agarró las rodillas.

—Vaya, vaya, vaya, de la competencia —siguió la mujer, sin levantar la vista—. ¿Por qué opta a este puesto?

—Bueno... eh... —Qué ilusa haber creído que el hecho de haber trabajado en *Di Sole* le daría algún tipo de ventaja respecto al resto —. Hubo reestructuración de la plantilla y...

—La echaron —la cortó.

—Bueno, se podría decir que sí. —«¡Será perra...!»—. Pero mire —toqueteó entre los papeles que la entrevistadora tenía—, ahí tiene una carta de recomendación. —Sonrió fingiendo ser adorable, cuando en realidad tenía ganas de estrangularla.

—Sí, ya la veo —ordenó sus hojas—, y por mí misma. Gracias.

El resto de la entrevista no fue mucho mejor, aunque hubo un par de ocasiones en las que supo que la había impresionado. Un poco más y la hubiese dejado con la boca abierta. Hizo alusión a un reportaje que *Di Sole* había publicado meses atrás y que, precisamente, estaba firmado por ella. Cuando Lily se atribuyó la rúbrica de ese artículo, la estirada de gafas de pasta arqueó las cejas a modo de aprobación.

Tenía la sensación de que, incluso habiéndolo intentado, no habrían llegado a ser amigas, pero por otra parte estaba segura de que tenía delante a una mujer responsable con su trabajo y que buscaba una buena candidata, no una colega con la que irse de copas.

«Para eso ya tendrá a su pitbull», pensó.

—Bien, creo que eso es todo. —La mujer recolocó los papeles—. Es usted algo imprevisible, pero aun a riesgo de saltarme el protocolo, le diré que tiene bastantes posibilidades de pasar a la siguiente prueba.

—¿De verdad? —«Quizás no seas tan perra, después de todo»—. ¿Y cuántas fases hay exactamente?

—Tras haber llegado hasta aquí, y en caso de que supere ésta, aún le quedarían un par de pruebas más: una especie de examen práctico de estilismo. —Lily pensó que eso no tendría ningún problema en pasarlo, ya que había nacido con un estilo natural maravilloso, como solía decirle su madre—. Y, por último, otra entrevista personal, esta vez con la directora de *Z Magazine*.

—¡Genial! —«Lily, no te emociones»—. ¿Y eso cuánto tiempo supondría? —Sonrió una vez más, mientras dejaba caer sus pestañas en un intento de parecer un ángel.

—No tenemos muy claro en qué momento cerraremos el proceso de selección, pero calculamos que... —miró para arriba, pensativa— unos cuatro meses, para comenzar con los números de primavera.

Estaban en diciembre, pero las revistas de moda trabajaban con meses de antelación.

—¡¡¿Cuatro meses?!! Pero... pero... —se puso nerviosa—. ¡Eso es mucho tiempo!

No tenía suficiente dinero para pagar el alquiler sin cobrar durante tantos meses. Y ella pensando en gastarse casi novecientos euros en un bolso...

—¿Alguna pregunta más, señorita... —hojeó por última vez el currículum— Olsen?

—No, gracias —respondió, indignada por tener que esperar tanto tiempo una respuesta y por qué la entrevistadora aún no se hubiera quedado con su apellido, aun habiendo sido la escritora del reportaje «más aceptable que había escrito *Di Sole* en los últimos tiempos».

Salió por la puerta con el sabor agridulce de saber que el puesto podría ser suyo, pero dentro de mucho, mucho, mucho tiempo.

Antes de regresar a casa, se pasó por el supermercado en busca de ingredientes suculentos para la cena que prepararía para Ian. El problema era que no tenía ni la más mínima idea de cocinar, así que, finalmente, se decantó por comprar una *quiche* preparada, que sólo habría que calentar en el microondas. Rezando para que el paladar experto de El Hombre no la reconociese como precocinada, volvió a casa para prepararlo todo.

—Rubia, esta quiche de verduras está riquísima.

«¡Genial! No lo ha notado. Soy una crack.»

—¿Cuál es el ingrediente secreto? —prosiguió él—. ¿Cilantro, tal vez? ¿Nuez moscada?

—Eh... sí... ¡eso, eso! ¡Nuez moscada, sí! No te lo había dicho para ver si lo averiguabas...

Ian soltó una sonora carcajada, algo que hizo pensar a Lily que quizás no lo había engañado como pensaba.

—Pero vamos a ver, cariño, ¿realmente crees que no iba a averiguar que esto —señaló el plato con cierto desdén— es congelado? —Rio de nuevo.

—Pero ¿qué dices? ¿En qué te basas? —Empezaba a ponerse nerviosa y las palabras se le escapaban atropelladamente de la boca —. ¡Me he tirado media tarde preparándolo para ti!

—¿En serio?

No paraba de reírse y comenzaba a incomodarla. Vale que la hubiera pillado, pero tampoco tenía por qué regodearse de esa manera.

—Dicen que un buen ladrón jamás debería dejar huellas...

—Yo no soy ninguna ladrona. ¡Sólo soy una cocinera amateur que se ha pasado las últimas tres horas de su vida preparando como sea que se llame este plato! —Y se cruzó de brazos como una niña pequeña.

—¿Ah, sí? ¿Y el envoltorio de la marca Hacendado que hay en la encimera de la cocina y que pone «*Quiche* de verduras. Lista en cinco minutos», qué es?

«*Oh, my God! Oh, my God! Oh, my God*!» No sabía dónde meterse. Lo cierto era que ni se le había pasado por la cabeza tirar el dichoso plastiquito a la basura.

Eso le recordó una hilarante historia de Cristina, su antigua compañera de piso, que invitó a sus amigas italianas a degustar «una buena paella española». Como ella, tampoco Cristina tenía la más remota idea de cocinar, por lo que compró un par de bolsas congeladas y las hizo pasar por un plato propio. Pero claro, su ex compañera fue mucho más inteligente y, no conformándose con tirar los envoltorios a la basura, los escondió en el lugar más recóndito del mundo donde tirar una bolsa de paella: su armario. Un mueble que, por cierto, no abrió hasta horas después de que las italianas se fuesen de casa, para «no levantar sospechas».

Rememorar esa historia la hizo sonreír.

—¿Ves? ¡Te estás riendo! ¡Te he pillado! —dijo Ian, señalándola con un dedo acusador.

—Está bien, está bien. Mea culpa —respondió, con las manos en alto.

El resto de la velada fue inmejorable. Era increíble lo bien que se sentían cuando el otro estaba cerca. Era como si se conociesen de toda la vida. Hablaron de todo: del sobrino de Ian, de la discusión ya arreglada de Lily con su hermano, de la entrevista de trabajo... Pasaron horas sentados en el sofá, charlando, con la única compañía de una botella de vino que, esta vez sí, Lily había sabido escoger cuando fue a hacer la compra.

Su padre, experto catador, le había enseñado las tres características principales a la hora de escoger un buen vino, algo que en muy contadas ocasiones había utilizado, pero que para esa noche le había servido a las mil maravillas. Ya que no lo había sorprendido con su nefasta cena, sí lo había conseguido con la elección del rioja que ahora los acompañaba.

—Aún no me puedo creer que te haya conocido, Ian. —Dejó la copa en la mesita que quedaba a los pies de ambos y lo miró directamente a los ojos, buscando que él la mirase con la misma intensidad—. De verdad, es algo que no puedo explicar. Sé que es una locura, pero ahora podría escaparme a cualquier parte del mundo contigo...

No sabía cómo ni por qué lo había dicho. Quizás fuera el vino, que se le había subido un poco a la cabeza, pero tenía que soltarlo. Ella, que necesitaba semanas, e incluso meses, para abrirle su corazón a alguien, tenía la imperiosa necesidad de compartir lo que sentía por ese hombre. En ese momento. Era ahora o nunca.

—No sé qué me estás haciendo... Ian, yo no quería esto, en serio. Mi vida ya era de por sí lo bastante complicada como para que viniera un ser increíblemente perfecto como tú, que seguramente conseguirá tirar el muro que me protege para después salir corriendo...

Las palabras fluían solas. Lo que había comenzado como una declaración de un principio de amor, estaba dejando paso a un monólogo sobre lo frustrada que se sentía con los hombres. Lo estaba haciendo, lo estaba mandando a paseo, como había hecho con otros tantos antes.

—No sé si me estoy explicando... —prosiguió—. Quiero decir... No sé, Ian, es que cuando te tengo cerca, me confundes, soy incapaz de pensar con claridad, mis palabras son una serie de frases inconexas... Yo... Yo... No sé si quiero esto —concluyó.

¿Qué acababa de decir? ¿Lo estaba mandando lejos? ¿Era lo que estaba haciendo? ¡Ella no quería eso! ¿O sí? Su subconsciente era quien lo estaba alejando de su lado. Una vez más, el miedo se

había apoderado de ella. No podía dejar que otro hombre le rompiese el corazón. No, eso no.

—No, Lily, lo siento pero no te vas a deshacer de mí tan fácilmente. No ahora que te he encontrado. Me da igual que el pánico no te deje reaccionar. ¿Crees que eres la única a la que le da miedo comenzar una relación con alguien?

—¿Una... relación? —Abrió mucho los ojos.

Era cierto que ella ya comenzaba a verlo de esa manera, pero nunca lo había oído de la boca de Ian, algo que le confirió un poco más de seguridad.

—Sí, Lily, una relación, porque es lo que es esto para mí. Yo tampoco esperaba fijarme en alguien que, ebria, me embadurnase los zapatos de vómito, pero aquí estoy, con ella. Contigo. Lily, estoy aquí. ¿Y sabes qué?

La cogió dulcemente de la barbilla y la miró directamente a los ojos.

—¿Qué? —Notó cómo sus ojos comenzaban a inundarse de unas lágrimas que rezó para que no se le escapasen.

—Que no pienso irme. Nunca.

Era real. Muy real. Ian sentía exactamente lo mismo que ella y ya no hacían falta palabras para convencerla de que aquello iba en serio. Esa última mirada de El Hombre tiró ese ya de por sí frágil muro que la protegía y su alma quedó desnuda ante él. Estaba irremediablemente enamorada de Ian.

Se miraron por última vez antes de dejarse llevar por una romántica y salvaje intimidad hasta entonces desconocida para ellos. Sus manos se unieron, igual que lo hicieron sus labios, incapaces de separarse. Sus cuerpos eran uno solo. Habían nacido para estar juntos. No dejaron que una sola partícula de aire corriese entre ellos. La alfombra del salón sirvió como improvisado colchón de esa escandalosa escena.

La estancia sólo estaba iluminada por una pequeña lamparita en un rincón, que confería una penumbra perfecta para la ocasión. Ian la tumbó lentamente en el suelo, mientras besaba cada parte de su

cuerpo. Comenzó por el cuello para, poco a poco, y con una delicadeza propia de un caballero experimentado, ir bajando por sus hombros, sus brazos, sus pechos... Él dominaba, ella se dejaba hacer.

Lily estaba impaciente, necesitaba tenerlo dentro de ella. Ya. En ese momento. Pero él la estaba haciendo sufrir lentamente. Se estaba recreando en unos preliminares que hicieron que alcanzase el primer orgasmo antes siquiera de que entrase en su cuerpo. Cuando estaba recuperándose de esos primeros espasmos de placer, la embistió con fuerza, para después seguir con un movimiento lento, rítmico. No sabría calcular cuánto tiempo habían estado así, siendo uno solo. Por fin, y a la vez, ambos gimieron de placer.

—No sé qué decir... —dijo Lily, extasiada por lo que acababa de ocurrir en ese salón.

—No hay nada que decir. —La calló con un beso.

14

Se despertó con un placentero dolor de cuello. Había dormido sobre el pecho de Ian toda la noche. Un sueño reparador, pero que ahora le había dejado una leve tortícolis por no querer apartarse de ese cuerpo que tan bien la había amarrado con fuerza durante ese tiempo. Intentando no hacer ruido, le dio un leve beso en la mejilla y se levantó de la cama. Necesitaba ir con urgencia al baño, pero el hecho de tener al hombre perfecto allí, a tan sólo unos metros, la avergonzaba sobremanera.

Decidió aguantar como una espartana y, tras echarse algo de agua en la cara y mirarse al espejo pensando «Genial, tengo esa horrible cara de mujer recién follada», se sentó frente al ordenador. No sabía si Ian tendría que madrugar para ir a trabajar, pero decidió dejarlo dormir.

Esta vez sí, ¡y a la vez!

¡*Sí, sí, síiiiiii! Mi Luisa tenía razón, ¡a la tercera va la vencida! ¡Y qué vencida! No voy a dar detalles de lo que ha ocurrido en mi vida en las últimas horas, pero os lo podéis imaginar... ¡Sí, estamos hechos el uno para el otro! ¡Y sí, somos compatibles también en la cama!*

No podría extenderme aunque quisiera; algunos de mis lectores familiares me impiden dar rienda suelta a mis dedos viperinos, pero sólo os diré una cosa: esa falacia de las pelis de llegar al orgasmo a la vez es... ¡verdad! No me preguntéis cómo, porque yo lo veía totalmente como una escena ficticia que nunca jamás de los jamases había logrado alcanzar... ¡hasta esta noche!

Bendita sensación ésta de sentirse inmensamente feliz. No sé cuánto me durará... Imagino que no mucho, teniendo en cuenta mis vaivenes sentimentales a lo largo del día, pero pienso disfrutar con las vistas que tengo ahora mismo. Porque sí, amigos, aún lo tengo aquí, en mi cama, durmiendo como un bebé, con una sábana que apenas le tapa parte del cuerpo y que deja al descubierto su más que perfecto torso. No puedo escribir más. Toy agotá*. Clic*.

Lily

Le echó un último vistazo y se aseguró de que aún seguía durmiendo plácidamente. Antes de ponerse a preparar el desayuno, echó un ojo a la bandeja de entrada de su correo, pero sólo había mails de propaganda, ni rastro de *Z Magazine*.

Con toda la destreza de la que fue capaz, consiguió unos aceptables zumos de naranja recién exprimidos y unas tostadas algo quemadas. Justo cuando estaba terminando de poner el café en la cafetera, notó que unos brazos le rodeaban la cintura.

—Buenos días, dormilón. —Se dio la vuelta y le dio un fuerte abrazo que casi lo tumbó en el suelo.

—¡Vaya! Te has levantado con energía hoy, nena. —Cómo le gustaba que la llamase así...—. ¿Qué hay para desayunar? —Le dio un pequeño toquecito en el culo.

—Bien, pues tenemos zumo de naranja recién exprimido casi sin hebras, tostadas chamuscadas y café, siempre café. —Sonrió.

—Mmmmmmmmm me muero de hambre. Voy al baño y vuelvo, ¿vale?

—Aquí te espero. —Le guiñó un ojo.

Cinco minutos más tarde, estaban degustando el desayuno sentados en la alfombra que horas antes había sido espectadora de una tórrida escena de pasión.

—No me habías dicho que escribieses un blog —«¿Cómo?»—. Lo he visto al pasar por delante de tu ordenador, pero tranquila, que no he leído nada.

—¿Y entonces cómo sabes que es mío?

La sola idea de que El Hombre leyese ciertas cosas sobre su intimidad la hicieron estremecerse. No quería que él supiese de la existencia de ese blog y, sobre todo, de las locuras que se le ocurría escribir diariamente en él y de las que él era, precisamente, muchas veces el protagonista.

—Simplemente he visto un post cuya firma ponía «Lily». No creo que haya muchas páginas cuya autora tengan ese nombre —respondió, dándole un bocado a la tostada más quemada que había en el plato.

Lily adoraba que los hombres comiesen así, con rudeza.

—Ahm... bueno, sí... En realidad no es nada —dijo, mientras se ponía algo de mermelada en su trozo de pan, sin sostenerle la mirada—. Pero preferiría que no lo leyeses... por favor.

—Tus deseos son órdenes para mí. —Le dio un tímido beso en la mejilla, dejándole migas en el carrillo derecho—. Por cierto, lo de la lasaña con tu madre, ¿lo has pensado? —Sonrió.

—Pero ¿lo dices en serio? —Se atragantó con el zumo.

—Muy en serio. Te dije que habría segundo asalto. —Vio cómo la cara de Lily se descomponía por momentos—. Oh, vamos, tampoco tiene que ser tan malo, ¿no?

—No, malo no, peor. —No sabía qué contestar, pero reaccionó ante la impaciencia de él—. Está bien, deja que hable con ella y ya concertaremos un día, ¿ok?

—Ok. —Sonrió triunfante, tragándose el último trozo de tostada —. Y ahora me voy, rubia, que tengo que hacer unas gestiones antes de irme a currar. ¿Cenamos juntos esta noche en el Raiki?

—No puedo, lo siento. Tengo algo entre manos con Merche. —Recordó que se había prometido a sí misma darle vueltas a la cita a ciegas de su amiga, la Huevecito, con Mike.

—Está bien. Entonces, espero poder sobrevivir sin verte. —Puso cara de pena.

—Claro que podrás, idiota. ¿Acaso no lo has hecho estos treinta y cinco años?

—Sí, pero es que antes no te conocía, nena. —Y, con un beso, terminó la conversación.

Apenas habían pasado un par de horas desde que Ian se fue y ya lo echaba de menos. Le parecía inverosímil echar tanto en falta a alguien que hacía unas semanas ni siquiera sabía que existía, pero ahora, allí estaba, sentada en el sofá, rememorando cada uno de los momentos que había vivido con él la noche anterior.

Toda su casa olía a su cara colonia: sus cojines, su almohada... todo. Y le encantaba.

Era casi mediodía y aún no había hecho nada productivo, por lo que decidió poner a rodar su cabecita y trazar el plan al que llevaba dándole vueltas desde hacía días.

Lo tenía todo pensado. Le diría a Merche que quedasen urgentemente porque necesitaba hablar con ella. La Huevo del Comando Ensaladilla era la psicóloga del grupo, sosegada y paciente. Si necesitaba que alguien la escuchase sin interrumpirla, ésa era ella. Y, además, no sólo sabía escuchar, sino que meditaba sus respuestas, no era impulsiva, lo que se traducía en buenos consejos.

Sí, sería fácil convencerla de quedar. El problema estaría en Mike. Sabía qué era lo que tenía que decirle para proponerle una cita, pero claro, tenía que arreglarlo de algún modo para que se quedase prendado de Merche y no de ella.

En un primer momento se le había ocurrido convencer a su amiga de que se apuntase con ella al gimnasio, pero eso sería perder el tiempo. Merche era total enemiga de hacer deporte en un recinto cerrado, por no hablar de sus horarios. La pastelería consumía casi todo su tiempo, más ahora, que había empezado a informarse sobre qué ayudas podía pedir si decidía montar un negocio por su cuenta, algo que el Comando la animaba a hacer

desde hacía años. Realmente era una gran pastelera, además de tener una excelente imaginación dando forma a los cupcakes que tan de moda estaban últimamente.

Desechando la idea de correr juntas en la cinta del gym, optó por quedar con ella en una terraza muy mona situada cerca del mismo. Así ella aprovecharía la tarde para hacer unos ejercicios y luego, con un «Anda, tomemos algo aquí al lado», animaría a Mike a acompañarla.

Dispuesta a llevar su magnífico plan hasta el final, le escribió un mensaje a Merche citándola en la cafetería a las ocho en punto. No le dio demasiados detalles, sabía que con mostrarse algo «impaciente» por hablar lo tendría hecho. Poco después, y tal como había imaginado, su amiga le contestó diciendo que estaría allí puntual para escuchar todo lo que tuviese que contarle.

Lily se sentía mal, pues había preocupado a Merche, pero de haberle dicho la verdad, estaba segura de que no habría acudido. Una vez conseguida la primera parte del plan, Lily se marchó al gimnasio sabiendo que no tendría problemas para convencer a la otra mitad. Tal como suponía, y tras llevar apenas diez minutos en una de las bicis elípticas (no había vuelto a las clases de spinning), Mike se acercó con aquel andar tan masculino que sólo sacaba cuando veía a alguna rubia a la que hincarle el diente.

Lily rio divertida, pensando que estaba tan pesado con ella porque era la única que le daba calabazas.

—Veo que has vuelto a montarte en una bici —dijo, a modo de saludo, mientras se tocaba el pelo.

—Sí, bueno, pero sola y a mi ritmo, nada de spinning —rio. No sabía cómo sacar el tema sin parecer demasiado brusca—. Y tú, ¿qué tal todo?

—¿Que qué tal todo? —Arqueó las cejas—. Es la primera vez que me preguntas algo así —rio—. ¿Es que acaso te estás comenzando a interesar por mí? —Mostró toda su dentadura.

—Una no puede ser amable... —Le devolvió la sonrisa. Era entonces o nunca—. Pero bueno, ahora que lo comentas, ¿qué te parece tomar algo esta tarde, cuando acabes el turno? He quedado con una amiga en la cafetería que está justo en la esquina. —Las fuerzas comenzaban a fallarle y, sin darse cuenta, casi había dejado de pedalear.

—Claro, por qué no. Salgo a las ocho y media. ¿Es buena hora?

—Es perfecta —sonrió.

—Genial entonces. Lo siento, pero te tengo que dejar, me toca clase de body pump. A las ocho y media, ¿eh?

—A las ocho y media.

La siguiente media hora la pasó sin bajarse de la bici. «Soy increíblemente buena», se decía, al recordar los últimos flecos del plan que, por el momento, estaba saliendo a las mil maravillas.

Tendría treinta minutos para explicarle a Merche la situación. Si hubiera aparecido directamente con Mike, habría sabido que algo no andaba bien. Treinta minutos en los que venderle a su monitor como el más perfecto de los mortales. Si no lo hacía bien, Merche se levantaría y se largaría. Lo sabía bien. No le gustaba que la manipulasen y, sobre todo, odiaba las citas a ciegas por encima de cualquier otra cosa.

Pero tenía que intentarlo al menos. Mike era un buen tipo, de no ser así, ni siquiera se hubiera planteado presentarle a alguien tan querido como a su Huevecito. Congeniarían bien, de eso estaba segura, sólo faltaba hallar la fórmula para que todo saliese «natural».

Miró el reloj y vio que, como siempre, sus divagaciones habían conseguido que se olvidase de la hora que era. Tenía apenas quince minutos para ducharse y estar puntual en la terraza de la cafetería. A diferencia de Luisa y, sobre todo, de Ale, Merche sí respetaba la puntualidad, por lo que no perdió un minuto y subió la escalera camino del vestuario.

«Una ducha rápida y a culminar mi plan de casamentera del siglo veintiuno», pensó mientras se desvestía.

—Oh, vamos, Merche, escúchame. —Sabía que el principio no sería fácil—. Dame sólo dos minutos y luego, si no he conseguido convencerte, te marchas. —Le estaba agarrando el brazo con tanta fuerza que temía que su pobre Huevo acabase con una marca en el bíceps.

—Dos no. Tienes un minuto —dijo su amiga, volviéndose a sentar y cruzando los brazos como diciendo «No me interesa nada lo que estás a punto de plantearme».

—Está bien, uno. Esto... ehm... por dónde empiezo...

—Tic, tac, tic, tac, Lily —comenzó Merche, mirando para otro lado, denotando, una vez más, su total desacuerdo con la encerrona que su amiga le estaba intentando hacer.

—¡De acuerdo, tranquila! A ver, qué te puedo contar de él... A decir verdad tampoco sé mucho... —«Genial, Lilyana, lo estás arreglando»—. Quiero decir... Sí que lo conozco, claro... —Las manos le sudaban. Si aquello no salía bien, Merche se lo recordaría el resto de su vida—. Se llama Mike y...

—Oh, estupendo, un guiri —la cortó Merche—. Sabes que no tengo ni idea de inglés.

—¿Me quieres dejar explicarte, coño? ¡Ahora la que se está poniendo nerviosa soy yo! —gritó exasperada—. No es inglés, es tan spanish como tú y como yo. Mike es sólo su apodo, en realidad se llama Miguel.

—Me gusta el nombre de Miguel. De acuerdo, continúa. —Estaba consiguiendo captar su atención, algo que no era para nada fácil en esos momentos.

—Es monitor en mi gimnasio, así que no hace falta que te diga lo espectacularmente bueno que está. —Merche no era de esas mujeres que se fijan en el físico de un hombre, pero era una baza que no podía dejar pasar. «A nadie le amarga un dulce»—. Pero... —alzó la voz, viendo que su amiga iba a interrumpirla de nuevo— ése no es, para nada, su principal atractivo. Es una persona encantadora, Merche, de verdad, dale una oportunidad. De no saber que podríais encajar, jamás te hubiese metido en este lío —suplicó.

—¿Me prometes que si esto no sale bien, coges los bártulos y nos vamos de aquí juntas? —preguntó.

—¡Faltaría más! —respondió, levantando una mano con solemnidad.

Apenas habían intercambiado dos palabras más, cuando Mike apareció de la nada y saludó a Lily con un efusivo abrazo, algo que a ésta no le gustó nada, ya que no estaba allí para que se fijara en ella sino en su amiga.

—Ésta es Merche. Merche, él es Mike —dijo para presentarlos.

No podía creer lo que estaba viendo. Su amiga, su Huevo, estaba completamente paralizada. Nada que Mike no produjese en el resto de las mujeres, pero en Merche...

—¿¡¡Merche!!? Que éste —alzó la voz y lo señaló— ¡es Mike!

—Sí... esto... Encantada. —Le dio dos sonoros besos en las mejillas—. Encantadísima, de hecho. —Y volvió a sentarse, contemplando el Adonis que tenía ante sus ojos.

Dos horas después, Lily no podía más que felicitarse. Al principio, Mike ponía demasiado interés en ella, pero no era tonto y poco después entendió por qué la cita no era de dos, sino de tres, así que comenzó a hablar más con Merche. Realmente se fijaron el uno en el otro. Para sorpresa de ellas dos, Mike era un apasionado de las cupcakes y de los dulces en general, algo que hizo que los ojos de Merche brillasen como estrellitas.

Antes de despedirse, Mike le pidió el teléfono, con lo que Lily supuso que todo estaba ya tomando forma. Se despidió diciendo:

—Ha sido un placer, chicas. Lily, mañana nos vemos en el gimnasio y tú, Merche, ten por seguro que te llamaré.

Ellas pidieron otra ronda y, como buenas cotorras femeninas, se quedaron a comentar con detalle todo lo que acababa de suceder. Lily estaba feliz por su amiga. Sabía que Mike le había gustado, y mucho.

—Después de todo, no eres tan capulla como creía hace un rato —le dijo Merche antes de despedirse.

—Nunca haría nada que fuese malo para ti, mi querida Huevi. —Y cada una, tras despedirse con un abrazo, siguieron direcciones opuestas.

A la mañana siguiente, sin muchas ganas de levantarse, Lily dio un par de vueltas en la cama hasta quedar enrollada en la sábana como un pequeño ovillo, algo que solía hacer cuando quería reflexionar sobre ciertos temas. Hizo balance de lo que había pasado en su vida en los últimos días, que no era poco: había entendido, por fin, la relación que tenía con Ian, había hecho las paces con su hermano, estaba incluida en el proceso de selección de *Z Magazine*...

Sin embargo, había un par de cosas que remoloneaban en su mente y no la acababan de dejar tranquila, aun siendo una de las mejores épocas de su vida: su madre, con la que hacía días que no hablaba, y, por supuesto, Luisa. A esas alturas, su amiga se habría dado cuenta de que estaba molesta con ella por su comentario, por lo que no había dado señales de vida, temerosa de que Lily le armase una bronca, como ya había hecho en anteriores ocasiones.

Lily sabía que su Atún en escabeche sólo le había dicho esas palabras por su bien, para que fuese con pies de plomo antes de lanzarse a un nuevo fracaso amoroso. Sin embargo, era incapaz de entender cómo Luisa no se había fijado en su cara cuando hablaba de Ian. Hasta ella se había dado cuenta, y sin tener un espejo delante. Se le iluminaba el semblante con sólo pensar en él, era imposible que el resto del mundo no se diese cuenta.

Faltaba muy poco para la Navidad. El Comando Ensaladilla siempre, desde hacía años, llevaba a cabo el mismo ritual. A mediados de diciembre, daban el pistoletazo de salida a su época navideña particular. Para empezar, no podían dejar de visitar el espectáculo de Cortilandia, que un famoso centro comercial colocaba

en el mismo centro de la ciudad. Una especie de teatro para niños, pero que gustaba tanto a éstos como a los adultos. Su periplo siempre empezaba allí, para luego subir hasta la plaza Mayor y visitar todos los puestos que se ponían en esa época. Después, y con una peluca de colores, bajaban a la calle Preciados para pasar el resto de la tarde comprando los regalos para sus respectivos familiares. Como siempre, el castizo día terminaría con un bocata de calamares en la Puerta del Sol.

Pensar en su ritual con el Comando hizo que Lily se diese cuenta de que debía hablar urgentemente con Luisa si no quería que ese año fuese el primero en que no disfrutara de ese día con sus amigas. Luisa era su pack, sabía que una conversación entre ellas, seria y adulta, en la que le supiese transmitir todo lo que sentía por El Hombre, sería suficiente para hacerla entrar en razón.

Miró la hora que era, sabía que en esos momentos Luisa se encontraría en plena reunión de contenidos en *Di Sole*. Hasta hacía bien poco, ella también había estado allí, sentada durante horas en el despacho acristalado del señor Anderson, viendo cómo cada uno de los temas que las redactoras proponían eran echados por tierra. Sin duda, era una de las partes que Lily más odiaba de su trabajo como periodista: que otro, que supuestamente sabía más, dijera que no a cada una de sus ideas.

Sin embargo, ahora las cosas podrían ser diferentes, si conseguía terminar esa novela que se traía entre manos. Era el único trabajo en el que absolutamente nadie podría decirle cómo hacer las cosas. Sin duda, la independencia era algo que valoraba sobre todas las cosas, más aún en su trabajo.

Pensar en su libro le infundió ánimos para seguir escribiendo, por lo que se sentó frente al ordenador, dispuesta a dar más caña a aquellas páginas. Antes de enfrascarse por completo en la novela, le escribió un mensaje a Luisa en tono conciliador para preguntarle cuándo podrían verse. Eso bastaría para que viese que, aun siendo la ofendida, estaba dispuesta a enterrar el hacha de guerra.

No sabía cómo, pero las ideas se le amontonaban en la cabeza con ese libro. Cada historia de su vida le servía como fuente de inspiración para un nuevo capítulo de esa novela que, sin quererlo, estaba adoptando, cada vez más, un punto humorístico.

Su protagonista, una rubia treintañera en paro como ella, estaba consiguiendo, poco a poco, hacerse un huequecito en el mundo. Julia, que así se llamaba, harta de encontrarse desempleada durante tanto tiempo, había creado una página web donde vendía juguetitos sexuales a precio de coste, sin intermediarios. La trama se complicaba cuando, después de ver cómo iba subiendo su secreto negocio, tenía que contárselo a sus padres, una pareja de entorno rural, que lo más sexual que habían visto en su vida eran las partes nobles de su cónyuge, y ni eso, porque siempre lo habían hecho a oscuras. Un entramado de subtramas en el que la protagonista tendría que enfrentarse, no sólo a su retrógrada familia, sino a su retrógrado pueblo.

Era cierto que el hilo principal no tenía nada que ver con la vida de Lily, pero sí mucho del carácter de Julia. Era una mujer independiente que, tras meses en paro, había decidido hacer algo por sí misma. La protagonista de su historia lo haría con un portal web; ella, contando esa historia en forma de libro. Ambas eran decididas y cabezotas y, por qué no decirlo, rubias, pero no tontas.

Llevaba un par de horas escribiendo y era incapaz de parar. Echó un vistazo rápido y se dio cuenta de que casi se había ventilado ya la mitad de la novela. Era rápida escribiendo, no se paraba demasiado a pensar en si estaba bien o no, para eso ya habría tiempo. Borrar y rehacer. Borrar y rehacer. Cuatro años en *Di Sole* le habían dado la paciencia necesaria para no mandarlo todo a la mierda cuando no era excelente a la primera. Ni a la cuarta.

A media mañana, decidió hacer un parón y, tras ver que Luisa no había contestado a su mensaje («Qué raro»), se armó de valor para marcar el teléfono de su madre.

—¿Sí? ¿Dígame? —«Como si no conociera el número»—. ¿Quién es?

—¿Cómo que quién es? ¡Mamáááááá...! —alargó la última vocal, como un suspiro.

—Ah, hola, hija, ¿qué tal estás? ¡Cómo me alegro de hablar contigo, querida!

—¿De verdad? —Aquélla no parecía su madre, no al menos la forma amable y vivaracha de contestar—. ¿Nuestra primera conversación no va a ser del tipo «Eres una mala hija porque no has dado señales de vida en varios días»?

—Uis, qué va, mi terroncito de cielo —se apresuró a decir Silvia —. Sé que tienes una vida muy estresante, lo entiendo, mi vida.

—Mamá, en serio, ¿estás bien? —preguntó, mirando el auricular, segura ahora de que la mujer que estaba al otro lado del teléfono no podría ser su madre.

—¡Mejor que bien, cariño! Y tú, ¿cómo va la novela?

—Bien, todo bien. No has leído mi blog últimamente, ¿no? —De haberlo hecho, ahora no estarían teniendo una conversación tan insustancial.

—Oh, querida, lo siento. Es que... verás... no he tenido demasiado tiempo. He estado... ocupada. Sí, eso, ocupada.

«¿Mamá, ocupada? Pero si lo único a lo que dedica su vida es a criticarme cada día y salir con las amigas e ir al bingo en los ratos libres que le quedan...»

—¿Me vas a contar lo que pasa, mamá, o voy a tener que ir y tirarte de la lengua?

—Nada, nada... ¿Qué me va a pasar, mujer? ¿Es que una no puede estar contenta, así porque sí?

Era evidente que tenía una sonrisa de oreja a oreja. Lily lo sabía porque cuando sonreía cambiaba totalmente la entonación de las palabras.

—Claro que puedes, mamá, pero reconoce que en ti no es muy normal... —Sabía que por teléfono no le contaría nada, por lo que decidió cambiar de tema. Ya dejaría ése para más adelante—. Por cierto, ¿qué te parecería si un día de éstos, por Navidad, llevo a un hombre a casa?

—¡Oh, madre de Dios, santa bendita de la Macarena Virgen! —«Qué natural eres, mamá»—. ¡Pues claro! Prepararé un asado para todos. ¡Llamaré también a tu hermano y a los niños!

—¿No podría ser algo más íntimo? Tú, él y yo. Y, por cierto, una última cosa, le encantaría probar tu lasaña y que le dieses la receta.

—¡Ay, querida mía! Estoy muy contenta últimamente, pero la receta de lasaña de la abuela jamás pasará a nadie que no sea de la familia —dijo canturreando.

—¿Y si algún día él llegara a serlo? —Se arrepintió nada más decir esas palabras—. Quiero decir que... bueno... ¡Mamá, te dejo, llaman a la puerta!

Mentira. Como siempre, con ella Lily había huido por el camino más fácil. Esa última parte de la conversación la habría llevado a un interrogatorio de horas en el que su madre le hubiese sacado el más mínimo jugo a cualquier cosa que dijese. Pensó que, en un par de semanas, entre Nochebuena y Nochevieja, llevaría a Ian a su casa.

Estaría todo decorado con los miles de adornos que Silvia ponía. Era un momento idóneo para presentarlo. Durante la época de Navidad, en aquella casa se respiraba un ambiente distendido, además de que se tenían prohibido discutir los unos con los otros en esos días.

«Son días de paz y amor. Hay que celebrar el nacimiento de Cristo y la unión de esta familia», solía decir su madre en tono dulce, cuando quería apaciguar el comienzo de cualquier conversación en la que se veía venir otra de las muchas disputas familiares. Ni siquiera Lily tenía ganas de discutir con Caye, su cuñada, en esa época. Era como si Silvia llenase la casa con alguna especie de aroma tranquilizador y sedante.

Sí, sin duda, si Ian tenía la valentía y, por qué no decirlo, la insensatez de querer conocer a su familia, lo mejor sería llevarlo en Navidad.

El resto del día Lily lo pasó en casa. Del ordenador a la cocina y de la cocina al ordenador. Muy pocas veces tenía la oportunidad de quedarse en su loft, tranquila, sin la imperiosa necesidad de salir al bullicio y el estrés de la ciudad. Aún no había tenido noticias de Luisa, pero estaba segura de que hablarían pronto. Era imposible que estuvieran enfadadas más de dos días seguidos, a excepción de cuando tenían veinte años y Lily le había prestado a Luisa su falda favorita, que ésta había pringado con una especie de líquido viscoso que ni su madre, la reina de las manchas, fue capaz de quitar.

Pensó en volver a escribirle un mensaje, pero tampoco quería ser pesada. Al fin y al cabo, la que supuestamente había metido la pata había sido Atún, no ella. Prefirió dejar pasar el día y, en caso de que siguiese sin dar señales de vida, la llamaría al día siguiente.

Después de horas frente a la pantalla, no sólo escribiendo su novela, sino también enviando más currículums que, seguro, irían directamente a la papelera del correo de los destinatarios, se echó de un salto en el sofá.

«Qué paz, Señor, qué paz», se dijo, mientras miraba el techo pintado de amarillo. Tampoco había tenido noticias de Ian, ni de ninguna de sus amigas. Es más, el teléfono no había vuelto a sonar desde la conversación con su madre.

«Un día sin teléfono. ¡Qué paz!», se repitió.

Sin darse cuenta, se quedó profundamente dormida, otra noche más, con el cuello retorcido.

15

Los últimos diez días habían pasado como un suspiro. Apenas se había dado cuenta de que quedaban cuatro para la cena de Nochebuena o, lo que era lo mismo, seis para el «esperado» encuentro entre su familia y su novio, porque sí, eso es lo que era, un novio, o al menos se estaba comportando como tal desde su tórrida primera noche juntos. Cenas en el Raiki y paseos nocturnos cogidos de la mano así lo corroboraban.

Pero el elemento principal para Lily para aceptar que lo suyo con Ian era un noviazgo era, sin duda, compartir con él su helado preferido: un McFlurry con toppings de Kit-Kat y doble ración de sirope de chocolate con leche. Y ya lo habían hecho en dos ocasiones, paseando por el centro. Eso era definitivo para ella.

Había estado tan ocupada durante esos días que había dejado totalmente descuidado el blog, por lo que, sin esperar un minuto más, decidió escribir lo primero que se le pasase por la cabeza:

Salud, dinero y amor

Hoy no sé muy bien qué contaros. Eso sí, lo primero de todo, querría disculparme por no haberme pasado por aquí en los últimos días, pero en serio, mi vida ahora mismo es un completo caos... Aun así, y como sé que os gusta que os cuente mis cosas más íntimas, os explicaré un poquito en qué ha consistido mi existencia, que no tiene desperdicio, en las últimas jornadas...

He pensado resumiros todo lo que quiero contaros en estos tres apartados: salud, dinero y amor, porque estoy segura, amigos, de que habréis oído estas palabras doscientas veces en los últimos días,

¿verdad? En cualquier programa de la televisión, radio o véase en cualquier rincón de este planeta, a la famosa pregunta de esta época del año «¿Qué le pides al nuevo año?», la gente contesta «Salud, mucha salud» y los más sinceros responden «Salud, dinero y amor».

Porque no nos engañemos, las personas pedirán salud, por supuesto, pero no me digáis que a los solteros, sobre todo aquellos que no ligan demasiado, no les gustaría algo de calorcito humano de vez en cuando y, cómo no, que nos tocase la lotería...

Bueno, que me voy por los cerros de Úbeda, para no variar... Mis tres palabras se resumen en:

Salud: Pues nada, mi salud perfecta. El tobillo ya está más que recuperado y, lo que es mejor, mi cuerpo también. Estos últimos días he machacado bastante en el gym, con lo que he conseguido adelgazar ochocientos gramos. Vale, pensaréis que eso no es nada, pero teniendo en cuenta lo ceporrona que me he puesto entre cenas y helados varios (sí, con Ian, pero eso va en el apartado amor, no seáis impacientes), pues no está nada mal. Ochocientos gramos de menos que me servirán para darme varios atracones navideños estos días...

Dinero: Ains, amigos... Si ahora mismo me hicieran la gran pregunta de «¿Qué pides tú para el nuevo año?», lo tendría claro. ¡Dinero, Señor, dinero! Y no hablo de hacerme millonaria, que tampoco estaría mal, aunque lo tengo bastante difícil teniendo en cuenta que no juego a la lotería, pero una ayudita estaría muy bien. Cobro paro, sí, pero el alquiler del loft es taaaaaaaaaaan caro...

Lo sé, no hace falta que me digáis que me mude, el Comando Ensaladilla ya me lo ha propuesto varias veces. De hecho, todas me han dicho incluso que me vaya a vivir con ellas (creo que no son conscientes de lo que dicen), pero es que nadie entiende lo que me une a esta casa. ¡Es mi casa! Mi-ca-sa. No quiero dejarla. No puedo dejarla.

Supongo que dentro de este apartado debería escribir sobre el trabajo, que es la principal premisa para tener dinero, ¿no? Pero no me quiero deprimir, que me he levantado de muy buen humor hoy, así que tampoco me extenderé en esto... Imagino que os conté que estoy dentro de un proceso de selección para un puesto de redactora de moda en una importante revista del país. Pues aquí sigo, sin saber nada. Y ya han pasado casi tres semanas desde que pasé la primera entrevista personal. Creedme que, si me llamasen, lo gritaría a toda la ciudad y a vosotros, mis lectores, los primeros.

Mi desesperación ya me ha llevado, como imagino que a muchos de vosotros, a ampliar mi búsqueda de empleo fuera de mi rama profesional. Parados de este país, que no sois pocos, me entendéis, ¿verdad? Ya no sólo mando mi currículum a ofertas relacionadas con el periodismo, sino a ofertas en general. De lo que sea: recepcionista, traductora de idiomas (manejo el inglés y el italiano, pero parece que tampoco eso es suficiente para encontrar nada decente), hasta de operaria de grúa (no, no es coña), pero nada.

A veces creo que estoy haciendo algo mal. Ayudadme: ¿A vosotros tampoco os llaman de nada? Porque os lo juro, de nada. El otro día hablé con un antiguo compañero del colegio, que ahora trabaja en Recursos Humanos en una importante multinacional (los hay con suerte) y, después de haberle pedido casi arrastrada un puesto de trabajo que no me concedió, me explicó que tengo que tener hechos varios currículums. Uno para querer trabajar de dependienta, otro para camarera, otro para periodista, otro para... Vamos, que básicamente me dijo que, si quería optar a un puesto donde la cualificación académica no es el principal requisito, debería borrar eso de mi historial.

Y, sinceramente, no sé a vosotros, pero a mí me jode sobremanera tener que eliminar todo aquello que me ha costado sudor y lágrimas, para conseguir un puesto de trabajo. Y para nada quiero que suene elitista ni nada parecido, que yo he sido una de las

tantas de este país que con veinte años trabajó en el gigante Zara, pero ahora, con todo lo que he conseguido, me da mucha rabia borrarlo del mapa. No sé si me explico.

Bueno, no os penséis que todo iba a ser negativo. Mi libro va viento en popa. ¡Y no puedo decir nada más! (Joder, para no querer excederme en el punto del dinero, se me ha ido un poco la pinza, ¿no?)

Amor: Love is in the air... Ains, amigos, esto sí. Esto sí que me va bien. Ya puedo gritárselo al mundo. ¡Estoy enamorada! ¿Qué enamorada? ¡Borracha de amor! Él no lee este blog, por eso doy rienda suelta a mi locura, si no, ni de coña escribiría estas palabras. De hecho, aún no le he dicho que le quiero, ni lo pienso hacer si él no me lo dice antes. Quizás sea una postura de cría, pero me da igual, no he dicho en ningún momento que sea adulta en cuestiones de amor. O en cuestiones en general, la verdad...

El caso es que después de nuestra primera noche de pasión, han venido muchas más. Y es... es... Magnífico, maravilloso, un espectáculo. Por no decir que es un hombre inteligente, resuelto, decidido a que su negocio prospere (lo que denota valentía y tenacidad), divertido... No lo sé, creo que podría ser el hombre de mi vida. Aún no lo quiero decir muy alto, porque recordad que una vez lo pensé y poco más y me quedo plantada en el altar con el vestido blanco. Bueno, de hecho, me quedé compuesta y sin novio, pero, al menos, fue un par de semanas antes de la boda, así que en vez de pillarme con el ramo y el velo, me pilló con vaqueros y el pelo sucio recogido en una coleta.

Por cierto, todo esto me recuerda que hace muchos días que no me acordaba de Roberto. Eso es una buena señal, ¿verdad? Anda y que le den mucho por donde amargan los pepinos o, más bien, que le aproveche con mi ex jefa, la muy zorra... Pero mira, no hay mal que por bien no venga (la refranera de mi madre, algo me tendría que pegar). Ahora tengo a mi lado alguien que SÍ (con mayúsculas) me valora de verdad. Sé que lo conozco desde hace muy poco tiempo, pero lo siento así... ¡Esperemos que dure!

De hecho, en el próximo post os contaré si dura o no, porque dentro de pocos días lo sabré. En apenas una semana, Ian cenará con toda mi familia. En casa de mi madre. Con mi madre. Y con su lasaña. Me tiemblan las piernas sólo de pensarlo. Una cosa tengo clara: si sobrevive y, aun con el miedo en el cuerpo sigue a mi lado, es que me quiere. Seguro.

Lily

Pipipipi. Pipipipi. Pipipipi.

¡Mañana Cortilandia! ¡No lo olvidéis, Comando!

Era un mensaje de Ale recordándole su plan del día siguiente. Pero no hacía falta que se lo recordase nadie. Jamás se perdería el día más divertido del año con sus amigas, por nada del mundo. En esta ocasión lo habían postergado bastante, pero cada vez era más difícil cuadrar las agendas de unas con otras. «Uno de los inconvenientes de la treintena», solía decir la sabia de Merche.

Y eso que Lily, sin trabajo, era la que tenía los horarios más flexibles, pero no así Huevecito, Atún y Aceituna, que, hartas de no coincidir ni siquiera en fin de semana, se pidieron el día libre en el trabajo para poder acudir a la cita navideña. Lo del día siguiente no importaba, ahora tenía la mente en otra cosa.

Llevaba más de una hora apostada frente a las puertas abiertas de su armario. En poco más de tres horas tenía una cita con el amor, pero no sabía, una vez más, por qué modelo decantarse. Hacía semanas que no se compraba nada nuevo, así que tenía la sensación de que Ian ya le había visto todo el guardarropa. Nada más lejos de la realidad. Sus amigas le decían que podría tirarse meses sin repetir un solo pantalón, no obstante ella no lo veía así. Era cierto que tenía mucha ropa, pero había una gran cantidad que ya no utilizaba.

—Las tendencias cambian y vosotras no lo entendéis —solía decirles.

Se tranquilizó pensando en que su hermano, que se negaba abiertamente a comprar regalos útiles en Navidad, le daría, como siempre, una buena suma de dinero para que se lo gastase en lo que quisiera. Sí, gran parte iría destinado al pago del alquiler, pero también se merecía un pequeño caprichito. Y sabía perfectamente en qué gastarlo. Hacía días que veía en el escaparate de BDBA un precioso vestido ceñido, de color nude, que se ajustaría perfectamente a sus curvas. Además, y con un poco de suerte, podría comprarlo en las rebajas de enero y, con lo que le sobrase, quizás podría pillar también algún complemento.

Ian la había llamado para decirle que se pusiese «tan guapa como sólo ella sabía», y nada más. No consiguió sacarle información acerca de la sorpresa que le tenía preparada.

«Está bien. Guapa, guapa... a ver... veamos. Qué tengo en el armario que me haga verme guapa...»

Pero ¿qué quería decir con eso? ¿Guapa sexy? ¿Guapa recatada? Los hombres jamás entenderían lo que significa para una mujer vestirse para una cita.

Finalmente, y tras haberse probado tres cuartas partes del armario, se decidió por un conjunto elegante pero informal. Unos vaqueros pitillo (los del culo diez), una camisa semitransparente y una chaqueta de tweed serían perfectos. Como complementos, escogió unos *stilettos* negros no demasiado altos y un maxibolso de Louis Vuitton, regalo de su madrastra vía UPS. Así consideraba la segunda mujer de su padre que podría comprar el amor de su hijastra. Lily pensaba que no necesitaba recibir bolsos caros, lo único que esperaba desde hacía tanto tiempo era un sobre con un billete de avión dentro para ir a verlos. Vale que su padre había muerto, pero desde que se marchó a Nueva York hacía la tira de años, había formado una segunda familia con otros dos hijos de los que ella apenas sabía nada. Pero ya había perdido toda esperanza.

Se miró una vez más al espejo y, tras verse impecable, se volvió a desvestir. Tenía que peinarse y no podía hacerlo con la camisa puesta. Era su ritual: se vestía, se aprobaba, se desvestía, se

peinaba y maquillaba y se volvía a vestir.

«He aquí, hombres del mundo, por qué las mujeres necesitan tanto tiempo para arreglarse», pensó riendo.

Pasó la siguiente media hora trabajándose el pelo con la plancha en un burdo intento por hacerse ondas. No había forma humana de que dos mechones le quedasen iguales. Cada vez que lo intentaba, se maldecía a sí misma, porque lo único que conseguía era dejárselo peor, pero tendría que lograrlo tarde o temprano. Finalmente, cuarenta minutos más tarde y con música de The Beatles de fondo, ya estaba lista, esperando a El Hombre.

—Lily, éste es Bruno, mi hermano y... —Ian buscó detrás de su espalda y tiró de la mano de un pequeño niño, rubito, de ojos exageradamente grandes y pestañas muy largas— este granuja es Álex, mi sobrino favorito.

—¡Soy el único que tienes! —dijo el pequeño, mirando a su tío como si fuese una gran torre de pisos, comparada con su corta estatura.

Lily estaba hinchada de felicidad. La sorpresa de Ian no era otra que presentarle a dos de las personas más importantes de su vida. Eso no podía significar otra cosa que la quería a ella también como parte imprescindible de su día a día. Presentar a la familia siempre era un paso más, como un primer compromiso para una relación, tal como ella iba a hacer tan sólo unos días más tarde.

«Aunque, bueno, lo mío es más bien obligado.»

—¡Encantada! —Le dio dos besos a Bruno y un abrazo a Álex—. ¡He oído hablar mucho de ti! —le dijo a este último, mientras le daba un pequeño toque en su nariz respingona.

—¿De verdad? —respondió el niño, emocionado. Se notaba que sentía verdadera adoración por su tío—. ¡Yo también!

—¿Ah, sí? —Y haciendo como que no estaban los adultos, se agachó para hablar mejor con él—. ¿Y qué te ha dicho exactamente?

—Es que... bueno... No sé si podría decírtelo, ¿sabes? Mi tío y yo tenemos un club secreto y nunca contamos lo que nos decimos mientras estamos en una reunión secreta... —apretó muy fuerte los párpados—. Me encantaría decirte que le gustas mucho, mucho, mucho. Pero no puedo, ¡es secreto!

Lily soltó una enorme carcajada. Le recordaba mucho a sus sobrinos. «Bendita inocencia infantil», pensó.

—Bueno, no pasa nada. Espero que algún día pueda entrar yo también en ese club secreto... —Le guiñó un ojo.

—Ni lo sueñes, rubia —rio Ian, mientras le ponía una mano en el hombro—. Vamos, ya tenemos la mesa lista. —Le dio un pequeño beso, lo que hizo que se pusiese colorada.

La cena fue realmente divertida. Acostumbrada a estar con Ian en un ambiente íntimo, de pareja, estaba muy bien verlo con su familia, distendido y haciendo gracias con su hermano. Después de dos horas escuchando viejas rabietas y rebeldías de cuando ambos eran pequeños, Lily, con dolor de mandíbula de tanto reír, se levantó para ir al lavabo.

—Enseguida vuelvo, chicos —dijo.

Después de haberse mirado y remirado en el espejo para ver si se le había corrido el rímel o si tenía restos de comida entre los dientes, salió en dirección a su mesa. Pero lo que vio la dejó totalmente paralizada. Otra vez. No podía creerlo. ¿Acaso la espiaban? Allí, en el Raiki Beach, su local preferido del mundo, y más ahora, que estaba enamorada de uno de sus dueños, estaba Rober con su ex jefa, disfrutando de una cena romántica.

No podía salir corriendo como cuando los vio en el centro comercial. Ahora no estaba sola, la esperaban su novio y su familia política unas mesas más allá. «A por ellos, Lily», se dijo, y, sin pensarlo demasiado, fue hacia ellos con paso decidido y el cuello totalmente estirado, como si llevara un collarín.

—Hola —su tono sonaba muy falso—, ¡cuánto tiempo!

La cara de ambos se desencajó. Estaba claro que ellos no la habían visto antes en el restaurante.

—Vaya, Lil —Roberto fue el primero en reaccionar—, qué guapa estás. Me alegro mucho de verte. —Hizo amago de levantarse para darle un beso, pero ella dio un paso hacia atrás, evitándolo—. ¿Qué tal estás? Ya me comentaron tu situación en el trabajo. Si necesitas cualquier cosa...

Su ex jefa, Mireia, permanecía en silencio, con las manos fuertemente apretadas y mirándola fríamente.

—Oh, no te preocupes, no me podría ir mejor. —No quería darle más detalles—. Bueno, chicos, tengo que irme. Mi perfecto novio y su familia me esperan en aquella mesa —dijo señalándolos. Sabía que se había pasado con lo de «perfecto», pero engordó cinco kilos cuando lo soltó.

—Pero ¿ése no es...?

—Exactamente —lo cortó—. Por cierto, no me llames Lil. Nunca me ha gustado.

Según volvía a su mesa, se juró a sí misma que nunca más pensaría en aquel hombre con quien una vez creyó que compartiría su vida. Allí, tan sólo un par de metros más allá, se encontraba su verdadero amor. Se sentó a su lado, le dio un beso de película y dijo:

—Eres especial.

Desde el incidente, Luisa y ella no habían vuelto a hablar y Lily temía que el resto notase que pasaba algo entre las dos. Pero, como siempre, no hicieron falta apenas palabras entre Lily y su Atún para comunicarse. Habían quedado en la estatua del Oso y el Madroño, un lugar de encuentro para muchos madrileños y turistas. Por una vez, Luisa había sido la primera en llegar y Lily la segunda. Ésta no sabía cómo actuar, por lo que se acercó a Luisa y dijo:

—Hola. Te he estado llamando...

—¿Eres feliz? —le preguntó Luisa sin más.

—Mucho. Mucho más de lo que habría pensado que fuera posible.

—Pues entonces sólo te puedo pedir que me perdones. —Ambas se fundieron en un abrazo, al tiempo que llegaba el resto del Comando.

Habían pasado un maravilloso día en el centro de la ciudad. No habían dejado sin cumplir ni una de las partes de su ritual. Ahora, con todas sus bolsas colocadas en un montón en una de las sillas, estaban sentadas en la terraza de uno de los locales de la plaza Santa Ana.

—¡No jodas! —saltó Ale—. ¿Sigue con esa guarra? ¡Será mamón!

—Ale, por favor, ¡esa lengua! —la apremió Merche.

—En serio, no sé cómo aún es capaz de hablarte después de... Y, bueno, ¡qué me decís de la guarra! ¡Callada, la muy...!

—¡Ale! —gritó Luisa—. Joder, Merche tiene razón. ¡Menuda boca que nos gastamos...!

—Pero ¡si es una puta, es una puta!

—¡Ale! —gritaron sus amigas a coro, al tiempo que estallaban en una sonora carcajada.

—¡Vale, vale! Chicas, de verdad, qué remilgaditas os habéis vuelto —dijo—. Menos mal que yo sigo siendo fiel a mí misma... —Sonrió—. Por cierto, la semana que viene tengo una cita con otro de la página web. Me dijo que tenía un hermano gemelo, ¿creéis que podría montármelo con los dos a la vez?

Todas rieron en voz alta. Ale, sin duda, nunca cambiaría.

—Yo tengo que irme —les dijo Lily—. Mañana quiero madrugar y aprovechar el día para darle otro empujón a la novela, que... —levantó los brazos para silenciarlas— sigo sin querer contaros de qué va —rio.

Tal como les había dicho al Comando la noche anterior, pasó el día siguiente enfrascada en su novela. Tenía que pensar una nueva línea argumental para la segunda parte del libro, ya que había algo que se le quedaba descolgado. Sabía que tendría que meter una trama amorosa en la historia, porque a la protagonista, por muy cómica que fuese y por muchas anécdotas estrambóticas que le sucediesen con los juguetitos sexuales, le faltaba algo romántico que enganchase al lector.

Pero no se sentía nada cómoda escribiendo ese tipo de cosas. No sabía describir con detalle una escena de amor sin que sonase cursi. Porque si algo tenía claro, era que nunca le había gustado la novela romántico-vomitiva, como ella misma decía en numerosas ocasiones. Tendría que pensar la manera de hacer que su protagonista se enamorase, pero dentro de un contexto también humorístico. Era la única manera de que Lily pudiese escribir sin dificultad esa parte del libro.

Dejando eso para más adelante, recordó algo que había conseguido olvidar durante las últimas horas: la cena de Ian y su familia. Finalmente, habían fijado la cita el día de Nochevieja. No sabía por qué, pero él no tenía planes para ese día tan señalado. Su hermano y su sobrino se irían a cenar con la madre del niño, ya que, por el bien de éste, querían recibir juntos el nuevo año. De su padre no quiso soltar prenda.

Cuando Lily, hacía dos días, le había dicho a su madre que su novio iría a cenar con ellos la última noche del año, casi le da algo:

—Pero ¡bueno, hija, por Dios Santo bendito! ¡Y me lo dices ahora, con tan poco tiempo de antelación!

—Mamá, estamos a veintidós de diciembre. ¿Con cuántos días querías que te lo hubiese comunicado? —contestó exasperada, mirando el teléfono—. Además, yo tampoco lo supe hasta anoche.

Era cierto. Antes de irse a dormir, había cogido la costumbre, si no estaba durmiendo con Ian (algo que empezaba a pasar prácticamente todas las noches), de hablar por teléfono. Y fue en una de esas conversaciones cuando él le dijo que el día veintisiete,

como tenían previsto, no podría ir a cenar con su familia, por —cómo no— motivos laborales. Al decirle que sí que podría en Nochevieja, Lily notó un deje de súplica en su voz.

Por supuesto, le dijo que sí sin dudarlo, aunque pensó que por qué un restaurante que hacía tan buena caja como el Raiki cerraba en una noche como ésa.

—Sólo cerramos la parte del restaurante, nena, el local estará abierto, pero lo llevará mi segundo de a bordo. Para mi hermano y para mí es una noche totalmente libre —le explicó Ian antes de colgar.

Esas conversaciones con él y su madre la hicieron estremecer. Llevaba días autoconvenciéndose de que todo saldría bien, pero no lo tenía tan claro. Él, tan varonil, tan correcto y su familia tan... tan... Tan.

16

La noche PF, como la había calificado Lily, por «Probablemente fatídica», había llegado. Quedó con Ian en que la recogería a las ocho para ir a casa de su madre. Tras la cena y el posterior ritual de besos y abrazos, besos y abrazos tras las campanadas, irían al Raiki Beach, así que Lily decidió vestirse de gala. No todos los días se recibía un nuevo año cogida del brazo de uno de los hombres más arrebatadoramente sexys y conocidos de la ciudad.

Faltaban diez minutos para que Ian llamase a su puerta y Lily estaba convencida de que lo iba a dejar con la boca abierta. Llevaba un vestido largo de color rojo, como la primera noche que se conocieron, que se ajustaba perfectamente a sus imponentes y poderosas curvas.

Por delante, un ligero escote en pico dejaba entrever parte de su generoso canalillo, pero el verdadero encanto se encontraba detrás. Como si el patrón hubiese estado mal cortado o faltase tela, toda la espalda quedaba al descubierto, únicamente con una delgada tira de pedrería de lado a lado. Una pequeña cola era el broche perfecto para el look.

Se recogió el pelo a un lado, dejando que se le viera bien la espalda y estaba terminando de ponerse un poco de perfume en el cuello cuando llamaron con los nudillos a la puerta. Salió corriendo para abrir y se encontró con un Ian radiante e impecable. No sabría describir una perfección como aquélla. Con esmoquin, el pelo recién cortado y una rosa amarilla en las manos. Durante unos segundos, fueron incapaces de hablar, mientras se miraban extasiados.

—Joder... digo... ¡Guau! —fue lo único que dijo luego Ian, contemplándola con los ojos muy abiertos—. Estás realmente... ¡Guau, nena!

Lily había conseguido la reacción que esperaba. Para regodearse un poquito más, dio una vuelta sobre sí misma, dejando que la cola se balancease.

—¿Te gusta? —sonrió.

—Jamás había visto algo tan increíblemente perfecto. —Ian era incapaz de parpadear.

—Tú tampoco estás nada mal —rio.

Se tiró a sus brazos y le dio un tímido beso, que él recibió sujetándola con fuerza por la cintura y alargándolo, con intenciones de convertirlo en el preliminar de algo más placentero.

—Ni se te ocurra. He tardado más de dos horas entre chapa y pintura para conseguir este resultado —dijo ella, adivinando sus tórridas intenciones a la par que echaba un ojo al ya más que incipiente bulto en los pantalones de su chico. Su parte noble también lanzó un mini gritito, creyendo equivocadamente que tendría fiesta al instante.

—Lily, estarías igual de perfecta en pijama y despeinada. Déjame que te dé un beso como Dios manda, nena...

—¡Te he dicho que no, que se me estropea el maquillaje! Además, se nos hará tarde y llegaremos a las tantas y no querrás llegar tarde a casa de mi madre precisamente la noche en que la conoces, ¿verdad?

Lily había dado en el clavo: el grandísimo deseo sexual de él, que parecía no tener fin, había sido superado por el miedo a su hipotética suegra.

Llevaban un rato hablando y ni siquiera se habían dado cuenta de que seguían en la puerta.

—¿Eso es para mí? —preguntó ella, señalando la rosa amarilla, ya algo menos acalorada.

—¿Para quién si no? —Le sonrió—. Toma. Ya no sabría decirte qué número de citas llevamos, pero jamás olvidaré traerte una rosa cada vez que recuerde lo maravillosa que eres.

«En serio, ¿de dónde ha salido este hombre?»

Una vez más, y ya había olvidado cuántas, la había dejado sin palabras. Podría pedirle que escribiese él la parte romántica de su novela, porque nadie podía soltar las frases perfectas en el momento perfecto como Ian. Guardando su comentario en un rinconcito de la memoria, le dio las gracias y salieron de casa en busca del Mercedes.

—¿Estás completamente seguro de que quieres pasar esta noche con nosotros? —insistió Lily, al tiempo que se abrochaba el cinturón.

Ian, asiéndole la barbilla con delicadeza, le respondió:

—Jamás he estado tan seguro de algo.

—Bien, pues allá vamos, noche PF.

—¿Cómo? —preguntó extrañado, mientras colocaba el espejo retrovisor.

—Cosas mías —rio para sí.

—¿Preparado? —le sondeó Lily, cuando Ian paró el coche frente a la casa de su madre.

—¿Cuántas veces vas a preguntármelo, rubia?

—Intentaba disuadirte de todas las maneras posibles. —Hizo aletear las pestañas en un intento de coqueteo.

—Creo que no entiendes el efecto que me producen tus palabras. Cada vez que me pides que huya, más ganas tengo de entrar por esa puerta —la señaló— y conocer a esa estrambótica familia que tanto ha ayudado a que tú seas como eres.

Lily no recordaba cuánto hacía que no le temblaban así las piernas. Y no eran los tacones, eran los nervios. Habían pasado años desde que llevó un novio a casa. De hecho, sólo lo había hecho una

vez, con Rober. Y a la vista estaba que no había salido demasiado bien. Aunque también tenía que decir en favor de su familia que su ex los adoraba. A todos y cada uno de ellos. Tal vez no fuesen tan horribles como ella pensaba.

Cuando llamó al timbre, notó que Ian le rodeaba la cintura con un brazo, algo que agradeció enormemente, pues ya se veía en el suelo de un momento a otro.

—¡Cariño! —gritó su madre, nada más abrir la puerta—. ¡Estás preciosa! ¡Y éste debe de ser Iván! —Le dio un efusivo abrazo.

—Mamá, es Ian. Ian, no Iván. —Lo miró y le guiñó un ojo como diciendo «Esto es sólo el principio, pequeño».

—¡Lo que sea! Pero ¡qué guapo eres, galán! —Lo miró de arriba abajo—. ¡Qué hermosura!

—Me va a poner colorado, señora Sánchez.

«Genial. Mamá está sacando toda su desatada pasión y él se está pasando de caballero. Esto pinta bien», pensó Lily.

—Señorita. ¡Señorita! Anda, pasad, pasad... —Les hizo un gesto con la mano, invitándolos a entrar—. ¡Familia, éste es Iván!

La cena, para grata sorpresa de Lily, había ido a las mil maravillas. Ya estaban terminando el segundo plato y aún no había sucedido ninguna catástrofe de importantes dimensiones. Por supuesto, Ian (Iván para la familia) había sido el centro de atención. Su hermano Jaime quería saberlo todo acerca de las cuentas del Raiki. Estaba comenzando a barajar seriamente la idea de invertir en hostelería. Los niños estaban como locos por que un «nuevo novio de su tita» estuviese con ellos.

A Ian se notaba que le gustaban los críos y lo demostraba. Silvia era el colmo de la felicidad. Era de esas madres antiguas que pensaban que se moriría si su hija se quedaba soltera. Veía en Ian (Iván) un seguro de vida para su Lily, y, además de ser un joven muy prometedor, era increíblemente excitante y sexy, lo que se traduciría en robustos y guapos nietos.

La única que no parecía estar muy contenta con esa imagen de familia feliz era Caye. La cara de acelga mustia que solía tener ya comenzaba a parecer más un espárrago blanquecino en mal estado. Apenas había hablado en toda la noche, aunque eso era algo que Lily agradeció a todos los dioses habidos y por haber. Sin embargo, algo no cuadraba demasiado. En circunstancias normales, la arpía de su cuñada habría aprovechado cualquier oportunidad —véase el trabajo que Lily no encontraba, su pelo con raíz, sus kilitos de más o cualquier otro tema— para hacerla quedar mal. Y con más motivo ahora que la veía con un hombre así. Estaba segura de que Cayetana habría hecho cualquier cosa con tal de dejarla en ridículo. «La envidia no tiene límites», solía pensar Lily cuando la pillaba observándola de arriba abajo.

Pero no, la famosa pintora no tenía tiempo ni ganas, al parecer, de hacer el más mínimo comentario sobre ella. Ni sobre nadie, de hecho. Era como un ente que sólo daba alguna señal de vida cuando le vibraba el móvil, que cogía inmediatamente para contestar a quien fuera que le estuviera mandando algo. Lily prefirió no pensar ni un momento más en su dichosa cuñadita y aprovechar el postre que había preparado su madre: un magnífico brownie con helado de vainilla. La mujer siempre presumía de los bizcochos que preparaba:

—Aquí viene, chicos. Y antes de que le hinquéis el diente, recordad, ¡no es de Termomix! —Los niños estaban a punto de meter un dedo en el helado, cuando su abuela les dio un golpecito en la mano—. Comportaos, queridos míos. Tenemos invitados. —Y le sonrió a Ian como si éste fuera la persona más importante del país.

—Está delicioso, Silvia —dijo él con la boca llena—. Realmente delicioso.

—Gracias, mi rey. Es el postre preferido de Lily, ¿verdad, cariño?

—Sí, mamá —respondió ella, con la boca igual de llena que su hombre.

—¿Qué hora es, abuela? —preguntó Mario, el pequeño de aquella bonita estampa familiar.

—¡Dios mío, ya son las once! —gritó Lily. Comenzaba a dejarse impregnar por el ambiente que reinaba en la sala—. ¡Se nos hace tardísimo! ¡Carlota, busca bolis! —apremió a su sobrina—. Y tú, canijo, ¡a por papel!

Rápidamente, el salón se convirtió en una especie de tornado donde todo el mundo iba y venía en busca de folios, mecheros y recipientes hondos.

—Pero ¿qué pasa...? —preguntó Ian, sorprendido, sin entender muy bien el porqué de tanto revuelo en un segundo.

—Cuando lo tengamos todo en la mesa, te lo explico, cari. —«¿Acabo de llamarlo cari? Joder, qué cursi. Me lo está pegando mi madre, fijo.»

Cinco minutos más tarde, todos los miembros de la familia estaban sentados a la mesa. Cada uno con un papel, un boli y una joya de oro. En el centro había una especie de cuenco de cristal y al lado un mechero.

—¡Me encanta esta parte! ¡Chicos, chicas, a pensar tres deseos! —gritó Lily. Estaba como loca. Desde niña, ese momento de la noche había sido una tradición indispensable para los Olsen Sánchez.

Supersticiosos donde los hubiera, la familia llevaba a cabo un verdadero ritual unos minutos antes de que comenzasen las campanadas de Nochevieja. Cada uno tenía que escribir tres deseos que quisieran ver cumplidos durante el próximo año. Por supuesto, no podrían revelárselos a nadie.

—Ian, ¿los tienes tú también? —le preguntó Jaime—. Tío, esto parece una chorrada, pero créeme, es divertido. Esta familia es... peculiar. —Le dio un toquecito en el hombro.

—Oh, my God! Oh, my God! Oh, my God! ¡Dos minutos, chicos! ¡Dos minutos para las doce! —Lily había dejado de lado a la presunta mujer adulta que llevaba dentro, para dejar aflorar a la niña pequeña que a veces olvidaba que también era.

—Ian, escúchame bien, que esto es importante —le dijo, captando toda su atención. Tenía miedo de que hiciese mal el ritual y tuviese mala suerte un año entero—. Ahora, cuando comamos las

uvas, tienes que hacerlo a la pata coja. —Levantó la pierna izquierda —. ¿Ves? Así —le demostró, tambaleándose.

—Ajá, entendido —respondió él, algo contrariado.

—¡Calla y déjame terminar! ¡Queda menos de un minuto y aún no he acabado de explicártelo! Es importantísimo que el pie que dejes en el suelo sea el derecho, ¿ok? Siempre, siempre, siempre hay que entrar en el nuevo año con el pie derecho, ¿estamos?

—Estamos —contestó Ian.

Lily comenzaba a provocarle una mezcla de ternura y miedo. Estaba como poseída por el espíritu de la Nochevieja.

—Por último —prosiguió ella—, debes pisar el papel con los deseos escritos en él con el pie que dejas en el suelo, ¿que es el...? —le preguntó.

—El derecho, el derecho —Cualquiera se hacía el gracioso a unos segundos de que comenzasen los cuartos.

—¡Perfecto! ¡Ah, mete un anillo o algo de oro en la copa con la que luego brindaremos!

Din din din din din. Sonaron los cuartos.

—¡Mierda, ya empieza! —chilló Lily, preparándose—. Ian, ¡luego te explico el resto!

—¿Aún hay más?

¡Dong!

—¡Come y calla! —le espetó Lily, con la primera uva en la boca.

—¡Feliz Año Nuevoooooo! —gritaron todos. Un sinfín de besos y abrazos inundó el salón durante los siguientes minutos.

—¡Queridos, no olvidemos el final! —gritó la matriarca.

Ian vio cómo todos cogían sus papeles con sus deseos escritos y hacían con él una pequeña bola para, a continuación, prenderles fuego en el cuenco que había en el centro de la mesa.

—¡Tita, el mío no se está quemando! ¡Tita, tita, tita! —vociferaba Carlota, asustada.

—Relájate, cielo —le tranquilizó—. Mira, ¿ves? Ya no queda nada del papel —contestó ella, ayudando con su propio gurruño en llamas a que se prendiese también el de su sobrina.

—¡Bieeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeen! —bramó la niña.

Al ver que Ian no comprendía demasiado la situación, se acercó a él y le explicó el significado de todo aquello.

—Dicen que para que los tres deseos que has escrito ahí —señaló la bolita de papel— se hagan realidad, debes quemarlos sin que quede un solo resto. Sólo ceniza. Mira —cogió el mechero—, el truco está en quemar la puntita y dejarlo con cuidado en el recipiente, al lado de otro que ya esté ardiendo. —Le sonrió.

Ian, concienzudo, hizo caso de ella y colocó su papel con esmero. Poco después, no quedaba nada de los deseos que había escrito minutos antes.

Había sido una Nochevieja increíble para Lily. La cena con su familia no podría haber ido mejor. Ian (Iván) había encajado a la perfección, aunque bien era cierto que había estado más callado de lo normal. «Tampoco es fácil meter baza con una familia como ésta, que no calla ni debajo del agua, supongo.» Sentía que podría llegar a ser uno de ellos. Tras la cena, habían ido un rato al Raiki, pero no quisieron pasar lo que restaba de noche en el local. Era un momento para vivirlo los dos. Los dos solos.

—Gracias —dijo Lily.

Los rayos de sol ya comenzaban a entrar por las rendijas de las persianas de aquel primer día de enero. Una apasionada noche de sexo había culminado una velada perfecta y ahora estaba apoyada sobre el pecho del hombre que había conseguido que volviese a creer en un futuro donde la palabra «dos» estuviera presente. No podía empezar mejor el año.

—¿Por qué? —le preguntó él, tirando de ella y haciendo que se recostase aún más en su torso desnudo.

—Por todo. Por no salir huyendo esta noche cuando has tenido la oportunidad. Por estar aquí ahora, conmigo.

Las palabras de Lily eran completamente sinceras. Ya casi no le costaba abrirle su corazón. De hecho, cada vez lo hacía más a menudo y se sentía genial cuando soltaba alguna moñería así.

—Gracias a ti. —Le acarició la mejilla—. Deberíamos dormir un rato, ¿no crees? —Hizo un intento fallido de hacerle cosquillas.

—Deberíamos, pero... —puso voz de niña pequeña— ¿me dirás qué deseos has pedido... Iván? —soltó, haciendo un guiño a que durante toda la cena su madre había sido incapaz de aprenderse su verdadero nombre.

—¿No me has dicho que deben ser secretos si se quiere que se cumplan?

—¡La impaciencia me mata! ¡Espero que, al menos, yo esté en alguno de ellos! —masculló.

—Lilyana Olsen... —le dio un beso cálido, romántico—. Acabas de hacer realidad el primero de ellos.

—¿Y era...? —preguntó de nuevo, algo contrariada por no saber muy bien a qué se refería.

—Pasar la primera noche del año, la primera noche de todo un año, a tu lado.

«Tocada y hundida.»

Tiempo, vete a la mierda

Hoy, veintidós de febrero, mando el tiempo a la mierda. Sí, sí, a la mierda. Y a la mierda también el ser políticamente correcta (que no es que lo sea demasiado, para qué nos vamos a engañar). Estas últimas semanas sabéis que he posteado cosas muy bonitas, pero ya era hora de que dejase aflorar mi rubia neurótica particular. Resulta que mañana (sí, sí, mañana) es ese fatídico día en que todo el mundo me llamará o mensajeará para desearme un genial treinta cumpleaños. Como lo leéis: mañana es mi cumpleaños. Y no sólo el mío, sino, de alguna manera, también el vuestro, porque mañana,

veintitrés de febrero, hará dos años que os cuento mis particulares anécdotas de casi treintañera neurótica —y en paro, para más inri. Y ahora, ya sin el «casi», para más inri inri.

Para los que no me comenzasteis a leer desde un principio, os lo explico. El día que comprendí que ya me veía mayor (sí, mayor), decidí abrir mi pequeña ventana al mundo y explayarme aquí sobre la jodienda de hacerse viejo. Porque sí, amigos, madurar es una jodienda. Y quien diga que no, miente. Todo el mundo dice que «la mejor época es la que se está viviendo en ese momento». ¡Por Dios, pero qué invento es esto! Ahora estaré bien, lo admito (es que hoy me he levantado con la moral alta; era eso o tirarme por el balcón), pero ¡me veía mejor cuando mi culo estaba más prieto, mi báscula marcaba un peso de pluma quinceañera sin grasas trans en sus caderas y las patas de gallo ni siquiera sabía que existían!

Y no sólo físicamente hablando: la treintena que me llegará en apenas unas horas también es una jodienda para la psique. Porque, a ver, hay gente a la que no le importa cumplir años y más años, pero qué queréis que os diga, yo no soy de ésas. Y, sinceramente, para una persona que odia ver una puta vela más en su tarta, el hecho de que familiares, amigos, pareja y demás especímenes de la Tierra te recuerden que «te estás haciendo mayor» no mola. No mola nada. Mina la moral, amigos. Así que, para todos aquellos que mañana quieran desearme un feliz cumpleaños, sólo aceptaré palabras de cariño y regalos varios, nada de «a tu edad y sin hijos», «ya casi rozas los cuarenta» o cualquier soplapollez así, ¿estamos? Uffff, qué a gusto me he quedao*.*

Y después de haberme quitado tres kilos de encima con esta declaración de intenciones (ojalá perder peso fuera así de fácil en la realidad. Me iba a quedar como una top model huesuda a base de soltar improperios), os quiero contar un par de cositas, las dos buenas, por cierto. La primera es que... ¡tachán, tachán! ¡Me han llamado de Z Magazine! Seguro que ni lo recordáis (casi yo tampoco a estas alturas), pero en diciembre pasé una primera entrevista y ¡ahora me han avisado para realizar la segunda prueba! Me dijeron

que el proceso de selección tardaría unos cuatro meses, así que ahora estoy a la mitad, más o menos... ¡Ya no me queda nada para ser una futura redactora de moda de éxito! (¿Veis cuán alta tengo mi autoestima cuando no me acuerdo de que mañana cumplo treinta? Mierda, ya me he acordado.)

Me llamaron ayer por la tarde, cuando estaba tomando algo con el Comando Ensaladilla. ¡Tenía taaaaaaaantas ganas de contároslo! Por lo visto, tendré que hacer algún tipo de examen de estilismo, pero no creo que eso me suponga ningún problema, la verdad... ¡Ya os contaré qué tal!

Y la segunda noticia es... ¡que estoy a punto de terminar mi súper futuro primer bestseller! Tenía descolgada la trama de amor que necesitaba, pero ya está todo resuelto. No puedo contaros de qué va, aunque sí deciros que los que me conozcáis podréis verme reflejada en muchas de las historias... Calculo que estará finiquitada para primavera. Después sólo quedará enviarla a las editoriales. Bueno, primero debería informarme de cómo hacerlo, ya que soy novata en esto...

Y por ahora ya os dejo, que quiero ir a entrenar al gimnasio en el último día de mis queridos veintinueve añitos... Mañana espero felicitaciones, pero ¡ya sabéis de qué tipo! See you!

Lily

Después de llevar media hora en la cinta de correr, se encontraba realmente exhausta. Hacía varios días que no pisaba el gimnasio y ahora su cuerpo se resentía. Decidió hacer unos cuantos abdominales y marcharse a casa, ya que tampoco era plan de pasarse el día de su cumpleaños con unas horribles agujetas. Antes de salir, preguntó por Mike en recepción. Sabía que las cosas entre él y Merche iban viento en popa, pero sólo tenía la versión de su amiga y le hubiera encantado escuchar en palabras de él qué tal le

iba con su querida Huevecito. No pudo hablar con él porque le dijeron que se había marchado a dar una *masterclass* a otro centro de la cadena.

«Otro día será», pensó Lily.

De camino a su casa, oyó el claxon de un coche que reconoció de inmediato. Su corazón comenzó a acelerarse, algo que se había tornado una costumbre desde que conoció a El Hombre.

—Rubia, ¿te llevo? —dijo Ian con voz chulesca, imitando a algún actor de películas en blanco y negro.

Ella sonrió al imaginárselo diciendo esas palabras con una gabardina y un sombrero borsalino en la cabeza, a lo Humphrey Bogart.

—Nunca hablo con extraños —bromeó, siguiéndole el juego.

Pero no pudo aguantar la broma más tiempo. Se acercó a la ventanilla del conductor y le dio un tímido beso a su chico. Acto seguido, rodeó el Mercedes y se sentó en el asiento del copiloto.

—¿Adónde vamos? —preguntó curiosa.

—Me temo que los planes de esta noche no van a ser demasiado románticos, cielo. —Le guiñó un ojo mientras quitaba el freno de mano y el coche reanudaba la marcha—. Te dejo en tu casa y me voy al Raiki. Hoy tenemos una cena privada muy importante, ¿recuerdas? Vamos a cerrar el local para una multinacional. Será una velada movidita. Pero me apetecía verte, aunque sólo fueran cinco minutos —añadió sonriendo.

—A mí también. —Se acercó para darle un beso en la mejilla. No le gustaba distraerlo mientras conducía—. Había olvidado lo de la cena, y mira que me lo has contado varias veces... Lo siento, supongo que últimamente tengo la cabeza en otra parte —se disculpó—. ¿De qué empresa se trata?

—Es una de esas compañías jóvenes que nacieron con el boom de las nuevas tecnologías. El jefe maximus apenas tiene treinta años. ¿Te lo puedes creer? Con dieciocho años el mocoso se inventó no sé qué página web y míralo ahora, en diez años, forrado —rio.

«Malditos cerebritos frikis con dinero.» En realidad los admiraba, pero le gustaba despacharse a gusto con ellos de vez en cuando. Solidaridad con el resto del país en paro, pensaba.

Diez minutos después, ya estaban en el portal de Lily. No se querían despedir, pero no les quedaba otro remedio. Lo cierto era que ella no quería pasar la víspera de su cumpleaños sola. Le habría encantado que Ian se perdiese entre sus sábanas, aunque se hacía cargo de que el trabajo era el trabajo. «Al menos uno de los dos tiene empleo», pensó.

—Una cosa más, nena —le temblaba un poco la voz—, creo que me odiarás por esto, pero... —miró al suelo— mañana tengo que volar a Milán a primera hora para cerrar los contratos con el nuevo vinicultor del que te hablé y acabar de valorar las posibilidades de darnos a conocer allí también. Lo siento mucho...

—Oh... —Odiaba contar con un año más en el carnet de identidad, pero tenía que reconocer que le encantaba ser el centro de atención, aunque sólo fuera una vez al año. El hecho de que se lo fuese a perder la persona más importante de su vida le dolía bastante—. Bueno, no pasa nada... —mintió.

—Lo siento, rubia —repitió él—. Tiene otra oferta de un tío que lo está tentando bastante y tengo que cerrar este negocio como sea. —La cogió de la barbilla—. Sabes que nada me gustaría más que pasar contigo tu cumpleaños. ¿Estás enfadada?

—No, tranquilo, el trabajo es el trabajo —repitió, esta vez en voz alta—. Lo entiendo. Bueno, vas a llegar tarde... Bu... buenas noches —dijo con voz queda.

—Lily... me siento fatal. ¿Quieres que intente cambiarlo? —sonó preocupado.

—No, no, de verdad...

—¿Seguro? —No sabía si Lily estaba siendo sincera, pero ella hizo un gesto afirmativo con la cabeza—. Bueno, en el fondo te da igual, ¿no? Como no te gusta cumplir años ni que los demás te lo recuerden...

—Sí, sí, vete tranquilo, no pasa nada... —le dio un casto beso y se bajó del coche para que no viese que los ojos comenzaban a inundársele de lágrimas.

A la mierda (otra vez)

Apenas quedan un par de horas para la medianoche y para que yo me convierta, oficialmente, en una vieja con un año más en su haber. Y con otra década más también en su haber, para mayor crueldad. Os preguntaréis por qué escribo hoy dos veces en el blog. Pues porque... ¡quiero mandarlo todo a la mierda! ¡Otra vez!

Hombres del mundo, ¿es que todavía no sabéis que cuando una mujer os dice que «no pasa nada», en realidad está a punto de producirse una catástrofe de enormes proporciones? ¡Por Dios! ¿De verdad decís que somos complicadas...? ¡Coño, no es tan difícil! «¿Cariño, te pasa algo?» «No.» «¿Seguro?» «Sí.» «¿Seguro, seguro?» «Que sí.»

¡*MENTIRA, coño! ¡Ya deberíais saberlo! ¿Es que nunca vais a aprender*?

Idiotas, ¡claro que nos pasa! Repito, no es tan difícil. Si decimos que sí es que no. Y si decimos que no es un «ya puedes apostar a que sí».

¡*Ian no va a estar el día de mi cumpleaños! Vale que es por temas de trabajo, pero me ha preguntado que si lo cambiaba y yo le he dicho que no, que no se preocupase. ¿Y sabéis qué me ha contestado? ¡Nada! ¡No ha entendido que mi «Tranquilo, no pasa nada» significaba «Manda el viaje a la mierda y quédate conmigo el día de MI cumpleaños»! (Sí, odio cumplir años, pero no deja de ser MI cumpleaños. MI día. Se me debe sumisión y veneración durante veinticuatro horas, hombre, ya.)*

En fin. Me estoy pensando seriamente escribir una segunda novela. El título sería algo así como Psicología inversa. Todo lo que un hombre debería saber acerca del comportamiento femenino*.*

Me voy a la cama. Pienso apagar el móvil hasta mañana. Mi persona y el cabreo monumental que lleva ahora mismo consigo os damos las buenas noches.

Lily

Pipipipi. Pipipipi. Pipipipi. El despertador avisaba de que ya había llegado el día de su cumpleaños. La noche anterior había estado a punto de no activar la alarma que la despertase a las ocho, pero decidió que se comportaría como cualquier otra jornada. El hecho de que ahora tuviese un año más no impediría que llevase a cabo su rutina diaria, que se componía de un gran desayuno con una inmensa taza de café, una mañana frente al ordenador mandando currículums y escribiendo su libro y una tarde en el gimnasio. Eso había decidido que haría durante las próximas doce horas.

Supuso que, entre plan y plan, la inundarían de llamadas recordándole que acababa de cumplir un treinta jodidamente hermoso. Podía hacer que su rutina no cambiase, pero lo que no podía hacer era evitar que el resto olvidase aquella fatídica fecha. Era cierto que el día anterior había escrito en el blog que no le importaría que la felicitasen (siempre que fuese con palabras cariñosas), pero en el fondo, lo único que le apetecía era esconderse entre sus sábanas, hecha un ovillo, y esperar que llegase el veinticuatro de febrero y todo el mundo olvidara que estaban a «23-F».

Y, para más inri, la razón por la que no le hubiera importado gritarle al mundo que era su cumpleaños no estaba. Ian ya debía de estar camino de Milán, si es que no había llegado ya, porque ni siquiera sabía a qué hora tenía el vuelo. Se había bajado tan escopetada del coche que ni se le ocurrió preguntar.

Sin darse cuenta, ya llevaba más de media hora en la cama, dándole vueltas a todo.

«Vamos, Lily, no te quejes tanto, que sólo quedan quince horas y media para que se acabe este mierdi-día», se dijo para levantarse. Mientras se duchaba, oyó que su móvil sonaba. «La primera de muchas», pensó, mientras salía corriendo enrollándose la toalla alrededor del cuerpo.

—¿Sí, dígame? —Resbaló justo cuando llegaba a la cama para coger el teléfono.

—Hola, buenos días. Mi nombre es Margarita, con número de identificación 32248, y le llamo de Todafone para ofrecerle una nueva oferta con la que podrá ahorrarse hasta diez euros mensuales en su tarifa de teléfono. ¿Podría decirme su nombre, por favor?

—¿Para qué? —¿Era una broma? ¿La primera llamada de su cumpleaños era una jodida teleoperadora vendiéndole una tarifa telefónica?

—Para dirigirme a usted, señora.

—¡Señorita! —Odiaba que la llamasen señora, en eso era clavadita a su madre—. ¡Señorita!

—Está bien, disculpe, señorita. ¿Podría decirme su nombre, pues, para dirigirme a usted? —repitió.

—¿Y podría decirme usted por qué coño llama a estas horas de la mañana para ofrecerme una mierda de tarifa que sabe de sobra que no voy a contratar, el día de mi cumpleaños?

—Pero... yo... señora... digo, señorita... —La pobre teleoperadora se trababa sin saber muy bien qué decir—. Es mi trabajo.

—¡Pues no me interesa! ¡Adiós! —Colgó tan fuerte que la huella de su pulgar quedó marcada en la pantalla táctil de su iPhone.

«Seré imbécil», pensó.

Nada más colgar, se dio cuenta de que se había comportado como una verdadera estúpida con aquella joven, que, como bien le había dicho, sólo estaba haciendo su trabajo. Si algo tenía claro de su carácter era su neurosis, sí, pero jamás se portaba tan agriamente con personas a las que no conocía.

Había volcado toda la frustración y la tensión que llevaba acumulada en aquella chica que, seguramente, por un sueldo más que escaso, estaría pegada a una silla, llamando durante horas a cientos de números en los que la tratarían igual o peor de cómo lo acababa de hacer ella.

«Quién sabe si de aquí a un par de meses seré como ella», se dijo, pensando en el poco dinero que le quedaba en la cuenta corriente.

Intentó volver a hablar con la mujer, de hecho, pensó hasta en cambiar de compañía para comprarle el producto que le había querido vender, pero no lo consiguió. Como suponía, remarcó el número desde el que la habían llamado minutos antes, y lo único que oyó fue un triste *piiiiii, piiiiii, piiiiiii*.

Se dio cuenta de que estaba demasiado estresada como para sentarse frente al ordenador. Pensaba que, en el fondo, tenía superado eso de cumplir años cada trescientos sesenta y cinco días, pero estaba claro que no era así. Decidió coger los bártulos y plantarse en el gimnasio. Además, en una hora comenzaría una clase de body pump y creyó que era lo mejor para soltar todo lo que llevaba dentro.

Para su sorpresa, Mike era el profesor y pensó que sería divertido verlo dándole órdenes, ya que durante las últimas semanas sólo lo había visto un par de veces fuera de allí, y había sido haciéndose arrumacos con Merche.

«Quién me iba a decir que, por una vez, mis intentos de celestina darían sus frutos», rio para sus adentros cuando entraba en el aula, algo más animada.

—Te odio —dijo Lily a modo de saludo, cuando se acercó al monitor, una vez que hubo terminado la clase—. Dios, estoy a punto de la deshidratación por tu culpa.

—De eso se trata, Lily —sonrió—. Hacía tiempo que no venías por las mañanas...

—Sí, bueno, las estoy dedicando a trabajar como parada, ya sabes, mandando currículums durante horas —bromeó—, pero he seguido viniendo por las tardes, sólo que no te he visto.

—Ahora me han cambiado el turno, y para mejor. Ya no tendré que estar aquí hasta las once de la noche todos los días. —Se pasó una mano por el pelo—. Por cierto, tú y yo tenemos que hablar seriamente un rato de éstos. ¿Me dejas que te invite esta semana a tomar algo y te cuento?

—¡Claro! —De hecho era lo que deseaba, conocer las intenciones que tenía Mike con su amiga.

—Lily, perdona, pero me tengo que ir. En diez minutos me toca dar otra clase. Nos vemos esta semana, ¿verdad?

—¡Cuenta con ello! —gritó con la lengua casi fuera, mientras él se alejaba corriendo.

Subió al vestuario, pensando en que su amigo no se había acordado de su cumpleaños. Vale que hiciera poco tiempo que se conocían, pero estaba segura de que Mike sabía su fecha de nacimiento, porque precisamente habían tenido una conversación hacía un par de meses acerca de la fecha tan señalada que había elegido para nacer.

Antes de darse la segunda ducha del día, echó una rápida ojeada a su teléfono. A esas alturas del día, creyó que tendría varias llamadas perdidas, pero no había ninguna. Increíble...

Era una sensación verdaderamente rara. Por una parte, tenía ese sentimiento de querer desaparecer y que nadie se acordase de la fecha que era, pero por otro lado, se sentía en parte algo abandonada por todos los que la querían. ¿Es que nadie se había acordado de ella? Aunque no quisieran, las noticias recordaban anualmente que era el aniversario del intento de golpe de Estado de Tejero, en 1981. El 23-F. Sí, 23-F. Era imposible olvidarlo.

La tarde no fue mucho más fructífera. Apenas envió una decena de currículums después de comer. En un par de ocasiones, su hermano se había ofrecido a dejarle dinero durante unos meses, hasta que encontrase algo con lo que pagar el alquiler, pero ella se había negado en redondo. Siempre había conseguido ser autosuficiente y por nada del mundo quería depender ahora de nadie. Sabía que Jaime se lo había dicho de una manera totalmente desinteresada, pero era una cuestión de orgullo. Trabajaría en el McDonald's si era necesario con tal de mantenerse por sí misma. Eso y que seguro que su cuñada se enteraría y no le haría ni pizca de gracia; por no hablar de que se lo estaría recordando el resto de su existencia.

«Antes muerta.»

Eran las seis de la tarde y aún nadie había dado señales de vida. Sólo había tenido un par de conversaciones insustanciales con el Comando Ensaladilla en el grupo de Whatsapp y con Ale, que le pedía encarecidamente que la acompañase a comprar unos zapatos para una cita que tendría al día siguiente. Viendo que nadie le deseaba un feliz cumpleaños, accedió a aconsejar a Aceituna sobre qué calzado comprarse para «una cita salvaje», tal como su amiga la había descrito en el mensaje.

Ian, por su parte, tampoco la había llamado. Hizo un esfuerzo mental muy grande para no enfadarse más aún con él, porque, si algo tenía claro, era que su chico sí se acordaba de que era su cumpleaños.

«Pero es un hombre —pensó—, a los hombres no se les puede pedir más. Si está pensando en su trabajo, no podrá llamarme. Uno, dos y tres, yo me calmaré...»

Estaba tan asqueada del día de mierda que estaba teniendo que no se estrujó demasiado la mollera para elegir un modelito. Diez minutos más tarde, ya estaba en la calle con unos vaqueros rotos, unas Converse y una sudadera vieja. El conjunto combinaba a la perfección con los sentimientos que en esos momentos la embargaban.

—*Buona sera*! —chilló Ale, en cuanto la vio salir de la boca del metro de Sol—. ¡Por Dios! ¿Quién eres tú y qué has hecho con mi magnífica y estilosa amiga Lily O?

—Hola, tú —le devolvió el saludo—. Ya ves, no estaba de ánimo para arreglarme. —Hizo una mueca. Al parecer, Ale tampoco se había acordado de su cumpleaños—. ¿Adónde quieres ir?

—Pues, hasta ahora, iba a comprarme unos zapatos, pero creo que ahora voy a comprar dos pares, unos para mí y otros para ti. —Ladeó la cabeza—. Creo que nada te haría sonreír más que unos buenos tacones, ¿me equivoco?

—Gracias, Ale, pero no hace falta, de verdad. —En realidad, sí hacía falta. Los podría recibir como un regalo de cumpleaños, ¿no? Se lo merecía, después de un día como aquél. Y a coste cero.

«Los parados tenemos que aprovechar ocasiones como ésta.»

—¡Basta de hablar y vamos a gastar! —canturreó Ale, cogiéndola del brazo.

Dos horas más tarde, ambas llevaban una bolsa de Jimmy Choo en la mano. Finalmente, Aceituna se había salido con la suya y le había comprado unas carísimas sandalias de *strass*. Tampoco es que Lily hubiera puesto demasiado impedimento. De hecho, nada más pasar por delante del escaparate ya había visto un par que le habían hecho perder la cabeza. Además, no era un gasto desmesurado para Ale, que mensualmente recibía una cantidad nada despreciable de su adinerada familia en Italia. Todavía había gente que trabajaba sólo por hobbie y su amiga era una de ellas.

«Qué mal repartido está el mundo. Señor, llévame pronto.»

Ale se había empeñado en acompañar a Lily a casa. «Querrá animarme», pensó, mientras salían del metro en dirección a su calle. De repente, y por si ya de por sí el día no estuviera siendo horrible —a excepción de sus nuevos zapatos—, sintió algo en la cabeza.

—¡Dios, no! —gritó, tocando la mierda viscosa que había caído sobre su melena algo grasienta—. Ale, ¡joder, dime que no se me ha cagado una puta paloma!

—¡No me lo puedo creer! —rio su amiga a carcajadas—. Ahora sí que vamos a tu casa. Pero no esperes que te ayude a quitarte eso de la cabeza. —No podía parar de reír.

—¡Deja de reírte de una puta vez! —chilló ella, exasperada.

—¿Es una broma? ¡Ni por un millón de euros conseguiría parar de descojonarme! —Las carcajadas de Aceituna se oían desde la otra punta de la calle, lo que hizo que algunos viandantes que pasaban se quedasen mirándolas, comprendiesen la situación y se echasen ellos también a reír.

—¡Se acabó! ¡Mierda de día! —maldijo Lily mientras subían la escalera—. ¿Sabes qué? ¡Que estoy harta! ¡Harta de todo! —Iba subiendo la voz a medida que se acercaban a la puerta de su piso—. ¡No me puedo creer que nadie se haya acordado de mi cumpleaños! ¡Ni tú, que llevas toda la tarde conmigo! ¡Sí, tú, no pongas esa cara! ¡Es mi jodido cumpleaños! ¡Cumplo treinta años y nadie se ha acordado! ¡Nadie! ¡Y para colmo tengo una mierda de paloma en la cabeza!

—¡¡Sorpresaaaaaaaaa!!

—Oh, no —dijo en voz baja.

¿Cómo había podido pensar que nadie se acordaría del día que era? Lamentó las últimas palabras que había pronunciado segundos antes y que, por supuesto, habían oído todos los que allí se encontraban, medio escondidos entre el sofá y los muebles de la cocina americana.

Pero un momento después, se olvidó de todo y se paró a observar lo que tenía delante. En su casita de apenas sesenta metros cuadrados estaban apiñadas todas las personas importantes en su vida. El Comando Ensaladilla en primera fila, con una pancarta en las manos que rezaba «No te sientas una vieja o nos harás sentir mayores a nosotras también», lo que la hizo sonreír ampliamente.

A la derecha estaba toda su familia: su madre, con un pañuelo en las manos que denotaba que había contenido las lágrimas hasta ese momento, su hermano Jaime y sus dos sobrinos, cada uno con

un regalo en las manos. Incluso estaba Mike, que había conseguido engañarla muy bien aquella mañana.

Pero a quien más se sorprendió de ver fue a Ian. ¿Cómo había podido pensar que ese chico que tanto la quería —porque la quería, sin ninguna duda— se perdería ese día tan importante? Estaba un paso por delante de todos, con un ramo de rosas amarillas en las manos. No le costó adivinar el número: treinta, acompañadas con su sonrisa perfecta. Se acercó a Lily, la cual no podía moverse de la impresión, le agarró de la cintura y le dio un casto beso:

—¿De verdad creías que me perdería esto, nena?

—Pues... —No sabía muy bien qué contestar—. No, lo cierto es que no. Estaba segura de que estarías aquí.

Y en cierta manera así era. Había intentado convencerse a sí misma de que nadie se había acordado de ese día, pero muy en el fondo deseaba con ansia que algo la estuviera esperando. Lo que no se le pasó por la cabeza en ningún momento fue tal despliegue, y con Ian el primero.

—¡Muchas gracias! ¡Pensaba mataros a todos, uno por uno, ya creía que os habíais olvidado de mí! —bromeó, mientras besaba a todos los presentes y se dejaba querer con felicitaciones y abrazos.

Los últimos en marcharse de la fiesta sorpresa fueron Merche y Mike, a eso de las tres de la madrugada.

—Muchas gracias, chicos, de verdad. Sois los mejores —se despidió Lily de ellos, mientras los veía alejarse por la escalera.

—Bueno, ahora sólo quedamos tú y yo —le susurró Ian al oído —. Y... todavía no has abierto mi regalo —añadió juguetón, con una caja de terciopelo rojo entre las manos.

«OMG! OMG! OMG! ¡Es un anillo! ¡No jodas!», gritó como loca para sus adentros. No sabía si su yo interior gritaba de alegría o de miedo. Su parrús, totalmente autónomo, ya gritaba protestando.

—¿Qué... qué es esto? —preguntó nerviosa.

—Lily, no es lo que piensas.

«¿Ah, no? ¿Caja de terciopelo? ¿En serio? Pues no es que yo tenga demasiada imaginación, es que parece muy obvio.»

—Ábrela y te lo explicaré —dijo Ian, tendiéndole la pequeña caja.

En su interior, encontró una llave de latón.

«¿Qué clase de broma es ésta?»

—U-una llave —atinó a decir, algo contrariada.

—Es la llave de mi casa, rubia —aclaró él mirándola a los ojos—. Porque quiero que algún día también sea la tuya. —Sonrió.

No era un anillo, pero también era un compromiso. ¿Le estaba pidiendo que se fuese a vivir con él? Le quería, sí, no tenía ninguna duda, pero no estaba preparada todavía para dar ese paso. Aun así, sintió que engordaba de felicidad al pensar en el gesto que había tenido hacia ella.

—Oh, Ian... Esto es... Esto es más de lo que podría esperar. —No sabía muy bien qué decir. ¿Se vería ella ahora obligada a darle también la llave de su loft? No sabía si le gustaba demasiado la idea —. ¿Estás seguro de que quieres darme esto?

—No es sólo la llave, Lily, es lo que representa. Te entrego mi casa, mi vida y mi intimidad.

Ella abrió enormemente sus ojos verdes. Ian siempre era muy profundo cuando quería hablar de temas serios, pero lo que acababa de decir la dejó totalmente extasiada.

—Te quiero. —Las palabras se le escaparon entre los dientes.

Hacía tiempo que se juró a sí misma no decir esas dos palabras que tanto significaban para ella en voz alta si la otra persona no las pronunciaba primero. Pero ahí se encontraba ahora, muerta de vergüenza por lo que acababa de soltar. Cuando estaba a punto de gritar «Tierra, trágame», Ian añadió:

—Acabas de hacer realidad el segundo de los deseos que pedí.

No dijeron nada más. Se abrazaron fundiéndose en uno solo. Era un instante mágico. Ian le acarició el pelo y dijo:

—Rubia, no tendrás una cagada de pájaro en la cabeza, ¿verdad?

17

¿Y qué si...?

¿Y qué si ya tengo treinta años, camino de los cuarent...? Ahí me quedo. ¿Y qué si ya debería tener mi vida resuelta y estoy a punto de quedarme a cero en la cuenta y sin previsiones de ingresar un euro en lo que me queda de vida? ¿Y qué si se me cagó una ~~puta~~ paloma en la cabeza e interrumpió el momento más romántico del mundo mundial? Pues sí, ¿y qué? Hay un refrán que dice que «La vida no se mide por las veces que respiras, sino por los momentos en que te dejan sin aliento», y yo estoy viviendo la mañana posterior a un día verdaderamente genial que me dejó sin respiración.

Parece mentira que dudase por un instante (o dos, o tres) de mi gente, pensando que no se acordarían de mi cumpleaños. ¡Nada más lejos de la realidad! Me tenían preparada en casa (esa casa que puede que mañana deje de ser mía por no poder pagarla) una fiesta sorpresa memorable. Qué digo memorable, ¡¡inolvidable! Todas las personas importantes de mi vida estaban ahí, no sólo para recordarme que era un año más vieja, sino para repetirme hasta la saciedad que valgo, que valgo mucho. Y no sé vosotros, pero a una, por muy echá p'alante *que sea y por muy segura que esté de sí misma (algunas veces), escuchar palabras de ánimo la reconforta bastante. Así que ayer fueron una parte importante para que esta mañana me haya levantado con las pilas súper cargadas. Pero no son la única razón*.

¿Sois de esa clase de personas que se lo guardan todo y, cuando menos se lo esperan y quieren, explota? Porque no habría una definición mejor de mí. Puedo llevar días, semanas o meses

incluso queriendo decirle a otra persona «Córtate ese pelo, por Dios, que te queda fatal» (es un ejemplo tonto, pero para que me entendáis) y callarme y llegar un día en que vea a esa persona en cuestión con el pelo empapado por haberle pillado una tormenta y gritarle: «¡Eso te pasa por llevar esa mata de pelo de rata en la cabeza!». Vale, no es un ejemplo demasiado bueno, pero quería haceros ver que suelo responder de forma impulsiva en los momentos menos apropiados.

No sé cómo explicarlo, a ver, es una especie de hablar antes de pensar. ¡Sí, así, así es como lo quería explicar! Hablo antes de pensar. Y, aunque no siempre sale mal, muchas otras veces, segundos después de abrir la boca, tiendo a gritar en mi interior «Tierra, por tu vida, ¡trágame!».

Pues más o menos es lo que me pasó anoche con Ian, aunque todavía no estoy segura de si mi impulso fue algo bueno o no... No me dio tiempo de averiguarlo, porque una jodida paloma tuvo la culpa. Sí, sí, una paloma. O un gorrión o un águila. Me da lo mismo. La escena fue más o menos así:

Tres de la madrugada. Ian. Yo. Un regalo en forma de caja de anillo de compromiso (como lo leéis). Y un aura espectacular alrededor, como en la peli de Ghost *más o menos, pero los dos vivos. ¿Os situáis? Ok. Sigo*.

Me da la caja. La miro. Pienso «¡¡Me caso!! ¿Me caso? Joder, que me caigo del mareo». Ian habla. Me cago en él cuando dice que no es lo que creo. «Mierda.» Abro la caja y veo una llave. «¿Una mierda de llave? ¿En serio?» Me mira. Me dice que es la llave de su casa, que abre no sólo su hogar, sino su vida y su intimidad. «Oh.» Me quedo sin palabras. «Te quiero» (le digo yo. En voz alta). ¡Joder! ¿No me había quedado sin palabras? Escena romántica de peli. Nos abrazamos. Me acaricia la cabeza (muy de cine, en serio). Él vuelve a hablar y dice: —Lily, ¿tienes una cagada de pájaro en el pelo?

«Me cago en todo lo cagable. Y nunca mejor dicho.» Fin de la escena.

¡*¡Fin de la escena!! ¿Será posible? ¡Una jodida mierda de pájaro desvió a mi hombre de aquellas dos palabras que estaba a punto de pronunciar! ¡¡Porque lo estaba!! Pero bueno, haciendo caso al título de mi post de hoy, pensaré «¿Y qué...?». Tarde o temprano me lo dirá, lo sé. Yo, como de costumbre, hablé sin pensar y le dije «Te quiero». Ahora sólo me queda esperar... ¿Y qué si tengo que esperar a que este jodido personaje, que sé que me ama desde hace meses, me diga que me quiere? ¿Y qué...? ¿Y qué...?*

Lily

P. D.: Sólo espero que nunca lea lo que escribo aquí cada día. Bueno, ¿y qué si se entera? Qué ~~coño~~... No, no. Que no se entere nunca.

Lily estaba releyendo las últimas líneas que había escrito. Si algo tenía claro era su obsesión por la correcta escritura. Nunca dejaba una tilde sin poner o unas comillas cuando hubiese algo que citar. Dudaba en si borrar la posdata cuando sonó el teléfono fijo de casa. Sería su madre, ya que el resto de personas siempre la llamaban al móvil. De hecho, llevaba unos días pensando en dar de baja la línea. Tenía que recortar gastos de donde fuese.

—¿Qué quieres, mamá? —respondió, sin mirar la pantalla, donde se veía el número de la persona que llamaba.

—¡Hola, Lil!

«No me lo puedo creer», pensó al escuchar la voz de Roberto.

—¿Qué quieres? —preguntó secamente.

—Bueno, pues... felicitarte, supongo. —Estaba nervioso. Lo conocía lo suficiente como para saber que no era lo único que pretendía decirle—. Sí, eso ¡felicidades!

—Roberto, fue ayer. Y lo sabes de sobra. —Su tono áspero no cambiaba—. Por suerte o por desgracia, nacimos el mismo día.

—Claro, sí. Cierto. —Hizo un burdo intento por parecer desenfadado, con una risa demasiado fingida—. Nos merecemos celebrarlo, ¿no crees? ¿Qué te parece si comemos juntos mañana y charlamos? Por los viejos tiempos. —Se quedó a la espera.

—Roberto, ¿estás hablando en serio? ¿Te has chutado algo? ¿Tú y yo compartiendo mismo espacio vital? ¿La misma mesa?

«Pero este tío es gilipollas, ¿o qué?», pensó, mientras su gesto cambiaba hasta convertirse en una cara de sorpresa entremezclada con asco.

—Claro que hablo en serio. Venga, Lil. Nos merecemos acabar bien, ¿no crees?

—Tú y yo acabamos hace mucho tiempo ya, Roberto. Y no bien, precisamente.

—Dios, no has cambiado nada, ¿eh? Siempre te encantó darme caña. Está bien, lo siento, ¿vale? ¿Es lo que querías escuchar? Lo siento. Lo siento mucho. La cagué. Fui un cabrón, un estúpido por hacer lo que hice, un...

—¿Un profundo mamón? —lo cortó ella.

—Sí, eso también. —Suspiró—. Joder, Lil, desde que te vi ese día en el centro comercial como una estatua... —«Mierda, o sea que sí que me vio»—. Y luego en el restaurante ése... ¿cómo se llama?

—Raiki Beach —dijo ella.

La conversación la asqueaba, pero era incapaz de colgar. Quería, más bien necesitaba, escuchar esas palabras que tanto había ansiado hacía años. Necesitaba oír de la boca de ese hombre que la rompió en mil pedazos que lo lamentaba.

—Sí, El Raiki. Está genial ese sitio, ¿verdad? ¿Sigues con...? —Conociéndolo como lo conocía, sabía que estaba intentando sonsacarle información.

—Por supuesto. Es el hombre de mi vida. —Probablemente, esas palabras no le harían daño en absoluto, ya que él vivía feliz y contento con la cerda de su ex jefa, pero sintió la necesidad de decirle que ella también tenía su corazón pletórico—. Nos vamos a casar, de hecho.

«Eh, ¿hola? Lilyana Olsen, una vez más, acabas de hablar antes de pensar. ¿Se puede saber por qué le has dicho eso?» Pensó en mil cosas mientras aún mantenía la oreja pegada al teléfono rosa del salón.

—Guau, vaya... Genial, ¿no? —Se le entrecortaba la voz—. Vaya, sí... esto... Creí que habías dicho que nunca volverías a plantearte una boda.

—Y yo nunca creí que harías lo que hiciste —sentenció.

Roberto tardó en contestar y ambos cayeron en un silencio más que incómodo. Cuando Lily estaba a punto de colgar sin siquiera despedirse, su ex se recompuso y dijo:

—Me lo estás poniendo demasiado difícil, Lil. ¿Cuántas veces voy a tener que disculparme? Fui un cerdo, pero no puedo dar marcha atrás. Sólo puedo invitarte a comer y explicarte, cara a cara, lo mucho que lo siento. —Su tono era de súplica, pero Lily no alcanzaba a reconocer si eran unas disculpas sinceras o, por el contrario, estaba actuando como nunca en su vida.

Comenzaba a ablandarse. No quería sentarse frente a él y escuchar lo que fuera que le quisiera decir, pero sí ansiaba ser ella la que le soltase un par de cosas. Los hombres siempre tienden a desaparecer sin más, y aquél, a pocos días de su boda, también lo había hecho. Lily llevaba años con un monólogo preparado para cuando lo viese.

Al principio pensaba que él iría tarde o temprano a pedirle perdón. Ése sería el momento en que ella gritaría a los cuatro vientos todo lo que llevaba dentro. Sin embargo, Roberto nunca apareció y, con el tiempo, Lily creía que esas palabras ya no saldrían de su boca. De hecho, se había acostumbrado tanto a ellas que le parecía que las había olvidado en algún rincón de su memoria. Pero ahora, con esa llamada, salieron de su escondite y sentían la necesidad de ser pronunciadas. No quería verlo, mas tenía que decirle a la cara todo lo que llevaba guardado durante años.

—Cállate, Rober. ¿La semana que viene te va bien? —soltó sin pensarlo demasiado.

—Sí, sí, claro —Lily notó que sus palabras lo habían pillado de sorpresa. No esperaba por nada del mundo que ella fuera a acceder a comer con él—. ¿Te recojo y cenamos?

—Esto no es una cita —lo cortó—. Quedamos para comer. ¿Lo tomas o lo dejas? —dijo ella.

—Está bien. El viernes no trabajo por la tarde. ¿A las tres te va bien?

—Sí —contestó ella—. Estaré lista a las tres. Y, Rober —le advirtió—, no me llames Lil. —Colgó sin darle tiempo a que contestase.

Durante unos minutos, fue incapaz de levantarse del sofá. Alguna extraña fuerza la mantenía como amarrada a él. Sus piernas, entumecidas, no podían moverse. La cabeza no paraba de darle vueltas y los pensamientos se amontonaban unos encima de otros, como queriendo ser los primeros y no quedarse atrás, olvidados.

Pensó en los años felices que había pasado con Roberto, su novio de toda la vida, con el que sus amigas se reían a carcajadas y al que su familia adoraba como a un Dios. Ese ser que había conseguido hacerla feliz como a ninguna otra mujer. El chico perfecto, de buena familia, educado, elegante y con una carrera profesional que lo llevaría hasta lo más alto. Eso, al menos, pensaba de él hasta que decidió acostarse con una fulana en la cama que compartían. Intentaba comprender, pero no alcanzaba a hacerlo, el porqué de esa llamada.

«¿Por qué ahora?», se repetía.

Confusa, no entendía por qué estaba empeñado en volver a su vida y mucho menos cómo era que ella había accedido a que lo hiciera. ¿Aún le querría? No, de eso no tenía ninguna duda. Era cierto que había estado enamorada de él hasta las trancas, pero ahora estaba con Ian, ese hombre que, en una etapa más madura de la vida, le había enseñado lo que era amar a alguien incondicionalmente.

Dejó de pensar en Roberto cuando le vino Ian a la cabeza. No quería hacerlo, pero era algo casi imposible de parar. Comenzó a compararlos. Ambos eran muy parecidos físicamente. Dos hombres altos, fornidos, elegantes y de muy buen porte. Además, los dos compartían, uno en periodismo y otro en los negocios, la pasión por su trabajo, sus aspiraciones profesionales. Roberto nunca se conformó con ser un simple redactor de deportes, siempre había querido alcanzar un puesto directivo. Ian, por su parte, no sólo era el chef de uno de los restaurantes más chics de la ciudad, sino que, además, era un hombre de negocios cuyo próximo objetivo sería internacionalizar su producto en Italia.

Sin embargo, si una cosa tenía clara Lily, es que no eran iguales. Había algo que, sin ninguna duda, hacía que fueran dos polos opuestos. Roberto se quería a sí mismo más que a ninguna otra persona en el mundo. La prioridad de Ian, en cambio, era ella. Lo sabía, no necesitaba escuchar un «Te quiero» de sus labios. Lo veía en sus ojos cada vez que hacían el amor. Él haría cualquier cosa por ella. Ian jamás la traicionaría.

Nunca pensó que pudiese volver a confiar así en un hombre, pero ahí estaba, sentada en el sofá de su loft, agarrándose las rodillas y entendiendo ahora por qué había accedido a comer con su ex.

Había necesitado mucho tiempo para darse cuenta de que Ian no era como Roberto. No lo era. Y con esa comida lo confirmaría.

—Es una broma, ¿verdad? —gritó Luisa, al ver cruzar a Lily el paso de peatones.

Después de haber permanecido largo rato en el sofá, reflexionando, pensó que necesitaba contarles a su Comando lo que había pasado. Precisaba de los tres puntos de vista, diferentes todos ellos, de sus incondicionales amigas. Sabía que ninguna aprobaría la decisión que había tomado; sin embargo, sentía el impulso de

descargar en alguien todos los sentimientos que se arremolinaban en su interior. Merche, quizás, sería la única que se mostrase algo comprensiva, pero tampoco estaba demasiado segura.

—Hola a ti también, Atún —la saludó Lily al llegar a su lado—. ¿Y las demás?

Habían quedado en el Luti, punto de encuentro donde tantísimas tardes habían arreglado el mundo.

—Ya las conoces. Llegarán tres horas después de lo que habíamos dicho en un principio. —Le señaló una silla—. Siéntate, necesito decirte algo antes de que llegue el resto cacareando.

Lily hizo lo que Luisa le pedía y ambas se quedaron unos segundos mirándose la una a la otra, aunque ninguna rompía aquel incómodo silencio.

—Bueno, ¿qué me ibas a decir? —preguntó por fin Lily.

—En realidad no sé ni por dónde empezar... —comenzó la otra, mientras apretaba los puños—. Lily, yo...

Pero no tuvo tiempo de decir nada más, porque Ale y Merche llegaron juntas y, tal como había predicho Luisa, cacareando.

—Lilyana Olsen Sánchez, ¿qué tienes en esa cabeza? —Ale fue la primera en hablar—. ¿Es que te has dado un golpe en esa puta mollera de loca que tienes y estás en estado de shock?

—Aceituna —la reconvino Merche—, me has prometido que la dejarías hablar antes de decirle lo que pensamos nosotras.

—Ok, ok, pero te aviso que no voy a aguantar demasiado tiempo callada —aclaró, mirando a Lily—, así que empieza a soltar por esa boquita o exploto de un momento a otro.

—Bueno, más o menos ya sabéis lo que hay, ¿no? Quiero decir... la historia no es demasiado complicada. Me ha llamado, le he dicho que es un puto mamón, me ha invitado a comer y he accedido. Sin más, no sé...

Lo cierto era que no se había imaginado así la explicación que les daría a sus amigas. Estaba deseando desahogarse con ellas y, sin embargo, ahora era incapaz de soltar todo lo que llevaba dentro.

—Pero vamos a ver —comenzó a decir Merche—, empieza por el principio. ¿Con qué excusa te ha llamado?

—Para felicitarme el cumpleaños —contestó sin demasiado énfasis.

—Vale. ¿Y cómo ha salido el tema de la cita? —siguió Merche.

—No sé, me ha dicho que lo sentía y que podríamos tomar algo por los viejos tiempos. —Tanta pregunta comenzaba a incomodarla; parecía un interrogatorio en toda regla—. ¡Ay, chicas, yo qué sé! Le he contestado que sí porque necesito decirle a la cara todo lo que no me dejó gritarle en su momento. ¡Necesito quitarme esa espinita!

Por fin había dado rienda suelta a sus pensamientos y el Comando sabía que no podrían pararla en los próximos minutos. Lily era un mecanismo de relojería. Rara era la ocasión en la que comenzaba a explayarse desde un primer momento, pero una vez lo hacía, no había tanque que la parase.

—Porque, joder, a ver —prosiguió—, ¿es que acaso me tengo que quedar con esto para siempre? ¿Es que no puedo decirle a la cara todo lo que sufrí por lo que me hizo? Fue un jodido cabrón y necesito que lo escuche de mi boca. —Cogió aire y suspiró—. Y también necesito cerciorarme de que aún lo sigue siendo. Y darme cuenta de que Ian no lo es... —Calló y bajó la cabeza, esperando que sus amigas comenzasen a aturullarla a comentarios, cortándose las unas a las otras, pero no dijeron nada en absoluto—. Ya he acabado —dijo, con la intención de cederles la palabra.

—Pues me parece bien, Patata —contestó Merche—. No, de verdad. —Miró a Luisa y a Ale, que la miraban a su vez con la boca abierta—. Quiere asegurarse de que la persona de la que está enamorada no es como aquel amor que un día la desarmó. Es eso, ¿no?

—No podrías haberlo expresado mejor, Merche. —Sin duda, el Huevo del grupo era la más coherente al hablar—. Gracias.

—Espera, a ver si lo he entendido bien. ¿Quieres quedar con Roberto para ver si sigue siendo un gilipollas? —preguntó Luisa—. Eso ya te lo digo yo, nena, no hace falta que quedes con él.

—Os lo explico de otro modo. —Lily ya estaba más serena—. Sé que por quedar con Rober no sabré si Ian es o no como él, pero necesito quitarme esta carga para seguir hacia delante. Quiero decir, sé que quiero a Ian. Lo sé desde el primer momento en que me fijé en él, pero siempre hay algo que acaba echándome para atrás y ese algo es Roberto. Estoy segura. Siempre estará en mi cabeza, recordándome que nunca vuelva a confiar en un hombre. Quiero, necesito cerrar este capítulo —afirmó, mirándolas a las tres a los ojos.

—Está bien, Patata, pero al menor movimiento sospechoso por su parte, me llamas y corro a partirle las piernas, ¿estamos? —dijo Ale—. No os riais, que no es broma —añadió enfadada.

Un par de cañas más tarde, el grupo había acabado con la parte «seria» de la conversación y reían con la nueva experiencia sexual de Ale:

—Lo digo en serio, tenéis que probarlo —sugirió ella, levantando los brazos—. Os espera todo un mundo ahí fuera, ¡no podéis ser tan tradicionales!

Lily se reía para sus adentros. Al parecer, Ale había conocido a un tío que tenía un sex shop donde vendía toda clase de artilugios para hacer las delicias de todos en la cama. Era gracioso ver cómo su amiga se creía una erudita, cuando había sido ella la que, durante meses, había estado investigando toda clase de jueguecitos sexuales para dar más realismo a la protagonista de su novela.

—Las bolas chinas son un mito. Es mentira eso de que al andar te corres —dijo Merche.

—¿Perdona? —exclamó Luisa—. ¿Es que acaso las has probado, sor Huevi?

—Claro, ¿por qué no? Todas deberíamos llevar unas. Lo de que dan placer es un mito tonto, pero son necesarias para fortalecer los músculos de la vagina —respondió con la cabeza alta, muy segura de lo que decía. Por una vez, era ella, la recatada, quien dejaba a las otras con la boca abierta.

—¡Vaya con la mosquita muerta! —rio Ale—. Pero bueno, yo me refería a otra clase de juegos. ¿Sabíais que han inventado unos consoladores de madera? Increíble, ¿verdad? —Ese último comentario consiguió que todo el Comando se carcajease a pleno pulmón.

—¡Eh, chicas! ¿Dejáis que me una a la charla? —gritó Luti desde la barra—. Yo podría daros un par de clases magistrales —añadió, levantando un paño.

—¿Por qué siempre estás cotilleando? —dijo Lily, mientras daba un sorbo a la caña número siete.

—Porque sois y seréis siempre mis clientas preferidas. —Le guiñó un ojo y se fue a servir a otra mesa, en la otra punta del bar.

—Este hombre es increíble —rio Luisa.

—Pues tiene su puntito.

—¡Ale! —gritaron todas.

—Joder, ¡es verdad!

Poco antes de la medianoche, Lily llegó a su casa algo afectada por el número de cervezas que había ingerido en las últimas horas. Aguantaba bastante bien el alcohol, pero tanto tiempo bebiendo sin levantarse de la silla y con el estómago prácticamente vacío habían hecho mella en ella; el minuto y medio que había tardado en meter la llave en la cerradura del portal lo corroboraba. Mientras subía la escalera (el ascensor estaba averiado), notaba que necesitaba con urgencia un analgésico, ya que un incipiente dolor de cabeza le anunciaba que al día siguiente tendría una resaca descomunal.

Sin desmaquillarse, se tiró en la cama y pensó: «Ya no estoy para estos trotes. Jodida treintena».

Como había predicho, a la mañana siguiente apenas podía mantenerse en pie. Un intenso dolor de cabeza le martilleaba las sienes. Por no hablar de su estómago, que cada media hora le recordaba que no podía meter nada sólido en él. Con la cabeza en el

retrete, sonrió por un instante al recordar que una situación tan ridícula como ésa era la que había propiciado el primer encuentro entre ella y El Hombre. Pero sólo por un instante.

Al acordarse de aquella escena, espantosa para su persona donde las hubiera, pensó en que no había sabido nada de Ian en las últimas horas. Y seguiría siendo así, porque por nada del mundo dejaría que la viese en tan lamentables condiciones.

Querida resaca

Son las dos de la tarde y apenas puedo dar dos pasos seguidos sin que mi estómago me recuerde que ya no soy una veinteañera que puede aguantar cualquier fiesta. Ni unas cañas siquiera ya. La resaca, esa enemiga que jamás nos gustaría encontrarnos los fines de semana, está ahora aquí conmigo y se niega a marcharse en las próximas horas, me temo. Unas cañas (¡cañas!, ya ni copas de garito, que da igual que pidas ron, whisky o bombay, que todas saben igual: a colonia Varón Dandy) me hicieron ver doble anoche. No es broma: os juro que cuando llegué a casa había dos cerraduras en mi puerta.

Cada vez aparece con más frecuencia. La resaca, digo. Lo de ver doble, creo que también. Si antes podía sobrevivir perfectamente a tres noches de juerga ininterrumpidas, ahora apenas puedo tenerme en pie por haberme acostado a medianoche con unas cañas de más en el cuerpo. Sin duda alguna, es una de esas fatídicas señales que te apremian a darte cuenta de que te haces mayor, de que los treinta no son los nuevos veinte para todo y que ya no estás para hacer según qué cosas. Y una de esas cosas es pasarte con el alcohol. Espero y deseo no ser la única que se sienta identificada con estas palabras. Por el bien de mi autoestima piterpanera.

La resaca, además, no viene sola. Para las mujeres (o al menos, para mí), lo hace acompañada de su amiga, la pereza. Antes podía jugar un partido de voleibol mientras sudaba ron. Ahora, sin embargo, mi único recorrido es de la cama al sofá y del sofá a la

cama (creedme cuando os digo que estar escribiendo esto ahora mismo me está suponiendo un esfuerzo sobrehumano). Por no hablar de las ganas cero que se tienen de arreglarse y ponerse una guapa, oye. Os compadeceríais de mi persona si me vieseis en el lamentable (sí, lamentable) estado en que me encuentro. Pijama, pantuflas, gafirulis y pelo sucio recogido en un moño. Por no hablar, por supuesto, de mi cara, que parezco más un oso panda que una mujer.

En fin, no puedo más. Bastante que he conseguido mantener los ojos abiertos durante este rato. Resaca, siéntete importante, que hoy eres la protagonista de este mi querido blog. Espero estar más lúcida la próxima vez, amigos.

Lily

Todo lo que había escrito minutos antes era verdad. Seguía sintiéndose joven, aunque su cuerpo le mandaba señales constantemente de que la madurez llamaba a su puerta. «Treinta años no son nada», le habían dicho los invitados a su fiesta de cumpleaños días antes, pero sí lo eran. Pesaban, y mucho. Pensó en llamar a Ian, y finalmente decidió dormir un par de horas más. Lo necesitaba si quería que su novio reconociese su voz al otro lado del teléfono.

—¿Estás bien, nena? —Las palabras de Ian le retumbaban en la cabeza.

Habían pasado varias horas desde que se levantó y se puso en funcionamiento otra vez, pero el caso era que su cabeza y su cuerpo se negaban a estar al cien por cien. Ni siquiera al cincuenta. Parecía que aquella resaca la fuese a acompañar toda una vida.

—Sí, sí... Es sólo... que me duele la cabeza —mintió.

—¿No tendrás resaca...? —preguntó divertido, dándose unos golpecitos en la sien.

—¿Y tú cómo lo sabes? Si no hemos hablado desde ayer. ¿Tengo mala cara? —Exasperada, se tocó la cara. Las enormes ojeras la habían delatado, seguro.

—Jajajajaja —se carcajeó él—. Cariño, ni tienes mala cara ni ningún otro síntoma que me haya hecho pensar que estabas mal. Simplemente te he preguntado por preguntar y... ¡premio! —No podía parar de reír.

—¿De qué te ríes? ¡Para ya! —Se tapó la cara con las manos.

No sabía por qué había accedido a quedar con él esa noche. Ni la tenue luz del Raiki Beach evitaba que se viese su rostro maltrecho. Tendría que haberse quedado en casa, tapada con el edredón hasta la cabeza y haber esperado el nuevo día.

—¡Que dejes de reírte, te digo!

—Rubia, cuanto más me lo digas, más me voy a reír. —Le había dado un ataque de risa y era incapaz de parar—. Además, no me río de ti. Me río de las mujeres. A ver, ¿por qué te tapas? ¡Estás bien! Jamás entenderé la obsesión que tenéis de estar siempre perfectas. Tienes ojeras, ¿y qué? Te lo pasaste bien con tus amigas, es un motivo justificado, ¿no?

—¡O sea, que sí que tengo ojeras!

Un par de horas más tarde, Lily había accedido a ir al piso de Ian. No había vuelto desde que él le dio la llave. Su llave.

Al día siguiente tenía que volver a Milán para cerrar sus asuntos con el vinicultor, por lo que decidieron pasar la noche juntos. Estarían sin verse unos días, algo inconcebible para ellos desde hacía tiempo.

—Abre tú —dijo Ian, señalando la cerradura de su casa.

—¿De verdad? —Lily lo miró tiernamente. Cuánto lo quería.

Metió la llave en la cerradura por primera vez. Sin esfuerzo alguno, giró y la puerta se abrió dándoles paso. Lily adoraba ese piso. Ubicado en las afueras, reflejaba la personalidad de Ian. Era

hogareño, con muebles clásicos, pero también con ciertos objetos eclécticos y muy modernos, que dejaban ver esa parte canalla de su novio. Era perfecto.

—Me encanta esta casa —dijo Lily, mientras giraba sobre sí misma en el centro de la estancia principal—. Huele a ti.

—Bueno, menos mal que es a mí y no a perfume de mujer. —La expresión de Lily no dejó lugar a dudas. La broma no le había hecho ni pizca de gracia—. Es broma, tontita.

—Ja. Ja. Ja. Mira cómo me río —replicó—. Ian, ¿puedo confiar en ti? —soltó de pronto.

Estaba enamorada de él y estaba segura de que él también de ella, pero nunca le había hecho esa pregunta que tanto anhelaba hacerle.

—¿A qué viene eso? —Levantó una ceja, contrariado.

—¿Puedo confiar en ti? —repitió—. Tú sí puedes confiar en mí.

—Creía que no hacía falta responderte a algo así, pero sí, claro que puedes confiar en mí. —Le pellizcó una mejilla mientras le dedicaba una tierna sonrisa—. Y no hace falta que me digas que yo me fíe de ti, lo hago desde el primer día.

Eran las siete de la mañana cuando notó que unos labios le humedecían la sien. Ian se marchaba y la dejaba allí, sola. En su casa. Una prueba más de la confianza que depositaba en ella. Pensó en levantarse para despedirlo como merecía, con el típico beso peliculero en la puerta, pero era incapaz de mover un músculo. Estaba en plena fase REM y no podía moverse.

—Descansa, nena —le susurró él al oído, antes de coger su pequeña maleta y salir por la puerta.

—Mmmmmmm —fue lo único que Lily consiguió balbucear.

La confianza

¡*Buenos días a todos y todas! Sí, hoy me encuentro muchíííííííísimo mejor. ¡Adiós, resaca, hola, vida sana! Visto que hoy ya soy persona, quisiera hablaros de algo a lo que llevo un tiempo dándole vueltas: la confianza. Pero no la confianza entre familiares o amigos, sino la de la pareja*.

Es difícil confiar en alguien, ¿verdad? ¿O soy yo sola? Creo que es de las cosas más complicadas de conseguir en esta vida. ¿Y se puede confiar en alguien y sentir celos a la vez? No sé, es que cada día pienso una cosa. ¿Qué decís vosotros?

Este tipo de preguntas que se pasan por mi cabeza de rubia neurótica en este momento no se me ocurren por casualidad. Anoche le pregunté a Ian si podía confiar en él y le dije que él sí podía hacerlo en mí. La verdad es que creo que se quedó bastante sorprendido de que le hiciese esa pregunta, pero necesitaba hacerla.

A la vista está de que él sí se fía de mi persona, puesto que se ha ido a un viaje de negocios y yo sigo aquí, en su casa. Escribiendo con su ordenador y con una de sus camisetas XL. Sé que me voy a desviar del tema en cuestión, pero... ¡esto es taaaaaaaaaan guay! Me encanta eso de que las chicas nos pongamos las camisas de nuestros hombres. Es muy, no sé... ¿sexy?

Bueno, que me aparto del camino que me había propuesto seguir. Confianza. Sí, por ahí íbamos. Pues es que tengo dos dudas personales y trascendentales para mi persona humana:

Una. ¿Confío yo en él? Creo que sí. Estoy segura de que sí. Pero... entonces, ¿por qué no me atrevo a abrirle partes de mi vida? No sé, como ciertos pasajes de mi yo pasado o el simple hecho de darle la llave de mi casa, como hizo él conmigo... Tendré que hacer un autoanálisis y pensar...

Y dos. ¿Confía él en mí? ¿Tanto como para decirle con total tranquilidad que voy a comer con mi ex? ¿Tanto como para tomárselo de una manera madura y no ver peligro alguno en dicha cita? Pues a esta pregunta tampoco puedo dar respuesta, porque soy una cobarde. Sí, una cobarde. Anoche pensé en explicarle que iba a quedar con Rober, pero no pude hacerlo. Llamadlo cobardía o

acojone total, pero el caso es que ahora me encuentro entre sus cuatro paredes, con toda su confianza depositada en mí, y yo me siento algo mentirosilla, para qué nos vamos a engañar.

Aunque, por otra parte, intento convencerme de que no tengo por qué contarle todo lo que hago con mi vida, ¿no? Pero prefiero no pensar así, que esto me va a derivar en un «¿Y si él también me oculta cosas?». ¡Ay Dios, por qué he empezado a escribir todo esto! Ahora estoy hecha un lío...

No lo sé... El caso es que no voy a dar marcha atrás. Voy a quedar con Roberto, le voy a decir a la cara lo ~~*cabronazo*~~ *que es y esperaré a que vuelva mi hombre de Milán para darle el achuchón más grande del mundo. ¿Que si se lo contaré después? Pues no lo sé... Dicen que la ignorancia es la felicidad, ¿no? ¿Y si yo también soy una ignorante de su vida? Madre mía, esta neurosis un día me va a matar*...

Queridos, me despido. Ya os contaré novedades...

Lily

P. D.: ¡Se me ha olvidado decíroslo! ¡Mañana tengo la entrevista con Z Magazine*! ¡Cruzad dedos y piernas por mi persona*!

Después de borrar el historial del navegador de internet de su chico (aún no se atrevía a abrirle esa parte de sí misma), recoger sus cosas y arreglar la cama, espectadora de primera línea de lo sucedido esa noche entre dos apasionados amantes, cerró la puerta con su llave (cómo le encantaba pensar en que era «su» llave) y volvió a casa, dispuesta a hacer una larga lista de recados que tenía pendientes. Comprar, machacarse un rato en el gimnasio, llamar a su familia y quedar con Mike para tomar algo, como habían acordado días antes, serían las tareas para ese día. El primero de muchos sin Ian a su lado.

Siempre se marcaba muchos objetivos para una sola jornada, pero pocas veces conseguía cumplir todo lo que se había propuesto. En esta ocasión sí había llevado a cabo todo lo que horas antes había programado en su mente. Dedicó el resto de la mañana a hacer una gran compra para toda la semana. En los días en que Ian estuviese en Italia, pensaba hibernar en casa y dedicarse por completo a su novela, que hacía días que tenía abandonada. Se había propuesto tenerla terminada y corregida en primavera y para eso apenas quedaban un par de meses. Tenía que aprovechar esos días de frío y soledad para acurrucarse en el sofá con su portátil y dar rienda suelta a la imaginación.

Al ver que la cola para pagar en el súper era del tamaño de una autopista de cien kilómetros, pensó en llamar a su madre y su hermano, pero pronto desechó la idea de hablar con dos personas, pues calculó que tardaría unos diez minutos para su turno en caja. «Con diez minutos no tengo casi ni para decirle hola a mi querida madre», pensó. Así que cogió el teléfono y marcó el número de Jaime.

Se sentía muy orgullosa de no haber sucumbido a la agenda electrónica. Ella había memorizado decenas de teléfonos de familiares y amigos. «Nunca se sabe cuándo vas a necesitar llamar a alguien sin tener tu móvil a mano», solía decir, cuando alguna de las chicas del Comando Ensaladilla se reía de ella.

—Te tengo que dejar, hermanito. La cajera me está mirando con cara de pocos amigos. Creo que o saco ya la tarjeta de crédito o me fulminará con la mirada —dijo, despidiéndose de Jaime en un tono alto, para que la persona que estaba a punto de cobrarle la oyese.

De camino a casa, y cargada con tres grandes bolsas que le estaban dejando los dedos sin circulación, pensó en la conversación telefónica con su hermano. Vale que Jaime fuera un tío serio y sin apariencia alguna de diversión en su personalidad, pero lo cierto era que lo había notado raro, como triste. Él era una persona correcta, estirada, pero no era un hombre tristón.

Mientras abría la puerta, pensó en comentar con su madre lo que le estaba rondando por la cabeza, aunque también pensó que era preocuparla sin necesidad.

«Probablemente tenga algún problema en el trabajo», se convenció.

La llamada a su progenitora, como era de esperar, se alargó hasta la hora de comer. «Es increíble cómo se enrolla una madre, por Dios», pensó al colgar el auricular, después de más de dos horas con la oreja pegada a él. Esta vez la conversación entre ambas había sido bastante trivial y sin reproches hacia Lily, para sorpresa de ésta. Entre todos los temas que comentaron no salió el comportamiento de Jaime, cosa que Lily agradeció, ya que eso significaba que su madre no estaba al tanto del nuevo estado de ánimo de su otro hijo.

Sin embargo, ya llevaba notando hacía días que su madre estaba menos metomentodo, como más liberal, menos Silvia. Al parecer, entre el calendario de actividades que llevaba a cabo con sus amigas, ahora habían incluido una visita semanal a un centro cívico, donde les daban clases de bailes de salón. Sin duda, eso le calmaba los nervios.

«Ojalá le dure la vena bailonga mucho tiempo.»

Para acabar con un día agotador, acudió al gimnasio con la intención de liberar tensiones en la cinta. Sin embargo, en ese momento comenzaba una clase de GAP, así que decidió entrar para conseguir un culo más prieto a base de sentadillas, aunque a los diez minutos ya estaba completamente arrepentida de haberlo hecho. Los muslos le temblaban a más no poder, pero se hizo el propósito de que nadie se diera cuenta y, finalmente, consiguió acabar la clase y salió de la misma haciendo eses.

No podía más, y aún le quedaba la cita con Mike. Habían hablado de quedar esa semana y no podía posponerlo más. Pensó por un momento en darle cualquier excusa y salir huyendo; ya era tarde, él ya la estaba esperando en los tornos de la puerta. Le había leído el pensamiento.

—Pero ¡Lily, si tú eres una deportista nata! ¿Cómo te puede sentar tan mal todo esto? —exclamó, levantando los brazos y señalando las máquinas del gimnasio.

—Cállate e invítame a un Red Bull o algo así, porque veo que me caigo redonda de un momento a otro —fue su saludo.

—Te voy a llevar a un sitio que te va a encantar —canturreó él.

Estaba a punto de estrangularlo. Llevaban caminando más de quince minutos y aún no habían llegado a ese supuesto lugar que tanto le gustaría. Cuando iba a tirar la toalla y dejarlo en medio de la calle, Mike dijo:

—¡Ya estamos! —Entraron en el local y la miró con ojos expectantes—. ¿No es genial?

Ese chico la conocía desde hacía muy poco tiempo, pero o la había calado muy rápido o es que era demasiado transparente. Era una especie de bar-escaparate, donde no sólo ofrecían los servicios típicos de restauración, sino que dentro había una exposición de moda. Una veintena de maniquíes decoraban la estancia con ropas de épocas pasadas y cuadros con bocetos de increíbles vestidos colgaban de las paredes firmados por sus diseñadores.

—¡Es precioso, sí! —dijo Lily, maravillada. Ya casi había olvidado el dolor de sus piernas, que le vaticinaban unas ricas agujetas para el día siguiente.

—Hace unos días, Merche y yo estábamos dando un paseo y encontramos este sitio por casualidad. Me dijo que te encantaría. —Levantó la mano para llamar al camarero—. Quería ser yo quien te lo enseñase antes que ella.

—Lo raro es que Merche no me hablase de esta gozada... —No podía mantener la conversación con la mirada fija en el otro interlocutor. Tenía que mirar constantemente a su alrededor—. Sabe que estamos aquí, ¿verdad? —Quiso asegurarse de que todo era «legal» con su amiga, ya que parecía una especie de cita romántica.

—¡Claro, claro! ¡No te preocupes! ¡Soy inocente! —Levantó las manos como si estuviese a punto de ser arrestado—. Es más, lo primero que quiero hacer es darte las gracias por todo, Lily. Creo

que he encontrado a la mujer de mi vida.

—Oh, Mike... ¡eso es genial! ¡Me alegro muchísimo! —Le acarició la cara—. Sabía que haríais buena pareja.

Aquel chico era un regalo y le encantaba pensar que su querida Merche pudiera disfrutar de él. Eran como almas gemelas, los dos tan dulces... Y pensar que al principio le había parecido un chulo de playa...

—Confío en ella totalmente. —Ese comentario hizo que Lily saliera de su ensoñamiento—. No puedo ocultarle nada, ¿sabes? Es como si tuviera la imperiosa necesidad de contarle todo lo que se me pasa por la cabeza. Y lo mejor de todo es que ella también lo hace conmigo. ¿No es genial? Perdona, te estoy dando demasiado el coñazo, ¿no? —dijo, al ver su rostro contrariado.

Mike y Merche, que se conocían desde hacía unas semanas, se lo contaban todo. Eso hizo que el tema de la comida con Rober le viniera a la cabeza. Había intentado tapar su sentimiento de culpa por no habérselo contado a Ian durante todo el día, pero ahora se sentía peor que nunca.

—No, tranquilo. Es que me has hecho recordar algo... —dijo sin pensar.

—Puedes contármelo si quieres. ¿Es Ian?

«En serio, este chico es clarividente o algo...»

—¿Cómo lo sabes? —Puso expresión de sorpresa. Definitivamente, era demasiado transparente.

—Porque cuando piensas en él te cambia la cara. Para bien o para mal, pero haces un gesto así. —Trató de imitarla bajando los párpados y levantando los ojos hacia el techo.

—¡No seas bobo!

Era increíble el cariño que le había cogido en tan poco tiempo. Lo consideraba un amigo y estaba genial que fuese un hombre. Tantas conversaciones feministas con el Comando Ensaladilla sólo le daban un punto de vista. Quizás en él tuviese ese amigo chico que toda mujer necesita.

—Vamos, ¿qué te pasa? Cuéntaselo a Mike —bromeó.

—¿Me prometes que me darás tu opinión como hombre? No como amigo, como hombre —repitió.

—Palabra de macho man. —Levantó una mano como si jurase.

Dejó que diese rienda suelta a todo lo que llevaba dentro. Su confianza-desconfianza la agobiaba. Cuando quisieron mirar el reloj, se había tirado más de media hora de monólogo neurótico.

—Joder, Lily... como amigo te diría que se lo cuentes, que es una tontería. Como hombre... ufff... Si yo fuera él, me moriría de celos.

—Genial, gracias, así me ayudas mucho —dijo ella—. Ya sé que si se lo digo se pondrá celoso, pero lo que te estoy preguntando es si se lo cuento o no.

—Bueno, creo que nos estamos poniendo la venda antes de la herida. Ni siquiera has comido aún con Rober, ¿no? Siempre puedes contárselo después.

—Sí, pero pensará que no se lo he contado antes porque... Y entonces él empezará a ocultarme cosas y...

—Lily, relájate —le dijo—. Es que no sé qué te tengo que aconsejar... ¿Qué te dicen las chicas? —Hacía mucho que el Comando no hacía su aparición.

—Bueno, creen que estoy loca por quedar con él. Menos Merche, ella me entendió. Pero de contárselo a Ian no hablamos...

—Mira, soy un hombre, no me pidas consejos. Los tíos no hacemos esas cosas. ¿Y sabes por qué no las hacemos? Porque no sabemos, directamente. Somos más simples que vosotras.

—No me ayudas... —le espetó.

—Lo siento, Lily, pero es que no es nada sencillo lo que me pides. Es una decisión que tienes que tomar tú. Pero sí que te diré una cosa. Creo que el problema no está en que le cuentes o no que vas a quedar con tu ex, sino en algo más complejo. Estoy seguro de que tienes miedo. Miedo de su reacción, de tu reacción. Tienes miedo a una relación.

—Te equivocas. Estoy completamente metida en esto. Estoy con Ian al cien por cien.

—Pues ya te has contestado...

—¿Perdón? —Cuando Mike se ponía filosófico, no había quien lo entendiese.

—Si estás al cien por cien, no deberías cuestionarte si confiar en él o no, ¿verdad?

—Te odio.

—Sí, yo también me odio de vez en cuando.

De camino a casa, pensó en la conversación con Mike. Tenía razón. El miedo seguía ahí. Ella lo veía cada día, pero intentaba taparlo de todas las maneras posibles. Quería muchísimo a Ian, pero era incapaz de quitarse el temor a que en cualquier momento cogiese la puerta y se marchase.

Las cosas entre ellos no podían ir mejor, entonces, ¿por qué se obsesionaba tanto con ciertas cosas?

«Le quiero y confío en él. Me quiere y confía en mí. ¿Qué puede pasar por contarle que he comido con Rober? Se lo voy a contar. Sí, decidido. Cuando venga de Milán, se lo explicaré. Total, es una tontería. A mí no me importaría que quedase con su ex, ¿verdad? Mierda...», fue lo último que pensó antes de quedarse dormida.

18

Una vez más, allí estaba. La sala de espera de *Z Magazine* no era especialmente acogedora, de hecho, le recordaba a la típica salita del dentista, con las paredes blancas, una mesa baja cuadrada en el centro con decenas de revistas revueltas, todas del mismo grupo editorial, y varias sillas alrededor completando el conjunto. Tan sólo varias portadas de *Z Magazine* gigantes colgadas en los austeros muros le conferían un aspecto más acorde a la situación.

En esta ocasión no se llevó el pesado libro que había escogido para la primera entrevista, abultaba demasiado y no tuvo el convencimiento de que le hubiera servido de mucho. En vez de ése, optó por un cuco portafolio de piel que su madre le había regalado tiempo atrás y que pocas veces usaba. «Normal, si no voy a entrevistas, ¿adónde lo voy a llevar?», pensó, cuando lo había cogido justo antes de salir de casa. Le daba un aspecto más profesional y adecuado al tipo de conversación que iba a tener minutos después.

Miró a su alrededor y suspiró aliviada. Al parecer, la primera criba había acabado con una gran mayoría de las pelanduscas aspirantes a su puesto de trabajo soñado. Si en la primera ronda, meses atrás, había un montón de mujeres en aquella misma sala, en esta ocasión apenas rondaban la decena. Eso sí, según le pareció, todas tenían las mismas ganas por conseguir ese empleo que ella, ya que las miradas de arriba abajo y los gestos despectivos volaban por la estancia como cuchillos que se clavaran unas a otras en la espalda. Y no era para menos.

El carácter de Lily no era fácil de descifrar. Era una persona insegura, neurótica y excesivamente frágil, pero todo ello lo suplía con la imagen que proyectaba. Para ella, la moda lo era todo; era su forma de expresarse, su manera de dejar atrás todas sus inseguridades para poder salir a la calle diciendo «Aquí estoy yo». Y eso era precisamente lo que quería transmitir en esa nueva prueba, para aspirar a la última fase de selección para *Z Magazine.*

Pero no las tenía todas consigo. Igual que sus rivales, no paraba de echar miraditas al resto y la competencia era brutal. Contó hasta tres bolsos Hermès, signo indiscutible de elegancia y parné, un Miss Dior y, en consonancia con la tendencia británica del momento, cinco (¡¡cinco!!) gabardinas clásicas de Burberrys.

Se echó a sí misma un último vistazo. No se sentía a la altura de sus compañeras. Tantos meses sin poder salir a comprarse siquiera un jersey habían hecho mella en su armario. El Comando Ensaladilla siempre la animaban diciendo que tenía un estilo sin igual y que el hecho de no atesorar las últimas sandalias de Magrit no era sinónimo de decadencia. Pero una vez allí, rodeada de lo último de lo último, no podía evitar sentirse inferior. Sabía que el tener ropa de más o menos calidad no significaba ser mejor, pero lo cierto era que no se sentía demasiado bien con el modelito que había escogido.

Tras ponerse la alarma a las seis de la mañana, Lily había dedicado las dos horas siguientes a probarse medio armario. Sabía que la prueba de *Z Magazine* consistiría en la elección de un look para poder evaluar qué capacidad de inventiva y resolución tendría como posible nueva redactora y estilista. Y también sabía, gracias a su experiencia en *Di Sole*, que para dicho examen necesitaría ropa cómoda, ya que, posiblemente, tuviera que agacharse o hacer virguerías para poner un alfiler aquí y otro allá para que la maniquí luciera tal como ella quería.

Así que, tras probarse decenas de combinaciones diferentes, optó por un vestido sesentero con un cinturón estrecho que remarcaba su cintura. Se había decantado por ése porque le permitía tener las rodillas libres para poder levantarse o agacharse

sin problemas. Lo combinó con unos zapatos de tacón de apenas cuatro centímetros y un moño bajo, todo ello en consonancia a la década de los sesenta. Había salido contenta de casa, pero ahora, viéndose rodeada de semejante opulencia, la inseguridad volvió a apoderarse de ella. Y justo en ese momento, oyó:

—Lilyana Olsen Sánchez, pase. Es la siguiente.

La mujer que la había llamado la esperaba de pie en la puerta. Era menuda, con grandes gafas de pasta y una enorme sonrisa que hizo que Lily se tranquilizase al instante. Se dio cuenta, además, de que llevaba una falda recta por la rodilla y un jersey de cuadros, lo que le hizo pensar que, como ella, era una enamorada de la moda vintage. «A ésta me la gano», pensó.

—Sí, soy yo. ¡Gracias! —contestó, devolviéndole la sonrisa al tiempo que cruzaba el umbral de la puerta. Sabía que había conectado con ella; un punto a su favor a la hora de que la evaluase.

—Pase por aquí, por favor —dijo la otra, mientras la guiaba por un estrecho pasillo que parecía no tener fin—. ¿Sabe en qué consiste la prueba de hoy? —Lily afirmó con la cabeza—. Fenomenal. La señorita Gracia la está esperando en nuestro almacén para empezar.

«Estupendo.» Por un momento se había animado, convencida de que sería esa joven quien la examinaría, pero claro, la suerte nunca estaba de su lado, y en ese momento, cuando vio a la tal señorita Gracia, se dio cuenta de ello una vez más.

Al principio no había caído en la cuenta al oír el nombre, pero era inevitable no reconocerla cuando la vio en persona. Las dos habían rivalizado durante un montón de números por publicar los mejores reportajes de moda que llevaba cada revista. En ocasiones, incluso, habían cogido ideas de la otra, o se habían copiado algún truco. Genial, su rival número uno sería quien decidiese si era la candidata perfecta o no para ese puesto.

—Buenos días, Lilyana —la saludó, mientras le señalaba una silla, ofreciéndole asiento—. Tengo que reconocer que me ha sorprendido ver tu nombre. Encantada de conocernos en persona,

por fin. —Le tendió la mano y Lily se la estrechó, contrariada—. Lo primero que quiero decirte —prosiguió— es que sé que eres una gran profesional. Te apasiona lo que haces y eso se ve en tus creaciones.

—Gra... gracias —respondió.

«Al final nos vamos a hacer amigas y todo.»

—Déjame acabar, por favor. Eres muy buena en lo que haces, sí, pero quiero que sepas que las otras candidatas que optan al puesto también lo son —sentenció.

—¿Puedo decir algo? —No dejó que Gracia contestase y comenzó su diarrea verbal—. Sé que hemos sido rivales en el pasado, pero en caso de que el puesto vacante sea mío, quiero que sepas que trabajaré codo con codo contigo y...

—Codo con codo no, exactamente —la cortó—. Más bien serías mi subordinada, ya que he ascendido a redactora jefe hace unas semanas.

Lily notó un deje de condescendencia en su voz. La muy idiota estaba disfrutando viéndola rebajarse así.

—Oh, genial. Lo que quería decir es...

—Sé lo que querías decir —la volvió a interrumpir—. Y, para acabar con esta charleta, que, por cierto, está quitándole tiempo a tu prueba, tengo que decirte lo que a todas las aspirantes: soy yo quien te evaluará y soy yo quien decidirá quién pasa a la última fase, y todo ello lo haré con total objetividad, por si tenías alguna duda...

—No, no, por supuesto. Contaba con ello. —La verdad era que no contaba con ello en absoluto. No podía tener más mala suerte en esta vida.

—Bien. Dicho todo esto —se levantó y Lily la imitó—, tienes cuarenta minutos, bueno, ahora treinta —remarcó— para escoger de nuestro almacén todas las prendas y complementos que necesites para un conjunto basado en la última colección de Alexander McQueen antes de fallecer. Ah, se me olvidaba, como supondrás, hemos sacado de ese taller toda prenda o referencia al diseñador.

Espero que entiendas bien su concepto. Yo estaré en esa mesa de ahí —señaló un rincón, donde había un gran tablero sujeto por caballetes y repleto de patrones—, observándote. Buena suerte.

Después de todo, no tenía tan mala suerte. Adoraba a McQueen: su obra, su concepto de moda, su leyenda... Lo sabía todo de él. De hecho, acudió como prensa al desfile de su última colección, en 2010, así que conocía de primera mano todos los detalles de ésta. ¡No podía creerlo! ¡Pasaría esa prueba con sobresaliente!

Treinta minutos más tarde, la voz de la señorita Gracia le anunció que había finalizado su tiempo. Lily echó un último vistazo al maniquí y sonrió pensando que había dado justo en el clavo. Levantó la vista y vio que la examinadora se acercaba con una silla y un cuaderno. Cuando llegó a su lado, hizo exactamente el mismo gesto que Lily: echó un ojo de arriba abajo a su creación, aunque, al contrario que ella, no tenía una sonrisa dibujada en su rostro, sino más bien una mueca algo indescifrable. Lily no sabía si su trabajo le había encantado y no quería demostrarle esa satisfacción o, por el contrario, le repugnaba totalmente.

—Bien, Lilyana, ¿podrías explicarme en qué consiste tu creatividad, por favor?

Lily se alisó un poco el vestido, que se le había quedado algo remangado al haberse agachado minutos antes, carraspeó tímidamente y comenzó su explicación, que había estado ensayando mentalmente durante la media hora que había dedicado a ese maniquí:

—A ver... Primero tengo que decir que soy una gran admiradora de la obra de Alexander McQueen y...

—Genial, pero no me interesa —la cortó Gracia de una manera muy maleducada—. Explícame el porqué de esta creación.

—Claro, claro... —«Es más zorra en persona de lo que se transmite en sus artículos»—. La obra de McQueen es un sueño y, como tal, se vio reflejado en su última colección de dos mil diez. Estampados exóticos y animales fueron piezas centrales de ese desfile, además de las lentejuelas y, cómo no, su marca: la calavera. Yo he querido coger esos elementos principales y trasladarlos a un look de calle. —Se sentía muy segura de lo que había creado y se notaba en sus palabras—. Mucha gente cree que las piezas que aparecen en un desfile son imposibles de llevar en la vida real; es lo que he querido hacer con este look: demostrar que la moda de pasarela es perfectamente compatible con una mujer que vaya por la mañana a trabajar —dijo, señalando el maniquí.

—Ajá... —La señorita Gracia se colocó las gafas—. Bien, has hablado del concepto y de tu idea a modo general. Ahora quiero, por favor, que expongas, de manera concreta, qué elementos has utilizado y qué tienen que ver con la última colección de McQueen.

—Genial. —La otra no paraba de tomar notas en su cuaderno y estaba empezando a ponerla nerviosa. «¿Por qué coño escribe tanto?», pensó—. Para este look de día, como decía antes, he escogido prendas del taller que no tienen firma conocida ni con ninguna marca de identidad que pueda hacer pensar que es un McQueen. En el último desfile la pasarela estaba rodeada de animales exóticos, así que ha sido precisamente ése, el estampado animal, el punto central de mi creación. He escogido una camisa de manga francesa con *animal print*, combinada con una minifalda triángulo, uno de los puntos fuertes también de su último desfile. —Las palabras le salían solas. Iba explicando cada pieza a la vez que la señalaba y la retocaba con gracia—. El brillo y la calavera los he plasmado en este cinturón de cadera que completa perfectamente el conjunto de las dos prendas anteriores. Por último, y como bien creo recordar de esa última pasarela, las modelos llevaban redecillas y el pelo trenzado, por lo que he querido incluir también estos dos

detalles, aunque de una manera más actual —dijo, señalando una trenza de espiga baja que le había hecho al maniquí—. Y... bueno, creo que esto es todo.

—Estupendo. Pues ya está. Puedes salir por el pasillo por el que has venido —le pidió su examinadora.

—¿Ya... ya está? ¿No vas a decirme qué te ha parecido?

«Será hija de...»

—No —respondió la otra de manera cortante.

—Genial... —dijo, con un tono que daba a entender su malestar —. ¿Puedo preguntar, al menos, cuándo sabré si he pasado a la última fase?

Sabía que en la prueba anterior le habían dicho que el proceso de selección no se cerraría del todo hasta pasada la primavera (faltaban varios meses), pero aun así decidió volver a preguntarlo.

—En caso de que hayas sido seleccionada para la entrevista final, te será comunicado en las próximas semanas —contestó Gracia, dejándola con la misma duda con la que había entrado un rato antes a la estancia.

Se marchó por el pasillo sin despedirse, preguntándose si estaba orgullosa o no de su creación. Lo cierto era que, en circunstancias normales, se habría besado a sí misma, de llegar con los labios a sus propios carrillos, pero siendo quien era la persona que la juzgaba, no las tenía todas consigo. Decidió dejar aparcado ese tema en un rincón de su mente, ya que aún quedaba mucho tiempo para saber si pasaría o no a la entrevista final con la directora y, mientras salía por las puertas de cristal del imponente edificio, decidió centrarse en algo más importante en ese momento: conseguir ingresos de una vez por todas.

Las siguientes cuarenta y ocho horas las pasó en casa, sentada a su escritorio con la única compañía de su ordenador y una calculadora. Sabía que estaba mal de dinero, pero una vez que se sentó seriamente a hacer cuentas, vio que la cosa pintaba peor de lo

que creía. Se había dado un margen aún de unos meses en los que creía que podría subsistir pagando el alquiler y sin ningún otro capricho a la vista, pero ahora, con el Excel abierto, se dio de bruces con la realidad: o conseguía ingresos en dos meses o se veía de patitas en la calle.

Barajó varias posibilidades, pero tan sólo le cuadraba una que nunca pensó que llevaría a cabo: disponía de sesenta días para encontrar trabajo o tendría que volver a vivir con su madre.

«Necesito un trago. O veinte.»

Apurada, pasó horas mandando currículums a toda aquella empresa que ofertase cualquier tipo de puesto de trabajo. Al día siguiente tenía la comida con Rober y por un momento llegó a pensar en pedirle ayuda, pero según se le pasó por la cabeza, desechó por completo la idea.

«Antes muerta.»

Dinero, siempre es el dinero

Hola, amigos, ¿cómo vais?

Os prometí que os contaría qué tal me fue la prueba en Z Magazine*, y por eso estoy en estos momentos escribiéndoos, aunque auguro que ése no será el único tema del que os hable hoy, ya que me encuentro en plena ~~mierda~~ debido a esta ~~jodida~~ crisis que nos azota a todos*...

Primero prefiero hablar de Z Magazine*, y así luego ya doy rienda suelta a mis problemas de siempre... ¿Cómo os explico qué tal me fue? Fácil. ¿Qué define la existencia de mi persona? La mala suerte. Obvio, ¿no? Pues, una vez más, mi querida amiga me acompañó en dicha prueba, crucial para mi supervivencia vital*.

Debo de decir que no todo fue malo. Al llegar a la revista, me sorprendió las pocas aspirantes que, como yo, habían pasado a esa fase. Al menos ese día, que quién me dice a mí que no se hayan tirado una semana antes o después examinando a trillones de mujeres. Nada comparado con la jungla de la primera entrevista...

La verdad es que ver esa sala (fea donde las haya) bastante despejada, me dio algo de seguridad en mí misma, aunque cuando las vi ahí a todas, tan peripuestas, tengo que reconocer que me acojoné un poquito... Pero bueno, que el tema es otro y siempre me desvío...

Os preguntaréis entonces por qué hablo de mala suerte... Bien, pues porque la persona que decidirá si paso a la prueba final es ni más ni menos que mi mayor pesadilla. Aunque no voy a dar su nombre, os diré que, durante años, estuvimos rivalizando —ella en Z Magazine *y yo en* Di Sole*— por sacar los mejores editoriales de moda. Pues eso, que esa mujer —que creo que me tiene el mismo poco aprecio que yo a ella— es la que decidirá si merezco optar a ese puesto de redactora siendo, por cierto, su subordinada, ya que se encargó de remarcarme que ella ha ascendido a redactora jefe, mientras yo me debato por pagar la luz o el gas*.

La prueba en sí consistió en crear un look inspirado en la última colección de McQueen. Todos conocéis mi amor por su obra, así que, al menos, en eso creo que sí pude dar rienda suelta a mi imaginación. Pero claro, otra cosa es que esta señorita decida o no darme la oportunidad de seguir adelante en este ~~jodido~~ y larguísimo proceso de selección.

Ya que he terminado con este tema, necesito gritarle al mundo lo desesperadamente desesperada que se encuentra mi persona. ¿Alguien puede darme trabajo? De lo que sea, de verdad. Admito cualquier cosa. Es eso o me veo viviendo con mi madre otra vez. No, mamá, no quiero volver bajo tu ala, lo siento.

Queridos parados de este país, me dirijo a vosotros una vez más. ¿Soy la única que no consigue ni una mísera entrevista? No sólo mando currículums de lo mío, sino que ya he pasado a buscar de recepcionista, ayudante de clínica, dependienta... ¿Alguien tiene el secreto? Empiezo a estar preocupada de verdad, y encima Ian sigue en Milán...

En fin, que no es un buen día... Buenas noches a todos; creo que hoy me toca sesión cinéfila con pañuelo incluido. Gracias por escuchar siempre a esta rubia neurótica,

Lily

Apenas habían pasado veinte minutos desde la publicación de su último post, cuando el teléfono de casa comenzó a sonar:

—Veo que ya has leído lo que acabo de escribir, mamá. —Era increíble lo controladora que podía llegar a ser esa mujer.

—Pero bueno, ¿qué es eso de que no quieres volver a vivir conmigo, eh? ¿Y eso de contárselo a todo el mundo en ese blog tuyo? —Su tono dejaba claro que no sería una conversación tranquila.

—Mamá...

—No, no, ni mamá ni nada. Qué ofensa tan grande, por Dios Santo bendito. —Si había algo que Lily no soportaba era el victimismo de su madre—. ¡Menudo disgusto! ¡Mi hija no me quiere...!

—¡Mamá, para! De verdad, mira que eres pesada, ¿eh? No es que no quiera vivir contigo por ningún motivo en particular —mentira, antes se pegaba un tiro que volver a esa casa—, es simplemente que, una vez que ya vuelas sola, no quieres dar marcha atrás...

—La verdad es que así suena algo diferente, cielo... —El temperamento de Silvia era como la espuma: podía subir muy rápido, pero se conformaba pronto y se deshinchaba hasta una pacífica balsa de aceite.

—Claro, mamá... ¿No quieres que viva mi vida por mí misma? Acuérdate de la abuela y de cuando, sin tú hacerle caso, te escapaste con papá... —Sabía perfectamente qué hilos mover para ablandar a su madre.

—Pero era diferente... Era otra época —dijo entrecortada—. Además, ¡yo no soy como tu abuela!

—No, no, ¡claro que no! —Sonrió al pensar lo clavaditas que eran—. Para nada, mamá.

Después de un rato más de conversación, algo más calmadas, madre e hija colgaron con la promesa de que Lily iría a comer ese fin de semana con toda la familia. Miró el reloj y vio que ya se le había hecho tarde, así que prefirió meterse en la cama y, antes de quedarse dormida, pensó en si ella se parecería a la suya cuando fuese madre.

19

No sabía cómo había accedido a aquello, pero allí se encontraba, en un caro restaurante que había escogido Rober, sentada frente al hombre que había destrozado su corazón. Se odiaba a sí misma por lo que había sentido al verlo frente a la puerta de su portal, como tantísimas otras citas años atrás, cuando estaba convencida de que lo amaba con locura. Los días previos a la comida había pensado mucho en ello, pero no creyó que estaría tan nerviosa, mirando por la ventana cada cinco minutos para ver si aparecía. En una de esas ojeadas, vio llegar su coche, ese que durante tantas noches había acogido en los asientos traseros la pasión de dos jóvenes amantes.

Cuando él llamó al telefonillo, Lily se hizo la interesante y tardó en bajar diez minutos, aunque llevaba arreglada más de media hora. Al bajar la escalera, ese gusanillo que le había estado rondando por el estómago se convirtió en un gusano de enormes proporciones y, cuando lo vio con el brazo por fuera de la ventanilla, trajeado y con unas gafas de sol que encajaban perfectamente en su bello rostro, ese gusano se convirtió en culebra. Una culebra que casi no la dejaba respirar.

Había ensayado hasta la extenuación cómo lo saludaría, pero cuando lo tuvo allí, frente a ella, se quedó sin palabras.

—Hola, Lil. ¡Corre, sube, que ya llegamos tarde! Tengo reserva para dentro de cinco minutos.

Sin saber muy bien qué contestar, prefirió sentarse en el asiento del copiloto sin decir una sola palabra.

—Vaya, ¡estás muy guapa! —dijo Rober, mientras le echaba un ligero vistazo.

«¿Cómo es posible que esté así de tranquilo?», pensaba, mientras llegaban al restaurante. El trayecto, que duró no más de un cuarto de hora, fue prácticamente un monólogo por parte de Rober, con breves respuestas monosilábicas de Lily.

En cuanto entraron por la puerta y les mostraron cuál era su mesa, se dio cuenta de lo estúpida que había sido. No tendría que estar allí. ¿Por qué demonios había accedido?

—¿Estás bien? —preguntó Rober—. Te has puesto muy pálida.

—Sí, estoy bien. —Aunque en realidad, era obvio que no lo estaba. Tenía la carta en la mano, pero era incapaz siquiera de centrarse en leerla. Cogió aire y estalló—: ¿Sabes qué? ¡Claro que no estoy bien! —gritó—. ¿Se puede saber para qué coño me llamaste?

—Me apetecía saber de ti, Lil... —se excusó él.

—¡Y un cuerno, jodido cabrón! —Ya no había quien la frenase—. En todo este tiempo no te has molestado en saber cómo me encontraba y ahora, de buenas a primeras, ¿te interesas por mí? En serio, Rober, no me tomes por idiota. Así que, o me dices ahora mismo para qué me has llamado o te juro por Dios que alzo aún más la voz de lo que lo estoy haciendo y le grito al mundo lo jodidamente mamón que eres.

Uno de los mayores defectos de Lily, sin duda, era lo malhablada que era cuando estaba enfadada. A veces pensaba que se lo había pegado Ale, pero cierto era que antes de conocer a su amiga las palabrotas también se escapaban de su boca más frecuentemente de lo que querría.

—Lil, yo...

—¡Que no me llames Lil, joder! —Su cara comenzaba a tornarse roja, muy roja. Cada minuto que pasaba comprendía menos qué hacía allí con aquel hombre.

—¡Joder, Lily, te echo de menos! —La cara de ella pasó del rojo al amarillo—. Mira, sé que me porté mal, que fui un cabrón y todo eso, pero... no sé, desde que te vi ese día en el centro comercial y luego con ese tío...

—¿Perrrrrrdona? No me vendrás ahora con que estás celoso... —Había ensayado innumerables respuestas a las preguntas que su ex le plantease, cientos de argumentos para dejarlo por los suelos, pero ¿celos? Eso la había dejado totalmente descolocada—. ¿Esto qué es, algún tipo de juego de macho dominante de la manada o qué?

—Llámalo como quieras, pero lo cierto es que casi me muero cuando te vi dirigirte a él y darle ese beso. Lo hiciste para que te viera, ¿verdad? —Había resentimiento e ira en su voz. Una ira que Lily no comprendía.

—Alucino, te juro que estoy aluciflipando pepinillos... Tú, que te follaste a una pelandusca en nuestra cama, ¡¡nuestra cama!!, días antes de nuestra boda, ¡¡nuestra boda!!, ¿te jode que haya rehecho mi vida años después? —Rober iba a abrir la boca, pero ella lo calló y continuó hablando—. Ahora me vas a escuchar tú a mí. He estado pensándome durante días si quedar contigo o no y ¿sabes qué? Que decidí verte para decirte en la cara todo lo que no me dejaste gritarte en persona, así que voy a hacer oídos sordos de lo que acabo de escuchar y haré lo que he venido a hacer.

Respiró hondo, cogió aire y se lanzó:

—Tú, miserable, quiero que entiendas que me destrozaste no sólo el corazón, sino la vida. Dejé de ser persona durante mucho tiempo intentando entender por qué derruiste lo que durante tantos años habíamos construido juntos. Todo el mundo me decía que eras un cabrón, pero yo me negaba a escuchar nada malo de ti. Te seguía teniendo en un pedestal, porque, aunque te intentase odiar con todas mis ganas, lo único que conseguía era seguir pensando en ti un día, y otro, y otro...

»Tardé semanas, meses en recuperarme y volver a salir a la calle queriéndome a mí misma, porque, no contento con romperme el corazón, también tiraste por tierra mi autoestima. Cada noche pensaba qué había hecho yo para que hubieras actuado así, destrozándome, convencida de que yo había tenido la culpa... Pero un día, Rober, un día me di cuenta de que tú y sólo tú habías sido el

causante de todo. Fuiste tú quien la cagó, no yo. Así que ahora ni se te ocurra, ¿me oyes?, ni se te ocurra decirme por un instante que me echas de menos ni nada parecido, porque no vas a conseguir cambiar la idea que tengo de ti y lo que tanto tiempo me ha costado entender.

No podía parar de hablar. Estaba consiguiendo decirle todo lo que tenía encerrado dentro. Él la escuchaba con la boca abierta. Al principio había intentado meter baza en la conversación, pero pronto se dio cuenta de que era inútil y dejó que lo soltase todo.

—Lily, yo... —dijo, cuando entendió que ella había acabado—. Nunca pensé que pudieras haberte sentido así...

—¿Encima me insultas? ¿Qué esperabas, que te diera una palmadita y te dejase terminar con lo que habías empezado en esa cama? ¿Que hiciera como que no había visto nada y siguiéramos con nuestras vidas, nos casáramos, fuéramos felices y comiéramos perdices?

—Si hubiera sabido que... Lo siento, de verdad. Lo siento.

Se lo veía abatido, pero Lily no sentía ni pizca de compasión por el hombre que tenía enfrente.

—Había accedido a quedar contigo porque necesitaba cerrar este capítulo de mi vida. Necesitaba tirar la llave de esta historia y poder seguir adelante. ¿Y sabes qué? Que acabo de hacerlo, así que aquí te quedas.

Sin dejar que Roberto respondiese, Lily cogió su abrigo, su sombrero Fedora y, muy digna, salió por la puerta sin haber pedido siquiera la comida. Al salir a la calle, rezó por que hubiera un taxi en la puerta, ya que estaba segura de que él saldría corriendo en su busca, pero tuvo suerte y, justo cuando levantó la vista, un coche libre apareció ante ella.

No sabía qué la había empujado a ello, y en vez de dar su dirección, dio la de su amiga Luisa. Necesitaba verla y que la consolase. No entendía muy bien lo que acababa de pasar dentro de aquel restaurante. Se sentía aliviada y confusa a la vez. Libre, pero también presa del pánico. Apenas eran las cuatro de la tarde, así

que, tras llamar un par de veces a la puerta de su Atún en escabeche, comprendió que debía de seguir en *Di Sole*. Pero sabía lo que tenía que hacer. Como tantas otras veces había visto hacer a su amiga, Lily metió la mano debajo del extintor que había en la escalera y sacó la llave de la casa. Se sentía un poco intrusa, pero necesitaba escapar de todo.

—Lily, me siento muy orgullosa de ti —dijo Luisa tras escucharla pacientemente.

—¿Orgullosa? Atún, estoy descolocada. Si he hecho lo que supuestamente quería hacer, ¿por qué ahora me siento así?

—Cariño, es normal. No todos los días se le dice a un ex que es un mamón y, sobre todo, que ahora eres feliz con otra persona.

—Entonces, ¿tú crees que es normal? —preguntó sollozando como una niña, acurrucada en el hombro de ella.

—Claro que sí. Y creo que sé lo que necesitas... —Cogió el teléfono—. Ahora mismo llamo a las chicas, les digo que se traigan una botella de ron añejo y ahogamos las penas.

Dicho y hecho. Lily se sentía feliz de tener ese grupo de amigas tan dispar e insólito, pero que siempre estaban cuando hacía falta. Un par de horas después, y con varias copas en el cuerpo, el Comando Ensaladilla se fundió en un abrazo y brindó:

—¡A la mierda los hombres!

A la mañana siguiente, Lily se despertó con algo de resaca, pero consiguió levantarse sin hacer uso de ningún remedio reconstituyente, sintiéndose una mujer algo mejor que la que la noche anterior había vomitado en la alfombra de su amiga.

—¡Despierta, campeona! —oyó decir a Luisa desde la cocina.

Lily se había pillado tal borrachera que las demás no habían dudado en desvestirla y acostarla en la cama de Luisa. Por nada del mundo podían dejar que se marchase sola a casa.

—¡He preparado el desayuno! —gritó su amiga, mientras ella se lavaba la cara con agua fría.

—Luisa, yo... siento lo de la alfombra —dijo avergonzada, mientras se servía un vaso de zumo de naranja recién exprimido.

—No seas tonta. Estaba deseando cambiar la decoración, así que me has hecho un favor. —Le guiñó un ojo.

Lily quería con locura a su amiga, esa amiga que ahora le estaba diciendo que no pasaba nada por haberle estropeado esa alfombra que había traído de la India y que mimaba desde hacía años.

—Entonces te pagaré la nueva.

—¡Perfecto! ¡Gracias! ¿Y qué vas a dejar de pagar: la luz, el agua...? —bromeó Luisa, mientras llenaba la cafetera.

—Ja, ja... Muy graciosa, Atún. No, en serio, sé lo que te gustaba esa alfombra, así que te prometo que te compraré una nueva. Lo que no te puedo decir es cuándo...

—Hecho —respondió la otra, con una sonrisa sincera en los labios al tiempo que volvía a guiñarle un ojo.

Por un momento, Lily pensó que Luisa iba a llegar tarde al trabajo por su culpa, pero rápidamente ordenó sus pensamientos y se dio cuenta de que era sábado. Llevaba tanto tiempo en paro que ya apenas diferenciaba cuando era fin de semana de cuando no lo era. Pensó en el día que la esperaba. No podía holgazanear con su amiga en el sofá, dedicando la tarde a ver alguna temporada de *Sexo en Nueva York*, como solían hacer, ya que recordó que debía ir a comer a casa de su madre. Perezosa, se terminó el café.

—¿Qué planes tienes para este finde? —le preguntó a Luisa, después de explicarle el motivo por el cual se tendría que ir pronto.

—En realidad tenía una cita, pero pensaba que te quedarías hibernando aquí todo el día y la he anulado antes de que te despertaras...

—Serás perra... ¡Cuéntamelo todo! —Luisa pocas veces salía con alguien que no fuese el Comando Ensaladilla o alguno de sus amigos gays, así que la curiosidad por saber quién era el susodicho

era inaguantable.

—En realidad lo conoces. ¿Te acuerdas de Oliver, el chico de maquetación? Bueno, sabes que lleva un tiempo pidiéndome salir, así que mi desesperación por no haber mojado en meses me ha empujado a decirle por fin que sí. —Ambas rieron.

—¡Jamás pensé que le darías una oportunidad! Pero me alegro mucho, de verdad.

Mientras se vestía, Luisa le contó cómo había surgido el tema de la cita, lo que le recordó que poco antes la había anulado.

—¡Corre, llámale! —gritó Lily mientras se ponía el abrigo—. Espero no haberte jodido el plan, cariño. Me llamarás cuando acabes, ¿verdad? ¡Quiero saberlo todo, todo, todo!

Salió por la puerta y, al mirar el reloj, se dio cuenta de lo tarde que era. Las horas pasaban volando cuando cotorreaba con Luisa. Hizo cálculos y, muy a su pesar, se dio cuenta de que no llegaría a tiempo a casa para arreglarse, así que decidió ir directamente al hogar materno, donde seguro que le esperaría un saludo tipo «Estás hecha una pena», por parte de su madre.

—Pero hija, ¡con lo mona que vas tú siempre! —Como había predicho, las palabras de su madre al abrir la puerta no habían sido las que habría querido escuchar.

—¡Qué más da, mamá! Sólo vengo a veros, no a una audiencia con el rey. —La abrazó y entró.

Echó un ojo al salón y no oyó los habituales gritos de sus sobrinos, así que dedujo que aún no habían llegado. Como era costumbre en su madre, ya tenía la mesa preparada.

—Podrías haber dejado que la pusiera yo —comentó. Contó los comensales y vio que sólo había platos para cinco—. ¿Y la escoba? ¿Otra vez se escaquea? —preguntó, refiriéndose a su cuñada Cayetana.

No se había dado cuenta de que su hermano ya había entrado por la puerta.

—Sigue en Londres —le contestó él, dándole un abrazo—. Últimamente tiene mucho trabajo allí, ya sabes...

Igual que le había parecido cuando hablaron por teléfono estando ella en el supermercado, Jaime no sonaba muy convincente. Por suerte, su madre seguía en la cocina, dándoles a sus nietos un vaso de naranjada y no se había enterado de nada.

—¿Estás bien? —preguntó Lily, mientras acariciaba el brazo de su hermano mayor.

—¡Claro, enana! —Pero ella lo conocía demasiado bien como para notar un deje de falsedad en sus palabras.

Sorprendentemente, la comida fue de lo más agradable, sin reproches ni comentarios malintencionados. Ni siquiera le habían preguntado por Ian, algo raro en su madre, que aprovechaba cualquier oportunidad para cuestionar su noviazgo con ese hombre tan perfecto con comentarios tipo «Ay, hija, espero que esta vez hagas las cosas bien» o «Ay, terroncito, espero que este hombre no sea demasiado pollo para tan poco arroz». Así era su madre, un amor incondicional sin medida, igual que sin medida eran sus comentarios. Sin embargo, al llegar al postre, por lo visto no pudo morderse más la lengua y soltó:

—Lilyana, ¿es que no piensas contarle a esta familia qué tal te fue la cita con Roberto?

—¿Qué? —Lily se atragantó con el melocotón en almíbar cubierto de una calórica montaña de nata.

—No intentes negarlo, cariño. Una no es tonta. Leo esa página donde escribes todo lo que se te pasa por la cabeza.

Por un momento, había llegado a pensar que Rober había hablado con su ex suegra, pero se tranquilizó al pensar que el comentario sólo respondía al afán de cotilleo de su progenitora.

No tenía ganas de contarle a su familia el numerito que había montado el día anterior en uno de los restaurantes más caros de la ciudad y el posterior pedo de colores que se agarró con sus amigas

para ahogar las penas. Se limitó a responder con un «No es de tu incumbencia», y se metió el último trozo de melocotón en la boca de golpe.

Ya en casa, después de haber pasado el resto de la tarde jugando con sus sobrinos, se sentó frente al ordenador pensando en escribir un nuevo post en el blog contando todo lo que le había ocurrido en las últimas horas, pero segura de que la chismosa de su madre lo leería, prefirió reprimir sus instintos y dejarlo todo grabado únicamente en su memoria.

No tenía ni sueño ni hambre. Tenía ganas de escribir. Era lo único que conseguía apaciguar sus nervios. De una manera u otra, cualquier cosa que escribiera, ya fuera en el blog, en la revista o ahora con su novela, tenía un efecto sedante en ella. Era una manera de expresar cómo se sentía en cada momento. Y en ese instante estaba cabreada, muy cabreada; no sabía si por la indiscreción de su madre, por Roberto o por la vida en general, pero abrió el documento de su novela, que ya tenía más de doscientas páginas y escribió un nuevo capítulo en el que la protagonista, en mitad de las montañas que rodeaban aquel pueblo diminuto y agobiante en el que vivía, gritaba como una loca, liberando todo lo que llevaba dentro.

Cuando acabó de leerlo, se dio cuenta de que aquella vendedora de productos eróticos cada día tenía un poquito más de la propia Lily. Si no podía gritar en medio de la Gran Vía todo lo que quería, lo haría a través de ese personaje imaginario.

Algo más calmada y con los ojos irritados, se acostó pensando en el maravilloso domingo que la esperaba, ya que, por fin, Ian volvería a Madrid y podrían pasar la noche juntos. Le escribió un escueto mensaje deseándole buen viaje y cerró los ojos pensando que apenas veinticuatro horas más tarde, estaría durmiendo junto al verdadero y único amor de su vida.

Pero el domingo pasó y el teléfono no sonó. Angustiada, pensó que, una vez más, Ian habría tenido algún problema con su móvil, pero tras haberle escrito en varias ocasiones y cuatro llamadas

después, se dio cuenta de que algo no andaba bien. ¿Se habría enterado de lo de Rober? Imposible. La única manera que habría tenido de saberlo sería leyendo su blog y no lo había hecho, puesto que Lily había tenido buen cuidado de borrar el historial del ordenador de él en la única ocasión en que había escrito su blog desde éste.

Ian no conocía el nombre de su página web ni había tenido ningún contacto con las personas que estaban al tanto de su cita. Además, en el momento de la comida, su novio seguía en Milán. Tras barajar durante horas diversas posibilidades para su comportamiento, llegó a la conclusión de que Roberto no era el motivo de esa nueva desaparición.

Pero ¿qué pasaba entonces? ¿Por qué huía de ella, ahora que estaban en un punto perfecto de su relación? Hacía apenas unos días que se habían jurado amor eterno, que habían hablado de confianza, de futuro. ¿Qué habría pasado, pues, para ese cambio de actitud? Por un momento, se le ocurrió la posibilidad de que Ian hubiera estado con alguna otra chica en Milán, pero pronto desechó la idea, ya que se había prometido a sí misma confiar en él, y más cuando no le había dado ningún motivo para no hacerlo. Hasta ese momento.

Las dudas corrían por su cabeza como en una carrera de relevos. Cuando creía haber llegado a alguna conclusión, la borraba y volvía con otra duda, pasándole el testigo a la siguiente, aún más enrevesada que la anterior.

Era casi la hora de cenar y lo único que había hecho en todo el día había sido comerse una y otra vez la cabeza, así que, por una vez, decidió actuar como una mujer adulta y afrontar las cosas como venían. Le preguntaría a Ian qué pasaba antes de conjeturar nada. Sin apenas fijarse en su aspecto, se puso unos vaqueros, una sudadera y las Converse y condujo hasta casa de él. Si no le quería contestar a los mensajes ni responder a sus llamadas, se presentaría frente a su puerta para preguntarle qué estaba ocurriendo. No se iba a dar por vencida tan pronto.

Cuando ya casi estaba llegando a su casa, la llamó Luisa, y, al contarle ella lo que iba a hacer, su amiga la intentó calmar. Argumentó que el hecho de que su chico no respondiera al teléfono no quería decir nada y que presentándose así, llamando al timbre hecha un manojo de nervios, se estaba comportando como la rubia neurótica que, supuestamente, quería dejar de ser.

Pero como era de esperar, Lily no le hizo caso y, prometiéndole que se lo contaría todo al llegar a casa, colgó justo antes de llamar al interfono de su novio. Pero aquel hombre estúpido no quería abrirle la puerta. «Dos mamones en la misma semana, no, por favor.» Estaba convencida de que se hallaba en casa, ya que vio luz y que, por un momento, se movían las cortinas de una de las ventanas del salón. Él habría echado un ojo y, al ver que se trataba de ella, habría decidido no dejarla entrar. Pero ¿qué coño estaba pasando?

Llamó un par de veces más, sin apartar el dedo del botón, esperando que le abriera, aunque fuera para no oír más el ensordecedor sonido. Pero nada.

No podía creer que Ian desapareciera por segunda vez. Aunque en esta ocasión las circunstancias eran bastante diferentes, ya que al principio fue un problema de los teléfonos, mientras que ahora, adrede, la estaba ignorando. Y cualquiera que conociera mínimamente a Lily sabía que ignorarla era una de las peores cosas que se le podían hacer.

Su orgullo la obligaba a marcharse, a dejarlo estar durante un tiempo para más adelante volver a tener una conversación como adultos, pero el amor la empujaba a quedarse, inmóvil en la gélida noche, esperando que todo fuese una broma e Ian abriese la puerta con un «Anda, pasa, nena».

En un momento desesperado, le escribió un mensaje diciendo:

No sé cómo lo verás, pero de aquí no me muevo hasta que me digas qué pasa.

Esperó unos minutos con la duda de si enviarlo o no, pero cuando ya estaba a punto de pulsar el botón verde, echó un último ojo a la ventana y se quedó petrificada. La silueta de una mujer se adivinaba tras las cortinas.

No hizo falta que enviase el WhatsApp, porque Ian se le adelantó.

Ahora no puedo hablar.

Y con esas escuetas palabras la mandó de vuelta a su casa.

De camino hacia allá, la cabeza le echaba humo y el resto de la noche, dando vueltas en la cama, no fue mejor. ¿La había dejado o sólo era algo temporal? «Ahora no puedo hablar» no era un adiós, ¿no? Era más bien un «Dame un momento, que ahora estoy ocupado». Ésa era la explicación más racional, pero claro, la neura se estaba adueñando de ella totalmente y lo único que conseguía ver era que su novio no había dado señales de vida y que no la había dejado entrar en su casa porque otra tía estaba dentro. Estaba claro, no había lugar a dudas, lo mirara por donde lo mirase.

—¿Tú qué crees, Aceituna? —Pensó en hablar con sus amigas y estaba segura de que en ese tema Ale sería la más sincera. Diría lo que se le pasase por la cabeza, sin intentar maquillar lo que era más que obvio.

—¿Puedo serte sincera? Qué coño, lo voy a ser —añadió, respondiéndose a sí misma—. Tía, huele mal, qué quieres que te diga. Si lo conociera bien, diría que es un cabrón, como el resto de los seres masculinos de este planeta, pero como apenas nos hemos dirigido tres palabras... podría ser, qué sé yo, su... ¿hermana? —soltó nada convencida.

—No tiene hermanas.

—¿Su prima? ¿Su madre? ¿Reunión de negocios?

—¡Ale, joder! —se exasperó Lily—. ¡No sé qué pensar! Supuestamente llegó a Madrid hace más de veinticuatro horas y lo único que he recibido de él desde entonces es un mensaje diciendo

«Ahora no puedo hablar». ¡No puede oler peor!

—Sí, huele como el culo, eso está claro, pero no sé... A ver, voy a intentar pensar como lo harían Luisa o Merche...

—Te he llamado a ti porque, precisamente, quería escuchar tu opinión espontánea y realista —la cortó ella.

—Mira, guapa, déjame que haga las cosas como yo quiera, ¿vale? Si fuera yo misma, te convencería en tres minutos de mandarlo a la mierda, y sé que lo harías. ¿Y sabes qué? Que podría ser todo un error y un malentendido y yo me sentiría responsable de haberte jodido la vida con ese hombre tan supuestamente maravilloso, así que, repito, déjame que piense con la mente de otros.

Lily no la veía, pero estaba convencida de que había entrecerrado los ojos, como hacía cuando estaba cavilando a fondo lo que estaba a punto de decir.

—Ok, está bien, vale. Entonces, ¿qué pensarían, según tú, las otras dos?

—Que fueses adulta y que esperases a que él diese el siguiente paso. ¡Ah, y que no tires la toalla con el amor! —rio.

—Tienes un pase como Luisa, pero como Merche eres muy cutre, que lo sepas. —Su Aceituna favorita había conseguido que riese a carcajadas por primera vez en todo el día.

—Al menos lo he intentado. Por cierto, ¿te importaría dejar de ser tan egocéntrica y preguntarme qué tal me va la vida? —La sinceridad de Ale era realmente increíble.

—Claro, perdona, ¿qué tal te va la vida? —repitió sus palabras.

—¡No me puede ir mejor! ¿Te acuerdas del gemelo con el que quedé hace unos días? —Lily hizo un sonido afirmativo—. Pues es cojonudo en la cama... —Hizo una pausa—. ¡Y su hermano también!

—¿¡¡Cómo!!? ¿Que te has tirado también al otro? Pero... ¿a la vez? —Le daba miedo la respuesta.

—¡No, hombre! ¡Tampoco soy tan degenerada! Y te diré una cosa, los gemelos idénticos pueden parecerse en muchas cosas, pero en otras son totalmente diferentes... —No pudieron parar de

reír durante un buen rato.

La conversación, que comenzó con las lágrimas inacabables de Lily, había derivado en la extravagante vida sexual de Ale, un tema recurrente al que siempre llegaban porque les aseguraba un momento desinhibido y gracioso. Media hora más tarde, y con más datos estrambóticos de la intimidad de su amiga que no hubiese querido saber, colgó el teléfono mucho más contenta que cuando lo había cogido en un principio.

Pensó que lo más lógico sería dar aire a la relación con Ian. En el fondo de su corazoncito sabía que no todo estaba acabado; algo debía de haber pasado para que él actuase así. Era un hombre maduro y tendría una buena explicación. Así que con ese argumento, sumado al suyo propio de mujer herida y orgullosa, se prometió no llamarlo hasta que fuese él quien diese señales de vida.

Lily, esa persona que tropieza cien veces con la misma piedra

Hola, amigos.

¿Qué tal el domingo? ¡El mío estupendamente! No cuela, ¿verdad? Y si ha colado, pues ya os digo desde ahora que era una ironía más grande que mi cabeza, y mirad que mi almendra es tan grande que muchos de mis sombreros son de una talla indecente.

Imaginaos que soy una mujer despechada que escribe al consultorio de una revista sentimental pidiendo consejo:

«Hola, Magdalena (todas las de los consultorios tienen nombres de este tipo), quisiera pedirte ayuda. Llevo unos meses con mi novio y todo parecía ir perfectamente. Hasta me había regalado la llave de su casa con la promesa de que sería también mi hogar. El problema es que, tras un viaje a Milán, ha vuelto muy, pero que muy distante. Tanto que no responde a mis llamadas ni me abre la puerta de su casa. ¿Qué puedo hacer? No quiero perderlo.

P. D.: Se me olvidaba decirte que el mismo día que no quiso abrirme la puerta vi a otra mujer detrás de las cortinas. Gracias, Magdalena, espero ansiosa tu respuesta.»

A lo que Magdalena me contestaría:

«Querida, amiga/florecilla/corazón herido (una de ésas cae fijo):

Si os iba tan bien como me cuentas, seguro que todo tiene una explicación. Es cierto que puede parecer un tanto extraña su reacción, y el tema de la otra mujer puede quemarlo todo aún más, pero sé paciente y confía en tu pareja. Todo se solucionará. Un abrazo y mucho ánimo, Magdalena.»

Pero ¿¡¡quién se cree estas polladas!!? Una de dos: o hay mujeres tan bobas (perdonadme si lo sois) de creeros los consejos de esta persona y seguís escribiéndole con vuestros problemas, o dos (y más creíble) no escribe a la revista ni Rita y son los mismos redactores quienes piden consejo y responden sandeces al mismo tiempo.

Todas estas divagaciones estúpidas, propias de un domingo de rubia neurótica, me llevan a pensar que soy una de esas idiotas que, riéndome de ellas, en realidad estoy haciendo exactamente lo mismo: pidiéndoos consejo.

Todo lo que os he contado es cierto. ¿Y sabéis qué? Que estoy pasando por las típicas fases de cuando una relación se ha roto y tú no quieres darte cuenta. A todos nos ha pasado que a una amiga la ha dejado un tío hecha polvo y ella sigue excusándolo diciendo «No, es que tiene mucho trabajo» o «Me ha dicho que no es por mí, que es por él, que no está preparado para tener una relación». Y tú la escuchas mientras asientes con la cabeza y piensas «Pobrecita mía, no hay peor ciego que el que no quiere ver».

En esos momentos, ves las cosas meridianamente claras. Tu amiga sabe lo que hay, sabe que ese cabrón está ahora retozando con otra o cogiéndose una curda con sus amigotes, riéndose de la última tía que se ha tirado haciéndole creer que la quería. Lo sabe, pero no lo quiere ver. Se pone una venda en los ojos y, aun convencida de que el tío se ha reído de ella, sigue pensando que todo tiene solución y que está muy estresado en su trabajo.

Todos habéis consolado a alguien en una situación similar, ¿verdad? Pues ahora la que tiene la visión nublada soy yo. La que sabe que esto ya no va a ninguna parte (y lo peor es que no sé ni por qué), pero se aferra a pensar que todo es una tontería y que está muy estresado con su trabajo, soy yo. ¿Podría ser o soy otra de las ~~gilipollas~~ que creen en la revista? Por favor, Magdalenas, ayudadme.

Lily

A veces se sorprendía de su capacidad de reírse de su propia persona. Había comenzado el post con los ojos anegados en lágrimas y terminó llorando, pero de risa. No podía haber sido más sincera. A todos nos había pasado lo mismo alguna vez, era algo innegable. Apagó el ordenador con la certeza de que no sería la única que sonreiría al leer esas letras. Se sirvió una copa de vodka con un chorrito de lima y granadina y se tiró en el sofá con la única compañía de una manta bastante harapienta del Ikea y un mando que amenazaba con morir por sobredosis de zapping.

Al día siguiente tampoco supo nada de Ian. Ni al otro, ni al otro. Ya habían pasado cuatro días con sus correspondientes noches sin hablar con él. Estaba mal, no lo podía negar, pero el Comando Ensaladilla se había encargado de no dejarla sola ni un momento. Lo mejor para una ruptura era, sin duda, tener la mente ocupada. En una de ésas, la mañana del miércoles la sorprendieron llamándola al interfono:

—¡Te damos diez minutos para que bajes, Patata! —gritaron sus amigas.

—¿¡¡Qué!!? —Pero no le dio tiempo a nada más.

Poco después se encontraban en Roma, justo delante de la Fontana di Trevi.

—Si Mahoma no va a la montaña, el Comando Ensaladilla te traerá a tu *cità*... —dijo Luisa, mientras le mostraba la réplica casi perfecta de la fuente original.

—Chicas... Muchas gracias —dijo, dándoles un abrazo.

Habían dado en el clavo. La habían llevado a su lugar favorito del mundo. Bueno, casi. Mientras estaba en la universidad, había pasado un año en Roma y desde entonces amaba esa ciudad. Siempre decía que quería volver, pero había pasado el tiempo y, desde que regresó, nunca había vuelto a pisar tierras romanas. Así que las chicas la habían llevado hasta el Parque de Europa, un lugar a las afueras de Madrid donde había réplicas de los monumentos más representativos del viejo continente: la Puerta de Brandemburgo, la Torre Eiffel... y cómo no, la Fontana di Trevi.

—Dice la leyenda —comenzó Merche— que cuando estás frente a ella, debes ponerte de espaldas y tirar una moneda pidiendo un deseo: volver a Roma. Luego, cuando vuelves, porque fijo que vuelves, tienes que tirar una segunda moneda, esta vez para encontrar el amor. —Terminó su exposición con una sonrisa, contenta de la mini clase de historia que acababa de darles.

—Así que... —siguió Luisa—, tira esta moneda. —Le dio a Lily veinte céntimos—. Sería la segunda, ya que la primera la tiraste en la verdadera de Roma.

—¡Te toca encontrar el verdadero amor! —canturreó Merche.

—Gracias, Huevo, seguro que no lo había pillado —exclamó Ale, que hasta ese momento no había abierto la boca.

«Demasiado empalagoso para ella», pensó Lily con una sonrisa.

Haciendo caso al Comando Ensaladilla, dio la espalda a la réplica de la fuente y tiró la moneda con los ojos cerrados, pidiendo, como si fuera una niña pequeña, que Ian, su verdadero amor, volviese a su vida.

—Por cierto, ¿no me preguntáis por mi súper novela? —dijo emocionada, olvidando por un momento el motivo por el que se encontraba tirando una moneda a una réplica que dejaba bastante que desear si se la comparaba con la verdadera fuente—. ¡Ya está casi terminada! Es increíble lo inspirada que he estado estos días... Me faltaba el nudo amoroso de la historia y, *voilà*, esto me ha venido que ni pintado. ¡Nada más inspirador que la vida misma!

—¡Ni que lo digas! Oye, que si necesitas historias de la vida real, yo te cuento cualquiera de las mías, ¿eh? Tú pregunta, chata, no te cortes —soltó Ale.

—Se refería a una trama amorosa, mendruga —le respondió Merche—, no pornográfica.

—Bueno, bueno, ¡yo sólo intentaba ayudar, sor Merceditas!

Lily miró a sus amigas allí discutiendo, de amor la una y de sexo salvaje la otra, con la Fontana di Trevi como telón de fondo. Eran tres de las personas que más la conocían y que por nada del mundo la abandonarían. Sin pensarlo dos veces, las abrazó como había hecho también hacía unos minutos.

—¡Si es que no os puedo querer más...!

Aquél había sido un día genial a mitad de la semana. Sus amigas se habían pedido el día libre para animarla; nada podría pagar eso. Apenas había hecho caso al móvil en toda la jornada; de hecho, había sido tan feliz durante las últimas horas, que se había olvidado por completo del teléfono.

«Algo que deberíamos hacer muchos», pensó.

Se dio una ducha antes de ponerse el pijama y se acurrucó entre las sábanas, pero cuando estaba a punto de caer rendida, notó que la pantalla del móvil se iluminaba de forma intermitente. Aunque no se lo decía a nadie, Lily llevaba siempre lentillas, porque tenía hipermetropía, así que no veía el nombre de la persona que la estaba llamando a esas horas.

«Maldita cegata.»

—¿Sí? ¿Quién es? —respondió con la voz algo pastosa, puesto que se le había caído algo la baba, signo inequívoco de que ya estaba casi dormida.

—Hola, rubia. —Quien la llamaba no era otro que Ian. Y lo mejor de todo era que lo estaba haciendo como si no pasase nada —. ¿Quedamos mañana para comer? Si quieres, reservo en algún sitio.

—¿Qué hora es? —fue lo único que se le ocurrió decir.

—Las dos y media —contestó él.

Vale, no estaba a punto de quedarse dormida, sino que llevaba más de dos horas como un tronco.

—¿Comer? ¿Mañana? —No sabía si era el sueño o el hecho de que su ¿novio/ex novio? la estuviese llamando a esas horas intempestivas para proponerle una cita como si no hubiera pasado nada, pero estaba hecha un lío.

—Sí, claro. No entro a trabajar hasta las ocho, así que podríamos pasar la tarde juntos. ¿Qué te parece pasta en el italiano de detrás de tu casa?

—¿Qué te parece si te vas un poquito a la mierda? —soltó.

—Oh, Lily, vamos... ¿Qué te pasa ahora? —¿Estaba soñando o le estaba preguntando qué le pasaba?

—¿Que qué me pasa? Nada, tú sabrás.

—Conozco a las mujeres, sé que algo os pasa cuando no decís nada.

«Ya lo creo que conoces a las mujeres, cabrón, como que te vi con otra el domingo.»

—Que no me pasa nada, te digo. ¿A las dos? —No fue capaz de decir nada más.

—Genial, a las dos. Seré puntual. Y mañana me cuentas qué le está pasando por esa cabeza a mi rubia, anda... Buenas noches.

Lily colgó y, de repente, estaba más que despierta. Estaba anonadada, estupefacta, ojiplática y aluciflipada.

«¿Y luego las mujeres somos las complicadas? ¿Hola?»

Pensaba quedar con él para enseñarle todo lo rubia neurótica que podía ser. Si ahora no le había contestado como se merecía era porque la había pillado en un momento en que su cerebro estaba desconectado, pero al día siguiente se iba a enterar de lo que valía *su* rubia.

A la mañana siguiente, nada más despertarse, tuvo que coger el teléfono y mirar si realmente la última llamada que había recibido era de Ian. No acababa de creerse lo que había pasado. Por un instante, pensó que lo había soñado todo, pero efectivamente, la pantalla del iPhone demostraba que la había llamado la noche anterior y que la conversación que habían mantenido había durado exactamente dos minutos y veintitrés segundos.

Por supuesto, quería volver a verlo, hablar con él y solucionar lo que narices hubiera cambiado al parecer de su chico. Pero no acababa de entender nada. Algo pasaba y él estaba haciendo como si nada. Era un hombre, y por muy maravilloso que fuera —o pareciera ser—, no podía dejar su naturaleza atrás.

¿Los hombres tienen cerebro?

No, en serio, es algo que me pregunto de manera habitual. Y no sólo con Ian, sino con todos los seres con pensamiento penil de este planeta. A veces creo que no tienen la culpa, que cuando tocó el momento de repartir dones, a ellos les correspondió el fútbol y a nosotras un cerebro para pensar. ¿Pues no va el ~~gilipollas~~ este y, después de no saber de él durante cuatro días (y habiendo como había una mujer en su piso) me llama para invitarme a comer como si nada? Pero ¿¡¡¡¡ivamos a ver!!!!!?

¿En serio, qué os pasa? ¿Por qué pensáis que cuando la cagáis, lo mejor que podéis hacer es hacer como si nada? Pues siento deciros que no sirve. Os recuerdo que a nosotras, las mujeres, sí nos tocó el cerebro en el reparto, así que no nos vamos a conformar con un cri, cri, cri, cri y corramos un «estúpido» velo, no. Nosotras necesitamos hablar las cosas, escuchar explicaciones, valorarlas y luego ya, si eso, perdonaros o, por el contrario, mandaros un poquito a la ~~mierda~~. Yo es que flipo. ¡¡Flipo!!

En fin, me voy a arreglar porque el Neanderthal ese llegará de un momento a otro... Ya os contaré...

Lily

Puntual como siempre, con un timbrazo le anunció que ya estaba abajo. Supuso que irían andando, ya que el restaurante no quedaba lejos, así que se recogió el pelo en una coleta. Hacía mucho aire y no quería estar despeinada cuando Ian la mandase a paseo. O ella a él, eso estaba por ver.

—Hola, nena. —Se acercó para darle un beso, pero ella se apartó y vio que él hacía una mueca extraña. Definitivamente, no acababan de entenderse—. Pero ¿qué coj...?

Fueron los cinco minutos más largos de la vida de Lily. Caminaron en silencio por Pintor Rosales hasta llegar a la pequeña trattoria donde Ian había reservado. Al maître, al verlos llegar, no se le ocurrió otra cosa que soltar:

—Ay, amores reñidos son los más queridos. *L'amore è tutto nella vitta*,[4] como diríamos en mi bella Italia. Acompañadme, por favor.

Los guio hasta una pequeña mesa con una vela y, tras darles la carta, remarcó:

—No os preocupéis, amigos. Aquí arregláis todos vuestros problemitas. —Y se fue guiñándoles un ojo y canturreando.

—¿Y éste qué coño se ha fumado? —soltó Lily de repente. Durante el trayecto, se había prometido no ser la primera en hablar, pero fiel a sí misma, casi se atragantó con sus palabras.

—No seas maleducada, nena. Ha dicho que *l'amore è tutto nella vitta* —imitó al camarero, exagerando el acento de éste.

—Vale, sí que me pasa algo —saltó ella. Si algo la caracterizaba era que explotaba cuando nadie le preguntaba—. Estamos a jueves, llegaste a Madrid el domingo. ¿Se puede saber qué ha pasado? ¿Se puede saber por qué no has respondido a mis llamadas o a mis mensajes? ¿Se puede saber por qué no me abriste la puerta cuando fui a tu casa como una persona adulta, para darte la bienvenida con una sonrisa y mordiéndome la lengua para no llamarte capullo? ¿Y se puede saber por qué cojones había una mujer en tu piso? Toma, eso es justo lo que me pasa. Y sí, tienes razón, a las mujeres sí nos pasa algo cuando decimos «nada». Hala, todo tuyo.

Justo en ese momento volvió el camarero entrometido para preguntarles qué iban a pedir, así que el siguiente en hablar fue el hombre en vez de Ian, lo que habría sido lo normal:

—Amigos, sí que tenéis problemas, sí. ¡Buena suerte!

—¿Le importaría marcharse? Gracias. —Lily no solía ser así de impertinente, pero la situación lo requería. Una relación estaba en juego, por Dios.

—¿En serio? ¿Todo esto es por haber visto a una mujer en mi piso? —rio Ian.

«Y encima se ríe. Pero ¿este tío es tonto o qué?» En esos momentos, Lily tuvo que agarrarse el antebrazo con la otra mano, porque a punto estuvo de soltarle un sopapo, pero Ian continuó hablando:

—Llegué de Milán el domingo, sí, pero no vine solo —«Eso estaba claro, cabrón»—. Traje conmigo a Francesca, la madre de Álex. ¿No te había dicho que es italiana? —Esperó un par de segundos para ver la reacción de Lily, pero ella permanecía impertérrita con los labios apretados—. Sí, sí que te lo había dicho... Parece que las cosas entre ella y mi hermano se han torcido y ahora ninguno de los dos quiere renunciar al niño. Visto que la custodia compartida es imposible, ya que cada uno vive en un país diferente, ahora están comenzando un litigio para ver quién se queda con el enano.

»En el momento en que viniste a mi casa, estaba Francesca, sí, pero también Bruno y el abogado de cada uno.

«Lo jodidamente asqueroso de todo esto es que o es verdad o es la excusa mejor pensada de este mundo.»

—Por lo visto, antes de meterse en juicios, lo que se suele hacer en estos casos es intentar llegar a algún tipo de acuerdo en un lugar neutral y dado que Francesca no quería ir a casa de mi hermano y que ella no tiene casa aquí, vinieron todos a la mía.

—Yo sólo vi a una mujer, no a todo el séquito del que me hablas. —Por nada del mundo iba a bajar la guardia así como así. Su orgullo de rubia neurótica y herida no se lo permitía.

—Nena, estaban todos reunidos en mi despacho, pero Francesca es una fumadora empedernida. Estaría en la ventana del salón fumando un pitillo, supongo.

—¿Supones? —Qué calentita se estaba poniendo. ¿Por qué los hombres eran tan pasotas? Un día tendrían que probar su propia medicina—. ¿Y a qué vino no dar señales de vida ni siquiera cuando estaba delante de tu puerta? —Si pensaba que lo iba a arreglar en cinco minutos, lo llevaba clarinete.

—Joder, nena, reconozco que podría haber sacado en ese momento cinco minutos para llamarte y explicártelo todo, pero desde que llegué, no he parado de ir de un lado a otro.

—¿En todo el lunes, el martes y el día de ayer entero no has tenido un momento para llamar?

—No, cariño, lo cierto es que no. Estuvieron en mi casa hasta ayer por la tarde. Todo el día gritando y gritando. Todo el rato «Tú, tú, tú». Pensé que me volvería loco si no acababan pronto. ¿Vas a empezar tú también?

Lo que le faltaba. Encima pedirle que no lo reprendiese. Pero ¿es que no sabía que se había enamorado de una loca? Que lo hubiera pensado antes.

—Chico, si lo que quieres es que te dé un beso y te diga que no pasa nada, lo llevas claro. ¿Acaso has estado alguna vez con una mujer que se tire días sin saber de ti y esté tan contenta cuando vuelves a aparecer sin previo aviso? Entiendo lo de tu hermano y la chica esa, pero creía que yo también formaba parte de tu vida, ¿sabes? —Su tono empezaba a coger volumen—. ¿Tanto te habría costado avisarme de que ibas a estar unos días off? De verdad, es que no sé si pido tanto...

—Pero ¡si lo hice! Sabía que el domingo habías vuelto a casa cabreada, así que te llamé, pero aún no habías llegado. Te dejé un mensaje en el contestador.

—Venga, va, cuéntame otra...

—¿Cómo que cuéntame otra? ¿No has escuchado tu contestador?

Ahí la había pillado, pero Lily no quería reconocerlo. Finalmente, no tuvo más remedio que negar con la cabeza.

—¿Y se puede saber por qué? —dijo él.

—¿Quizás porque yo nunca escucho los mensajes?

Sacó el móvil del pequeño clutch que llevaba y marcó un número que derivaba los mensajes del fijo. Tras escuchar cuatro de su madre y uno de una mujer que llamaba pidiendo cita para el dentista, oyó la voz de Ian:

«Cielo, perdona por no haberte abierto la puerta, pero me ha sido imposible. De hecho, es que no puedo. Llevo un día de locos. Es algo largo de contar y presiento que si empiezo a explicártelo ahora acabará sonando el piiiiii antes de que haya llegado siquiera a la mitad de la historia. Me temo que estaré hasta arriba dos o tres días, pero te prometo que el miércoles o el jueves a más tardar vuelvo a ser todo tuyo. Lo siento. ¡Te invito a comer esta semana y te lo explico todo! Ah, rubia, una cosa más: te quiero».

Lily oyó en el mensaje gritos de fondo de más de una persona. ¿Había dicho que la quería? Entre que no estaba segura y que el griterío no la dejaba oírlo bien, volvió a escuchar el mensaje.

«Ah, rubia, una cosa más: te quiero.»

Estaba claro, se lo había dicho por fin. ¿Y la primera vez tenía que ser por teléfono? «Menudo cutre.» Aunque, pensándolo mejor, Ian la conocía hasta límites insospechados y sabía que lo único que la aplacaría serían esas dos palabras. Y estaba en lo cierto.

—¿Y bien...? —preguntó él, esperando una respuesta con cara de satisfacción, viéndose triunfador.

—No estoy convencida del todo. ¿Por qué dices en el mensaje que no podías abrirme la puerta?

—Porque de verdad no podía hacerlo. Firmé una especie de contrato en el que, durante el tiempo que durase la negociación, o sea, estos cuatro días, me comprometía a que no hubiese nadie más en el espacio neutral que los que estábamos allí. De hecho, no tendría ni que haberte llamado, porque tampoco me dejaban.

—Perdóname una cosa, pero esto parece una película en la que el jurado está encerrado para deliberar y, después de mil horas, declaran culpable al asesino.

—Pues algo así. Suena a peli, sí, pero es la verdad. Un día me dijiste que confiabas en mí. No creerás que esto me lo estoy inventando, ¿no? Soy listo, pero no como para montarme esta historia, rubia. —El corazón de Lily, poco a poco, volvía a hacer boom boom por aquel guapérrimo moreno de ojos color miel—. ¿Y ahora estás ya convencida? ¿Aunque sólo sea un poquito? —Ian hizo un gesto con la mano, juntando los dedos pulgar e índice.

—Sólo minúsculamente.

En ese momento llegó el camarero con los platos que habían pedido unos minutos antes. Las caras de ambos debían de estar más relajadas, ya que el italiano les sonrió en señal de aprobación y dijo algo como «Así me gusta», mientras se marchaba bamboleando su redondo pandero.

—Spaghetti *alla arrabbiatta,* tus favoritos, ¿eh? —bromeó Ian, intentando distender aún más el ambiente.

—Sigo cabreada, ¿entendido? —dijo ella con la boca llena.

—Entendido.

Pero estaba claro que el rostro relajado de ella denotaba que era más feliz que nunca. El tío sería raro a más no poder, pero el hecho de saber que volvía a estar en su vida la colmaba de alegría, aunque fuera un hombre, al fin y al cabo, y lo viera todo más sencillo.

«Quizás tengan razón ellos y seamos nosotras quienes lo complicamos todo», pensó mientras comía.

—Te costará algo más que una excusa medianamente creíble.

—¿Qué te parece un viaje a Milán conmigo?

—¿¡¡Cómo!!? —se atragantó—. ¿Juntos? ¿En Italia?

—Por qué no. Llevo un tiempo pensando en pedirte que me acompañes. Ya estoy finiquitando los negocios que tengo allí. Sólo serían un par de días. Por la mañana estarías sola, eso sí, porque yo

estaría en alguna que otra reunión, pero estoy convencido de que una chica como tú no se aburriría en una ciudad como Milán.

—Me lo pensaré... —dijo con tono pensativo, dejando la respuesta en el aire.

Nada le apetecía más que escaparse con él, pero no quería emocionarse antes de tiempo. Nunca sabía por dónde saldría su impredecible novio al día siguiente.

—Me vale con eso... —sonrió Ian.

El resto de la comida fue algo más distendido. Él le contó todos los detalles de la operación con el magnate del vino y ella le explicó con pelos y señales la prueba en *Z Magazine*, de la que aún no sabía el resultado. Pero algo seguía flotando en el ambiente. Cuando Ian intentaba hacer algún gesto cariñoso, Lily lo rehuía. Confiaba en él, pero a la vez no lo hacía.

—¿No me vas a dar un beso? ¿Ni siquiera para despedirnos? —preguntó Ian con cara de cordero degollado, cuando, varias horas después, la estaba dejando en su puerta.

—No, no te lo has ganado aún, lo siento. No curres mucho. Anda, mañana hablamos —le sonrió, dejándolo con las ganas.

No había nada mejor que dejar a un hombre con las ganas. Ése era el gran secreto para conquistar a un tío, aunque era un truco que muchas mujeres olvidaban con frecuencia.

Mientras subía a su piso, Lily pensó en el mensaje que él le había dejado en el contestador días antes. «Una cosa más: te quiero.» Se lo había dicho por teléfono, sí, pero aún no lo había oído de sus labios en vivo y en directo. ¿Cuánto tendría que esperar?

...Y luego las raras somos nosotras

Muchas veces me pregunto por qué las mujeres siempre hemos tenido fama de ser complicadas y ellos demasiado simples. ¿Es que no podría ser al revés? ¿O empatados, aunque fuera? Pues no, la historia siempre nos recordará que nosotras, mujeres del mundo, somos raras y ellos, seres masculinos, simples como el mecanismo

de un chupete. ¡Ja! Me río yo de esto. Mi hombre, sí, mi hombre (otra vez) es complicado. Y mucho. Es enrevesado, distante a ratos y muy, muy rarito.

Joder, nosotras no somos las complicadas, es que vosotros no sabéis hacer las cosas bien. Tomad nota: por ejemplo, no nos gusta que os vayáis de parranda con los amigotes sin avisar. No nos importa que lo paséis bien con ellos (contraviniendo lo que piensan todos ellos de la novia de su amigo), pero odiamos profundamente que os marchéis sin avisar. Sin avisar. No es tan difícil de entender. No nos vale que nos llaméis chuzos perdidos horas después diciendo «Cariño, que estoy con el Richard y el Trolas tomando algo, ¿vale?». Pues no, no nos sirve. Y no es que no queramos, me reitero, que veáis a esos amigotes que os llevan por la mala vida, no, sino que nos preocupamos. ¿Vosotros no lo haríais?

Pues en mi caso, es más complicado aún. ¿Creéis que no pasa nada si mi chico no aparece en cuatro días? ¿¡¡Cuatro días!!? ¿Piensa que con invitarme a comer los mejores spaghetti que he probado en mi vida, con un «Lo siento, nena» y con un mensaje en mi contestador explicándolo todo se iba a solucionar? ¡Pues no! Desde aquí os hago llegar mi declaración de intenciones:

No al «Lo siento» con posterioridad. Sí al «Lo siento» pre.

Y hasta aquí mi post de hoy. Sí, le quiero mucho y lo hemos arreglado. Y no, no le vuelvo a pasar ni una más.

Lily

SEGUNDA PARTE

20

¡He vuelto! ¡He vuelto!

¡*Hooooooola a todos*!

¿Qué tal, amigos? ¡Soy lo peor, lo sé! Llevo casi un mes sin decir nada, pero es que por fin mi vida ha dejado de ser un tanto caótica para convertirse en una aburrida rutina, pero normal, al menos.

Tengo dos cosas buenas que contaros. Bueno, en realidad, una es realmente buenísima y la otra es pasable. ¿Empiezo por la pasable? Sí, mejor. ¡Tengo trabajo! Y no, ésta no es la noticia súper buenísima, ya que no es el empleo de mis sueños. Como aún no me han llamado de Z Magazine *(¡¡ya más de un mes sin saber nada, ¿os lo podéis creer?!!), finalmente he tenido que coger otro curro. Yo que nunca me acerco a la cocina, soy ayudante de repostería en una tienda de cupcakes. ¿Cómo lo veis*?

Cualquier persona que amase su negocio no me habría contratado, pero sin embargo, hay una personita que ama su puesto de trabajo, pero me quiere aún más a mí, su amiga. ¿Sabéis a quién me refiero? Efectivamente, mi querida Merche movió un poquito los hilos en su pastelería y me contrataron. Yo la sigo animando para que monte su propia tienda de cupcakes, pero de momento no hay manera. No os puedo contar mucho más porque empiezo mañana... ¡Tened fe en mí!

Y ahora toca la noticia buenísima... ¡He terminado de escribir mi novela! ¡Síiiiiiiiiiiiii! Y en tiempo récord, eh... Que conozco a autoras que se han tirado un año para acabar su primer libro... No quiero ser

flipada ni nada parecido, pero... ¡me encanta! Ya la he releído un par de veces y creo que podría funcionar. ¡Cualquier día de éstos me llaman de una editorial!

Aunque, bueno, por partes. El otro día hablé con Sandra, una compañera de la facultad, para que me asesorase sobre el tema. Estudió Periodismo como yo, pero tiró por la rama editorial y ahora parece que le va estupendamente como agente de escritores noveles. O séase, como la que suscribe. Pues tomamos un café juntas y me contó que ha montado una empresa. Quizás le pida que sea mi agente. ¿Me hará buen precio? Aunque, en realidad, no tengo ni ~~puta~~ idea de cómo funciona este mundillo. ¿Ella se llevaría un porcentaje sobre las ventas o cómo va esto? ¿Entendéis ahora por qué he estado alejada de vosotros? ¡Estaba enfrascada en los últimos capítulos!

Creo que no tengo nada más que contaros, sólo que perdonéis mi ausencia, que sé que no sabéis vivir sin vuestra rubia favorita, pero ahora entendéis el motivo. Dadme fuerzas para mañana, ¡las necesitaré!

Lily

El primer día en la pastelería fue horrible. Ahora entendía a Merche cuando muchas veces el Comando Ensaladilla proponía quedar entre semana y ella siempre decía que estaba agotada.

—¿Cómo puedes con esto cada día, Huevi? —preguntó Lily cuando echaron el cierre de la tienda.

—Te acostumbrarás... —contestó su amiga—. Bueno, qué, ¿contenta?

—Sí, claro, Merche... No sabes cuánto te agradezco que hayas intercedido por mí para este trabajo. Sé que hoy he sido un desastre, pero mejoraré, te lo prometo. —Le guiñó un ojo intentando ser convincente, aunque no veía nada claro que su promesa llegase algún día a hacerse realidad.

—No seas tonta, lo has hecho muy bien. ¡Sólo has roto dos fuentes y estropeado tres tandas de masa! —bromeó.

—Creo que necesito meter los pies en remojo durante un buen rato. ¿Quién dijo que los tacones no hacían daño? —Se despidió de Merche con un beso en la mejilla y se fue a casa, pensando en el baño de espuma que se daría nada más llegar. Por suerte, la pastelería no quedaba lejos y se plantaría allí en diez minutos si caminaba con brío.

Estuvo metida en la bañera casi una hora. Tenía por costumbre no salir hasta que tuviera los dedos bien arrugados, como una abuelita, así que, cuando vio que las yemas apenas tenían ya huellas dactilares, decidió que ya era hora. Para su sorpresa, Ian le había escrito un mensaje diciéndole que le prepararía la cena aquella noche. Una noticia que sonó a gloria en sus oídos, ya que necesitaba con urgencia meter algo en su estómago, pero no tenía fuerzas ni para mover un músculo.

Al cabo de unos minutos, él ya estaba liado en la cocina, mientras Lily terminaba de secarse el pelo. En un momento dado, notó que la agarraba por detrás. No podía moverse, ya que estaba acorralada entre la pared y los brazos de Ian, lo que le pareció de lo más sexy. Consiguió volverse y sus ojos se encontraron a la misma altura.

¿Cómo aquel pedazo de hombre podría estar con ella, una mujer tan neurótica y difícil de llevar? Por no hablar de las diferencias físicas considerables entre ambos: él, esculpido por los dioses y ella... bueno, ella era aceptable. Muchas veces pensaba que eran polos opuestos, unos días inseparables y otros, por el contrario, distantes por sus tontos recelos, pero en momentos como ése no podía estar más segura de que estaban hechos el uno para el otro.

Ian, que seguía con los brazos en la cintura de ella, los bajó despacio hasta su trasero, acercándola hacia él, un gesto que Lily aceptó de buen grado. Se fundieron en un beso apasionado y, sin darse cuenta, la toalla que rodeaba su cuerpo se deslizó, dejándola

desnuda. Se sintió cohibida, ya que era la única que no llevaba ropa, pero Ian, como adivinando su pensamiento, la asió de las piernas para llevarla a la cama.

Lily no sabría explicar lo que siguió a aquella escena. Como en éxtasis, los orgasmos la invadieron durante lo que le parecieron horas. Él insaciable, ella agotada pero dispuesta. En una de éstas, cuando estaba terminando de sentir las sacudidas del clímax, notó que tenía las mejillas mojadas. Estaba llorando como una magdalena, pero era de felicidad.

Alguna vez había leído en *Di Sole* que, en ocasiones, los orgasmos más intensos podían provocar el llanto, pero no había acabado de creérselo hasta ese momento en que vio cómo sus ojos, además del resto de su cuerpo, respondían de esa manera ante aquel hombre.

Ian la miraba con gesto preocupado, sin entender qué estaba sucediendo. Lily, al verlo, dijo:

—¿Sabes? A veces, también se puede llorar de alegría.

Él la rodeó con aquellos musculados brazos y le dio un beso en la frente mientras le acariciaba el pelo. Se quedaron dormidos para el resto de la noche, sin acordarse de que, a pocos metros, aún los estaba esperando la cena.

El día siguiente no fue mucho mejor en la pastelería. En apenas tres horas que Lily llevaba en el establecimiento, ya se le había caído una bandeja de cupcakes recién horneados y le había dado un pedido equivocado a un cliente. De hecho, lo que podría haber sido un simple error sin importancia, se convirtió en un problema de enormes proporciones. Merche ese día estaba fuera, llevando una tarta nupcial a un pueblo de Guadalajara, así que allí estaba ella, más sola que Judas en el Día del Amigo. ¿Cómo podían hacerle eso en su segundo día de trabajo? Un hombre con cara de muy pocos amigos entró a la tienda y le espetó:

—¡Señorita, va a conseguir usted que mi mujer se divorcie de mí!

Al parecer, aquel cincuentón había llegado a la pastelería unas horas antes para recoger un pedido. Se trataba de una tarta de cumpleaños a la que sólo le faltaba ponerle las palabras «Felicidades, Marta». El problema radicó en que Lily, que todavía no controlaba muy bien eso de la decoración con la manga pastelera, en vez de escribir «Marta», escribió algo parecido a «María», dándose la casualidad de que el marido había tenido, a juicio de Lily y tras ver su cabreo, algún lío de faldas con una mujer con este nombre.

No sabía si reírse o llorar, pero tras pedirle reiteradas disculpas, el cliente se marchó con una carta firmada y sellada por el establecimiento, alegando que había sido un error de «una dependienta incompetente».

Alrededor del mediodía, oyó que tintineaba la campanilla de la entrada, un elemento muy útil, teniendo en cuenta que la mayor parte del tiempo lo pasaban en la trastienda, horneando y preparando los pedidos.

—¡Buenos días! ¿En qué puedo ayudarle? —dijo sin mirar, mientras se atusaba la horrenda redecilla que llevaba en la cabeza.

—Pero bueno, ¡qué casualidad! —respondió una voz.

No se lo podía creer. Otra vez no. Y de ésa no se podía escapar. Allí, de la mano y más sonrientes que nunca, estaban Rober y Mireia. Lily creía en las casualidades, pero empezaba a pensar que el destino quería que le diese la bofetada que le tenía guardada desde hacía años.

—Ah... sois vosotros... —le salió—. ¿Qué queréis?

Su ex jefa, que hasta entonces no había abierto la boca, sonrió con malicia, disfrutando al ver a su antigua subordinada ataviada con una especie de bata rosa y con algo raro en la cabeza, mientras ella lucía un fantástico traje de dos piezas de Chanel, tal como Lily apreció en cuanto le echó un vistazo.

—Vaya, Lily. Veo que te va... —se regocijó— muy bien.

—La verdad es que sí. ¡Muchas gracias por alegrarte! —Se notó la falsedad en sus palabras y en las miradas que ambas gatas se lanzaban.

—Haya paz, hermanas. —La voz de Rober hizo que las dos lo mirasen, olvidándose por un instante de a quién tenían delante—. Lil, necesitamos que nos ayudes con... bueno... con nuestra tarta de boda.

«Hijo de la más grande de las putas mayores del reino.» Ni de coña era ese encuentro casual. Estaba convencida de que, de alguna manera, alguno de los dos se habría enterado de que trabajaba allí y había ido a humillarla. Estaba más que claro que la relación entre Rober y ella estaba más que terminada y que cada uno era feliz al lado de otra persona, pero el hecho de presentarse con la que había sido su ex jefa para encargar su pastel nupcial era demasiado. ¿Es que no había cientos, miles de pastelerías en Madrid? ¿Tenían que ir a ésa? Ni siquiera les pillaba cerca de casa.

«Malditos hijos de la chingada, yo os maldigo.»

—¡Claro, por supuesto! —más tono de falsedad en su voz—. Aunque creo que en este asunto os podría ayudar más Merche, la encargada, pero ahora no está aquí, precisamente está entregando una tarta del mismo estilo.

—Estupendo, ¿cuándo podremos verla entonces? —preguntó Mireia fríamente.

—Mañana habrá vuelto y os atenderá encantada. —Sonrió enseñando la dentadura.

—¿Y tú qué, Lil? ¿No me dijiste también que te ibas a casar? ¿Cuándo será?

«Estos hombres, qué tontos son.» Él mismo se había delatado. Lily engordó cuatro kilos al fijarse en la cara de su prometida, que se volvio hacia él y le echó la mirada más gélida que Lily jamás le había visto. Estaba claro que no tenía la más mínima idea de que había hablado con ella en algún momento.

—¡Sí, claro que me caso! Pero aún no hemos puesto fecha... Ian está hasta arriba de trabajo. Ya sabes, levantar un imperio quita mucho tiempo... —Qué feliz era en aquel momento. Era ahora o nunca. Le devolvería a aquella tía las veces que la había hecho llorar en la redacción...—. No recordaba que te lo hubiera comentado. ¿Cuándo fue? ¿El día que me invitaste a comer, hace un par de meses?

Lily no era una persona mala ni vengativa, así que, nada más decir estas palabras, se sintió un poco mal. No podía estar más contenta por habérsela devuelto a ambos de esa manera, pero por otro lado sintió un pequeño pinchazo, ya que había hecho daño gratuitamente.

—¡Nos vamos! —bramó Mireia—. Tenemos mucha prisa.

—Esperad un segundo, que os daré unos cupcakes que acaban de salir del horno. Qué menos, cuando nos vais a encargar vuestra tarta de boda, ¿verdad?

Entró a la trastienda y cogió los dos primeros pasteles que encontró. El día anterior le habían enseñado cómo decorarlos de forma muy sencilla, así que, para terminar su venganza, se le ocurrió una asquerosa idea.

«Si me voy a sentir mal, que me sienta ya mal del todo.»

Escupió en cada uno de ellos y, justo encima, roció crema pastelera.

—Aquí tenéis, chicos. Disfrutadlos. Cortesía de la casa.

Necesitaba desconectar de todo aquello. Mandó un SOS al grupo de WhatsApp del Comando y sus amigas se presentaron en la puerta de la pastelería a la hora del cierre.

—Para un día que pensaba que me iba a librar de venir, mira, aquí estoy —bromeó Merche al llegar.

—¿Qué te pasa, Patatilla? Nos has enviado un SOS nivel naranja. ¡Eso es grave! —dijo Luisa.

De camino al bar de Luti, Lily les relató el encontronazo con la pareja feliz y lo que ella había hecho.

—¿Qué pensáis? ¿Soy una guarra vengativa? —preguntó, mientras intentaba abrir un cacahuete.

—¡Eres una puta jefa! —gritó Ale—. ¿Que les escupiste en los bollos? Qué grande. ¡Qué grande!

—Yo sólo espero que no notasen nada raro, Lily. Que nos encarguen esa tarta significaría mucho para la tienda. Será una boda sonada en Madrid.

—Gracias, Merche. Seguro que es lo más le apetecía escuchar a Lily ahora... —dijo Luisa.

—No pasa nada, tranquila. Yo estoy bien, de verdad. Lo que pasa es que me jode que hayan venido precisamente a esa pastelería en mi segundo día de trabajo. Empiezo a creer que las casualidades no existen...

—¡Lo tengo! —Ale levantó su botellín—. ¿Cómo no nos hemos dado cuenta antes? Tía, ¡que ese tío lee tu blog! Es la única explicación que encuentro...

—En ese caso, quiero creer desesperadamente en las casualidades, porque en ese blog he contado más de lo que me gustaría que Rober supiese... —Se tapó la cara con las manos.

—Patata Cocida, no sufras, ese tío no sabe hacer la O con un canuto. Me juego las dos manos a que no tiene ni idea de que tu página web existe. —Luisa consiguió aplacar su miedo.

—Entonces, mañana vuelven a la tienda, ¿verdad? —Merche seguía a lo suyo. Lily afirmó con la cabeza mientras apuraba su caña —. Genial, pues hay que dejarlos impresionados.

—Hablando del blog, rubia, ¿habemus título ya para tu bestseller?

—¡Que no os pienso contar nada! ¡Venga, otra ronda, que a ésta invito yo! —Le hizo un gesto a Luti para que pusiera otras cuatro cervezas en la mesa—. ¡Por mi éxito!

Cuando llegó a casa, con los pies doloridos tras aquel fatídico día, se encontró una nota por debajo de la puerta. El papelito la hizo sonreír, ya que le recordó a Mike. «Ay, destino...» El contenido del mensaje la hizo sonreír aún más:

¿Dónde andas, nena? Te traía una sorpresa, pero visto que no estás y que aún no me has dado la llave de tu casa, aquí te lo dejo. Te quiero.

«¿Es que este hombre sólo sabe declararse en mensajitos?» En el post-it amarillo estaba dibujada una pequeña rosa del mismo color. Ya había perdido la cuenta de cuántas flores le había regalado su chico en el tiempo que llevaban juntos. Se conocían desde hacía apenas unos meses, pero parecían una pareja de lo más avenida desde hacía años.

—He visto tu sorpresa, bobo —dijo cuando Ian le cogió el teléfono.

—Soy bueno, ¿eh? —Pudo imaginar su rostro sin tenerlo delante. Seguro que estaba sonriendo con suficiencia.

—Sí, muy bueno.

La conversación apenas duró un rato, puesto que el cansancio hacía mella en ella. Sólo era mitad de semana y notaba cómo su cuerpo se resentía de estar tantas horas de pie.

Pipipipi. Pipipipi. Pipipipi. A la mañana siguiente, el despertador sonó varias veces, pero Lily lo paraba una y otra vez. No sabía qué le pasaba, pero se encontraba fatal. A tientas, buscó el termómetro en el cajón de la mesilla y rezó durante los siguientes minutos para que no subiese más de lo normal.

—Merche, cielo, ¿pasaría algo si hoy no voy a trabajar?

—Lily, hay que ser madura. Afronta las situaciones como vienen. No pasa nada por que los veas otra vez —dijo su amiga.

—¿Cómo? —Por un momento no sabía de qué le estaba hablando—. ¡Ah, no! ¡No es por eso! Creo que he cogido ese virus que anda por ahí. Tengo casi treinta y nueve de fiebre...

—¡No me digas! Bueno, no te preocupes. Quédate en casa. Hoy será un día tranquilo y, además, la jefa está en Toledo por trabajo, así que no se enterará. Yo te cubro.

—Mil gracias, cariño. Te dejo, que no tengo fuerzas ni para sostener el teléfono. Te quiero, Huevecito.

A media mañana, cuando parecía que el analgésico le estaba haciendo efecto, pudo levantarse a coger el ordenador, aunque dos minutos después ya estaba de nuevo en la cama. Le dolía todo el cuerpo y apenas podía mantenerse despierta. Sólo tenía ganas de dormir. Antes de echar otra cabezadita, miró por encima los mails, tenía claro que lo de la pastelería era algo temporal. No se rendiría hasta encontrar un empleo que la satisficiese por completo. Quizás ése sería el día en que le habían escrito de *Z Magazine*, por ejemplo.

De la revista no había absolutamente nada, pero sin embargo un mail de Sandra, su compañera de facultad, le levantó un poco el ánimo:

> De: Sandra Ruiz
> Para: Lilyana Olsen
> Asunto: ¡¡Me súper encanta!!
> Hola, Lilyana.
> ¿Qué tal? Te cuento:
> He leído la novela. Me encanta. No puedo decirte más, sólo que ¡me encanta! Me ha enganchado. Tres días me ha durado. La protagonista tiene chispa, es divertida, inteligente y sabe perfectamente lo que quiere. Es desternillante. Además, es un género que ahora está cogiendo mucha fuerza.
> Comemos juntas un día y hablamos un poco más de ella. Me gustaría que me dejases formar parte de este proyecto. Espero tu respuesta.
> Un abrazo,
> Sandra

¡Le había gustado el libro a una agente editorial! ¡A la mierda la fiebre! Tenía ganas de saltar por toda la casa, aunque sólo fue un pensamiento momentáneo, ya que el simple hecho de mover los

brazos para dejar el ordenador en el suelo casi la partió en dos. Tendría que dejar la celebración para otra ocasión. Ya estaba un pasito más cerca del éxito.

Los días siguientes no fueron mucho mejores. Finalmente, tuvo que pedir la baja, ya que, por lo visto, había cogido la gripe con fuerza y parecía no querer abandonarla. Ya era mala suerte, cuando por fin había conseguido encontrar un empleo. Aunque no podía salir de casa, aprovechó para muchas otras cosas, como releer su novela veinte veces más o recibir la visita de familiares y amigos que querían ver cómo estaba. A todos les decía lo mismo:

—No os acerquéis, soy altamente contagiosa.

Pero todos y cada uno de los que habían ido a verla se habían pasado sus palabras por el forro y la habían achuchado hasta casi dejarla sin aliento.

Los había que iban un ratito, como era lo normal, y otros que se tiraban allí las horas muertas, no fuera a ser que le pasase algo y se encontrase sola (cuando estar sola era lo único que le apetecía). Una de esas personas fue su madre, que incluso quiso quedarse a dormir para cuidarla como cuando era niña. Algo a lo que Lily se negó en redondo. Si tenía alguna gana de que alguien se quedase con ella era, sin duda, Ian.

—Ay, hija, de verdad, qué desagradecida eres, *arma* mía —decía su madre cada día cuando salía por la puerta, al ver que tenía que volverse a su casa.

El Comando Ensaladilla fue otro grupito que se negaba a abandonarla en su añorada soledad gripal. O todas juntas o a ratitos una o la otra, pero alguna siempre estaba con ella. Lily agradecía de todo corazón las visitas, pero no veía el momento de descansar, sobre todo cuando era alguna de sus amigas la que estaba con ella.

En pocas horas escuchó el relato de todas. Merche había pasado un fin de semana con Mike en no sé qué parador y le había preparado no sé qué ruta para hacer senderismo. Muy romántico

todo. Luisa, por fin, se había acostado con el tío de maquetación al que había dado una oportunidad. A la quinta cita, un poco tarde para el gusto de Lily. Y Ale, bueno, Ale era harina de otro costal. Ahora pasaba de los dos gemelos y se estaba tirando a un finlandés que no entendía ni papa de español. Por lo visto, lo había conocido en un bar del centro que está hecho de hielo y al que hay que entrar con forro polar, si no quieres morir congelado en cinco minutos.

—Tía, Lily, ahora puedo confirmar que los tíos de tierras frías son muy, muy calientes —le había dicho Ale, cuando acabó de contar su última experiencia sexual.

Con ése, ya había probado a hombres de veintitrés nacionalidades y, según su ranking, este finlandés iba el tercero, después de argentinos y cubanos. Los españoles, de momento, no subían de un pobre octavo puesto. Era increíble la capacidad de Ale para conocer tíos y clasificarlos en una verdadera tabla, donde tenía anotadas posturas, centímetros e impresiones varias.

«Qué crack», solía pensar Lily.

De hecho, en ocasiones le tenía a su amiga una cierta envidia sana. Nunca se pillaba, nunca dejaba que un hombre la hiciese sufrir. Las demás también se lo proponían, pero siempre caían en la trampa. La Aceituna del grupo, sin embargo, llevaba años sin derramar una sola lágrima por un tío. Digna de admirar, según ella. Aunque luego estaba Merche, que, en vez de envidiarla, sentía lástima por Ale. Nunca se lo decía a la cara, pero lo había comentado un par de veces con Luisa y con Lily:

—¿No pensáis que algún día tendría que cambiar? Ya es hora de que madure y siente la cabeza.

Ian no había faltado ni un solo día para ver cómo seguía su chica, aunque ninguna noche se había quedado a dormir, cosa que era lo que Lily más deseaba en este mundo. Acurrucarse en sus brazos mientras le subía la fiebre. No sabía si era porque deliraba y ya no le funcionaba bien la vista o realmente Ian también tenía mala cara. Llevaba días viéndolo con ojeras y algo serio, pero suponía que era por cosas del trabajo.

—Cariño, ¿qué te pasa? —se atrevió en preguntarle al cuarto día de verlo así de abatido.

—Nada, nena —respondió algo seco, al tiempo que le daba un casto beso en la frente.

—¿Nada? Recuerda que las mujeres cuando decimos eso, en realidad es que nos pasa mucho —bromeó—. Anda, cuéntamelo, ¿es por el trabajo?

—Sí, estamos teniendo unos problemas con los proveedores este mes —comenzó a explicar—. Parece ser que hay ciertos retrasos con los pagos y nos están jodiendo pero bien, pero tú tranquila, cielo. —Le dio otro beso, esta vez en la mejilla—. Son problemas tontos.

—¿De verdad? Pareces más cansado de lo normal y no tienes buena cara. Y te lo dice una que da miedo —se señaló el rostro con el dedo índice.

—La verdad es que no estás en tu mejor momento —bromeó él —, pero yo te quiero igual, aunque parezcas un perrito shar pei recién salido de la lavadora.

«¡Me lo ha dicho! ¡Me lo ha dicho por primera vez a la cara!»

—Yo también te quiero, idiota —dijo, incorporándose sobre un brazo e intentando parecer natural, sin dejar que aflorase su diosa interior, la cual se encontraba saltando como gata en celo—. ¿Sabes qué?

—¿Qué?

—Que creo que estoy más recuperada... A lo mejor te podría ayudar a mantener una noche más esas ojeras...

—¿Ah, sí? ¿Cómo? ¿Vas a conseguir que nos sirvan los proveedores? —preguntó juguetón.

—No, voy a dejarte sin dormir toooooda la noche. —Dio un salto hasta ponerse encima de él—. Oh, sí, ¡creo que estoy mucho mejor!

Tras terminar de curarse durante el fin de semana, el lunes estaba más que preparada para volver al trabajo. Después de tantos días sin salir de casa, ir a hacer pasteles se le antojaba la mejor cosa del mundo. Cuando llegó, Merche la sorprendió con un gran abrazo:

—¡Qué alegría que hayas vuelto!

—Merche, me fui hace unos días y sólo llevaba aquí dos antes de eso. Es imposible que me hayas echado de menos... —bromeó.

—¡No todos los días se puede trabajar con una de sus mejores amigas! Ven, siéntate —le ofreció una silla—. Tengo que enseñarte una cosa...

Se fue en busca de su bolso y sacó lo que parecía la caja de un anillo:

—¡Oh, Merche! ¡Te lo ha pedido! ¡Mike y tú os vais a casar! ¡Qué fuerte! OMG, OMG, OMG! —Lily notaba que su amiga quería meter baza en la conversación, pero no podía parar de hablar—. ¡Dios mío! ¿Se lo has dicho a las chicas?

—¡Lilyana Olsen Sánchez, cállate! —chilló Merche. Realmente la debía de haber desesperado mucho para que la reprendiese de esa manera—. Coge aire y escucha. —Lily asintió, mientras se ponía la mano derecha en el corazón, que parecía a punto de saltar por encima de sus cabezas—. No me voy a casar...

—Oh.

—... aún. —Merche esperó a que la prestase atención—. No me voy a casar aún —subrayó la última palabra—, porque todavía no me lo ha pedido.

—¿Y esa caja? Por favor, dime que no es otra llavecita... —Recordó el momento en que había pensado que Ian le pediría matrimonio con una caja de semejantes características.

—Todavía no me lo ha pedido, por eso... ¡se lo voy a pedir yo!

Merche abrió el pequeño envoltorio y sorprendió a Lily con un par de gemelos preciosos. Eran de oro amarillo, con una pequeña joya incrustada en el centro.

—¿Te gustan?

—Pero Merche... ¡son preciosos!

—Eran de mi padre. Los tenía guardados para algún momento especial, ¿sabes? El fin de semana pasado fueron los dos días más maravillosos que he pasado en mi vida. Quiero revivirlos siempre. Deseo que cuando llegue a casa por las noches siempre esté él ahí, esperándome. Y que nos tumbemos juntitos en el sofá mientras nos partimos de risa viendo cualquier peli absurda. —Los ojos de Lily comenzaban a empañarse—. Soy una bobalicona, ¿verdad?

—Cariño, no... Es simplemente que me parece precioso lo que acabas de decir... A veces pienso en lo bien que se lo pasa Ale, sin preocupaciones, pero ¿sabes qué? Que la mayoría de las veces de quien siento envidia sana es de ti. No tienes miedo a hablar del amor con mayúsculas. Eres tan pura, Merche... Y me alegro de que te vayas a casar con Mike, es un gran tipo.

—Bueno, aún no me ha dicho que sí...

—¿Estás loca? ¡Lo que no sé es cómo no te lo ha pedido él antes!

La campanilla sonó anunciando la llegada de los primeros clientes del día. Lily pensó en lo genial que había empezado ese lunes, ya totalmente recuperada de la gripe y con la inmensa noticia de que su amiga le iba a pedir matrimonio a su novio. Nada podría hacer empeorar ese comienzo de semana.

—¡Hola, chicas! —«Oh, no. Joder, qué poco duran las cosas buenas»—. ¿Qué tal?

—Buenos días, Roberto. Te atenderé yo. Lily, por favor, ¿podrías ir a mirar las magdalenas que están en el horno? —dijo, guiñándole un ojo. La estaba mandando dentro para que no tuviera que aguantar a ese cabrón—. ¿Os habéis decidido ya por alguno de los modelos que preseleccionasteis?

—Esto... no. Mira, vengo yo porque creo que Mireia ni siquiera va a dar la cara. De momento, la boda se va a aplazar, así que no vamos a encargar ningún pastel... De momento. Es sólo temporal —explicó nervioso.

—Sí, sí, ok, no pasa nada. Espero, entonces, que ese temporal sea corto. —Merche estaba dando saltitos de alegría por dentro.

Lily, que tenía puesta toda su atención en lo que hablaban sí que estaba saltando, pero de verdad, ya que una cortina impedía que los clientes viesen dentro de la trastienda.

—Bueno, pues... nada... Sólo era eso. Gracias por todo.

Se marchó con la cabeza gacha.

—Se lo merece, por gilipollas. Aunque espero que yo no haya tenido nada que ver, con la pullita que le lancé el otro día —dijo Lily, saliendo de nuevo a la tienda.

—¡Qué va! El muy golfo se los ha puesto fijo. No hay más que verlo. Está así porque al desgraciado lo han vuelto a pillar. Si es que encima de cabrón es tonto. —Ambas rieron.

—¡Ale! ¿Qué haces dentro del cuerpo de Merche?

—Chis, se lo merecía. Y ahora sí que sí a trabajar, que hoy hay mucho que hacer.

Esa misma tarde, el Comando Ensaladilla se dio cita en el Luti para ponerse al día de las últimas noticias del grupo. Ale, Luisa y Lily eran tres personas egocéntricas donde las hubiera, sin embargo, en esa ocasión la protagonista no podía ser otra que Merche.

—¿Y bien? Decid algo, ¿no? —El Huevo del grupo acababa de soltar su futura idea de pedida de matrimonio al que había bautizado como «el hombre de su vida»—. Por supuesto, no hace falta que os diga que si me dice que sí, quiero que seáis mis damas de honor...

—*Santa Madonna! Ma come...? Da vero*? [5] —Ale soltaba expresiones italianas cuando estaba nerviosa y si algo tenían claro era que esa noticia la había pillado totalmente por sorpresa, ya que en su mini discurso no había habido ninguna palabra en castellano.

—No me lo puedo creer, Huevi, ¡es tan emocionante! ¡Te casas! —acertó a decir Luisa.

—Otra igual que Lily —dijo Merche—. ¡Que aún no me ha dicho que sí! Si ni siquiera se lo he pedido aún... Por eso estamos aquí hoy. No sólo quería contároslo, sino que además necesito vuestra ayuda. No sé cómo coño hacerlo. Tendrá que ser algo especial, ¿no?

—Parecía que le hubiesen dado cuerda—. ¿En algún sitio romántico, quizás? ¿O en casa, con una buena cena? Ay, chicas, ¿sabéis lo difícil que es esto...?

—Sí, de hecho, yo me he declarado ya una veintena de veces —dijo Ale, ya más calmada y volviendo al español—. Tía, tienes unas cosas...

—Lo digo en serio. Es como que tienes clarísimo que es el hombre de tus sueños y sabes que tú también eres la mujer de su vida, pero te queda esa duda de ¿y si me dice que no?

—Merche, cariño, ¡no te va a decir que no! —la calmó Lily—. Jamás he visto a una pareja tan bien avenida como vosotros. Os queréis muchísimo y eso se nota en el ambiente cuando estáis juntos. —Le apretó con fuerza la mano—. Seréis muy felices, ya lo verás.

Merche respondió a su gesto con otro apretón y una lagrimita furtiva.

—Patata, tía, ¿a ti qué te pasa? —Ale rompió la magia del momento.

—No le hagas caso, Lily, no sabe lo que es estar enamorada... como nosotras —añadió Merche.

—Lo que vosotras digáis, pero yo sólo pido una cosa para que se celebre este matrimonio. —Ale esperó a que el resto le prestase toda su atención—. Pongo dos condiciones: que nuestros vestidos sean sexys, nada de colores salmón y volantes, y dos, que haya tíos buenos. ¿Está claro?

—Transparente —rio Merche.

21

A mi querida Huevecito

Hoy me he tomado la licencia de dejar aparcada a la rubia neurótica que llevo dentro, para dedicarle unas líneas sinceras a una de las personas más importantes de mi vida: mi Merche.

A menudo pensamos que no vamos a crecer, que Peter Pan estará en nosotros para siempre, pero no, la gente madura, cambia, lleva su vida hacia delante. Y cuando en esos pequeños aunque trascendentales momentos de su vida cuentan contigo, es... es algo indescriptible. Tú no serás la protagonista de la historia, pero te sientes una actriz importante del reparto.

Llevo semanas queriéndolo gritar al mundo, aunque no podía ser yo quien revelase la noticia antes siquiera de que ella lo hiciese público. Bueno, en realidad, lo que quería contar es una cosa, pero ahora, totalmente por sorpresa, os tengo que dar dos buenas nuevas.

La primera de ellas y de la que me enorgullece enormemente formar parte es que... ¡se casa! Mi Merche por fin ha dado el paso. Y de una manera que jamás pensé que haría. Ella, mujer tradicional donde las haya, ha sido la encargada de pedirle a su chico perfecto que pase a su lado el resto de su vida. Pensaréis que no es para tanto, pero si la conocierais como yo, sabríais que se armó de un valor que no tiene para hacer algo así.

Por si esto fuera poco, ayer, en una conversación con las chicas, nos suelta que se va a casar antes de lo previsto porque está embarazada. ¡¡Embarazada!! Merche embarazada. La verdad es que llevo horas asimilando la noticia. Si algo he tenido siempre claro es

que ella sería la primera en formar una familia, pero jamás pensé que fuera tan pronto. Y sí, tenemos treinta o treinta y..., pero yo me sigo aferrando cual Campanilla a ese Peter Pan que se niega a abandonarme y que yo me niego a echar de mi vida.

Merche, cariño, tu felicidad llena cada habitación que pisas. Tu sonrisa hace que los que estamos contigo también sonriamos. Te mereces todo lo bueno que te pase, porque tu bondad es infinita. Y tu amor también. Desde aquí te quiero decir que seré la persona más feliz del mundo viéndote caminar hacia el altar con esa barriguita que, de un momento a otro, será incipiente. Te quiero.

Lily

Sentía cierta envidia sana por su amiga. Era cierto que se negaba a abandonar a ese Peter Pan y a comprender que tarde o temprano tendría que madurar, pero por otra parte su cuerpo anhelaba con fuerza sentirse como Merche. Su vida parecía que volvía a tener sentido. Tenía trabajo, unas amigas a las que amaba con locura y una pareja con la que hacer el amor todas las noches, pero por un momento se sintió vacía.

En una de esas tardes que Lily necesitaba estar sola, encendió su televisor y rebuscó entre los clásicos hasta dar con *Desayuno con diamantes*. Se preparó un bol de palomitas y decidió que el resto del día lo dedicaría, como hacía tiempo que no hacía, a llorar a solas.

Ring, ring. El teléfono sonó con fuerza cuando ni siquiera habían pasado un par de horas desde que cerró los ojos. O eso le pareció, al menos. Miró el reloj y vio que en realidad ya pasaban de las diez de la mañana. Al principio se volvió loca pensando que llegaría tarde al trabajo, pero rápidamente se ubicó y cayó en que era domingo.

No sabía si era peor ir a la pastelería a llenarse de harina o a comer a casa de su madre. Como era de esperar, la llamada era de ésta para recordarle que tenían domingo familiar.

—Y acuérdate de que Ian también está invitado, cielo. —Por fin se había aprendido el nombre de su ¿yerno?

—Sí, mamá, ya lo sabe. Me lo llevas recordando toda la semana.

—Ay, hija, es que es un partidazo. ¡Un partidazo! Y además, han pasado tres meses desde Navidad y no lo hemos visto desde entonces...

—Que sí, mamá, que no hace falta que insistas, que va a ir, tranquila.

—Estupendo, terroncito. Os esperamos a los dos. Te dejo, mi amor, que todavía me queda por hacer el relleno del asado.

El día familiar resultó, para sorpresa de Lily, sorprendente en sí mismo. Una jornada en la que lo anodino se quedó en el felpudo y las novedades entraron en el salón y se sentaron a almorzar con la familia. Únicamente eran cuatro a la mesa, pero cada uno de ellos llegó con una noticia bajo el brazo. Carlota y Mario no estaban, puesto que se habían ido a pasar unos días con su madre en Londres, lo que los llevó al primer diálogo después del postre, y el que más helados los dejó de todos:

—Me divorcio.

Así, sin más, Jaime había soltado el premio gordo de la tarde. Lo cierto era que Lily llevaba un tiempo pensando en esa posibilidad. Demasiados meses sin saber nada de la escoba de su cuñada, sin que apareciera por casa de la matriarca de la familia, aunque fuera para meterse con la incompetencia o el poco gusto de la hermana de su marido. Además, y por si eso no oliese ya bastante a chamusquina, en las últimas semanas Lily había visto que el rostro de Jaime estaba cada vez más envejecido. Las bolsas de sus ojos parecían recién llegadas de la compra del mes. En poco tiempo, le habían aparecido unos surcos en la frente que denotaban en él una edad muy superior a la suya. Por no hablar de su sonrisa, inexistente desde hacía no sabía cuánto tiempo.

—Pero... ¿cómo? ¿Qué ha pasado, hijo? —La reacción de Silvia dejaba claro que era la única que no se había percatado de nada, ya que el resto, Ian y Lily, apenas habían expresado sorpresa. Algo que

no pasó desapercibido para su madre—. Y vosotros qué, lo sabíais, ¿no? —dijo ofendida.

Lily lo había sospechado, sí, al igual que Ian, que había estado al corriente de todos los quebraderos de cabeza de su novia, entre los cuales se encontraba la preocupación porque no veía bien a su hermano. Pero antes de que ella pudiese abrir la boca, Jaime la salvó y retomó la palabra:

—Mamá, déjalo, no saben nada más que lo que yo os estoy contando ahora. —Aunque conocía muy bien a su hermana y sabía que no había podido engañarla en todo ese tiempo—. Y, antes de que me acribilles a preguntas, no, no hay terceras personas ni nada parecido.

—Entonces, ¿qué? Y no me vayas a decir eso de que se os acabó el amor, hijo, porque tu cara no demuestra alivio, sino todo lo contrario. —Una madre es una madre—. Ni se te ocurra mencionarlo, vamos... A tu padre se le acabó el amor, sí, pero no se le evaporó, sino que decidió que tenía mucho para repartir, un poquito en España, con su mujer y sus hijos, y otro muchito allí, en las Américas, con...

—Con Judith, mamá. Se llama Judith —entró Lily en la conversación, por fin.

No se le solía escapar detalle, así que se dio cuenta de que su madre se acababa de morder la lengua para intentar no hablar de más, porque, como empezase con su propio divorcio, acabaría estallando la Tercera Guerra Mundial en aquel salón.

—¿Nos lo explicas entonces, Jaime? ¿Qué narices ha pasado para que se rompa otro matrimonio en esta familia?

Para Silvia, los votos del casamiento eran de lo más sagrado, pero a la vista estaba que en su pequeño círculo no se acababa de entender demasiado bien. Dos bodas, dos fracasos sentimentales. Y una boda a punto de culminar también a la mierda.

—Nada, mamá, no ha pasado nada. Simplemente, hemos decidido que lo mejor para los dos es que yo siga aquí con mi trabajo y ella se instale definitivamente en Londres, donde ha

prosperado con su pintura mucho más que en España.

—¿Lo habéis decidido los dos o ella sola, cariño?

Mientras tanto, Ian y Lily parecían estar en un partido de tenis. Cabeza a la derecha, cabeza a la izquierda. Silvia-Jaime. Jaime-Silvia. Por una vez, la cosa no iba para la benjamina de la familia, pero Lily sentía lástima por su hermano mayor, que estaba sufriendo la puntilla de su madre, tal como ella llevaba aguantando media vida.

Ian pareció leerle el pensamiento y le puso una mano en la pierna como diciendo «Tranquila, yo estoy aquí». Algo que sin duda Lily aceptó de muy buen grado, cogiendo la mano de su chico y respondiéndole con la sonrisa más dulce de que fue capaz en un momento tan tenso como ése.

—Pero ¡y eso qué más da! —Jaime alzó la voz, lo que consiguió sacar a Lily del mini ensimismamiento en el que se encontraba—. Déjalo, mamá, ¡déjalo ya!

Se sentía acorralado y ya no sabía por dónde salir. Lily decidió que era el momento de ir al rescate del primogénito de la familia.

—Mamá, ¿me ayudas a preparar el café, por favor?

Fue lo primero que se le ocurrió decir. Necesitaba sacar a su madre del salón y llevarla a un sitio donde pudiese respirar unos segundos. Sabía que ella querría seguir con la conversación, y también que Jaime no querría, así que sacó la baza de la buena mano que su madre tenía para el café.

—Anda, ven, por favor, que eres la única a la que le sale decente en esa máquina. Por cierto, ¿cuándo piensas deshacerte de ese trasto, eh? —le dijo, mientras la levantaba de la silla y la obligaba a dirigirse a la cocina—. Ya sé lo que te regalaré las próximas fiestas. Los Reyes Magos te tirarán ese cacharro y te comprarán una cafetera de esas de cápsulas, que son una maravilla.

A regañadientes, y consciente de lo que Lily estaba haciendo por su hermano, Silvia ponía el café molido en la cafetera, mientras sorbía por la nariz.

—Cariño, si es que yo sólo quiero lo mejor para vosotros.

Cuando consiguió hablar, la cafetera ya comenzaba a hacer su típico ruido de «Éste es el último café que saldrá de mis tripas», a la vez que le caían cada vez más lágrimas.

—Ya lo sé, mamá, ya lo sé —dijo Lily, mientras la abrazaba como si fuera una muñeca de trapo—. Pero tienes que aceptar que Jaime no quiera dar explicaciones o contar cada detalle. Siempre ha sido muy hermético y no vas a conseguir que cambie ahora, después de los casi cuarenta tacos que ya lleva a la espalda. —Levantó la barbilla de su madre, vulnerable como una niña pequeña. Pensó que debió de poner esa misma cara cuando su padre decidió hacer las maletas, dejándola con dos niños pequeños a medio criar y con un corazón roto—. Y, mamá, Jaime no es como papá. Jamás abandonará a sus hijos, ¿entiendes?

Había dado en el clavo. Sabía que a su madre lo que la horrorizaba de verdad en toda aquella historia era que los niños se fueran a criar sin un padre. Como respuesta, ella simplemente la abrazó con fuerza y afirmó levemente con la cabeza, sin decir nada.

De repente, aquella estampa familiar de abrazo madre-hija que apenas solía producirse, se vio interrumpida por un ruido estruendoso, mientras una pared quedaba salpicada en su totalidad, como un lienzo abstracto pintado con café.

—¡Mierda! Decidido, mamá, ¡cafetera nueva como regalo de Reyes!

El resto de la tarde pasó sin pena ni gloria. Todas las noticias que los allí presentes tenían para contar no fueron más que migajas después de la escena de teleculebrón que habían presenciado tan sólo unos minutos antes.

Silvia, en su afán por completar su vida de soltera sesentona, no se conformaba con clases de baile, sino que ahora, además, se había apuntado a pintura. Lo cierto era que no se le daba del todo mal. Lily contó que había terminado su novela y que una agente editorial se había interesado por ella.

—No se sabe, mamá, a saber... Ojalá, pero ese proceso lleva mucho tiempo —le contestó a su madre cuando ésta le preguntó cuándo se lo publicarían.

E Ian, por último, y como si fuera uno más de aquella extraña familia, anunció que, por fin, el trato con el vinicultor milanés estaba cerrado.

—¡Cariño, no me lo habías contado! —Lily abrazó a su chico, henchida de orgullo por ese hombre al que consideraba el más maravilloso de todos los hombres del planeta.

—Bueno, es que, de hecho, me he enterado hace nada, cuando habéis ido a preparar el café. Pensaba que la operación se iba a ir al traste y mira, ¡está hecho!

Ian, totalmente respetuoso con la situación, no había mostrado emoción alguna hasta ese momento, y Lily sabía que, de todos modos, se estaba conteniendo al máximo. Desde que lo conoció, si algo tenía claro era que ese chico tenía por delante un futuro inmenso y que aquél era uno de sus primeros grandes logros. Un trato que supondría para el Raiki Beach, su proyecto personal, mucho más que ampliar beneficios, que también, sino revalorizarse como marca y salir de las fronteras españolas. Se expandía. Y todo lo había conseguido él.

Esa noche habían decidido dormir en casa de Ian, que quedaba mucho más cerca desde la casa de Silvia. Enredados entre las sábanas, Lily miraba profundamente enamorada a ese hombre que hacía apenas unos minutos había estado dentro de ella.

—Te quiero —fue lo único que alcanzó a decir, antes de quedarse dormida con la cabeza apoyada en su torso.

Poco después, cuando ya estaba más allá de la fase del adormilamiento, le pareció oír:

—Yo también te quiero, nena. Mucho.

22

Eso que llaman amor

¿Qué es el amor? ¿Es real? ¿Tangible? ¿Verdadero? ¿O, por el contrario, sólo es una ilusión de unos pocos y el ansia de otros muchos? No, en serio, ¿qué es el amor? A mí, que me sobran las palabras para argumentar sobre cualquier tema, con éste precisamente me quedo en blanco. No soy como Merche, que endulzaría a las nubes de algodón hablando de lo supremo que es sentirse amado. Pero tampoco soy como Ale, que considera el amor una pérdida de tiempo y, sobre todo, una falta de raciocinio, ya que, según sus palabras, «Te vuelves ~~gilipollas~~ hasta el punto de perderte a ti mismo».

Entonces, ¿qué es para mí el amor? ¿En cuál de las dos vertientes me situaría? Pues en las dos y en ninguna. ¿Se puede estar enamorada —de eso estoy segura— y no creer en el amor? Contradictorio, ¿no? Pues creo que es así como me siento en estos momentos.

Probablemente haya personas que al leer este post se den por aludidos y odien profundamente verse reflejados en este mi pequeño rincón, pero es eso, mi rincón, y en él cuento lo que se me pasa por la cabeza en el momento en que me pongo delante del ordenador, así que, dicho esto, ajo y agua.

En mi familia (sí, esa extraña familia) no se cree en el amor. Directamente, no se cree. Repele. Y, ojo, me refiero al amor de pareja, que del otro, el fraternal y el materno-filial, nos sobra. A veces tenemos incluso demasiado. Y diréis, ¿por qué? Pues porque en mi familia (sí, creo que voy a repetir esa palabra unas cuantas

veces en el post) el amor ha sido un asco. Por el momento, Cupido ha llegado varias veces a casa y, con la misma, se ha ido dejando ~~hostias~~ en forma de flechas rotas (~~joder~~, qué cursi, ¿no?). Y resulta totalmente contradictorio decir que, también en mi familia, sí se cree en cambio en el matrimonio. Aunque luego sean matrimonios rotos, todo hay que decirlo.

Por eso precisamente es por lo que no se cree en el amor. Porque esa palabra es la que lleva a los miembros de mi familia al altar, y la misma, pero con el prefijo des— delante (desamor, por si alguno sigue de lunes a estas horas y no lo ha pillado), es la que los lleva hasta el juez para ratificar el divorcio.

Siempre he querido casarme, de hecho, la mayoría de vosotros sabéis que una vez estuve a punto (tan a punto que me dejaron plantada pocos días antes de decir el «Sí, quiero» famoso), pero ahora, cuando creo que he encontrado a la persona con la que querría dar ese paso, no sé si quiero. ¿Para qué? ¿Para que acabe en divorcio?

Si me guío por la suerte de mi familia y por mi experiencia vital de treinta años de mala suerte, probablemente huiría de tirarme a la piscina. Pero por otra parte, ¿tengo que dejar que me afecte el gafe y ser una cobarde por el «por si aca»?

Muchos os estaréis preguntando por qué me planteo estas cuestiones de existencia vital hoy precisamente. Pues no, Ian no me ha pedido que me case con él y creo más que nunca que no es el momento más adecuado para hacerme la gran proposición (seguramente, porque, tras este post, mi respuesta sería un no como una casa, aun estando convencida de lo mucho que lo quiero, repito).

Hoy me hago esta pregunta porque ayer, en comida de domingo familiar (los hay que van a misa de doce, yo voy a casa de mi madre), mi hermano soltó que su matrimonio había naufragado cual Titanic *y que se divorciaba. Una versión del* Tú a Londres y yo a California*, pero algo así como* Tú a Londres, ~~guarra~~, y yo en Madrid, con nuestros hijos.

El caso es que, tras volver a casa con El Hombre y haber disfrutado de tres orgasmos asquerosamente maravillosos (sí, no uno ni dos, sino tres), me dormí profundamente. Y sin darle cancha a la neurótica de melena rubia, pero hoy, en cambio, a las diez de la noche y con los pies molidos de haber pasado casi nueve horas de pie despachando a clientes golosos a la par que idiotas en su mayor parte, me he vuelto loca pensando en el amor. Y he llegado a esta conclusión: estoy enamorada, pero no creo en el amor. O, más bien, no quiero creer en el amor tal como mi familia lo ha concebido.

¿Cambiaré algún día de idea? ¿O, simplemente, me aclararé? Porque, en realidad, es que no sé lo que digo... Más me vale, porque estoy segura de que Ian, algún día de éstos, hincará rodilla, y también estoy segura de que ese día lo dejaré sordo con el sí que soltaré.

Cari, dame tiempo.

Lily

—¿Se puede saber por qué no me habías contado nada?

Poco después de haber publicado el post, y cuando estaba a punto de meterse en la cama, Luisa le había mandado un WhatsApp pidiendo que Lily la llamase con urgencia.

—Joder, Patata, no sé... Lo intenté un par de veces, pero no hubo manera... —dijo su amiga al ver que Lily estaba realmente enfadada—. De hecho, estuve a punto de hacerlo uno de los días que quedamos en el Luti, pero llegaron las demás y me cortaron, ¿te acuerdas? —Lily no respondía, así que Luisa decidió seguir hablando —. En serio, Patata, ni siquiera estaba segura, sólo era una suposición...

—Bien, pues me lo vas a contar todo —respondió Lily en tono serio—. Ahora.

—No seas borde, que para eso quería hablar contigo. Vi a Cayetana con un hombre en Gran Vía hará unas semanas... —No sabía si contarle toda la historia de golpe o dosificarla—. Iban de la

mano... Lily, lo siento, yo... En un principio, pensé que era Jaime. De hecho, estuve a punto de acercarme a saludarlos, pero cuando agucé un poco la vista, me di cuenta de que ese otro tío era bastante más alto. —Teniendo en cuenta que Jaime pasaba del metro noventa, el susodicho debía de ser por lo menos jugador de baloncesto—. Eso... eso es todo.

—Luisa, en serio, ¿semanas? ¿Y no has tenido ni cinco minutos para contármelo? Bueno, mira, no me quiero desesperar. Lo pasado, pasado está. De hecho, aunque haya otro matrimonio roto en mi familia, nos hemos quitado a esa gilipollas de en medio. ¿Cómo era el tío?

Lo sentía por su hermano, sí, pero su afán de cotilleo quería abrirse paso y preguntar por el aspecto de «el otro» era lo primero, por norma.

—Tampoco me pude fijar demasiado... Yo estaba mirando el escaparate de la Casa del Libro, si me hubiera quedado más tiempo de lo normal allí parada, ella se habría dado cuenta...

—¿Y? ¡Se le habría caído la cara de vergüenza, Atún! ¡Que se la está pegando a mi hermano, joder!

—Bueno, técnicamente, se la estaba pegando. Estaba, en pasado...

El ambiente ya se había distendido. En realidad, Lily no estaba enfadada con su amiga. Ella no tenía nada que ver con ese culebrón familiar. Y, además, estaba convencida de que Luisa sí se lo había intentado contar un par de veces, pero el egocentrismo de la Patata del Comando, sumado al protagonismo repentino de la boda y el embarazo de Merche habían hecho que Luisa apenas hubiera podido meter baza en las últimas reuniones del grupo.

—Sí, técnicamente, ahora no, pero a saber durante cuánto tiempo mi hermano no ha podido pasar por la Puerta de Alcalá con esa cornamenta. Si ya lo sabía yo, maldita guarra... —Prefirió cambiar de tema—. Por cierto, ¿qué tal con el de maquetación? Se llama Oliver, ¿no? ¿Cómo va la cosa?

—Horrible, tía... ¿Te puedes creer que me ha dicho que quiere una relación seria?

—Hombre, teniendo en cuenta que lleva dejándote mensajitos de amor en la mesa desde hace cuatro años, ¿qué esperabas?

—Pues, no lo sé... ¿sexo? Se lo dejé bien claro en la primera cita. Ni me ha gustado en estos años, ni me gusta ni me gustará nunca.

—¿Y me puedes explicar entonces por qué quedas con él?

—¡Tía! ¿Otra vez te lo tengo que explicar? ¡Por sexo! —Hubo una pequeña pausa en la que las dos amigas estaban pensando lo mismo. Finalmente, fue Luisa quien decidió decirlo en voz alta—. Vale, creo que paso demasiado tiempo con Ale...

23

—Les agradecemos que hayan volado con nosotros. Disfruten de la bella Italia.

Una voz algo distorsionada por un aparato de dudosa calidad anunciaba a los viajeros que habían llegado a su destino. Serían sólo tres días, pero Lily llevaba semanas esperando ese viaje. Su primera escapada romántica con El Hombre se había hecho realidad. Y nada más y nada menos que a su Italia querida. Milán, más concretamente.

Tenía que aprovecharlo como si de los últimos momentos de su vida se tratase, ya que le había costado sudor, lágrimas y el juramento de no pedir vacaciones de verano en las siguientes dos décadas conseguir que su jefa le diera un par de días en la pastelería.

En esos tres días, más que ocio en pareja, sería ocio en solitario, ya que se trataba de un viaje de negocios de su novio. Pero a Lily le daba igual, la emoción la embargaba. Mientras esperaban a que en la cinta apareciese su equipaje, pensó en lo inmensamente feliz que era. La vida parecía sonreírle de una vez por todas y ese fin de semana sería una prueba fehaciente de que la suerte estaba, por fin, de su lado.

—Lo prometido es deuda. Te dije que vendríamos juntos a Italia y aquí estamos —dijo Ian al coger la maleta de su chica.

Lo cierto era que no habría hecho falta estar pendiente de ella, pues se veía a kilómetros de distancia. Era rosa, enorme, con cintas de colores y con un «Lily» pintado con boli BIC de bastantes años atrás.

Ian la miró con una de esas sonrisas que la derretían.

—Pero sería mejor si tuviéramos todo el tiempo para nosotros... Trae, déjame a mí. —Intentó subir la maleta al carrito, pero le fue del todo imposible—. Bueno, tú eres el caballero, te cedo el honor. —Su disimulo fue un fracaso total.

—Blandengue...

—¡Por Dios! ¡Se me había olvidado encender el móvil! —gritó Lily mientras recorrían uno de los largos pasillos del aeropuerto.

En poco más de dos minutos, el terminal estaba operativo con la compañía Wind y vio que tenía una decena de WhatsApps del Comando preguntando si habían llegado bien. Apenas unos segundos más tarde, recibió un SMS informándola de una llamada perdida de un número muy largo. Sólo podía provenir de dos sitios: de una operadora que intentase venderle una suscripción a una enciclopedia con acabado de piel de cocodrilo o, lo que se temía, de un trabajo.

—Cariño, voy al baño, dame un minuto. —Rápidamente, remarcó el número. La respuesta de la centralita hizo que le temblasen las rodillas—. Sí, hola, buenas tardes. Tenía una llamada perdida de este teléfono.

—¿Cuál es su nombre? —respondió la recepcionista con una voz queda que demostraba los millones de veces que hacía la misma pregunta al cabo del día.

—Lilyana Olsen. ¡Sánchez! —se apresuró a añadir—, Lilyana Olsen Sánchez. —«Vamos, cabrita, dime algo.»

—Efectivamente. La señorita Gracia la ha llamado hace aproximadamente dos horas.

Lily esperó unos segundos a que la otra dijese algo más, pero en vista de que se había quedado muda, se lanzó:

—Bien, gracias. Y... ¿qué quería? —Quizás la pregunta le había quedado demasiado floja, pero no había tenido tiempo de ensayar nada mejor.

—No lo sé, señorita, pero imagino que será para el proceso de selección de *Z Magazine* —«¡¡Lo sabía!!»—. Espere, espere un momento. —Los tres segundos de silencio entre ambas a Lily se le

antojaron horas—. Aquí veo que me ha dejado una nota: «Entrevista Lilyana Olsen. Viernes, diecisiete de mayo, nueve horas. Volver a llamar si no contesta».

La perra le había leído lo que ella llevaba meses esperando, como si fuera la enfermera del consultorio que llama al siguiente paciente con desgana.

—Pero... ¿está segura? ¿Sí, verdad? Quiero decir, pone Lilyana Olsen, ¿no? Ésa soy yo, no creo que haya otra que se llame igual, ¿verdad?

—Señorita, ¿confirmo la cita o no?

«Joder, cómo se las gasta.»

—¡Claro, sí, sí! Viernes a las nueve. —Pero a punto de colgar, gritó—: ¿Viernes? ¿Diecisiete? ¿Viernes diecisiete? O sea, ¿mañana?

—Sí, señorita, mañana, a las nueve. ¿Confirmo o no? —Parecía como si de un momento a otro fuese a colgar.

—Y... ¿no podría ser el lunes? Total, de viernes a lunes sólo hay un fin de semana y nadie trabaja, ¿no? No es que quiera escaquearme. —Su verborrea salió a la luz. Mucho había tardado—. A ver, es que mire, le explico mi situación en un momentito. Me pilla que acabo de llegar a Italia, ¿sabe? Es que a mi novio le ha salido la vena romántica, que, la verdad, no es que tenga queja, que en pocos meses ya me ha demostrado que es todo un gentleman. Bueno, que me desvío, y me ha regalado un viaje, ¿sabe? Y ahora, precisamente, me acabo de bajar del avión y claro, he encendido el teléfono y me encuentro ahora con esto que, por cierto, yo no sé cuántos minutos llevaremos ya con el aparato colgado de la oreja, pero me va a salir por un pico y...

—Señorita —consiguió cortarla la otra en un segundo en que Lily paró para coger aire—, desconozco las razones por las que la han llamado a última hora, pero una cosa sí puedo decirle: el proceso de selección acaba mañana. Y, por favor, yo también quiero tener vida propia y salir de esta mierda de recepción, así que dígame de una vez por todas si confirmo la cita para mañana a las nueve.

—Mañana a las nueve. Entendido.

No se lo podía creer. ¡La habían llamado de *Z Magazine*! ¡Había llegado al final del proceso de selección! Antes de salir, se miró en el espejo, se atusó la coleta alta y se alisó con las manos la magnífica chaqueta de Pucci que le había prestado Ale. «Jodida afortunada con dinero.» Pensó por un segundo ponerse a bailar, pero lo desechó por completo cuando abrió la puerta de los aseos y vio a Ian ahí, esperándola en el pasillo, con un carrito lleno de maletas, una de las cuales cantaba sobre todas las demás del aeropuerto.

—¿Qué pasa? —preguntó extrañado—. Cualquiera diría que te acaba de tocar el Euromillón, nena.

—No te lo vas a creer. Me vuelvo a España. —Entrecerró un poco los ojos y ladeó los labios en una mueca un tanto graciosa.

Sabía que Ian no se lo iba a tomar nada bien. Se acercó a él y le intentó hacer cosquillas, como queriendo quitarle hierro al hecho de que su chico le había regalado un maravilloso fin de semana romántico y ella iba a montarse en un vuelo de regreso sin haber pisado calzada italiana alguna.

—¿Perrrrrrdona? —Ian sin duda pasaba demasiado tiempo con ella y ya se le habían pegado bastantes expresiones made in Lily O.

—Sí, te perdono, cariño, pero me tengo que ir. —La cara de Ian más que cabreo denotaba sorpresa—. Te lo explico tomando un café.

¿Mi viaje? Bien, gracias

Amigas, amigos, mamá, mi viaje bien, gracias. Muy fugaz, eso sí. Tan fugaz que apenas ha durado lo que tarda una en subirse a un avión, pasarse la siguiente hora de su vida apoyada en el fornido brazo de su chico, pensando en las setenta y dos horas más maravillosas que la esperan, bajarse del susodicho aeroplano, encender el móvil, ver que tiene una llamada importante y volver a montarse en otro aparato minutos después (cómo se nota lo del

periodismo, ¿eh?, me saco sinónimos de la nariz, si hace falta). Así de maravilloso —y fugaz— ha sido mi fin de semana romántico en Italia.

Si hace unos días mis posts eran sobre lo fenomenal que me iba la vida en mi nuevo empleo, lo bien que se me daba ya la masa de los cupcakes, lo estupendamente que le iba a mi novio con su trabajo y, cómo no, con su chica, o séase, yo, pues de repente va Murphy y vuelve a mi vida. Me echaba de menos, el pobre. Bueno, en realidad, ha venido de puntillas, porque ha traído consigo la mejor de las noticias noticiables que podrían llegar hasta mí.

Resulta que, tras ni siquiera haber pisado suelo italiano más que el del aeropuerto milanés, voy y recibo una llamada de... tachán tachán: ¡Z Magazine*! Sí, señor, parece ser que se han acordado de mí. Les gustó mi prueba de estilismo y... ¡soy finalista! Así que eso, aquí me encuentro de nuevo, frente a mi ordenador, ese que pensaba olvidar durante unos días y que por nada del mundo iba a echar de menos. Pero el deber me llama: nadie dijo que llegar a ser una mujer de éxito fuera fácil.*

Sólo me queda pediros que me deseéis suerte y crucéis los dedos por esta vuestra pequeña rubia neurótica, que está a punto de cumplir su sueño en apenas unas horas. Clic.

Lily

Casi era medianoche y aún no había elegido el modelito para la tercera y última prueba. Tendría que ser imponente, pero no llamativo. Ejecutivo y serio, pero con un punto canalla. Tras dos horas de pruebas e infinitos selfies que envió al grupo de WhatsApp del Comando Ensaladilla para pedir asesoramiento, se decantó por un vaquero pitillo de Diesel, una camisa blanca de Zara y una americana rosa fucsia. Ésta sería, sin duda alguna, el punto pícaro que buscaba en su estilismo. Por fin era primavera, así que decidió arriesgar un poco más con su look y optó por bolso y zapatos en un verde manzana. El arcoíris hecho persona. Era todo o nada.

Antes de acostarse, decidió tener un gesto hacia su chico, que había comprendido perfectamente su situación y, tras el café que tomaron en el aeropuerto, no sólo la había entendido, sino que la había animado hasta límites insospechados. Por no decir que hasta le había pagado el billete en el primer avión que salió hacia Madrid.

De: Lily Olsen
Para: Ian de los Robles
Asunto: *You're perfect for me ;)*
Hola, cariño.

Te escribo desde mi ordenador. El de mi casa. Ese que pensé que no volvería a ver en unos días... Llevaba tiempo esperando a que esa promesa de llevarme a Italia se materializase y, mira, ahora que parecía que se iba a cumplir (bueno, de hecho, así ha sido, durante diecisiete minutos), se ha ido al traste. Pero bueno, esto no es un «No volveremos a Italia», sino un «Ahora voy a ser yo la que te haga la promesa de viajar juntos hasta allí con mi nuevo sueldo de redactora».

No quería irme a la cama sin decirte la rabia que me da no poder estar ahí contigo ahora, en ese hotelito que habías reservado para nosotros. Con chimenea y cóctel de bienvenida con champán y fresas incluidos. Sí, vi la reserva en tu mesilla el otro día. Es lo que tiene haberte enamorado de una periodista neurótica que, entre otras cosas, es muy cotilla.

Y además quería darte las gracias. Gracias por ser como eres. Por ser tan atento y comprensivo. Por entender mis prioridades y mis peculiaridades (que no son pocas). Por saber lo que es importante para mí y animarme a conseguirlo. Por dejarme que te quiera y por quererme.

Lily

P.D.: Esto no quita que, como vuelvas a desaparecer, te odie profundamente *forever and ever.* Dicho esto, y hasta el momento, te quiero con locura y *baby, you're perfect for me ;)*

Se acostó pensando en que, quizás, la posdata del correo habría sobrado, pero, por mucho que le quisiese, no podía evitar tener esos pequeños pensamientos cuando se abría demasiado ante él.

Pipipipi. Pipipipi. Pipipipi. Las siete de la mañana habían llegado demasiado pronto. Entre nervios y un jetlag más psicológico que existente, había conseguido dormir sólo a trompicones. Pero el

despertador ya había anunciado la hora de la verdad. Le quedaban ciento veinte minutos para presentarse ante la directora de la revista, esa mujer que quizás le diría «El puesto es tuyo».

Antes de levantarse, se dio un par de minutos para pensar: ahora debería estar frotando su parrús con el mejor amiguito de Ian, pero ahí se encontraba, retozando ella sola entre sus propias sábanas. Se obligó, al menos, a pensar que no había tenido una mala suerte infinita, ya que, al fin y al cabo, y en caso de no haber tenido ya el día libre, tendría que haberle dicho a su jefa el motivo por el que necesitaba que se lo diera. Así, si no conseguía el trabajo, no tendría por qué enterarse.

Una vez duchada, maqueada y con una humeante taza de café XXL, vaciló entre salir con tiempo y llevar su coche hasta la redacción de *Z Magazine* o coger el metro infestado de olores corporales máximos (siempre había tenido la teoría de que había mucha gente, más de la que cualquiera podría pensar, que sólo se duchaba los lunes —por eso de empezar limpio la semana—, lo que significaba que los viernes, el suburbano tenía ya una especie de nube verde de olores rancios entremezclados). Tras pensarlo varios minutos, y contra todo pronóstico, optó por lo segundo. Las oficinas se encontraban en las Cuatro Torres de Florentino, más allá de plaza de Castilla y calculó que entre llegar allí con tanto semáforo y lidiar con algún que otro conductor gilipollas, sería mejor aguantar los olores matutinos. Prefería taparse la nariz y llegar puntual a acabar desquiciada por no encontrar aparcamiento y llegar con retraso a la cita de su vida.

Todo estaba tal como lo recordaba de su última visita. Al entrar, atisbó en la recepción a una mujer de unos cuarenta años, con un moño tan estirado que le hizo dudar de si le llegaría la sangre al cerebro, y con unas gafas de pasta acabadas en punta, muy de la posguerra. Ésa, sin duda, era la seca que la había llamado el día anterior para ponerle un petardo en el culo. Y ella, sin duda, también la había reconocido.

—Señorita Olsen, supongo... —dijo a modo de saludo, repasándola de abajo arriba por encima de la montura de las gafas.

—La misma que viste y calza estos Prada. —El chascarrillo no había ayudado en absoluto a disipar mínimamente la tensión que había entre ambas.

«Pero ¿qué coño le habré hecho yo a esta puta?»

—Acompáñeme, por favor.

Al parecer, no iba a esperar allí, como en la anterior ocasión. En vez de eso, la llevó a otra estancia no muy lejos. Ésta era una sala de reuniones, estaba segura. Había una gran mesa con una infinidad de sillas de anchos respaldos alrededor. Una pizarra en blanco y unas ventanas con estores la completaban.

«Austera, pero perfecta para su propósito», pensó Lily.

—En breve la llamarán. —La recepcionista, de la que seguía sin saber el nombre y pocas ganas tenía de averiguarlo, cerró la puerta.

No tuvo que esperar más de cinco minutos, pero se le hicieron eternos. Ensayó el saludo (¿Mano o dos besos? ¿Mano o dos besos?), se colocó la camisa mirándose en el reflejo de la ventana y se sentó y levantó varias veces. En una de esas en que se estaba volviendo a sentar, la puerta se abrió.

«No me jodas.»

24

¿Por qué? A ver, ¿por qué? ¿Por qué la mala suerte estaba siempre de su parte? ¿Por qué no la abandonaba dejando paso a la suerte, sin el mala delante? Allí, a tan sólo dos metros escasos de su cara, estaba Mireia. ¿Qué hacía ésa en *Z Magazine*?

—Aun a riesgo de joder la entrevista antes siquiera de empezarla, ¿puedo preguntar qué haces aquí?

Lily había olvidado las formas que había ensayado minutos antes. Ni mano ni dos besos. No había tenido suficiente en la anterior prueba con su enemiga de revista, sino que ahora, para más inri, tenía enfrente a la arpía mayor del reino, que le había hecho la vida imposible durante casi cuatro años en *Di Sole*.

—Bueno, Lilyana, soy la nueva subdirectora de esta revista. Creía que lo sabías. ¿Es que acaso no lees la publicación de la que, quizás, entres a formar parte? —preguntó, con el tono más hiriente de que fue capaz—. Dejando tu desafortunado saludo a un lado, ven conmigo, haremos la entrevista en mi despacho. —Le indicó la puerta y le hizo un gesto de «Tú primero».

El camino que separaba ambos espacios, apenas unos metros, a Lily se le antojó interminable. Unos pocos segundos en los que su cerebro se hallaba paralizado. Aunque, al menos, las piernas le respondían.

—Siéntate, por favor.

Lily lo hizo.

—Déjame que hable yo primero, si no te importa.

Ella no tenía intención de comenzar la conversación. De hecho, de haber querido, no habría podido. Se le había ido toda la fuerza por la boca en aquel primer comentario.

—Dijimos que, en el proceso de selección, la última prueba sería una entrevista personal con la directora, pero por cuestiones de agenda está en Nueva York en estos momentos, lo que nos lleva a encontrarnos tú y yo aquí, cara a cara. —Sonrió—. Quiero que sepas que espero de ti profesionalidad y buen trabajo.

Mireia cruzó las manos sobre el escritorio. La tensión seguía, pero Lily vio la sonrisa en la cara de su peculiar entrevistadora. Contrariada, no parecía que su ex jefa, y ¿posible nueva jefa de nuevo?, estuviera de mal humor o a punto de cargársela en la prueba.

—No te entiendo. —Por fin, sus cuerdas vocales habían vuelto a funcionar.

—Lilyana, el puesto es tuyo. Independientemente de lo que tengamos o dejemos de tener en nuestra vida personal, sé de sobra que eres buena en lo que haces. Te implicas. Le echas horas. Eres creativa y eficaz. No querría a otra persona en mi equipo. Además, dicen que es mejor lo malo conocido... —Hizo una pausa—. Bueno, ya sabes cómo acaba el refrán.

—¿De verdad voy a trabajar en *Z Magazine*? —Se dio cuenta de que estaba sonando demasiado entusiasta y desesperada—. Bueno, primero tengo que hacerte un par de preguntas, si te parece bien. —Carraspeó.

—Adelante —fue lo único que alcanzó a decir Mireia.

—Primero, me gustaría saber por qué habéis tardado tanto en llamarme. Quiero decir, hace ya muchas semanas que hice la prueba de estilismo. Daba por hecho que el «no» estaba ya grabado a fuego en mi currículum.

—Y lo estaba. No te voy a engañar, eres nuestro segundo plato. Hemos tenido un mes y medio a la chica que habíamos cogido en un principio, pero no ha superado el periodo de prueba. ¿Algo más? —Se cruzó de piernas.

—Ah, pues... gracias. —No entendía nada. Tenía otra pregunta en la punta de la lengua, pero sabía que si la soltaba se arrepentiría. Sin embargo, como no podía ser de otra manera, se le escapó—.

Discúlpame que te lo pregunte, pero ¿tú no estabas en la revista deportiva del grupo?

A Mireia los músculos de la cara se le tensaron, pero aun así respondió:

—Lo estaba. Supongo que estarás enterada de que Roberto y yo ya no estamos juntos. Muerto el perro, se acabó la rabia. No quería verlo a diario. Me ofrecieron volver al mundo de la moda y acepté con los ojos cerrados. ¿Alguna otra cuestión?

«Ajá, no han vuelto entonces.»

—No, perdona si te ha molestado, pero tenía que preguntarlo. Bueno, sí, una cosa más, ¿cuándo empiezo? —Esta vez sí sonrió.

—El uno de junio, lunes, te quiero aquí a las nueve de la mañana. Supongo que no hace falta que te especifique las labores de tu puesto. —Lily negó con la cabeza—. Bien. Pues creo que eso es todo.

Ambas se levantaron y, esta vez sí, se estrecharon la mano. Cuando Lily estaba a punto de salir por la puerta, Mireia añadió:

—Ni que decir tiene, Lilyana, la apuesta personal que estoy haciendo por ti. Me mueve tu profesionalidad, no tu persona. Espero que lo tengas claro.

—Sí, claro. Gracias...

Antes de salir definitivamente del edificio, se dirigió a la recepcionista:

—Perdona, ¿cómo te llamas?

—Tamara. Me llamo Tamara.

—Genial, Tamara. Pues espero que congeniemos mejor de ahora en adelante, porque me verás por aquí todos los días.

Con una gran sonrisa, le guiñó un ojo y se volvió rumbo a la calle, donde la esperaba un sol radiante que hacía que su clutch y sus zapatos de tacón Prada brillasen con más fuerza.

«Murphy, por una vez y sin que sirva de precedente, te quiero.»

No lo podía creer. Ella, en *Z Magazine*. Primero en *Di Sole* y ahora, contra todo pronóstico, en la competencia. En una revista igual de buena que la primera. Las dos cabeceras más influyentes del mundo de la moda en el país llevarían su firma impresa en muchos de los artículos que publicasen.

En los escasos metros que separaban la entrada de la redacción del metro seguía sin creérselo. El trayecto en el mismo tampoco la ayudó a despejar la mente. Y, cuando llegó a casa, seguía ensimismada. Como en el limbo. Estaba radiante de felicidad, pero sólo interiormente. Si alguien la hubiese visto en aquel momento, bien podría haber dicho que se encontraba realmente enferma. Saltando por dentro, amarillo blanquecina por fuera.

No sabía si llamar a Ian, a las chicas, a su madre o, directamente, salir a gritar al Templo de Debod, que, para su inmensa suerte, se encontraba taaaaan cerca. Al final hizo lo que solía hacer cuando se quería despejar la mente, aunque, en esta ocasión, para bien. Estuvo apenas un cuarto de hora en su casa y enseguida volvió a salir de ella. Esta vez con leggins y zapatillas. Correría un poco y luego iría un rato al gimnasio. «Sudor expulsador de pensamientos», lo llamaba.

—Perra, ¿cómo te ha ido?

—Joder, yo también te quiero. —Fue lo único que Lily alcanzó a decir con el aliento entrecortado. Ale había llamado en mitad de un sprint por el parque.

—¿Te pillo mal?

—Me pillas, que no es poco... Espera que coja aire. —Respiró hondo un par de veces con las manos en las rodillas. Vio un banco a un par de metros y no se lo pensó dos veces—. Pero ¿y tú cómo sabes...? —Se paró en seco—. Ah, claro, el blog.

—Efectivamente, Patatilla, efectivamente. —Ale hizo una pausa —. Cariño, no pasa nada, eres una grandísima periodista y todas lo sabemos. ¿Nos tomamos unos gin tonics en el queridísimo restaurante de tu amor para ahogar penas? Tú vales mucho, nena, mucho mucho, y si esos cerdos no se dan cuenta...

—Soy la nueva redactora de *Z Magazine*. —Lily intentó darle la buena noticia, pero su amiga seguía con su retahíla.

—Si no se dan cuenta, es que son cerdos al cuadrado, nena, ¿me oyes?

—Ale, tú lo de escuchar como que no, ¿verdad?

—Claro que sí, nena, yo escucho tus penas, tus lágrimas y lo que haga falta. Lo que sea por mi Patatilla.

—Ale, que me han dado el trabajo. ¡Que soy la nueva redactora de moda de *Z Magazine*!

—¡Lo sabía, tía, es que lo sabía! —Lily oyó unas cuantas palmadas al otro lado de la línea.

—Ale, por favor... —Se partía de risa con ella—. No intentes negar lo innegable...

—Bueno, vale, joder, es que hay que ponerse en lo peor, ya sabes... Bueno, bueno, bueno, ahora sí que sí. Tú, yo y las otras dos guarras nos vamos a ir a coger un pedo de colores al Raiki. No admito un no por respuesta.

—No pensaba decirte que no, tranquila. —Sonrió al vacío, imaginándose a la loca de la italiana poniendo cara de lasciva pensando en todas las cosas malas que podría hacer durante una noche de fiesta—. ¿Y sabes lo mejor de todo?

—¿Qué?

—¡Que esta noche invito yo!

Un rato después, ya estaba en casa. El gimnasio lo dejaría para otro momento. Bastante había con que en uno de los días más felices de su vida se hubiese ido a hacer ejercicio en vez de comprarse una litrona de cerveza en cualquier chino, de camino al loft. O, mejor aún, una botella del champán más caro que tuvieran, que tampoco sería mucho, por otra parte.

Ahora que tenía la mente más despejada, y por fin con la noticia ya asimilada, dedicó parte de la tarde a poner al día a su madre, lo que le llevó casi tres horas, a su hermano en una conversación

breve, puesto que éste tenía una importante reunión y, cómo no, a su chico, que le prometió una de esas cenas tan estupendas que sólo él sabía preparar.

—Te quiero, nena. Eres la mejor, ¿lo sabías?

—Lo sé. —Y se despidieron con el ansia de verse pronto, algo que tendría que esperar aún un par de días, a que él volviera de Milán.

Tal como habían predicho tan sólo unas horas antes, tres de las cuatro integrantes del Comando Ensaladilla acabaron la noche con una embriaguez importante. El otro veinticinco por ciento, Merche, embarazada ya de varias semanas, les hizo de conductora con un cero cero en su alcoholímetro interior.

—Un brindis por esa pedazo de amiga que nos va a llevar a casa —dijo Luisa con la lengua un tanto pastosa, mientras acercaba su cuarta o quinta copa al centro de mesa—. Esa amiga que a todo el mundo le gustaría tener y que a nosotras sólo nos va a durar seis meses más. —Todas rieron.

—¿Os dais cuenta de todas las cosas buenas que nos han pasado últimamente? —Era el momento de Merche.

—¿En serio, Huevo? ¿Nos vas a dar ahora la chapa? —preguntó Ale, mientras repasaba de arriba abajo a uno de los solteros apoyados en la barra, que buscaba desesperadamente compañía aquella noche.

—Calla y déjala hablar, Ale —respondió Luisa—. Adelante, chapa, digo... ¡Merche!

—Pues, aun a riesgo de sonar casposa y aburrida, lo digo en serio. Mirad a Lily, brindando por el trabajo de sus sueños. Tú, Luisa, en el tuyo desde hace años y yo... yo no puedo pedir más, chicas —dijo, pasándose las manos por la barriga.

—Perdona, ¿y yo? —saltó Ale.

—Tú follas casi todas las noches, ¡qué más quieres! —Lily dijo eso más alto de lo que pretendía, lo que provocó una carcajada general, no sólo entre el Comando, sino también a su alrededor.

—Visto así... —Echó otro ojo al chico de la barra y se levantó, convencida de dirigirse hacia su presa—. Esta noche no va a ser diferente, *ragazze*. ¡Hablamos mañana!

25

Ya era domingo y Lily no tenía ninguna prisa por levantarse. Ian no llegaría a Madrid hasta bien entrada la tarde, así que decidió hacer una de las cosas que más placer le proporcionaban y que últimamente había olvidado: dormir. Cuando quiso abrir los ojos, era ya la hora de comer. Tres estirones, dos mini saltitos en la cama y una sonrisa después, se encontraba en su cocina, preparándose otro de sus grandes, grandes, grandes placeres de la vida: café.

Desde que empezó a trabajar en la pastelería, había dejado esa rutina que había aprendido a querer: café y largas horas ante el ordenador entre lectura de correos, búsqueda de empleo —algo que ahora le resultaba totalmente lejano— y, cómo no, su novela. Decidió rememorar aquellos días y se sentó delante de la pantalla.

Como esperaba, una cola de varias decenas de mails la esperaban en la bandeja de entrada de su querido Hotmail. Luisa siempre la apremiaba a olvidar ese correo tan antiguo, pero Lily se negaba a abandonar una cuenta que ya llevaba con ella media vida. Desechó la mayoría de ellos, pero se fijó en dos bastante importantes: uno del departamento de administración, pidiéndole sus datos para la redacción del contrato, «Oh, Dios, ¡todo esto es real!», y otro de Sandra, que la apremiaba a reunirse con urgencia para tratar unos asuntos del libro. Ese último correo databa del jueves, cuando ella estaba viajando a Milán.

Pensó un par de minutos antes de contestar. No porque no quisiera, sino porque le daba algo de vergüenza no haber atendido antes su email, en pleno siglo veintiuno. ¿Y si la reunión era verdaderamente urgente?

De: Lily Olsen

Para: Sandra Ruiz

Asunto: RV: Novedades

Buenas tardes, Sandra.

Discúlpame por el retraso en la respuesta, pero he estado fuera de Madrid estos días y no he visto el correo hasta ahora.

¿Qué novedades? ¡Me muero de ganas de que me cuentes!

Quedo a la espera de tu respuesta y, de nuevo, te pido disculpas.

Un abrazo,

Lily.

Decidió omitir que había estado fuera de la ciudad apenas unas horas. En esos casos, soltar una mentirijilla era lo correcto, sin lugar a dudas. Todavía le sobraba tiempo antes de ir a buscar a su chico al aeropuerto, como novia perfecta, así que se recreó durante un rato en su novela.

Releyó la mayoría de sus pasajes favoritos. Esa historia le gustaba, la hacía reír, la enternecía y, en ocasiones, incluso le erizaba la piel. Si tenía la grandísima suerte de publicarla, se conformaba con que sólo uno de sus lectores le dijese que a él le había pasado lo mismo. Con la mitad también se conformaba, incluso.

Cuando estaba recreándose en el capítulo en el que la protagonista decidía quitarse la coraza de mujer reprimida de pueblo y lanzarse a la aventura de los juegos eróticos, le saltó la alarma del teléfono. Ya era hora de arreglarse e irse, si quería llegar a tiempo a Barajas.

Una vez allí, maldijo las pantallas que anunciaban las salidas y llegadas de los tropecientos aviones que, a diario, despegaban y aterrizaban en aquel lugar. No sabía en qué vuelo viajaba Ian, pero tuvo suerte, ya que, al aguzar un poco más la vista y su paciencia, vio que sólo había uno procedente de Milán que llegaba a Madrid a las ocho.

«Salida dos. Te tengo.»

Poco más de diez minutos más tarde lo vio. Tan alto, tan guapo, tan imponente con su traje y un maletín, arrastrando una pequeña maleta con ruedas. En esos días no se había afeitado, lo que le daba un aspecto muy sexy. Aquella barbita de tres días hacía juego con unas pequeñas bolsas bajo sus ojos color miel.

Era increíble lo que aquel hombre podía despertar en ella cuando ni siquiera había reparado aún en su persona. Mirándolo bobalicona, esperó a que traspasase las puertas de cristal que lo separaban del resto de los mortales que esperaban, con cara de no haber cogido un avión en su vida.

Un grupo de tres azafatas, ataviadas con un traje de dos piezas en tonos ocre, bastante feo para su gusto, recorrían el pasillo por delante de Ian, pero eso no les impidió cuchichear y volverse en un par de ocasiones para observar al monumento de hombre que caminaba con aquella seguridad detrás de ellas.

La sonrisa de Lily desapareció de su rostro un instante, mientras maquinaba e imaginaba cómo arrancar las dos cabezas morenas y una pelirroja zanahoria que se le aproximaban. Sin embargo, cuando El Hombre la vio y le guiñó un ojo, todos sus males desaparecieron.

—Eres mío y sólo mío. —Le dio un beso apasionado, consciente de que las tres golfas estarían viéndolos y maldiciendo a la guarra que en esos momentos lo tenía entre sus brazos.

—Vaya, nena, yo también te he echado de menos. —Le retiró un mechón de la cara—. No te esperaba; pensaba coger un taxi e ir a tu casa. —Sonrió picarón.

—¿Y esperar cincuenta minutos más hasta que hubieras llegado? De eso nada.

Se miraron a los ojos una vez más, aunque, en esta ocasión, el deseo sexual afloró de una manera incontrolable. Sin mediar palabra, se dirigieron al aseo de hombres. Dos puertas, dos *knock knock.* Por suerte, no había meón ni cagón alguno detrás de ninguna de ellas. Se adentraron en el más alejado de la puerta de entrada y una última mirada precedió lo que sería la mayor locura que como pareja sexualmente activa habían hecho hasta el momento.

En apenas unos minutos, Ian estaba sin pantalones y Lily sin nada. Si algo le gustaba, era la iniciativa que mostraba siempre su chico en ese tipo de situaciones. Él era el dominante. Ella la que se dejaba hacer. Y le encantaba.

Adivinando sus pensamientos, Ian le asió las nalgas y la aupó para colocarla sobre él. Primero con cuidado, más tarde a trompicones contra la puerta. Les pareció oír un carraspeo, seguido de otro aún más fuerte, pero les era imposible parar aquello.

El orgasmo llegó en un pack. Uno para ella, otro para él.

Benditos hombres. Benditos

¿Quién me iba a decir a mí que yo escribiría algo así, eh? Lo mío con ellos siempre ha sido una relación de amor-odio constante, desde bien pequeña. Mi primer novio llegó a la tierna edad de cinco años, cuando dormíamos en literas en la guardería y se agachaba siempre para verme (habéis deducido bien, él dormía encima de la mía) mientras me pedía que fuera su novia. Nos casamos en el patio un día de primavera (no me preguntéis por qué lo recuerdo, pero lo hago), y a los tres días dijo que había oído a sus primos mayores que eso de casarse era para los que se llamaban algo así como calzonazos y que ya no me quería. He ahí mi primer contacto con el sexo masculino.

De ahí pasamos a mi segundo novio formal. Me desvirgó en un Seat Ibiza con dieciocho años, en un descampado y oliendo a cerveza. Ése también prefirió seguir soltero dos días después de haber incrustado con dolor cierta parte de su anatomía en mi pequeña florecilla. He ahí mi primer contacto con el miembro sexual del sexo masculino.

Y luego están Pim, Pam, Pum, Bocadillo de Atún (los de polvo aquí, polvo allá y si te he visto, no me acuerdo), breve periodo de casi un lustro con Rober, vuelta a mi época de Pim, Pam, Pum, Bocadillo de Atún y, de repente, El Hombre. Ese que te hace olvidar a todos los anteriores, incluido el que te dejó como un caballo casi

una semana sin poderte rozar y el que te rompió el corazón con un pie en el altar. Incluso a ellos. Ese hombre que te entiende, dentro y fuera de la cama. El que saca el lado más lascivo de tu persona en los aseos de un aeropuerto. Ese hombre. Ése.

Lily

P. D.: ¿Os podéis creer que hace unos meses pensase que él y yo no éramos compatibles sexualmente hablando? Válgame Dios.

Tres días tardó Sandra en dar señales de vida y contestar a su correo. La respuesta era bastante escueta y, para disgusto de Lily, negativa. Tan sólo le informaba de que dos de las editoriales en las que más hincapié habían hecho habían dicho que no a la publicación del libro. El estómago le dio un pequeño vuelco. Unas cuantas lágrimas, de hecho, quisieron aflorar de sus ojos verdes, pero con un sorbido nada adulto hizo que éstas volvieran a su lugar de origen.

Decidió no agobiarse e ir a la pastelería. Era su primer día de trabajo tras los pocos que había cogido para irse con Ian a Milán. El primero y, muy probablemente, el último, ya que tenía pensado hablar con la encargada y explicarle que había conseguido otro curro.

«Y después de haberle pedido dos días libres. Joder.»

Estaba segura de que esa charla no se le daría bien. No sabía hablar de ese tipo de cosas con naturalidad. Le daba un reparo inmenso decirle a otra persona a la cara que dejaba su trabajo porque no le gustaba nada y había encontrado algo mejor. Pero tenía que hacerlo. Y ése era el día.

En las pocas manzanas que separaban su piso de la tienda, repasó mentalmente la conversación.

«Te agradezco un montón todo lo que has hecho por mí. Gracias por haberme dado esta oportunidad. Le diré a todo el mundo que aquí se hacen los mejor cupcakes de la ciudad.»

Todo lo que se le ocurría eran tópicos, pero no tenía tiempo para pensar nada mejor. Sin darse cuenta, ya estaba frente a las puertas de la pastelería. Una sonriente Merche ya la esperaba dentro, con el delantal a medio poner, que le quedaba un poco levantado debido a la incipiente barriguita.

—¡Tía! Pero ¿cómo es posible que se te note tanto desde la última vez que te vi? —la saludó, tocándole la tripa.

—Ya ves... Come como un condenado. O condenada, no lo sabemos —rio. Merche conocía perfectamente a Lily y sabía que algo le rondaba la cabeza—. Se lo vas a decir hoy, ¿verdad?

Ella dijo que sí.

—Tampoco es para tanto, hija. No eres ni la primera ni la última que se va de aquí. —Levantó la vista, haciendo una pequeña panorámica mental del establecimiento.

—Bueno, ya sabes que estas cosas me dan mucho apuro. —Miró a su amiga y le cogió una mano—. Pero lo haré. El problema eres tú.

—¿Yo? Qué bien, ¿no? —dijo Merche, extrañada.

—Es que lo que de verdad me da un poco de reparo es que yo conseguí este curro por ti. De no ser por mi Merche, habría tenido que dejar mi amada casa y volver a vivir con mi madre. —Se metió dos dedos en la boca como diciendo «Me llega a pasar eso y vomito»—. Y si no fuese por ti, la cola del paro se habría convertido en mi nueva mejor amiga. Ya estaba desesperada, ¿lo sabías?

—¿Por qué crees si no que te ofrecí esto? —se carcajeó Merche —. No creerías que por buena cocinera, ¿verdad? —Se rio aún más fuerte—. Cielo, no pasa nada, de verdad. A mí no me va a decir nada porque tú te vayas a marchar. Al contrario, seguro que se alegra por ti, le has caído muy bien en estas semanas. A mí, sin embargo, sabe que me tendrá aquí para los restos...

Lily notó cómo, por un segundo, el rostro de su amiga se entristecía.

—Porque quieres.

—Vamos, Lily, ¿otra vez con lo de que monte algo por mi cuenta?

—¡Sabes que eres buena! A ver, ¿por qué no, eh? Además, Mike te lo ha dicho miles de veces. Dejaría sin dudarlo el gimnasio por emprender esa aventura contigo. Ese tío está que no caga por ti. Debes de ser buenísima en la cama...

Pero la conversación se quedó ahí, ya que la campanita de la entrada anunciaba la primera visita de la mañana.

Un par de horas más tarde, y sin que Lily hubiese organizado ningún lío importante, llegó la dueña de la pastelería.

—Chicas, estoy dentro, que tengo que hablar con unos proveedores —dijo, nada más entrar por la puerta.

—Perdona, Carmen, ¿puedo hablar un momento contigo? —«Mejor ahora que luego»—. Necesito comentarte un asuntillo.

—No pienso darte ni un día más libre en los próximos veinte años, ya lo sabes. —Descorrió las cortinillas que separaban la tienda del almacén—. Claro, anda, pasa y cuéntame —dijo, al ver la cara de terror de su dependienta.

Lily había entrado millones de veces a aquella estancia, pero ahora se le antojaba diferente, se sentía incluso algo intrusa al estar en un lugar al que ya no pertenecía.

—Esto... Mira, Carmen, me da mucha pena tener que decirte esto, pero... —Titubeó un par de segundos, pero luego cogió impulso rápidamente—. Me temo que dejo el trabajo. Te estoy súper agradecida por la oportunidad que me has dado todo este tiempo, pero es que he pasado un proceso de selección de lo mío y... bueno... lo he conseguido. Le voy a hablar a todo el mundo de este sitio y les voy a decir que hacéis los mejores cupcakes de Madrid. —Se sabía el discurso de memoria.

—Me alegro mucho por ti, Lily, no hace falta que te disculpes. —Parecía sincera—. ¿Cuándo empiezas en el otro sitio?

—El uno de junio.

—Entonces, lo único que te pediría es si no te importaría trabajar esta última semana. Sabes que es la época de bodas, bautizos y comuniones y que estamos hasta arriba. Dame un poco de tiempo hasta que encuentre a otra persona.

—¡Claro! ¡Sin problema! —Se abalanzó sobre la que hasta entonces había sido su jefa y la abrazó—. ¿Sabes que eres genial?

—¿Y tú sabes que yo sabía que aquí no durarías mucho?

—Ah, sí. ¿Y eso? —Era la segunda persona que en una misma mañana le había dicho que la repostería no era lo suyo.

—Porque por mucho que te haya cogido cariño, si no encontrabas otra cosa te iba a tener que decir adiós. —Un guiño cómplice le hizo creer que se trataba de una broma, ante lo que Lily se rio—. Cariño, no es para reírse, ¡eres un paquete en la cocina!

Los siguientes días transcurrieron sin novedad. Pastelería, casa, Ian, su madre, Comando, más pastelería, más Ian, más madre. Diez días en los que no supo nada de Sandra ni de su novela. Le había dicho millones de veces que tenía que ser paciente e insistido en que las respuestas de las editoriales tardaban meses, pero no habiéndole pasado nada interesante en esos días, pensaba más en ello. Y por fin llegó su última jornada de trabajo en la tienda.

Cuando se estaba poniendo el delantal por la mañana, sintió una pequeña punzada en el estómago. Lo cierto era que le daba un poco de pena despedirse de un lugar donde, cuando nadie la veía, podía pillar una pequeña magdalena o coger con un dedo crema pastelera. Para su sorpresa, fue un día de lo más anodino. Nada destacable, nada que le hiciera subir un poquito la adrenalina. Por no haber, no hubo ni una cagada de las suyas. Al menos, se despediría sin hacer ninguna pifia, aunque nadie lo vería, ya que la habían dejado sola a la hora del cierre. Su jefa estaba con unos proveedores haciendo no sé qué y Merche había pedido la tarde libre porque le tocaba ecografía.

Llegó la hora de echar el cierre y el cierre se echó. Lily, sonriente, miró ya desde la calle el letrero de la tienda y se le escapó una lagrimita furtiva.

—¡No me jodas que te vas a poner a llorar, chata!

Sabía que ese día no lo acabaría sola. A su espalda se encontraba el Comando Ensaladilla, con una pequeña pancarta hecha en cartulina A3, donde podía leerse «Adiós pastelitos y tartas. No los eches de menos, ellos no lo harían». Sin duda, eso tenía que haber sido idea de Ale.

—Gracias, chicas, pero tranquilas, sé que los pastelitos no me echarán de menos. Y tampoco los clientes. ¡Qué le vamos a hacer, no podía ser perfecta en todo! —Se acercó a sus amigas y las achuchó con fuerza. Se alegraba muchísimo de que se hubieran acercado a buscarla en su último día.

—Venga, y ahora nos vamos al Luti a tomarnos unas cañas —dijo Luisa—. Bueno, tú un Kas Limón. —Le guiñó un ojo a Merche.

Cómo quería a sus amigas. Apenas recordaba la de años que llevaban en su vida. Por hache o por be, siempre se las apañaban para estar en todos los momentos importantes. Y aquél era uno de ellos, más aún cuando Merche decidió contarles algo:

—Chicas... ¡Es una niña! —chilló emocionada—. ¡Una niña!

—Pero bueno, ¿cómo es que lo sabes ya? ¿No es demasiado pronto? —Tampoco es que Lily tuviese demasiada idea de cómo iba lo del embarazo, pero había visto crecer la barriga de su cuñada (¿ya ex cuñada?) dos veces en los últimos años y algo se le había quedado en la memoria implícita.

—Sí, yo tampoco me lo esperaba, pero contra todo pronóstico, ¡se ha dejado ver! ¿No es maravilloso? ¡Una niña!

—Tía, ¡cojonudo! Una enana para continuar con nuestro legado ensaladil —dijo Ale—. Habrá que ponerle un mote, ¿no?

—Justo en ese momento, Luti se acercó a la mesa con una nueva ronda de cervezas que le había pedido Luisa unos minutos antes. Tres cañas para estos bellezones, un Aquarius para la señorita más guapa de la mesa y unos pepinillos para que amenicéis la velada.

Todas se miraron y gritaron al unísono:

—¡Pepinillo!

—En serio, ¿vais a llamar a mi hija, mi lucero del alba, pepinillo?

—¡Claro que sí! —exclamó Luisa, con uno grande en la boca.

—¿Desde cuándo se echa pepinillo a una ensaladilla, eh? —Merche estaba dispuesta a que cambiasen de idea, aunque sabía que eso ya era del todo imposible.

—Chica, las nuevas generaciones, ¡que vienen cambiando hábitos! —El comentario de Ale provocó las carcajadas del Comando.

—Está bien, Pepinillo entonces, pero ateneos a las consecuencias... ¡Luego no os quejéis si a vuestros vástagos los bautizamos como pimiento morrón, sardinilla o cordero al horno!

—¡Brindo por Pepinillo, que ahora más que nunca es lo que parece! —dijo Lily, levantando su botellín—. Porque esa cosilla que no sé ni cuánto medirá salga perfecta de esa tripa que tiene por búnker, y que nosotras lo veamos y estemos siempre con ella como tías oficiales que nos va a hacer.

—¡Por Pepinillo! —Finalmente, a Merche también le había hecho gracia el apodo de su pequeña—. ¿Qué? Antes de que le pongan motes en el colegio, se tendrá que acostumbrar, ¿no?

—¡Por Pepinillo! —vocearon todas al unísono.

26

Nervios, nervios, nervios

Ainsssssss... Pero qué nervios, Dios Santo bendito de la Macarena Virgen, como diría la exagerada que me dio la vida (Dios Santo, en serio, ¿qué me está pasando?). Y os preguntaréis por qué... ¿No lo sabéis? ¡Qué fuerte! No será porque no os lo he repetido hasta la saciedad... ¿Qué día es hoy? Tachán, tachán... ¡Exacto! Hoy es treinta y uno de mayo, lo que significa que mañana empiezo mi nueva vida.

¿No es genial? Madre mía, qué nervios... Me siento como una becaria precaria en su primer curro de prácticas sin cobrar un puto duro y siendo la ~~mierdera~~ que se chupa los artículos que sus superiores se quieren quitar de en medio. ¡Soy la nueva redactora de moda de Z Magazine*! Es que no me lo creo*...

Llevo tooooooooodo el día sin salir de casa. ¿Por qué? Porque una tiene que acicalarse para la ocasión. Me he depilado, he abierto una de esas carísimas ampollas flash para la cara (de esas que prometen quitarte todas las imperfecciones, granitos y veinte años de un plumazo), me he cortado el pelo (sí, yo sola; para eso de las puntas soy muy apañada) y, lo mejor/peor de todo, he estado durante dos horas y media probándome ropa y otra hora más para colocar toda la desechada en el armario. ¡No puedo más!

Al final me he decantado, tras mucho tiempo de deliberación, por un conjunto vintage que, al loro, era de mi madre. Sí, esa mujer que me vio nacer y que me lo recuerda cada vez que se ve una horrible cicatriz en el vientre.

Resulta que la señora, como yo, era una adicta a las compras y, claro, como las modas vuelven, pues tengo ropa suya que, a día de hoy, y lustros y lustros después, es llevable. Y el que he elegido es uno de esos conjuntos maravillosos. Pero no se lo digáis a ella, que luego se crece y no me apetece que me recuerde cada día lo de que de tal palo, tal astilla. (Aunque, total, lo leerá por aquí...)

Pues eso, que es un traje chaqueta dos piezas amarillo pollo (sí, como lo leéis), con chaqueta blazer y pantalón de pinza. Y no es un look sin más, no. Cualquiera que entienda un poquito de moda (y se supone que en Z Magazine *de eso entienden un poquito bastante, de hecho), lo pillarán. Es un modelo de colección súper hiper mega limitada. Hicieron sólo unos pocos trajes y yo conozco dos de ellos. Uno lo tenía Elizabeth Taylor (sí, la de los mil matrimonios) y otro la mujer que me dio la vida. Son esas cosas que, por raras que parezcan, existen en la realidad.*

Así que mañana pienso presentarme en la redacción de amarillo pollo, sí, pero con el mismo chillonismo *que la mismísima Cleopatra del siglo veinte. Cómo molo*.

Bueno, os dejo, que llaman a la puerta y mucho me temo que será mi hombre para darme candela de la buena toda la noche, para empezar el primer día de mi nueva vida con unas ojeras de oso panda. ¡Al menos pegan con el amarillo!

Lily

Pipipipi. Pipipipi. Pipipipi. Las siete habían llegado demasiado pronto. Como Lily había supuesto la noche anterior, la persona que había llamado a su puerta era Ian. Y, como había supuesto también, había pasado largas horas con ella para darle candela de la buena. Tanta que, cuando sonó el despertador, creyó estar en una pesadilla de esas que se cuelan en medio del sueño, diciendo, muy a tu pesar, que te despiertes de una puñetera vez.

—Dormilona. —Sintió cómo alguien la zarandeaba dándole pequeños toquecitos en el brazo—. Eh... canija... Venga, despierta.

¿Por qué? ¿Por qué ese hombre era tan perfecto que hasta apagaba la alarma del móvil por ella y la despertaba de una manera tan dulce con su voz?

—Que síiiiiii. —Odiaba madrugar, pero hacía mucho que no se daba un madrugón de tal calibre—. Cinco minutos.

—Eso has dicho hace diez y te he dejado quince. Son las siete y cuarto, nena.

La pesadilla se repetía. ¿¡¡Las siete y cuarto!!? Había calculado el tiempo para intentar dormir lo máximo posible y ahora ya iba a contrapié. De hecho, antes de que llegase su chico a casa, Lily había puesto la alarma del despertador media hora antes de lo que sonó después, pero tras darse cuenta de que pasaría casi toda la noche sin dormir y que la noche de sexo se alargaría más de la cuenta, decidió ponerla a las siete. «No puedo levantarme más tarde de las siete», se dijo al cambiarla. Y ya eran las siete y cuarto.

—Pero ¿¡¡cómo no me has avisado!!? ¡Dios! ¡Voy a llegar tarde mi primer día! —Saltó de la cama como una exhalación. Si no calculaba mal, tenía exactamente seis minutos para ducharse.

Corriendo, entró al baño y pensó por una milésima de segundo en mirarse al espejo, cosa que desechó al instante, convencida del horrible aspecto que debía de tener en aquel momento. Pero no todo iba a ser malo. Al menos, no perdió tiempo en desvestirse, ya que, cuando Ian pasaba la noche con ella, la ropa sobraba. Abrió el grifo de la ducha y le pareció oír la voz de su chico:

—Gordo, ¿has dicho algo? —Tenía la cabeza bajo la alcachofa de la ducha y apenas oía nada con el agua cayendo sobre su cuerpo.

—Que no te preocupes. Te llevo yo. —Justo en ese momento, Ian abrió la mampara y se metió con ella en la ducha, algo que hizo le diese un vuelco al corazón, pero que agradeció después.

—Mmmmmm... Entonces... ¿me llevas? —dijo juguetona, mientras le daba un casto beso.

—Eso he dicho. —Ian sonrió.

—... Lo que significa —prosiguió ella— que me ahorro los cuarenta y tres minutos de metro que tengo hasta la redacción, ¿no? Y desde aquí tardo... —miró hacia arriba, calculando— unos veinte minutos en coche...

—Lo que significa, sí —respondió él, adivinando lo que estaba pensando—, que nos sobran veintitrés minutos. —Levantó una ceja.

Nunca hasta ese momento se habían dado una ducha juntos. De hecho, aunque la vida sexual de Lily había recorrido bastante mundo, se había visto en una situación similar en muy contadas ocasiones. Nunca olvidaría la mañana en que un ligue al que se había tirado tres días seguidos se metió con ella en la ducha y le preguntó si le lavaba el pelo. Lily lo había visto en *Memorias de África* e incluso en una serie más actual, como «Sexo en Nueva York», pero le parecía totalmente antimorbo. ¿Un chico lavándote la cabeza?

De repente, y como solía ser una costumbre siempre que empezaba a darle vueltas a un asunto, su neura ganó la partida al calentón que comenzaba a notar entre las piernas y se chafó el momento hot de la mañana.

—Mejor disfrutamos juntos de un rico desayuno, ¿vale? —Notó el cambio de expresión en el rostro de él, pero ya no podía parar el bajón de libido que le había provocado pensar en aquella situación, con aquel tío echándole cantidades ingentes de champú en el pelo, los ojos y la boca—. ¿Qué tal si me preparas uno de esos riquísimos zumos de naranja que sólo tú sabes preparar?

—Me las pagarás, ¿lo sabes? —Le dio un cachete en el culo y, tal como había entrado, salió de la ducha, aún con la erección asomando abruptamente.

—Házmelo pagar esta noche, pero en la cama, sin champús de por medio.

La preocupación por llegar tarde desapareció cuando Ian la dejó frente a la puerta, diez minutos antes de la hora de entrada. Sin dudarlo, Lily atravesó las puertas de cristal correderas. Probablemente tardaría unos minutos hasta que reparasen en su presencia y le dijesen cuál sería su mesa. «O mi despacho», pensó con un punto egocéntrico del que se deshizo en un segundo.

Si algo tenía claro, era que sería el último mono, por muy redactora de moda que fuese. Mireia no iba a permitir que, desde el primer momento, demostrase toda su valía. Estaba segura de que la había contratado no para que destacara como buena periodista, sino para dejar patente su toque como jefa al elegir a las personas adecuadas que, bajo su tutela, trabajarían bien.

Con una sonrisa saludó a Tamara, la recepcionista con cara de pocos amigos. No tenía tiempo de dedicarle unas primeras palabras, pero sabía que con ese gesto la tendría un poquito más metida en el bolsillo. Tal como había previsto, nadie le hizo caso durante los primeros cinco minutos. Había conseguido llegar ella solita hasta la redacción de *Z Magazine*, no sin antes perderse por uno de los pasillos, que la llevó a la redacción de una revista de turismo que nadie conocía.

Hasta ese momento no había estado en las instalaciones de la que sería su nueva revista. Las entrevistas y pruebas que había realizado habían sido en otras zonas del edificio.

Al llegar, el corazón le latía acelerado. Allí estaba por fin. Un enorme letrero anunciaba el lugar que buscaba. Las letras de *Z Magazine* estaban colocadas sobre una de las estanterías blancas del lugar: unos doscientos metros cuadrados donde, en un caos controlado, había todo lo que Lily había estado esperando durante toda una vida.

Una veintena de mesas formaban una T milimétricamente colocada. Verdes, negros y blancos se entremezclaban en alfombras, sillas y escritorios, los colores corporativos de *Z Magazine*, haciendo las delicias de todo aquel que se parase un segundo a contemplar la estancia perfectamente diseñada.

Se fijó en una pizarra de cristal que le recordó a la de *Di Sole*. Al fin y al cabo, se dedicaban a lo mismo, así que muchas de las cosas eran similares. Y una de ellas era esa pizarra que en tantísimas ocasiones Lily había estado a punto de romper de un puñetazo cuando le habían echado por tierra algún reportaje.

La que tenía delante estaba dividida en dos partes. Una lisa, repleta de anotaciones con rotulador que sólo una persona que llevase tiempo en la redacción entendería. Y la otra mitad, igual que la de *Di Sole*, tenía pequeñas repisas donde se apoyaban miniaturas de las páginas de la revista del próximo número. Así conseguían seguir el hilo de los contenidos y sabían las páginas que quedaban libres para ocupar con publicidad o pequeños artículos chorras que sólo los periodistas sabían que estaban colocados justo ahí porque se había caído algún reportaje de última hora o porque al compañero le había quedado demasiado corto el suyo.

En ese momento estaba casi vacía, ya que, tal como le había comentado Mireia en la última entrevista, empezaría con un nuevo número, por lo que había pocas páginas asignadas ya para algún tema en concreto.

Justo cuando estaba prestando más atención a una de las páginas que allí había, sintió una mano en el hombro derecho:

—Tú debes de ser Lilyana.

—Lily, por favor.

Una joven menudita, de apenas un metro sesenta, le estrechó la mano con fuerza. Parecía buena chica, con los ojos muy pequeños tras unas gafas sin montura bastante pasadas de moda y con un pelo rizado y enmarañado. No le soltaba la mano y la miraba con verdadera admiración, como si Lily fuese importante.

—¿Y tú eres...?

Con disimulo, tiró de su brazo. La chica estaba apretando mucho y la sangre parecía que iba a dejar de correr por su mano de un momento a otro.

—Oh, sí, claro... —Sonrió aún más—. ¡Soy Paloma, tu ayudante! Bueno, tu asistente, tu ayudante, tu apoyo, ¡como lo quieras llamar!

¿En serio? ¿El primer día y con ayudante? Era mejor de lo que se esperaba.

—¿Ah, sí? No sabía que tendría ayuda de ningún tipo. —Para qué iba a disimular su sorpresa.

—¡Claro! Yo también soy nueva, ¿sabes? Soy, digamos, la becaria. Tu becaria.

Sabía que se llevaría bien con esa chica. Le recordaba tanto a ella unos años atrás... Desprendía ganas de aprender y trabajar, por todos los poros de su piel.

—Bien, pues... Paloma, ¿no? —Sabía perfectamente cómo se llamaba su interlocutora, pero hacía tiempo que había cogido la costumbre de volver a preguntar el nombre de la persona, por si acaso—.Y siendo nuevas, ¿sabes dónde nos sentaremos?

—¡Sí, claro! —Al parecer, «claro» era su palabra favorita—. Mira —señaló dos mesas puestas en forma de L al fondo de la redacción —, es allí. Todavía no me he instalado para que elijas tú primero. —Siguió sonriendo.

—Me quedo con ésta, ¿vale? —Lily señaló la que miraba hacia la ventana. Así se distraería cuando necesitase abstraerse de la realidad, cosa que solía pasarle cuando tenía que entregar un artículo y la inspiración se quedaba fuera, con el sol y los pajaritos piando a la primavera.

—¡Claro!

—Sólo te voy a pedir una cosa, Paloma. —Notó que ésta se ponía rígida, por lo que le devolvió la sonrisa que hacía rato su nueva ayudante no se quitaba de la cara—. Nada de becaria, ¿entendido? Somos compañeras. Sé lo que jode cuando te tratan como una mierda sólo porque has llegado más tarde que los demás.

—Oh, ¡gracias! ¡Es la primera vez que trabajo en una revista así, estoy emocionada!

—No hace falta que lo jures. —Rio—. Bien, creo que debería ir a hablar con la subdirectora y que me diga cómo se trabaja aquí, ¿de acuerdo? Tú, de momento —añadió al ver que Paloma esperaba órdenes—, espérame y acomódate, ¿vale?

—¡Claro!

Se dirigió al despacho de Mireia y la encontró enfrascada en su iPad.

—Buenos días, Mireia —saludó abriendo la puerta, a la vez que daba unos leves toquecitos. No había esperado a que le dijese que podía entrar, cosa de la que se dio cuenta después.

—Ah, Lilyana, hola, pasa. No te había visto.

«Será mentirosa.» Hacía rato que Lily había visto cómo la repasaba de arriba abajo desde la cristalera de su despacho.

—Llevo aquí un rato. De hecho, ya he conocido a Paloma. Parece muy maja y con muchas ganas de aprender. —Seguía de pie, ya que no la había invitado a tomar asiento.

—¿Paloma? ¿Quién es Paloma? —preguntó con un deje que denotaba que no le importaba en absoluto quién fuera.

—Bueno, es nueva, como yo. Dice que será mi ayudante a partir de ahora.

—Buah, será una becaria. Pasan muchas por aquí. Te aconsejo que no te acostumbres a ellas ni les cojas cariño. Harán sus prácticas y se largarán. Están aquí porque han pagado una millonada por un máster que no les servirá de nada. Se van unas y vuelven otras. *C'est la vie*.

Odiaba la manera que tenía de hablar de aquellas personas que algún día serían sus semejantes o, mejor aún, quizá sus jefas. Era una forma de expresarse que ya utilizaba en *Di Sole*, pero Lily no lo había recordado hasta ese momento. ¿Por qué la gente era así de gilipollas?

—Bueno, para mí es Paloma, no una ayudante, ni una becaria, ni mucho menos un mojón. Es simplemente Paloma.

—Lo que tú digas.

Por un momento había olvidado quién mandaba allí y había elevado el tono de voz más de lo que hubiese querido. Viendo que las cosas no iban por donde había pretendido, al instante rectificó el rumbo de la charla:

—Bueno, en realidad yo venía para preguntarte cómo funcionan aquí las cosas. —Seguía de pie, algo que comenzaba a inquietarla—. ¿Puedo sentarme?

—No, no puedes. Tienes que estar dentro de cuarenta minutos en el showroom de la calle Lagasca. Hay que recoger unas prendas para un editorial que haremos mañana y a cuya preparación, por supuesto, asistirás, para aprender la forma que tenemos de trabajar. Ya sabes: estilismo, fotografía, horarios. Esto no es como *Di Sole*, aquí se hacen las cosas bien.

—¿En cuarenta minutos?

Para ella, *Di Sole* no funcionaba mal, sólo que estaba gestionada por gente incompetente, pero ese comentario la había herido especialmente. Ambas se habían forjado como las periodistas de moda en esa publicación. Ahora les decían a todos qué ponerse y qué guardar en el armario, pero unos años antes sólo eran dos chicas con granos llevando café y deseando poder firmar cualquier articulillo de las últimas páginas.

La revista *Di Sole* había sido su escuela, le debían un respeto.

—Pero... pero... ¡si casi no sé todavía ni dónde me tengo que sentar!

—Y también tienes que redactar para esta tarde una pequeña noticia para la web, de unas trescientas o trescientas cincuenta palabras, sobre la nueva Colección Crucero que ha sacado Moschino. Algo breve, pero destacando a la marca. Que no se note demasiado que es un publirreportaje, aunque lo sea. Se van a gastar una millonada en publicidad en el próximo número.

—Oh, vamos... ¡sabes que no me va a dar tiempo a todo!

—Bueno, pues entonces manda a tu becaria.

—Paloma, se llama Paloma.

—Lo que tú digas. Y ahora, déjame, que tengo cosas que hacer.

—Está bien. —Se dirigió hacia la puerta, cuando oyó lo que estaba temiendo oír desde que aquella pelandusca le ofreció ese trabajo—: Y no olvides quién manda aquí.

«Zorrón.» Mientras recorría los apenas quince metros que separaban su mesa del despacho de Mireia, pensó cómo iba a repartir su tiempo. Sopesó por un instante pasarle la tostada a Paloma y quedarse ella en la redacción escribiendo el artículo, pero recordó lo que minutos antes se había prometido a sí misma: compañeras, no subordinadas.

—Tenemos dos tareas. Te dejo elegir. —Eso no era ejercer de jefa, ¿verdad?— Puedes ir a un showroom de verdad y recoger unas prendas que necesitamos para una sesión de fotos para mañana o puedes escribir un publirreportaje para la web que tiene que estar publicado esta tarde.

Había puesto más entusiasmo en la primera parte. Y surtió efecto:

—¿Un showroom? ¿Con prendas de las mejores marcas y estanterías infinitas de bolsos y zapatos? —Le brillaban los ojos.

—Justamente.

—¿Tú qué prefieres? —Paloma exploró las posibilidades, pero no parecía que estuviera haciendo la pregunta con segundas.

—Te he dicho que elegías tú. ¿Quieres ir al showroom?

—¡Claro!

El poder de la persuasión

¿Habéis oído lo de «Consigo lo que quiero, soy muy persuasiva»? Pues eso es, más o menos, lo que yo me considero, además de un sinfín de apelativos más, como neurótica, cansina y egocéntrica en ocasiones. Pero oye, a veces estos adjetivos que pueden resultar un tanto cargantes y negativos, funcionan de una manera la mar de positiva. Y es lo que me ha pasado hoy. Al igual que la publicidad, que dicen que no pretende vender, sino persuadir (¡Ja!), he logrado convencer a alguien de algo que esa persona ni siquiera sabía que quería. Bueno, a lo mejor sí lo sabía, pero yo he hecho que lo desease con más fuerza. Soy ~~jodidamente~~ buena.

Resulta que en mi primer día de trabajo (no lo habríais olvidado, ¿verdad? Ahora os cuento...) me he librado de hacer un curro de ~~mierda~~ y me he quedado con el que más me apetecía. Si concreto más la historia y os digo que el que yo consideraba el trabajo ~~mierdero~~ se lo ha llevado la becaria, me matáis, ¿no? ¡Pues no! ¡Porque lo ha elegido ella solita! La cosa estaba entre ir a recoger unas prendas a la otra punta de la ciudad o quedarse bien sentadita en la silla ergonómica para escribir un articulillo. Pues, como habréis pillado a la primera, que yo sé que sois muy listos, la chiquilla ha escogido recorrerse medio Madrid en metro para ir cargada con varias bolsas que, auguro, debían de pesar toneladas. Pero Paloma, que así se llama, ha vuelto con su sonrisa habitual en la cara, así que mucho no le ha debido de joder. Todos contentos.

Ahora le toca el turno a mi primer día como redactora de moda oficial de Z Magazine*, que ha sido... ha sido... normal y corriente. Nada destacable, nada que pueda calificarse mínimamente como apasionante, increíble o inquietante. Lo único que os puedo confirmar es que la que era mi jefa en* Di Sole *y la que es actualmente mi jefa en* Z Magazine *por cortesía de Murphy y la mala suerte juntos, me ha recordado que es ella quien manda. Sigue siendo igual de perra inmunda que siempre, pero le debo el trabajo, así que... ¡Gracias, perra inmunda*!

A quien sí quiero presentaros es a Paloma, mi ayudante, pero yo no la quiero llamar así. ¿Por qué la gente se vuelve tan ~~gilipollas~~ cuando pasan de ser becarios a tener un contrato que, dicho sea de paso, seguro que es una ~~puta~~ mierda y con un sueldo precario? Es lo que tiene el mundo laboral en general y el mundo del periodismo en particular, que la gente se crece cuando sube mínimamente de escalón. Y en el periodismo de moda, donde la estética y el «Qué guay soy» lo son todo, os podréis imaginar. Yo hace años que me prometí ser una igual, una más de todos los que trabajemos juntos, sean redactores jefes, directores, becarios o recaderos.

Pues eso, se llama Paloma y la chica parece un encanto. Espero que nos llevemos genial y que no se deje corromper por este mundillo de apariencias en el que, soy consciente de ello, estoy metida hasta el cuello. Creo que sí vamos a congeniar. Al fin y al cabo, ¡se deja persuadir!

Lily

27

«Parece mentira cómo pasa el tiempo», pensó Lily mientras estaba frente al espejo de su dormitorio, echándole una ojeada al vestido que se había comprado la tarde anterior. Una de las cosas buenas de volver a tener un sueldo en condiciones era el hecho de poderse dar unos caprichitos de vez en cuando. Y ese vestido, sin duda, era uno de ellos.

Desde que descubrió la firma Poète, hacía un par de años, estaba enamorada de su estilo babydoll, pero aun sin ser una marca de lujo, había escapado de su presupuesto. Hasta ahora.

Tras haber superado su primera semana en *Z Magazine*, en la tarde de ese viernes Lily decidió darse un gustazo y pasear por uno de los centros comerciales de la capital que más le gustaban. Situado a las afueras, encontraba tiendas que en la mayoría de barrios del centro no existían, y ésa era una de ellas. Pasó un buen rato contemplando el escaparate, aunque esta vez sí entró, en vez de quedarse babeando fuera. Cierto era que aún no había cobrado su primer sueldo como redactora, pero pronto llegaría. No se lo pensó dos veces y pidió el vestido que se encontraba en el escaparate del establecimiento.

—¿Lo tienen en la cuarenta? —La dependienta hizo un gesto con la mano, dándole a entender que estaba al teléfono y que esperase un minuto.

Después de trabajar en la pastelería, Lily conocía los quehaceres propios de una dependienta de la A a la Z y, tal como la mujer le pidió, esperó. Tras un par de minutos mirando la bisutería que había junto a la caja, la otra se dirigió a ella indicándole que iba a buscar su talla al almacén.

Lily había echado tanto de menos pasar largas tardes así, sola y rodeada de ropa, zapatos y probadores... Ahora, de nuevo volvería a disfrutar de lo que consideraba uno de los placeres de la vida.

La dependienta salió de detrás de una cortina verde oliva con el vestido en cuestión. Lily la observó acercarse y, cuando le tendió la prenda, la cogió entre sus brazos como si acunase a un bebé recién nacido.

—Es que me gusta mucho, ¿sabe? —le dijo a la mujer, al ver que la miraba con una expresión bastante rara.

—¿La acompaño al probador?

—No, no. Gracias. Me lo llevo ya. Cóbrese. —Sintió un éxtasis supremo al entregarle la tarjeta de crédito.

Dos minutos más tarde, salía de la tienda con una bolsa de papel en la mano derecha.

«Qué placer, Dios mío, qué placer.»

Ya en el espejo de su casa, no podía parar de mirarse. Estaba estrenando. Algo que no sucedía desde hacía demasiado tiempo. Y aquélla era además una ocasión muy especial para estrenar un vestido de esas características. Ale las había citado en el Raiki Beach a las once en punto y cuando Aceituna insistía tanto en quedar un sábado por la noche era por dos motivos: o porque no tenía plan con ningún tío para follar o porque necesitaba desesperadamente contarles algo que la atormentaba.

Se echó un último vistazo y, tras darse el visto bueno, salió del loft con una gran sonrisa. Esa noche vería a sus mejores amigas y le echaría un ojo a su chico, al que le tocaba trabajar.

«Qué más puedo pedir.»

Aún no había llegado al Raiki, pero Lily se dio cuenta de que aquel vestido había sido todo un acierto. Lo bueno de ser tan exuberante y alta era que los vestidos de su talla le quedaban más cortos de lo habitual, así que enseñaba cacha de la buena. Lo comprobó cuando, al ir a pagarle al taxista, éste le dijo que las

chicas tan guapas se merecían que las invitasen de vez en cuando. Y lo corroboró con las poco disimuladas miradas de los dos maromos que había en la puerta del local cuando llegó al Raiki.

—Eeeeeh, que es mía y lo sabéis —dijo Ian al verla, cuando justo había salido para despedir a algún buen cliente que se iba con el estómago lleno—. Hola, nena. Estás preciosa.

Aquel hombre la hipnotizaba de la cabeza a los pies. No sólo se mareó levemente al verlo con aquel traje ceñido, que acentuaba sus brazos, sino que alguna que otra parte de su anatomía también se quedó fascinada.

—Gracias. Tú tampoco estás mal. —Sonrió tímidamente, por vergüenza a demostrar lo que en realidad estaba sintiendo en ese momento—. ¿Han llegado ya las chicas?

—Hace un rato, sí. Ya las he saludado, así que no te preocupes, es noche *only girls*. Lo entiendo. Ve y pásalo bien, anda.

—¿Te espero y dormimos juntos? —Se dio la vuelta justo cuando uno de los porteros le abría la puerta.

—Contaba con ello.

Ian se quedó en la calle, saludando a un conocido, y Lily entró pensando en la noche tan completita que la esperaba. Ojalá todos los sábados fuesen así de geniales, pasándolo en grande con las amigas y sabiendo que después la aguardaba un polvo en casa, llegara a la hora que llegase.

—Y eso es todo. Soy lo peor, ¿a que sí? Desde que os conozco, no hago más que hablaros de cómo utilizar a los hombres, que son carne con un pito erecto y nada más. ¿Y ahora qué? Emborrachándome para olvidar a un hijo de puta que ha conseguido llegar al hueso de mi aceituna.

—Brindemos por el hueso de tu aceituna —dijo Luisa, achispada, con su gin tonic en alto—. Ale, en serio, no te amargues... A todas nos ha pasado. En realidad, te engañabas a ti misma pensando que nunca, jamás de los jamases, te ibas a acabar enamorando de uno de los millones de tíos a los que te tiras.

—*Amore? Ma chi ha parlato di amore*? [6] —se sobresaltó Ale—. Quiero decir, ¿amor? ¿Has bebido más de la cuenta o qué? Llámalo *enchichimiento*, como mucho.

—Se dice enchochamiento, Ale —la corrigió Merche, con su mosto en la mano.

—No, Huevo, que hablo castellano mejor que tú. Digo enchichimiento porque mi chichi sí está enamorado de esa cosa tan tan tan grande que tiene, pero yo no.

—Llámalo X, cielo. —Lily había estado escuchando toda la conversación, pero no intervino hasta ese momento. El hecho de que Ale hubiese reconocido ante sus amigas que se había pillado por un tío era algo completamente novedoso para ella—. Pero el caso es que estás enchichada o como lo quieras llamar. ¿Cómo lo vas a afrontar?

—¿Cómo que cómo? Ya lo he afrontado. Ayer lo mandé a la mierda, que es lo que tenía que haber hecho hace tiempo, cuando descubrí por primera vez cómo era ese jodido finlandés en la cama.

—Pero ¿tú eres tonta? —gritó Lily—. ¿El tío te gusta?

—A mi chichi le encanta, sí.

—¿Hola? ¿Os importaría dejar de hablar de esa forma delante de mí? Gracias. —Merche siempre se sentía incómoda con vocabulario de ese tipo, que ella denominaba como «extremadamente soez».

—¿Pues entonces? Mira, por una vez, deja de ser tan Ale y compórtate como una chica que puede que haya encontrado a un chico que merece la pena. —Luisa comenzó con el típico discurso de amiga, mientras las otras dos iban afirmando con la cabeza a modo de aprobación—. ¿No te has parado a pensar que a lo mejor te quedas sola, con esa actitud tuya de «a mí ningún tío me tose»? Pues te voy a decir una cosa bien clarita que pienso desde hace mucho tiempo: eres una cagada. Ya está, ya lo he dicho. Una cagada, una rajada o como te salga del chichi llamarlo.

—Pero ¿qué dices? —Ale, enfadada, se levantó de la silla.

—Es cierto, Aceituna. —Lily no quiso dejar a Luisa en la estacada—. Vamos, ¿por qué no lo intentas? Que te rompiesen el corazón a los quince años no te da motivo para dejar pasar trenes así. Además, estoy segura de que Luisa tiene toda la razón. No es que tu chichi sea el único que quiere probar con ese chico, sino que tu miedo es más fuerte que tu pepitilla. Y sí, dejemos de nombrarlo así, que Merche tiene razón, cuanto más escucho esas palabras, peor me suenan.

—¿Y tú no vas a decir nada o qué? —Ale se dirigió a Merche, pero inmediatamente después de hacerlo, se arrepintió. Si había alguien en la mesa que derrochaba romanticismo por todos los poros de su piel, ésa era el Huevo del grupo.

—Pues sí, te voy a decir algo. Luisa y Lily tienen razón, pero no sé para qué me preguntas, si sabes que yo te voy a dar la lata más que ellas. Quítate ya esa careta de tipa dura que llevas puesta. Todos nos enamoramos. Cada día, cada hora, en cada esquina comienzan historias. Que luego salgan bien o mal es otra cosa. Ale, escúchame —cogió la mano de su amiga y se la posó sobre el vientre—, ¿lo notas? Pues este pescadito no estaría aquí si no hubiese sido porque mi amiga Lily me presentó a un hombre maravilloso que, el destino o lo que fuera puso en su camino de una manera u otra para que al final acabase conociéndome a mí.

»¿Y quieres saber más? ¿Crees que no me rallé al principio, cuando supe que Mike le tiraba los trastos a Lily? Pues claro que pensé en mandarlo a la mierda. Pero mira, ahora va a haber un nuevo miembro en el Comando gracias a que dejé de lado mis comeduras de coco y tiré para adelante sin pensar en nada más que en que el chico en cuestión me gustaba.

Un cri cri, cri cri se quedó vagando encima de sus cabezas unos instantes. Lily siempre se había preguntado si Merche sabía «lo suyo» con Mike. Cómo admiraba a aquella mujer que creía en el amor sobre todas las cosas. Ale rompió por fin aquella barrera silenciosa que se había levantado ante ellas:

—No os paséis, ¿vale?, que yo de niños no quiero saber nada.

—Tampoco te estamos diciendo eso, sino que rompas tus barreras y des un paso más. ¿Que sale mal? Pues que salga. Nos emborracharemos para olvidar, como hemos hecho siempre, y ya está. —Las últimas palabras de Lily parecieron surtir efecto en su amiga.

—Creo que voy a mandarle un mensaje diciéndole que mi chichi lo espera esta noche.

—¡Ale! —gritaron las tres amigas al unísono.

—¿Qué queréis? ¡No me pidáis más! Os estoy haciendo caso, pero ¡a mi modo!

El final de la velada no fue tan genial como Lily había previsto unas horas antes, cuando Ian la vio con aquel vestido. La noche de pasión desenfrenada que se había imaginado, se tradujo en una de bella durmiente.

Cuando salieron del Raiki, el alcohol que llevaba en su cuerpo hizo que apenas pudiese abrir los párpados, por lo que, cuando llegaron al loft, Ian tuvo que meterla en la cama y dejar que durmiese la mona, como diría su madre. Aquella noche, el único placer que tuvo en aquella cama fue el sueño que la dejó K. O. hasta la mañana siguiente.

Aunque hubiera querido remolonear en la cama durante todo el día, se obligó a madrugar para dedicarse a todos los asuntos que tenía pendientes. Antes, con el paro como única compañía de lunes a viernes, le daba tiempo para muchas más cosas que ahora, con un horario con el que sabía cuándo entraba a la redacción, pero no cuándo salía. Por eso, cuando Ian se marchó a su casa, Lily, con la amiga resaca presente, intentó ordenar sus ideas y pensó en dos puntos que no podía dejar pasar durante más tiempo. Novela y deporte serían sus dos compañeros para esa mañana.

Hasta ese momento, sólo había mantenido contacto con Sandra, su agente, vía mail, pero tras pensarlo un par de minutos, cogió el iPhone y marcó su teléfono. Era domingo, pero no le importaba. Sin

embargo, a Sandra sí debió importarle, porque, no supo si era por el día de la semana o por la hora en que la llamó, pero Lily oyó el típico *pipipi* al tercer timbrazo. Le había colgado.

De: Lily Olsen
Para: Sandra Ruiz
Asunto: Disculpas
Buenos días, Sandra.

Discúlpame por haberte llamado en domingo. Entiendo que no era el mejor día para molestarte, pero no sé si sabrás que he empezado a trabajar como periodista y, ya sabes, vuelvo a no tener vida propia. Mis horarios no son horarios, básicamente vivo para trabajar. Por eso no te he dado la tabarra en toda la semana, pero me gustaría saber si hay alguna novedad con respecto al manuscrito.

Sé que si hubiese alguna noticia me lo habrías dicho, pero no sé, siento que no estoy haciendo nada para que este proyecto salga adelante, sólo esperar, y sabes que la paciencia y yo nunca hemos hecho muy buenas migas. ¿Necesitas ayuda? No sé, si quieres, me pongo yo en contacto con alguna editorial. Si me diriges, yo podría hacer algo en los pocos ratos que tengo libres...

De nuevo discúlpame, no sólo por la llamada en domingo, sino por este correo, también en el día de descanso de la semana. Espero tu respuesta y gracias por todo,

Lily

El primer punto del orden del día lo había solventado antes de lo previsto, así que, al mirar el reloj, vio que aún tenía dos horas, que decidió que dedicaría a machacarse en el gimnasio. Necesitaba descargar la adrenalina que no había soltado en toda la semana. Cogió su bolsa de deporte al vuelo y puso rumbo hacia allá.

Al llegar, preguntó por Mike en recepción, pero no estaba. En su lugar, había un chico bastante atractivo, que le dedicó la mejor de las sonrisas en la entrada. Lily, ruborizada, le devolvió el gesto. ¿Cuántos años tendría aquel chaval? ¿Veinte?

«Pues qué bien están con veinte añitos, joder.»

No recordaba nunca haber ido al gimnasio en domingo. Era una novedad, así que como novedad tomó también la rutina de trabajo. En vez de ir a la sala de cardio y musculación, como solía ser

habitual en ella, ojeó el calendario de clases colectivas de la mañana. En diez minutos comenzaban dos: cardiobox y, para jodienda de Lily, spinning. Ni siquiera contemplaba esas opciones al cincuenta por ciento, ya que se prometió a sí misma, allá por la época en que conoció a Mike, que jamás volvería a subirse a una de aquellas bicis del infierno, que la dejaban sin ser persona durante cuatro o cinco días. Se decantó por la otra clase, de la que, por cierto, había oído hablar pero nunca había probado.

—¡Vamos, vamos, vamos! ¡He visto osos perezosos más activos que vosotras! ¡Venga, venga, venga! ¡Más fuerte, más, más, más! ¡Hay que quemar los cubatas de anoche! ¡Vamos, vamos! ¡No quiero ver celulitis en esos culos!

Cuando llevaba un rato saltando sin parar y moviendo los brazos como si espantase moscas, empezó a pensar que quizás hubiese sido mejor haber entrado en spinning. Jamás entendería el puro nervio que tenían los monitores de gimnasio. Una vez más, se dio cuenta de que ir a correr o tirarse una horilla en la bicicleta elíptica no era, ni mucho menos, estar en forma.

Muerte al gimnasio

Pues sí, le daría muerte ahora mismo. De hecho, mientras estoy escribiendo esto, sufro un dolor intenso en los brazos. No sé de dónde estoy sacando las fuerzas, de verdad. ¿Os podéis creer que yo, que se me ha pasado alguna vez por la cabeza correr la media maratón, esté diciendo ahora que estoy a punto de ir a quemar mi gym? Pues sí, lo reitero. Muerte al gimnasio y a los monitores que en ese momento se encuentren dentro.

Yo siempre presumo de amar el deporte y de tener la cinta como una de mis mejores amigas, pero ahora me doy cuenta de que eso no es sinónimo de estar en forma. Estar en forma es, durante una hora, no parar de saltar como un canguro a la vez que oyes gritar «¡Venga, vamos, moveos!» a los monitores. En serio, ¿cómo pueden? ¿¡¡Cómo!!?

Hoy he entrado por primera —y última— vez a una clase de cardiobox. A este paso, me quedo sin grupos colectivos a los que ir... Me he levantado con resaca y he ido al gimnasio en domingo para descargar un poco. Pero no sólo no he descargado, sino que vuelvo con más peso, traducido en dolor y agujetas, que me parece que me acompañarán hasta la muerte. Creo que los treinta tienen algo que ver con todo esto. Me voy a tirar al sofá con manta y peli.

Lily

Niña, imagino que no habrás olvidado que hoy nos toca reunión familiar en casa de mamá. ¿Quieres que te recoja en un par de horas?

Genial, si antes se tumbaba para descansar... Había olvidado por completo que era domingo en familia. Contestó a Jaime con un «Sí, por favor», ya que veía casi imposible poder mover los brazos para conducir y se metió en la ducha con la esperanza de que el agua se llevase todo el entumecimiento de su cuerpo.

—¿Mamá te ha dado la lata con todo el tema de Caye?

Iban de camino a casa de Silvia, pero tenían media hora para hablar de algunos temas para los que no querían que su madre estuviera delante.

—¿Tú qué crees? —sonrió él—. Como si no la conociésemos... Aunque tengo que admitir que no se está metiendo tanto como pensaba. Me sorprende que no me haya dicho de venirse a vivir con nosotros para cuidar a los niños.

En realidad, ese pensamiento también se le había pasado a Lily por la cabeza en más de una ocasión.

—Esto... ¿y tú cómo lo estás llevando, Jaime? —Llevaba días queriendo tener una conversación con él, desde que Luisa le contó que había visto a la escoba con otro tío, pero era su hermano mayor, el que, mejor o peor, había ejercido de padre para ella, y no sabía cómo narices abordar el tema—. ¿Y los niños?

—Los niños no lo llevan mal. Al fin y al cabo, Caye llevaba varios años en los que apenas pasaba tiempo en casa. Siempre en Londres, con sus exposiciones... ¿Sabes? No sé cómo no me di cuenta

antes... Bueno, en realidad, claro que lo sabía, pero te quieres engañar a ti mismo... ¿Te puedes creer que lleve con el british tres años? ¡Tres años, Lily! Jodida zorra.

Vaya, la conversación no estaba yendo por donde ella había pensado. Jaime lo sabía... De hecho, tenía más datos que ella.

—Bueno... No esperes que sea imparcial, hermanito.

—Lo sé, lo sé. Sé que nunca te ha caído demasiado bien...

—¿Demasiado bien? ¡Vamos, Jaime! ¿Tú recuerdas cómo eras antes de conocerla? ¿Sabes lo que era admirar a tu hermano mayor por su carácter, por ser el primero en todo, el que mejores notas sacaba, el líder de sus amigos? De repente, la conociste y, bueno... Todo cambió, ya sabes a qué me refiero. Ya no eras tú. —No le estaba diciendo que ella ya conocía la existencia del otro hombre, pero vio la oportunidad de soltar por la boca todo lo que llevaba años callando—. Te volviste mohíno, sin luz. Te casaste y, desde entonces, tu vida sólo era ella y tu trabajo. Dejaste de lado a tus amigos y bueno... a mí.

Esas últimas palabras dejaron helado a Jaime, que la miró con una ternura que hacía tiempo que ella no veía en su rostro.

—Lily, tú eras, eres y serás siempre mi hermana. Siempre. —Hizo una pausa para coger aire—. ¿Sabes? Yo también he notado que hacía mucho que no teníamos la relación de la que siempre habíamos presumido. Te quiero, enana.

De repente, volvió a ver a su hermano mayor en ese hombre que ahora conducía el enorme Lexus familiar.

—Yo también. ¿Y sabes qué? Que no hay mal que por bien no venga. Nos hemos quitado de encima a esa gilipollas —quizás se había excedido, pero no le importó— y ahora podrás estar más con nosotras —refiriéndose a ella y a su madre—, con los niños y, por supuesto, conocer a una mujer maravillosa que te valore de verdad y te deje ser tú mismo. Por cierto, ¿y mis queridos sobrinos?

—Sólo has tardado veinte minutos en echarlos de menos, ¿eh? —Jaime rio—. Están con la hermana de Caye, pasando el fin de semana en su casa rural. Entiendo que mi relación con su madre

esté acabada, pero también tienen familia por su parte. ¿Te he dicho que ni siquiera va a pedir la custodia? Increíble...

«Pero mira qué es cerda.» Esperó un par de segundos para contestarle y decidió ser sincera respecto a lo que pensaba de ese tema:

—Mejor, Jaime. Los niños te adoran, tú eres su padre y ella... digamos que ella era una madre, pero no su madre, pues nunca se ha comportado como tal... —Ya estaban llegando—. Me da pena por ellos, porque al final crecerán como nosotros, sin uno de sus padres al lado, pero bueno...

»Antes de que entremos, ¡no me has contestado! ¿Me prometes que pondrás todo de tu parte para conocer a alguien en condiciones?

—¿Quién te dice que no lo he hecho ya?

—¿¡¡Qué!!?

Pero en ese momento, su madre abrió la puerta, por lo que la conversación no pudo ir más allá, dejando a Lily con la boca abierta, a la espera de poder abordar de nuevo a su hermano.

—¿E Iván?

—Ian, pensaba que ya te habías aprendido su nombre. Hola, mamá. Yo también me alegro de verte. —Qué manía tenía la gente de preguntar siempre por la pareja, en vez de por la persona que se tenía delante en ese momento—. Tiene trabajo en el restaurante. Está muy ocupado y no va a venir hoy, pero yo estoy bien, gracias por preguntar.

—Ay, terroncito, no me has dado tiempo...

—¿Y mis nietos? —Ahora se dirigía a Jaime, pero no para preguntar por él.

—Tampoco vienen hoy, y yo también estoy bien, mamá —rio él, repitiendo las palabras de su hermana.

—Cómo sois, de verdad, hijos, cómo sois...

Un par de horas más tarde, cuando ya era hora de volver a casa, Lily intentó sacar de nuevo el tema X con su hermano.

—Ni lo intentes, enana. No hay nada que contar.

—Pero si...

—Que no, Lily. Ya hablaremos.

Sabía cuándo debía cortar una conversación y, sin duda, aquél era el momento de hacerlo.

—Bueeeeeeeeeno —alargó la vocal—. Pero ¡prométeme que seré la primera en enterarme de todo lo que pase!

—Prometido. Por cierto —estaban frente al portal de Lily—, ¿podrías darme el teléfono de Ian? En el bufete tenemos un evento bastante importante dentro de unas semanas, con un grupo de embajadores y cónsules, y queríamos montar algo, no sé, un catering o alquilar una sala para una cena. ¿Crees que podría proponérselo a él?

—¿Estás de broma, hermanito? ¡Le encantará!

Ya en su cama, sintió una felicidad que hacía tiempo que no experimentaba. Sentía que su relación con Jaime volvería a ser lo que había sido siempre. Sintió que su vida cobraba cada vez más sentido, que su cabeza comenzaba a amueblarse debidamente y que todas las piezas encajaban. Antes de dormir y despertarse, de nuevo, en un jodido lunes, le escribió un mensaje a su hermano dándole las gracias por tener en cuenta a su chico y, sobre todo, por haber vuelto. Simplemente, por haber vuelto.

28

Los días en *Z Magazine* transcurrían en un abrir y cerrar de ojos. Ya llevaba trabajando en la revista dos meses y se le habían pasado volando. Se dice que cuando se trabaja en lo que a uno le gusta, no se trabaja, sino que se disfruta de su hobby, y eso era lo que ella sentía cada vez que cruzaba las puertas acristaladas de la entrada y caminaba hacia su mesa, donde siempre la esperaba Paloma con una sonrisa en los labios.

Ese jueves de primeros de agosto amaneció como cualquier otro día, pero lo que Lily no sabía cuando el *pipipipi* de su despertador sonó esa mañana era que esa jornada no sería un jueves cualquiera. Apenas había comenzado ese mes de verano, pero la redacción acusaba el hecho de que la mayor parte de su plantilla se encontrase de vacaciones.

A Lily y Paloma, por su parte, no les correspondían días de descanso, por haber empezado a trabajar tan entrado el año. Ya tendrían su ocasión en octubre o noviembre. Aun así, no les importaba trabajar durante aquella época, ya que disfrutaban de lo que hacían. Se habían convertido en un tándem perfecto, que tenían ideas muy similares y sabían separar las horas de trabajo intenso con los pocos ratos libres que su profesión les permitía. Más aún durante esos días, cuando tenían que hacer el trabajo de todas las personas que faltaban.

Se hallaban cerrando el número de noviembre y estaban a la espera de recibir unos tocados para la sesión de fotos de aquel jueves. Sabían que ese día saldrían muy tarde, así que Lily avisó al

Comando Ensaladilla de que no podría quedar con ellas. Le escoció un poquito el hecho de no tener vida propia, pero aquella sesión de fotos significaba mucho para ella.

Hasta ese momento, y aunque era redactora y no ayudante, siempre había estado bajo las órdenes de la redactora jefe o incluso de Mireia, la subdirectora, cargo que ésta le recordaba cada vez que podía. No había tenido ocasión de demostrar verdaderamente su talento, puesto que las ideas ya le venían dadas.

Sin embargo, aquella tarde la sesión recaería sobre ella. Podía salir bien y conseguir llamar la atención de la directora o, por el contrario, pifiarla hasta límites insospechados. Era su oportunidad.

Lily llevaba semanas preparando aquella sesión. El número de noviembre nunca destacaba por nada especial. No era Navidad ni San Valentín ni comienzo de estación, así que siempre solía ser un mes un poco light en contenidos. Por ello, Lily le había querido dar muchas vueltas a ese editorial de moda. Sabía que *Z Magazine* no arriesgaba. Sabía quiénes eran sus anunciantes y sobre ellos trabajaban. No daban la oportunidad a otras firmas que, con menor presupuesto, o carentes de él, nunca salían en una cabecera como aquélla. Por eso Lily les pensaba dar una oportunidad.

Había preparado un especial de nuevos creadores. Nuevos talentos del país que pedían a los cuatro vientos una oportunidad. Como la que ahora le estaban ofreciendo a ella. Durante más de diez días, contactó con numerosos diseñadores noveles que, tras escuchar lo que Lily les proponía, aplaudían ilusionados y extasiados. Jóvenes que ni de lejos tenían gabinete de prensa ni representante, pero que verían alguna pequeña pieza de su colección en aquel especial. Poète, POL By Design, Leticia Valiente, Vi&Villamor...

Finalmente, se había decidido por una veintena de marcas que le proporcionaban lo que necesitaba para la sesión. Vestidos, ropa interior, complementos... estaba todo preparado. Era todo o nada.

Alrededor de las cuatro, por fin llegaron las últimas piezas que necesitaba. Estaba todo listo. Las fotografías se harían en uno de los platós de la planta del sótano. Las paredes, de un blanco impoluto,

se entremezclaban con imágenes de mujeres ilustres en blanco y negro: Audrey Hepburn, Marilyn Monroe, Sophia Loren o Tiggy eran algunas de las que estaban presentes en aquellos muros.

Las modelos lucirían las piezas de los jóvenes diseñadores recreando dichas imágenes, aunque con moda actual y más arriesgada. La guinda final llegaría con la edición de las fotografías. Todo sería en blanco y negro, incluidas las modelos, y sólo destacarían las piezas de ropa y los complementos, resaltado todo ello con filtros potentes, para darles un punto de color más fuerte.

Lily lo tenía muy pensado y estaba decidida a que todo saliera tal como ella lo imaginaba.

—Paloma, cariño, esta tarde quiero que estés al cien por cien, ¿vale? —le dijo a su compañera—. Nos jugamos muchísimo con esta sesión de fotos. Las dos.

—¡Claro! ¡Saldrá todo genial, Lily! ¡Lo llevas planeando semanas! ¡Es una idea estupenda!

—Yo también lo creo, la verdad... Pero el hecho de que no sean grandes anunciantes me preocupa mucho... —Hizo una mueca de disgusto—. ¡Esperemos que merezca la pena! ¡Vamos allá!

Ellas dos se encargarían de vestir a las modelos y tenerlo todo bajo control. El resto del equipo estaba compuesto tan sólo por el fotógrafo, también becario de la revista, y una chica a la que Lily no conocía, que se encargó del maquillaje y los peinados.

La sección de moda de noviembre de *Z Magazine* estaba a cargo de cuatro personas que, entre todos, no sumaban un año de experiencia en dicha cabecera. Pero, las ganas y el entusiasmo que derrochaban eran mayores que una década al servicio de la revista.

Fueron cinco horas seguidas de trabajo. Cinco horas en las que hubo cientos de cambios de última hora.

«No, así no me gusta. Pon esa mano retirándote el pelo. La número dos no pega con la foto de la Loren, mejor ponemos a la cuatro con ésta y a la dos la pasamos con Marilyn. Retoca este

maquillaje. No veo clara esta iluminación, ¿tú cómo lo ves?» Nada era lo bastante bueno para Lily, pero tras cinco horas, se dio por satisfecha.

Echaron una última ojeada a las imágenes que el fotógrafo había descargado en el ordenador y sonrieron. Era un gran trabajo.

—Recuerda lo que hemos hablado, Luis. —Esa tarde, Lily había hablado más con ese chico que en todo el tiempo que llevaba en la revista—. Lo queremos todo gris, muy gris, con filtros transparentes y las prendas muy, muy, muy vivas. Aumenta la saturación o lo que haya que hacer, ¿vale?

—Tranquila, Lily, me lo has explicado unas mil veces, creo que he entendido lo que quieres a la tercera o cuarta —bromeó él—. ¿Os apetece tomar algo, chicas? Nos lo merecemos —añadió, mientras guardaba la última cámara en su funda.

Paloma le lanzó una mirada inquisitiva y Lily respondió afirmativamente, guiñándole un ojo. No le habían pasado desapercibidos los gestos entre el fotógrafo y ayudante de redacción durante toda la tarde. Los chavales se gustaban.

—¡Claro! Lily, ¿vienes? —preguntó Paloma, sonriente, viendo que lo que había sentido hacia Luis parecía ser mutuo.

—No, pasadlo bien, chicos. Cuando se cumplen los treinta, te conviertes en una vieja y pasadas las nueve ya son horas de estar metida en la cama. —Sonrió ante la cara de póquer de los otros dos —. No, en serio, otro día, ¿vale? Todavía tengo cosas que hacer cuando llegue a casa.

Y así era. Cuando llegó al loft, todavía tenía cosas pendientes en la agenda. Los últimos días había dedicado muy poco tiempo a otras tareas que tenía en la revista. Para la semana siguiente, debía tener preparadas las preguntas de una entrevista que le haría a una oncóloga y decidió que ése era el momento perfecto. Se puso a ello, pero pronto tuvo que dejar su tarea:

—¿Cómo te ha ido, nena? —No había cosa que le gustase más en este mundo que recibir una llamada de Ian en uno de los descansos de éste.

—No lo sé... Creo que podría haber salido mucho mejor... —Era cierto, nunca estaba lo bastante contenta con su trabajo.

—Vamos, cielo, no seas tan exigente contigo misma. Seguro que serán unas fotografías espectaculares.

—Gracias. —Agradecía de corazón que aquel hombre siempre estuviese en el momento apropiado para darle un empujón—. Soy lo peor, tú acordándote de mi día y yo no he sido capaz de preguntarte por el tuyo. ¿No era hoy lo del evento de mi hermano?

—En realidad fue el martes —rio él. Aparentemente, no estaba enfadado—. Salió todo muy bien, tranquila, y creo que el jefe de Jaime acabó encantado. Entró a la cocina a felicitarme. —Lily adivinó una sonrisa de suficiencia al otro lado del teléfono. Su chico era un gran chef.

—Lo siento. ¿Cómo he podido no acordarme? ¿Me perdonas?

—No hay nada que perdonar, tonta... Llevamos unos días sin vernos, es normal que no estemos al cien por cien. Curramos demasiado.

—¿Crees que nuestros trabajos acabarán con nosotros? En serio, ¿crees que anteponemos el trabajo a nuestra vida, Ian?

—No lo sé, rubia. Supongo que para dos personas como nosotros, que amamos nuestra profesión, es difícil desconectar de ella. ¿Tú serías capaz de dejar el periodismo? —Lily hizo un sonido a modo de negación—. Pues yo tampoco dejaría la cocina ni los negocios. —No sabían por qué, pero el silencio se adentró como un tercero más en esa conversación—. Te dejo, nena, que ya se ha acabado mi descanso.

¿Trabajamos para vivir o vivimos para trabajar?

Sé que es tarde y que debería llevar más de dos horas durmiendo, pero no puedo. Hace más de treinta minutos que estoy metida en la cama, pero soy incapaz de conciliar el sueño dándole vueltas a una pregunta: ¿Trabajamos para vivir o vivimos para trabajar?

Hoy ha sido uno de esos días en mi carrera que podría significar un antes y un después dentro de Z Magazine*, pero ¿quiero realmente llevar este tipo de vida? ¿Anteponiendo mi trabajo a mi vida personal? Hace días que no veo a Ian, ni al Comando Ensaladilla. Ni siquiera he tenido un rato libre para llamar a mi hermano o a mi madre. ¿Es esto lo que quiero?*

Y lo que más me reconcome es que tengo muy clara la respuesta. Lo que más me jode es que sí, sí que quiero. Tengo clarísimo que el periodismo no es algo más, es mi forma de existir. Mi vida. A veces me asusta pensar así. Pensar que sería capaz de dejarlo todo por, no sé, por llegar a lo más alto. ¿Es eso egoísta por mi parte?

Bueno, son cosas mías. En realidad, sólo ha sido un día más. Buenas noches.

Lily

Pipipipi. Pipipipi. Pipipipi. Cada mañana el despertador sonaba a la misma hora y cada mañana Lily odiaba al mundo cuando lo oía. Sería un viernes muy tranquilo en la redacción. No había nada programado para aquel día y la directora no volvería hasta la semana próxima, cuando examinaría su trabajo.

No se arregló demasiado. Apenas la vería nadie, más allá de los tres últimos monos que pringaban en agosto en aquella oficina. Una coleta, una camiseta y unos shorts con deportivas sería su atuendo para aquella jornada de trabajo.

> Recordad. A las cinco. Sed puntuales. *I'm exciting!*
> ¡A las cinco!
> Sí, seré puntual. ¡Lo prometo!

Mierda, mierda, mierda. Aquellos mensajes del grupo de WhatsApp del Comando dejaban claro que habían quedado a las cinco. Y, al parecer, por algo importante, pero Lily no conseguía recordar qué. Últimamente estaba dejando su vida demasiado de

lado y comenzaba a agobiarse. La que más impaciente parecía por que llegase la cita era Merche, así que decidió no preguntarle a ella. Finalmente, confió en Luisa y se excusó siendo sincera:

Tía, mátame, pero no sé para qué hemos quedado hoy... *Help me!*

Joder, Patata... Hoy es el día de la última prueba del vestido de novia de Merche...

No me puedo creer que me haya olvidado de algo así... Estaré a las cinco, pero por favor, ¡ni se te ocurra decirle a las otras que no me acordaba!

Cómo se lo voy a contar... ¿Es que acaso quieres morir? Tía, tienes que bajar un poco el ritmo. Nos vemos luego. Tq, Patatilla.

Qué fácil es decirlo... *See you later*.

Sonrisas y lágrimas podrían haber definido aquella tarde. Merche no podía estar más contenta. La felicidad se reflejaba en su rostro de una manera suprema e irradiaba una luz incontenible, que llegó hasta sus amigas, que no podían parar de mirarla de arriba abajo, intentando, sin lograrlo, cerrar la boca.

—Pero por favor, ¿se puede estar más guapa? —dijo Lily, sentada en uno de los bancos de terciopelo del salón de la boutique —. Dios mío, Merche, estás preciosa...

Los ojos parecían que se les iban a salir de las órbitas.

—¿Creéis que cabré en él dentro de un mes? —Merche se rodeaba a sí misma con los brazos y tocaba nerviosa la parte del vestido que cubría su tripita de ya casi seis meses.

—Ya te han dicho que sí. No seas boba. —Luisa se acercó a su amiga y le atusó la cola—. Han dicho que te van a dar varios centímetros de más. Te casas dentro de cuatro semanas, Merche. ¡Cuatro semanas!

La dependienta, que en ese momento andaba liada con otra novia a unos treinta metros, se sobresaltó al oír los gritos de las tres chicas que admiraban a aquella novia embarazada.

—Joder, Huevo, ¡es que estás cañón hasta con esa barriga! —En ese momento, Lily le echó una mirada furtiva a Ale, la que había hablado—. ¡Qué! Pero ¡si es verdad! ¡La mayoría de preñadas, a

estas alturas, ya tienen los pies hinchados y la cara y las tetas como globos!

Justo en ese instante, la que debía de ser la encargada de la tienda entró en los probadores:

—Oh, señorita Mercedes, está preciosa. —Dio unas palmaditas —. Recuerde que aunque el vestido es holgado, no podrá engordar demasiado. Y ustedes —se dirigió al resto del Comando— deben de ser las damas de honor, ¿verdad? —Todas afirmaron con la cabeza sin abrir la boca—. Bien, pues recuerden que podrán recoger sus vestidos la próxima semana y que, por supuesto, los suyos sí son ceñidos, así que no me engorden, por favor, no me engorden.

—Ni un gramo, se lo juramos —Ale rio por lo bajo—. Hasta dentro de un mes, nuestra dieta se basará sólo en alimentos verdes. —Levantó la mano derecha a modo de juramento.

—Se lo juramos —dijeron todas, riendo ante la expresión de la encargada, que debió de pensar que se reían de ella.

A la salida de la boutique, Mike las esperaba con una sonrisa de oreja a oreja.

—Eeeeeeeeh, ¡tú no deberías estar aquí! —dijo Lily, mientras le daba dos besos en las mejillas.

—¡No he cometido ningún delito, no la he visto vestida de novia! Venga, que venía a buscaros para invitaros a tomar algo.

—Éste sí que sabe ganarse a las amigas. ¡Me apunto! —A Ale le bastaba la palabra invitación para decir un sí sin vacilar.

—¿Y las demás? —Merche se había acercado a su chico y le cogió de la mano.

—Id vosotros, yo tengo un montón de trabajo acumulado. —Era cierto, pero Lily sentía que estaba dejando a sus amigos en la estacada.

Luisa debió de notarlo, porque se solidarizó con ella.

—Yo tampoco, chicos. Estoy súper cansada. Me voy con Lily paseando, no os preocupéis.

Caminaron en silencio unos minutos.

—Me voy contigo a casa. No hay discusión. —Lily agradeció enormemente el gesto de su amiga. Debía de haber notado que estaba rara—. Sé que te pasa algo y me lo vas a contar sí o sí. Además, que yo también tengo algo que contarte.

—Y eso es todo, Luisa. Si a mi jefa le gusta mi trabajo, y hablo de la verdadera directora, no de esa perra inmunda de Mireia, tengo posibilidades de entrar en la quiniela para cubrir un puesto de redactora en *Z Magazine América*. Por eso llevo unos días así, como una zombi, sin percatarme de lo que sucede a mi alrededor.

Su Atún en escabeche estrechó sus manos entre las de ella.

—¿De ahí tu último post? —Lily afirmó con la cabeza, con los ojos empañados en lágrimas—. Pero ¡es genial, cariño! ¡Es lo que has deseado toda tu vida, volver a tus orígenes! ¡Te irías a Nueva York! ¿Por qué no estás contenta?

—Porque no tendría fecha de regreso. ¿Y si mando mi vida a la mierda por algo que quizás no valga para nada? ¿Acaso debo de dejar todo lo que tengo aquí por perseguir un sueño que, al fin y al cabo, es sólo eso, un sueño?

—Lo dices por Ian, ¿verdad?

—Claro que lo digo por él, Luisa. Mi familia y vosotras estaréis ahí siempre, pero ¿y él? ¿Me esperaría? ¿Se vendría conmigo? ¿Tú le pedirías algo así? Ama su trabajo sobre todas las cosas. Es como yo...

—¿Cómo estás tan segura?

—Porque el otro día lo tanteé. Él cree que le pregunté de manera espontánea si nuestros respectivos trabajos acabarían con nuestra relación, pero en realidad lo hice con total conocimiento de causa. Ay, Dios, Luisa, ¿por qué todo es tan complicado? ¿Por qué todo llega siempre en el peor momento?

—Lily, cielo, te voy a hacer sólo una pregunta. ¿Recuerdas cuando pasó todo lo que pasó con Rober? —Ella respondió con un gesto de «Como para olvidarlo...»—. ¿Y qué te prometiste a ti

misma entonces?

—¿Que jamás dejaría de lado mi vida por un hombre?

—Exacto. Lily, no pienses más en ello. Sólo es una posibilidad, no sabes si esto saldrá adelante. Y si sale, ya veremos lo que hacemos, pero jamás, ¿me oyes? —levantó la barbilla de Lily buscando su mirada—, jamás dejes pasar tus sueños por alguien, sea quien sea.

—Gracias... Aunque no es tan sencillo.

—Lo sé —sonrió.

Una vez más, el silencio se apoderó de ambas durante unos minutos. La una pensando en el punto de vista que le había dado su amiga. La otra cogiendo fuerza y valor para soltarle lo que llevaba semanas rumiando para sus adentros.

—Bueno, ¿y qué era eso que me querías contar, pendejo? No será que te has acabado pillando del de maquetación... —Por mucha fuerza que hubiera intentado coger Luisa, al final había sido Lily quien había roto el hielo.

—¡Ni loca! —rio—. ¿Te imaginas? ¿Qué haría yo con ése? No, no es eso...

—¿Y quién es él? ¿Dónde se enamoró de ti? —bromeó canturreando.

—Por qué das por hecho que lo que tengo que contarte tiene que ver con un hombre, ¿eh?

La verdad es que Atún no le había dado ninguna pista al respecto.

—Tía, ¿estás de coña? ¿Qué es lo que, inevitablemente, para nuestro mundo una y otra vez? ¿Quiénes acaparan todas y cada una de nuestras conversaciones? ¿Quiénes hacen que ahoguemos nuestras penas en alcohol en un burdo intento por olvidarlos y lo único que conseguimos es verlos por todas partes? —Miró la expresión de Luisa—. Exacto, los hombres, así que, hija, no me hagas dudar de que esa cara no es de enamorada porque lo llevas tatuado en la frente...

—Es tu hermano.

Boom. Luisa lo soltó sin más, dejando muda a Lily, que, en ese momento, creyó que moriría atragantada con la patata frita que estaba a punto de ingerir.

«¿Mi hermano?»

—Ya sabes lo que hubo entre Jaime y yo hace... Bueno, hace millones de años. Cuando me enteré de que se divorciaba, hice una tontería de quinceañera que al final, mira, resultó. —Lily preguntó con la mirada—. Lo agregué por Facebook. —Se tapó con vergüenza la cara—. Siempre riéndonos de Ale por tirarse a esos tíos que conoce por internet y ahora soy yo la que ha encontrado a alguien por medio de una red social.

—Pero Luisa, cariño, ¡eso es fantástico! —La sonrisa de su amiga se hizo enorme. Al parecer, a Lily le gustaba la idea—. Sabes que siempre he querido que vuestra historia hubiera acabado de otra manera y no como acabó en la realidad, cuando esa zorrona se metió entre vosotros. Por lo que veo, llegaste a perdonarlo...

—¿Cómo no iba a hacerlo? Tardé años, y sabes que nunca he querido hablar de este tema contigo, por ser su hermana, pero no he podido dejar de pensar en él. Supongo que es cierto eso que dicen de que el primer amor nunca se olvida...

—Y el muy cabrón sin contarme nada... ¿Sabes que hace unos días hizo un amago de intentar decirme algo? Tendría que haber insistido...

Luisa rio con fuerza.

—No lo habría hecho. Le hice prometer que sería yo quien te lo dijese. Pero no te emociones, sólo llevamos un par de meses viéndonos, y queremos ir poco a poco. No quiero volver a cagarla y él va con pies de plomo después de lo del divorcio. —Soltó todo el aire que tenía en los pulmones. Era como haber perdido diez kilos de golpe sin dieta alguna—. Bueno, pues nada, ya lo sabes. Va a venir conmigo a la boda de Merche, por eso tenía que contártelo antes. ¿Cuñadas? —Le tendió la mano.

—¡Cuñadas! —Lily pasó del gesto de su amiga y se abalanzó sobre ella con fuerza, fundiéndose en un abrazo que se alargó unos minutos.

TERCERA PARTE

29

Septiembre llegó a Madrid sin previo aviso. Sin apenas despedirse, agosto se marchó como una exhalación, y como una exhalación también volaron la tranquilidad y el silencio de la ciudad. Un nuevo comienzo de curso arremolinaba sus calles, atestadas de gente que hablaba muy alto y corría de un lado a otro con móviles, maletines y tablets.

El metro acusó sobremanera la mayor afluencia de público en sus andenes el primer día de vuelta al trabajo. Lily, acostumbrada durante las últimas cuatro semanas a encontrar sitio para sentarse, resopló al entrar en el vagón y ver aquella estampa de decenas de personas hacinadas en apenas unos pocos metros cuadrados.

«Bienvenidos, todos.»

Ese miércoles se despertó caprichoso. Parecía que el otoño quisiera llegar antes de lo previsto y esa mañana el sol se había escondido entre unas nubes negras y compactas, como si le diese miedo la jornada que tenía por delante. Por si eso no fuera poco, ya hacía falta una chaqueta de entretiempo a primera hora, pues había comenzado a refrescar como si de octubre o noviembre se tratase.

Cuando Lily llegó a la oficina, el ambiente de nuevo se le antojó diferente. Las mesas volvían a estar llenas de incombustibles periodistas colgados de sus iPhones o escribiendo a velocidad de vértigo en sus teclados. Era como si agosto nunca hubiera existido, como si el mes más maravilloso que había pasado desde hacía mucho tiempo se hubiera esfumado.

—Marta quiere verte —la saludó la eternamente sonriente Paloma—. Voy un momento al almacén, que ha llegado una remesa de zapatos de Cherry Heel y no me los quiero perder por nada del

mundo, ¿vale? —La joven vio su gesto asombrado—. No soy adivina, es que hay un post-it en tu pantalla. En pleno siglo veintiuno y aún con notitas, ¿eh?

Marta era la directora de *Z Magazine*, que, por fin, se había dignado volver a la redacción. Supuestamente, sus vacaciones tendrían que haber acabado hacía más de dos semanas, pero el hecho de ser alguien importante en la empresa le daba unas ventajas que el resto de la plebe no tenía.

Lily había esperado verla durante días. Aún no sabía nada de su trabajo en el reportaje de moda y cada semana que pasaba estaba más nerviosa. Más irascible, más quisquillosa. Por si fuera poco, su vida estaba más patas arriba que de costumbre en los últimos tiempos.

Tras su acuerdo final con los milaneses, Ian andaba para arriba y para abajo sin parar, diciendo a todas horas lo feliz que era al ver que su trabajo comenzaba a dar sus frutos fuera de nuestras fronteras. Lily, por el contrario, cada vez estaba más mustia. Deseosa de conocer la opinión de su jefa, pero a la vez muerta de miedo. Temerosa de que no le gustase y más temerosa aún de que le maravillara.

—Querías verme, ¿verdad? —preguntó al entrar en el despacho de la directora. Esa situación le recordó inevitablemente su despido en *Di Sole*, hacía casi un año—. ¡Qué morena! —El tono de sus palabras no pudo sonar más falso.

El caso era que aquella mujer no le caía mal, aunque tampoco había tenido mucho tiempo para tratarla. Reuniones, desfiles o congresos internacionales siempre la alejaban de estar con su redacción al pie del cañón.

—Lilyana —«empezamos bien»—, ¿en qué pensabas cuando hiciste esto? —Le tendió el número impreso del mes de noviembre abierto por la página veintitrés, justo donde empezaba su trabajo.

Menos mal que aquel ejemplar sólo era una prueba y la revista de ese mes aún no se había mandado imprimir, porque el tono de la directora no presagiaba nada bueno. Sin embargo, Lily pensaba

defender su trabajo a capa y espada.

—Bueno, verás, Marta, quería hacer algo diferente. Son sólo seis páginas, no hemos quitado espacio a los grandes anunciantes, ¿verdad? Quiero decir, ¿por qué no darles una oportunidad a estos chicos?

—Nadie te ha hablado de la publicidad. Te estoy preguntando en qué pensabas cuando se te ocurrió esta idea. —A decir verdad, el tono no era tan grave como a Lily le había parecido en un primer momento.

—¿Sinceramente? Pensaba en todos aquellos que, por no ser conocidos, nadie los escucha. Pensaba en los que no pueden optar a un trabajo de lo que han estudiado, porque se les exige experiencia cuando buscan su primer empleo. Pensaba en que, por una vez, tenía en mis manos la posibilidad de poderles brindar esa primera oportunidad que yo siempre he anhelado.

—¿Eres una mujer de principios?

La pregunta hizo que Lily se sobresaltara. No se esperaba algo así.

—Depende de lo que consideres principios. Tengo mis propias ideas, eso lo tengo claro; soy muy cabezota y, a veces, demasiado egocéntrica. —¿Aquello era una reunión de trabajo o una sesión de psicoanálisis?—. Pero me gusta escuchar todos los puntos de vista. Estoy convencida de que la vida está repleta de grises.

—Y en tu escala de valores, ¿en qué puesto se sitúa tu trabajo?

¿Cómo tomarse esa pregunta? La había pillado totalmente desprevenida y no sabía muy bien en qué tono debía responder.

—Buffff —resopló—. Está claro que me encanta mi trabajo. El periodismo lo es todo para mí. Tenemos una capacidad que nadie más tiene de contarle al mundo las cosas tal como son o, al menos, tal como nosotros las vemos. Es mi trabajo el que me ha enseñado que las cosas no son blancas o negras. —Hizo una pausa—. Perdona, pero ¿esto tiene algo que ver con mi sesión de fotos? De verdad, cambiamos lo que quieras, le damos una vuelta, o veinte...

El reportaje parecía no importarle en absoluto a Marta, que la escuchaba con los ojos entrecerrados y un bolígrafo en la boca.

—¿Amas tanto tu trabajo como para irte a Nueva York?

—¿¡¡Qué!!?

Era incapaz de articular palabra. Mentiría si no reconociera que esa escena se le había pasado por la cabeza más de una y dos veces a lo largo de las últimas semanas, pero ahora que la estaba viviendo no se lo podía creer. ¿Significaba aquello que le ofrecía el puesto en *Z Magazine América*?

—Te estoy preguntando si valorarías ser nuestra corresponsal en Nueva York. —Sonrió con un punto descarado—. Tampoco pongas esa cara, en su día te dije que era una posibilidad, ¿no?

—Sí, pero... —balbuceó.

—Tu trabajo durante este tiempo ha sido brillante, Lily. Eres fresca, resolutiva, no necesitas a nadie que te dirija. A la vista está. —Señaló la revista nuevamente—. ¿Sabes cuántos años se lleva editando *Z Magazine* en España?

—Catorce —respondió.

—Efectivamente. ¿Y sabes cuántos se habían atrevido a hacer lo que tú has hecho?

Lily negó con la cabeza.

—Ninguno, Lily, ninguno. Has sido la primera que se ha puesto el mundo por montera y has llevado a cabo lo que muchos hemos pensado, pero nunca nos hemos atrevido a hacer. Entiendes la moda, y no sólo la entiendes, sino que la valoras y la amas. Conoces la industria, sabes cómo funciona, pero no sólo desde el punto de vista económico, sino desde el artístico. Si no, créeme que este reportaje no saldría publicado en el número de noviembre.

—Entonces, ¿lo publicarás?

—¿Estás de broma? Es maravilloso, perfecto. Las fotografías son sublimes, exquisitas, diferentes. ¿Y qué si los nombres de los diseñadores son desconocidos? Eso es lo que más me gusta, tu valentía.

—Vaya, pues gracias, supongo... —Se sentía totalmente cohibida ante aquella mujer que había dedicado su vida a ese mundo. Que lo había sacrificado todo por estar donde estaba. Y se la veía feliz.

—¿Supones? ¡Por Dios, Lilyana! ¡Esperaba una reacción algo más entusiasta!

El caso era que Lily tampoco comprendía que estuviera comportándose de aquel modo. Debería estar dando saltos de alegría y abrazando a aquella mujer por ofrecerle en bandeja hacer realidad su sueño. Sin embargo, estaba apabullada. La silla en la que estaba sentada se le antojaba enorme. Se sentía pequeñita.

—Estoy abrumada, eso es todo. —Se obligó a volver a la realidad de aquella reunión tan importante para su carrera—. Entonces, ¿valoras en serio el hecho de mandarme a Nueva York?

—Absolutamente —respondió Marta, tajante.

—¿Y por qué? —Su jefa enarcó una ceja derecha a modo de interrogación—. Quiero decir, apenas llevo aquí tres meses. El resto lleva años.

—El resto no ha hecho lo que tú, te lo repito. Además, no eres una novata. Has trabajado cuatro años para la competencia, sabes lo que te haces. Yo, simplemente, te estoy ofreciendo lo que allí no te dejaron hacer. Te doy libertad para crear y plasmar tus propias ideas, sin yugos de redactores jefe que te pisen la coronilla o se cuelguen medallas diciendo que el trabajo es suyo. —Su cara lo decía todo. Ella también conocía a la zorra de Mireia—. Quiero que vayas a Nueva York y les enseñes cómo trabaja tu mente. No te voy a prometer que vayas a ser la persona más importante de la revista, pero sí que trabajarás codo con codo con todo el equipo que allí tenemos. Por cierto, ¿conoces la ciudad?

Un nudo se le encajó en la boca del estómago.

—Sí, mi padre es de allí, de hecho. Bueno, lo era.

—Entonces, ¡mejor que mejor! ¡Tu segunda casa!

Recordó las palabras de su amiga Luisa sólo unas semanas antes.

—¿Puedo pensarlo?

—Por supuesto, Lilyana. Entiendo que es una decisión demasiado importante como para que me des ahora una respuesta, pero tampoco podemos esperar demasiado. Quieren a la nueva incorporación allí en dos semanas.

«Dos semanas. Catorce días.»

—Entendido.

30

Pasó los días siguientes sin hablar con nadie de su círculo más cercano de su posible nueva vida. Sin embargo, en el trabajo no pudo ocultarlo. Ni siquiera había dado aún una respuesta a Marta y las envidias ya comenzaban a masticarse en el ambiente. Mireia ya no se molestaba en fingir que la soportaba. Cada vez que pasaba por su lado, ponía cara de haber olido queso azul semi putrefacto. Paloma, por su parte, era la única que parecía alegrarse de verdad, quizás porque tal vez pudiera quedarse en su puesto si ella decidía partir hacia las Américas.

Una semana antes de la boda de Merche, Lily aprovechó el descanso de la comida para acercarse a la boutique a recoger su vestido. Podría haberlo hecho hacía tiempo, pero su jornada laboral de ochenta horas semanales se lo había impedido. Llegó con la lengua fuera e igual de rápido, y con el consiguiente disgusto de la costurera, se lo llevó sin probar. Total, llevaba una semana en que los nervios apenas la habían dejado comer. Estrecho no le quedaría, si acaso algo más holgado que en la última prueba.

Ya a la salida del trabajo, decidió poner rumbo al Raiki Beach. Necesitaba hablar con Ian con urgencia. Su jefa la había apremiado a que tomase una decisión cuanto antes y tenía que hablarlo con su chico.

No había decidido aún nada, pero sí se había prometido ser adulta e intentar consensuar una solución con su pareja. Dejaría en sus manos decidir si se marchaba o no a Nueva York con ella. Dejaría la pelota en su tejado, pero prefería eso a ser egoísta pidiéndole que lo dejase todo y pusiera rumbo a su sueño con ella. Su sueño, no al de Ian.

Sin embargo, cuando llegó al Raiki Beach se encontró con Bruno, su hermano.

—¿No está Ian? —preguntó tímidamente, mientras entraba en las cocinas del restaurante por la puerta de atrás.

—Aún no ha llegado. —Nunca se había fijado demasiado en el pequeño de los De los Robles, pero era tan guapo como Ian. Su porte, la sonrisa blanca y el pelo enmarañado demostraban, sin duda, que llevaban los mismos genes—. Tiene que estar a punto de llegar. Ha salido a comer con alguien, cuestiones de trabajo, supongo. Pero después iba a hacer inventario del almacén, así que puedes esperarlo aquí, si quieres.

—No, no te preocupes. Habíamos quedado para cenar en mi casa. Lo esperaré allí. —Se acercó a Bruno y le dio un tierno abrazo —. Cada día tengo más claro que me equivoqué de hermano. ¡Qué brazos!

—Todavía estás a tiempo, chavalita...

Lily rio ante la ocurrencia. Ese puntito canalla que tanto le gustaba de Ian también parecía ser cosa genética.

—Anda, anda... Me tengo que ir, ¿vale? ¡Dale un beso a Álex de mi parte! —gritó, mientras abría de nuevo la puerta de la cocina que daba a la parte trasera del restaurante.

Anduvo unos metros hacia la esquina, para tomar la calle principal, pero sus piernas y su corazón parecieron detenerse en aquel instante. Sus músculos no respondían y sus párpados se negaban a pestañear. La ciudad seguía su acelerado paso, con viandantes a la carrera y coches a la espera de la luz verde del semáforo, pero ella estaba petrificada ante la escena que acababa de presenciar.

En un primer momento pensó que su imaginación le había jugado una mala pasada, pero siendo espectadora de primera fila, no pudo más que constatar que lo que veían sus ojos era la cruda y completa realidad.

Todo lo que durante meses había construido junto al que creía el amor de su vida cayó por tierra en sólo una milésima de segundo. Una mujer estaba besando a Ian. No esperó más que un instante y, como si de repente todo su cuerpo volviera a la vida, salió a la carrera. Justo en el momento en que echó a andar, le pareció que Ian la había visto. Sin embargo, no esperó a corroborar si era así o no. Ya todo estaba hablado entre los dos.

A la mañana siguiente, después de que Ian no hubiese dado señales de vida, Lily no esperó siquiera a que su jefa se acomodase en su despacho. Abrió la puerta sin esperar a recibir permiso y soltó con la mayor rabia de la que fue capaz:

—No tengo que pensarlo más. Está decidido, me voy a Nueva York.

31

*S*u casa ya no parecía su casa. Estaba prácticamente vacía, como un lienzo en blanco que un pintor no supiera llenar de vida. El tono vital de Lily no hacía justicia a su habitual entusiasmo. Era como si un fantasma se hubiera apoderado de su persona y no la dejase ser ella misma.

Aún le quedaban un par de cajas por llenar, pero lo haría tras la boda. A petición propia, su viaje se había adelantado casi una semana, por lo que apenas había tenido un par de días para recoger los cuatro bártulos que se llevaría. Sin embargo, tuvo que empaquetarlo todo, porque no seguiría pagando el alquiler del loft estando tanto tiempo fuera, y menos cuando no sabía si tendría fecha de regreso.

Todo lo que había sido clasificado como prescindible iría a parar al desván de la casa de su madre. Años de recuerdos olvidados. No toda su vida podía viajar con ella.

Aún quedaba en la pared de su dormitorio el espejo gigante que había comprado en una de sus excursiones a Ikea y ante él estaba, mirando su reflejo, pero sin encontrarse. No se reconocía. ¿Qué había sido de ella?

Hacía una semana que su vida parecía haber dado un giro de ciento ochenta grados y su aspecto externo era un reflejo de cómo se sentía por dentro. El vestido azul cerúleo no le quedaba bien. Era como si una Lily pechugona y de caderas generosas se hubiera desinflado. Su cara denotaba no sólo cansancio, sino pena. No había que adivinar sus ojeras bajo el maquillaje, porque ni éste conseguía ocultar lo que habían sido noches seguidas de insomnio y de llanto.

Pero sobrevivía. Sin comer ni dormir, pero sobrevivía, y pronto tendría que dejar de fingir ante su familia y amigas cuando iban a verla a casa o la llamaban por teléfono. «Estoy bien, tranquilas.» «Si me ha venido hasta bien, ¡así me voy tranquila a cumplir mi sueño!» No sabía si conseguía engañarlos, pero en apenas unas horas ya no haría falta, ya que dejaría todo su dolor atrás y cogería un avión rumbo a su nueva vida.

—Siempre he creído en el amor, pero desde que te conozco, sé que antes no lo había experimentado. Me complementas, me animas, me haces reír cada mañana. Sé que este paso que estoy dando es lo más acertado que he hecho nunca. Te quiero.

—Merche, cuando me dijiste que escribiésemos unos votos como hacen los americanos, pensé que era una tontería y que, como en las películas que nos encanta ver en el sofá, no escribiría nada y luego me plantaría aquí y me saldría todo rodado, pero la verdad es que me he quedado mudo. Desde que te he visto por ese pasillo, me he quedado sin palabras. Siempre te seguiré allá donde vayas. Eres mi otra mitad.

Un aplauso tronó en el jardín. La idea de Merche de una boda civil era sin duda mucho más bonita, con más libertad para poder expresar lo que significaba una unión así. Un monasterio de piedra con amplias zonas verdes a las afueras de Madrid, y justo en plena puesta de sol, fueron el escenario y el momento elegidos por Merche y Mike para darse el sí.

Toda la celebración fueron risas y lágrimas de felicidad. La más romántica del Comando Ensaladilla estaba cumpliendo su sueño de formar una familia en poco menos de un año. Luisa, por su parte, tal como le había comentado a Lily, había llevado a Jaime como acompañante y se los veía realmente bien. Con un poco de suerte, tal vez esta vez sí les saliesen las cosas como tendrían que haber salido quince años atrás.

Y Ale era un caso aparte. El finlandés había decidido que iría con ella a la boda aunque Ale no quisiese. Por lo visto, se había prometido a sí mismo enamorar a aquella italiana española y hacer de ella la mujer de su vida. Y, al parecer, poco a poco lo estaba consiguiendo, ya que Ale irradiaba una vitalidad muy superior a la que habitualmente demostraba. Otro punto a favor del norteño en cuestión era que Aceituna no se había tirado al cuello de ningún invitado, lo que hizo pensar a Lily que el finlandés sería el definitivo. Que la pepitilla de Ale siguiese resguardada en sus braguitas de encaje era todo un logro.

Llegó la hora del baile nupcial y, tras abrirlo los novios con sus respectivos padrinos, el resto de parejas fueron llenando el salón, abrazados y moviéndose al compás de *Te quiero*[7] de Hombres G, la canción escogida por Mike y Huevecito para comenzar una larga noche marcada por éxitos ochenteros y barra libre de copas.

Durante la celebración, Lily no había sido capaz de sonreír ni una vez, a excepción de cuando los recién casados les dijeron unas palabras de agradecimiento a sus familiares y amigos por acompañarlos en un momento tan especial. Al verla sentada sola a una de las mesas, un par de hombres se acercaron para sacarla a bailar, pero con la excusa de que tenía dolor de pies, Lily los rechazó.

Pagaría todo el oro del mundo por poder cambiar de expresión y disfrutar de la boda de una de sus mejores amigas, pero no podía evitarlo.

Un par de gin tonics más tarde, se sentía muy desgraciada. Uno de los hombres que la había invitado a bailar vio que sería presa fácil, así que la animó a tomar un chupito. Y ella aceptó.

—Total, ¿qué me puede pasar? ¿Que mañana eche las papas a diez mil pies del suelo? —dijo, bastante achispada.

El avión rumbo a Nueva York salía al día siguiente, pero no se lo había dicho a nadie; odiaba las despedidas lacrimógenas en el aeropuerto y, en su estado, Barajas podría inundarse de tanto llanto.

Se levantó de la butaca y, asiéndose del brazo del caballero, pusieron rumbo a por ese chupito.

—Lo quiero de tequila.

—Lo que tú desees, rubia.

No se había fijado antes en él, pero para jodienda de Lily, se parecía bastante al Innombrable número dos, como había decidido bautizar a Ian hacía siete días. No mediría más de metro ochenta, pero tenía una sonrisa que recordaba mucho a su ex, porque eso es lo que ya era, otro ex en su haber. Y el muy desgraciado ni siquiera había dado señales de vida desde el «fatal accidente».

—Me llamo Toni y soy dentista. ¿A qué te dedicas tú?

Chupitazo al canto. «Sin limón ni sal, que estoy *mu´* loca.»

—Otro chupito, por favor —dijo Lily—. ¿Yo? Soy una mujer de éxito, ¿sabes? Mañana me voy a Nueva York a trabajar en una revista de...

Ese segundo trago le debía de haber sentado realmente mal, porque empezaba a ver al tal Toni como en relieve. Lo que vino después fue la peor desgracia que a cualquier invitado de la barra libre de cualquier boda le puede pasar: no era en relieve, lo veía doble. ¿Aquel hombre era un clon de Ian o es que allí había dos personas?

—Pero ¿qué haces, tía? —El grito de Toni ante su vomitona se podría haber oído hasta en Tombuctú.

Los gin tonics y los chupitos de tequila habían hecho una mezcla explosiva en el estómago de Lily, que llevaba sin comer en condiciones casi una semana.

—Tranquilo, ya me encargo yo.

Lilyana podría haber visto doble, pero esa voz era totalmente única. Ian la llevaba en brazos a una zona más íntima y apartada del jardín. Ella no supo el tiempo que permaneció así, acurrucada contra él, pero al cabo de un rato intentó recuperar la compostura de la manera más digna de la que fue capaz:

—¿Qué haces aquí? —alcanzó a decir.

—Bueno, yo también estaba invitado, ¿recuerdas?

—No, recuerdo que en la invitación ponía «Lily e Ian». Venías como pareja acoplada, no como invitado autónomo y salvador.

Poco a poco iba recuperándose y tomando el control de su cuerpo y de su mente. No podía seguir así, entre sus brazos.

—Venga, te llevaré a casa —contestó Ian.

—¿Perrrrrrdona? Ni hablar. De hecho, ¡jodido cabrón, ¿qué hago hablando contigo?!

—Lily...

—Ni me toques. Este espectáculo patético que acabo de montar ha sido por tu culpa. Definitivamente, el alcohol no hace que olvides, sino que te hace ver doble.

—Lily, tenemos que hablar.

El mayor de los odios se reflejó en su cara.

—No.

Sin permitirse oír ni una palabra más de aquella voz tan varonil, se levantó y se fue. Ian no dijo nada. La dejó ir. No hubo despedidas.

Al día siguiente, y antes de subir al avión, Lily decidió romper con todo lo que la atase a él. Bloqueó cualquier contacto entre ambos, incluidas redes sociales, teléfono y mail.

32

Tropezar dos veces con la misma piedra es quedarse corto

Último aviso: pasajeros para el vuelo Madrid Barajas-Aeropuerto Internacional John F. Kennedy embarquen por puerta seis.

Dicen que las personas somos la única especie que tropieza dos veces con la misma piedra. Supongo que quien se inventó esa frase sólo se equivocó esas dos veces, antes de comunicarle al mundo su gran logro para la filosofía sociológica del ser humano. Mis palabras, sin embargo, no van a convertirse en ningún dicho popular, pero sí puedo decir, aunque sea para mí misma, que ese hombre o mujer se confundió.

Las personas no nos equivocamos una o dos veces; nos equivocamos millones a lo largo de nuestra vida. Unas veces queriendo, otras sin sopesar las consecuencias de un error tuyo para quien te quiere... Pero vamos, ¿tropezar dos veces? ¿En serio? ¿Es que acaso no hay docenas de ocasiones cuando estamos a dieta y, en pocos días, en que cae un trozo de chocolate o una cañita? ¿Y los que son infieles por naturaleza? Se los perdona y lo vuelven a hacer una y otra vez. ¿Y el «~~Joder~~, qué ~~puta~~ resaca, no vuelvo a beber en mi vida»? No es que yo sea una genia, es que el que se inventó lo del tropezar dos veces era un ~~gilipollas~~ al que, aparte de ese par de errores sin importancia, todo le debió de ir de perlas.

Yo la he cagado tantas veces y en tantas situaciones que hace años que perdí la cuenta. No obstante, hay errores tan grandes que se te quedan adheridos a la piel y no desaparecen, por mucho tiempo que pase. ¿Sabéis cuál es el mayor, mayor, mayor error de toda mi vida y que jamás me perdonaré? No haberme despedido de

mi padre cuando tuve ocasión. Poder decirle todos los días, aunque fuese por Skype, lo mucho que lo quería y lo echaba de menos. Viajar a verle a Nueva York, su ciudad natal, de vez en cuando. Perdonarle por haberse marchado como lo hizo.

No digo que estuviese bien el hecho de que cogiese sus maletas un martes de febrero en plena noche, pero durante muchos años yo me comporté igual. Él quiso volver a estar conmigo, pero yo se lo impedía una y otra vez. No. No. No. Las negativas iban siempre por delante cuando él intentaba mantener una mínima conversación, pero yo no podía soportar recordar una y otra vez que se fue. Que se fue y nos dejó a los tres solos. No quería escuchar sus razones. Era más fácil odiar que perdonar.

Y ahora, cuando ya no puedo hacer nada por remediarlo, me arrepiento. Me arrepiento tanto... ¿Por qué el perdón no tuvo cabida en mí cuando tuve la oportunidad? ¿Por qué no aprendí a pensar que yo no era el ombligo del universo y que tal vez se marchó porque tenía que hacerlo? ¿Por qué, en el fondo, se lo sigo reprochando cuando ahora yo he hecho lo mismo? He cogido mis bártulos sin escuchar lo que alguien tenía que decirme. He escogido taparme los oídos.

Dicen que la ignorancia es la felicidad, que la verdad puede doler mucho más que una mentira. Por eso, he preferido girar la cabeza y no hacer caso a mi corazón, que me pedía escuchar. No perdonar sin más, pero sí, al menos, dar la oportunidad. Lo que me lleva a pensar que yo también he obrado mal. El ser humano sí tropieza con la misma piedra dos veces, y cuando llega la tercera ocasión e intenta esquivarla, ya es tarde.

El caso es que ahora da lo mismo. Ya no vale lamentarse, porque yo he tropezado en esa piedra más de dos veces. Y ahora he sido yo quien se ha marchado. Por la puerta de atrás y sin decir adiós.

Dicen que las conversaciones adultas y las despedidas son eso, adultas, y como tal hay que afrontarlas. Pero yo he preferido aferrarme a ese Peter Pan que siempre me ha rondado y tomar el

camino fácil. Me he ido sin perdonar y creo que ahora me arrepiento tanto que me duele. Me duele hasta tal punto que quisiera borrar el último año de mi vida para no verlo en mis sueños cada noche y no recordarme cada mañana que toda persona merece que la escuchen. Y yo no lo he hecho.

Y ahora estoy viajando a miles de kilómetros de distancia, pensando que mi vida podría ser diferente de haber escuchado lo que Ian tuviera que decirme. Si de algo quiero que sirva este post es, por favor, para que sepáis que esta rubia neurótica no tiene la verdad absoluta. Que me equivoqué y que no quiero que vosotros hagáis lo mismo.

Tropezad en la misma piedra dos veces. Tres. Las que haga falta. Las segundas oportunidades sí pueden ser buenas si dejamos nuestros prejuicios y orgullo a un lado y atendemos a lo que verdaderamente importa.

Lily

33

Hi from New York!

Llevo aquí casi veinte días y os juro que no consigo aclimatarme. No sólo por el frío, que también, que más que septiembre parece enero. En serio, ahora mismo en Madrid todavía se podría disfrutar de unas cañitas afterwork en alguna terraza. Aquí, sin embargo, aparte de que aún no he hecho amigos con los que quedar después del trabajo, hace un frío que ni en plena construcción de un iglú. Me habían avisado de que iba a ser un otoño bastante fresco, pero, ~~joder~~, esto es horrible. En diciembre no sé qué me voy a poner.

En serio, es que no sé cómo describir el tiempo aquí. Es horribilis maximus, y encima no paro de oír que se espera un «invierno frío». ¿Perrrrrrdona? ¿Y esto qué es, el preludio de la segunda Era del Hielo? ¡Madre Santísima! Y por si esto fuera poco, no penséis que eso de llegar al hogar reconforta. ¡Y una porra! El casero lleva dándome largas día sí y día también con que me va a arreglar la caldera. El muy ~~capullo~~ se cree que no le entiendo cuando masculla por lo bajini perlas del tipo «A ésta que le den, que no se entera». Por mucho que le reitero que soy bilingüe y que eso de la barrera del idioma para mí es inexistente, se la suda. Así de claro, se la suda.

Yo os juro por mis mechas que si en unas semanas dejáis de leer nuevos posts, es porque, muy a mi pesar, he muerto helada entre cajas de comida china y gatos hambrientos de carne fresca. O congelada, para ser más exacta.

Pero bueno, dejando el clima aparte, esto es muy diferente a como lo recordaba. Supongo que algo tiene que ver el hecho de que la última vez que estuve aquí fue con toda mi familia cuando era pequeña y nuestro padre nos enseñó todos los rincones de la ciudad donde había hecho alguna travesura durante su infancia.

Ahora, todo es distinto. Supongo que el prisma de ser adulta e intentar sobrevivir en una ciudad que no es la tuya también hace que se vean las cosas diferentes. Y si es una ciudad donde más que mocos, cuelgan estalactitas, pues más.

Me he instalado en un pequeño apartamento precioso de Brooklyn. Concretamente, en el barrio de Carrol Gardens, a veinte minutos en transporte público de Fulton Street, donde está la redacción de Z Magazine América*, u ocho en taxi (por cierto, punto a favor que se lleva esta ciudad frente a Madrid. Los taxis son mucho más baratos que allí). Al principio de llegar, mis compis me dijeron que por qué no me instalaba en Manhattan, pero qué queréis que os diga, Brooklyn tiene encanto. Es diferente*.

Además, mi barrio es conocido por la gran población italoamericana que hay, así que me encuentro pizzerías cada dos pasos que doy. No es España, pero es lo que más se le parece de por aquí. ¡Ah! Y ya he recibido dos propuestas de matrimonio de dos güidos que trabajan de camareros por aquí. Sí, guidos, como los de Jersey Shore*, lo que nosotros llamamos chonacos de moño y gorra, horteras de mucho cuidado, vaya, pero en italoamericano.*

¿Qué más? ¿Qué más? Ah, sí. El ambiente de trabajo. Me gusta, me gusta mucho, aunque también en este aspecto somos muy diferentes. Aquí se trabaja a destajo (ahora entiendo que digan que los españoles somos vagos). El descanso de la comida apenas es un perrito caliente que compras corriendo en cualquier esquina para seguir currando, aunque, eso sí, sales mucho antes si has dejado hecho todo lo que tenías programado para ese día. Y otras cosas no, pero a mí me cunde que da gusto.

Creo que están bastante contentos conmigo, y yo con ellos, la verdad. Son encantadores. Espero entablar amistad pronto con algunos de ellos, porque echo de menos a alguien con quien hablar más allá de diseñadores y vestidos. Echo de menos a alguien como Luisa en Di Sole *o una Paloma en* Z Magazine*.*

Bueno, no hay morriñas que valgan. Yo he decidido venir aquí, así que es mi responsabilidad tirar para adelante, que para eso estoy cumpliendo el gran sueño de mi vida.

Lily

Ése había sido el primer post que había escrito desde que aterrizó en la Gran Manzana unas semanas antes. El vuelo no podría haber ido peor. No sólo la acompañó una resaca descomunal, sino que las turbulencias que tanto había temido habían hecho su aparición más de una vez durante el trayecto. Por si eso fuera poco, la brillante *Z Magazine* no se había rascado el bolsillo, y miraba a la lejanía, hacia la clase business, como si de un cruasán relleno de chocolate se tratase.

Una vez que bajó del avión, la cosa no hizo más que empeorar. Habían perdido su maleta y, aunque en el mostrador le habían jurado y perjurado que estaba localizada y que se la enviarían al día siguiente a la dirección que les indicase, ese nuevo revés en las últimas horas de su vida hizo que el llanto volviera a sus ojos. A Dios gracias que, al menos, el ordenador lo había llevado como equipaje de mano, de lo contrario, en ese momento podrían haber rodado cabezas.

Pasó los siguientes tres días a la caza de un bonito apartamento que se pareciese, aunque fuera mínimamente, a su hogar madrileño, pero nada más lejos de la realidad. Lo que le entraba por los ojos tenía unos precios abusivos —Manhattan, para más datos— y lo que podía permitirse era mugriento y maloliente. Finalmente, y cuando ya sólo faltaban horas antes de que comenzara a trabajar en la

redacción, consiguió alquilar un pequeño piso en Brooklyn que, para lo que había visto hasta el momento, podía calificarse de medianamente aceptable.

Os echo taaaaaaaaaaaanto de menos

Hoy hace un mes que estoy por aquí y no soy feliz. Sé que los que andáis por el otro lado del charco estaréis pendientes de estas líneas, pero no quiero que os preocupéis. Ahora estoy triste, pero lo superaré. Es lo que siempre he querido, ¿no?

Ah y otra cosa. No quiero llamadas, ni mails, ni Skype, ni nada. Me lo prometisteis. Necesito aclimatarme y sabéis que yo os llamaré a todos y cada uno de vosotros cuando me vea con fuerzas de escuchar vuestra voz y no echarme a llorar, porque os echo muchísimo de menos, chicos, muchísimo. Os quiero.

Lily

P. D.: ¡Al loro! He conocido a... ¡Anna Wintour! Yes, yes, la que mueve los hilos en todo este mundillo. Es más estirada de lo que parece en las fotos y ¡no se le mueve un pelo de la cabeza ni siquiera cuando casi salimos volando del viento que hace! Pero el hecho de haberla conocido es... ¡increíble!

Pasaban los días y las semanas sin que apenas se diese cuenta. Sin embargo, su cuerpo sí notaba los estragos de las malas comidas y las jornadas agotadoras de trabajo. Debía de haber perdido, al menos, cinco kilos desde que había llegado a tierras neoyorquinas. De vez en cuando, releía sus últimos posts y se daba cuenta de que, aunque quería sonar como la misma Lily de siempre, en realidad resultaba falsa, monótona y descompensada. Había perdido ese toque en su escritura. Ni siquiera estaba concentrada en su trabajo, aunque mal no debía de hacerlo, ya que la habían felicitado varias veces en apenas dos meses. En poco tiempo, había conseguido que

la respetasen en aquel equipo humano, pero sentía que no encajaba. Sentía que el que creía que era su sueño, en realidad, lo había sobrevalorado.

«¿Por qué conseguir triunfos profesionales si no tienes con quién compartirlos?»

Respecto al tema de Ian, prefería volver a ponerse la coraza de «Todo me resbala». Por un momento había dejado aflorar sus verdaderos sentimientos, pero se juró a sí misma no volver a hacerlo. Tenía que ser fuerte. Por su sueño cumplido. Por ella.

Pasadas unas semanas, habló con su familia y con el Comando, que se reunían los jueves para hablar por Skype todas a la vez. Unos y otros le recordaban lo mucho que la echaban de menos y las ganas que tenían de ir a visitarla. Su madre le repetía cada vez que podía que si quería enviarle algunos tuppers por algún tipo de correo urgente, porque cada vez la veía más delgada a través de la webcam.

Todos parecían echarla de menos, sí, pero seguían con sus vidas. Ella, en cambio, sentía que había perdido el rumbo de la suya. En las ocasiones en las que volvía a bajar la guardia, se permitía pensar unos minutos en Ian. Sin embargo, éste parecía haberla olvidado del todo. Desde aquella «no conversación» en la boda de Merche, él había captado su mensaje y no había vuelto a intentar ponerse en contacto con ella. Bien era cierto que ella se lo había impedido, pero ése no era impedimento para que si de verdad se hubiera propuesto hablar con ella lo hubiese hecho.

Por los periódicos supo que lo habían nombrado uno de los emprendedores treintañeros con más futuro del país. Incluso le hicieron una entrevista en un importante diario económico, en la que decía lo importante que era su carrera para él. En una de las preguntas se interesaban por su estado civil, a lo que él había respondido con un «Felizmente soltero». Felizmente soltero. ¿Felizmente soltero? ¿Es que la había olvidado tan pronto? ¿Ya la había sacado de su cabeza y de su corazón?

Sí, definitivamente la había dejado marchar. La culpa había sido de él, que había decidido enrollarse con una guarra. Ella lo había visto con sus propios ojos, aunque bueno, si decía que estaba soltero era que tampoco le había salido bien con esa zorra. Y pensar que en algún momento había pensado en descolgar el teléfono y llamarlo... ¡Maldito cabrón! En ese instante, decidió que si volvía a tener el más mínimo momento de debilidad, leería esa entrevista de gentleman repeinado y «felizmente soltero».

En las primeras semanas, llegó a convencerse de que él tomaría un vuelo destino Nueva York, la cogería en brazos a lo *Oficial y caballero* y le daría un beso en medio de Times Square. Fantaseaba con la idea de que el Ian que ella creía haber conocido en un principio, aquel tío encantador y sincero que decía que se podía confiar en él, apareciera arrepentido y, arrodillado, le pidiera perdón mientras le ofrecía un ramo de rosas amarillas.

Sin embargo, según pasaron los días, se dio cuenta de que Ian no iría a buscarla. Al fin y al cabo, había sido ella quien había puesto tierra de por medio ante tamaño fiasco con el amor. Había veces en que se recordaba, además, que se había marchado sin decirle nada.

Pero quizás a Ian le importaba tan poco que ni preguntó por ella al ver que no aparecía por el Raiki. Quizás podría haber muerto y él ni se habría enterado.

Cuando su mente llegaba a esas divagaciones, una vez más, se obligaba a recordar que lo odiaba profundamente. Que había sido él quien la había empujado a irse, porque minutos antes de verlo besar a aquella mujer, al encontrarse con su hermano Bruno en el Raiki, en el último segundo había decidido decirle que no se iría a Nueva York, que su vida estaba en Madrid, con él. Y que sabía que no se arrepentiría nunca de su decisión porque se había dado cuenta de que su sueño no era un trabajo, sino él. Sólo él.

En una de esas tardes de divagación, en medio de sus más románticos y negros pensamientos, se imaginó a Ian en la cama con la mujer a la que había visto besar aquel fatídico día. El simple hecho de pensarlo, la volvía loca. Allí estaba, sola, con la única

compañía del vodka, del que, por qué no decirlo, estaba abusando más de la cuenta. Los gin tonics habían dejado paso a chupitos de vodka puro. Cada noche, cogía una botella y caían, al menos, tres o cuatro vasitos.

Precisamente, el día que vio la entrevista de Ian en internet estaba a punto de trincarse uno de esos lingotazos. Ya no sólo tenía que verlo en su memoria, sino que una gran fotografía ocupaba todo el ancho de la pantalla de su portátil. El pie de foto rezaba «Ian de los Robles. Emprendedor de éxito y soltero de oro».

Lo tenía en todas partes. Por más que lo intentase, estaba grabado a fuego en su corazón y, lo que era peor, en su ordenador. Cuando el alcohol ya había hecho mella considerable en su paladar, soltó al vacío, con una voz bastante gangosa:

—Ian, querido, resulta que me emborracho para olvidarte y ahora te veo doble.

34

Las primeras nevadas llegaron en noviembre, algo que no era usual en la Gran Manzana. El gorro de lana y los guantes acompañaban a Lily a todas partes, aunque todas partes significase trabajo, apartamento y pizzería de abajo para pillar porciones de carbonara y botellas de licor.

Ese sábado decidió que, si seguía así, el vodka se la llevaría al otro barrio más pronto que tarde, de modo que decidió tirar la última botella que tenía a la basura. Como sustitutivo, metió un par de bolsas de palomitas en el microondas y buscó alguno de los DVD que se había llevado con ella. Las pelis *Mujeres al borde de un ataque de nervios* y *La boda de mi mejor amigo* fueron las elegidas. No eran demasiado acertadas para su estado amoroso actual, pero necesitaba reírse. Y lo necesitaba con ganas. Cuando ya se estaba disponiendo a lanzarse en plancha, llamaron a la puerta.

«Será la comida china.» Nunca había sido fan de ese tipo de gastronomía, pero desde que llegó a Nueva York, sólo se había alimentado a base de pizzas y arroz tres delicias.

La persona que esperaba en la puerta la dejó en estado de shock. Y no, no era Ian. En su lugar, un trajeado Roberto la miraba muy erguido, con una sonrisa espectacular y un ramo de rosas blancas en la mano derecha.

—¿Rober? ¿Qué... qué haces tú aquí?

Ni siquiera le importó tener un aspecto desastrado. Un pijama y un moño en lo alto de la cabeza era su particular atuendo para ese fin de semana. Lo que la preocupaba era si el alcohol le habría jodido ya tantas neuronas que estaba viendo a su ex cuando en realidad tenía delante a un chino con una bolsa de plástico.

—¡Pues aquí estoy! Venga, vístete, que te invito a cenar. Conozco un japonés increíble en el Upper East Side.

¿Estaba soñando? ¿En serio estaba viendo a Rober en la puerta, esperando que ella lo dejase entrar, con un ramo de rosas blancas en la mano? ¿Incluso después de que ella le montase un súper pollo en un restaurante, dejándole claro que no quería volver a verlo nunca más, jamás de los jamases? No podía creerlo. Definitivamente, tenían que ser los chupitos que había ingerido en los últimos días que ya la habían dejado mal para el resto de su vida.

—Pa... Pasa. —Desconcertada, se echó a un lado y dejó que cruzase el umbral—. Pero ¿qué haces aquí...? —repitió.

—Tranquila, no pensaba acosarte ni nada parecido. —Quiso hacer una gracia, pero no consiguió nada parecido a una sonrisa de Lily—. Estoy aquí por trabajo. Los New York Red Bulls se van a enfrentar al Real Madrid en un partido amistoso y me pidieron que viniera a cubrirlo. ¡Cómo iba a negarme! Fútbol, viaje gratis y... bueno, tú. Todo el mundo sabe que te has mudado a la Gran Manzana; averiguar la dirección no ha sido difícil.

Lily se estaba cambiando y esa última frase la hizo pensar en su madre. Estaba segura de que había sido ella quien le había dicho dónde vivía. Desde que se enteró de lo de Ian, parecía que Rober había sido encumbrado a lo más alto de los ángeles caídos del cielo. La gente parecía olvidar que el Innombrable número uno era, precisamente, quien estaba en ese momento esperando en su salón.

«Qué cojones.»

Se asomó de nuevo al salón para observarlo. Sí, definitivamente, era Roberto, no el chino de la esquina.

—Salgo contigo porque no tengo nada mejor que hacer, ¿estamos? —gritó Lily desde su habitación, mientras se secaba el pelo.

—Estamos, estamos.

Tal como le había prometido Rober, el restaurante era soberbio y el hecho de cambiar el arroz tres delicias de cuatro dólares por un buen pescado al horno le confería una infinidad de puntos más.

—Bueno, cuéntame, qué tal por aquí.

Rober quería sacar algún tema de conversación, pero no sabía por dónde empezar. Si había Lily decidido ir a cenar con él, era porque necesitaba a alguien familiar a su lado. Aunque familiar significase aquel personaje.

No muy bien, ¿no? —continuó él. Cogió aire y soltó—. No tienes buen aspecto. —Lily le echó una mirada de odio ante ese comentario —. No, a ver, estás guapísima, como siempre, pero no sé, te veo un poco apagada. ¿Dónde está tu luz, Lil?

—Ah, ya... Pues no, en serio, estoy de puta madre, ¿eh? En el trabajo cada vez están más contentos conmigo. Hasta están pensando en mandarme a mí a cubrir los desfiles de la pasarela de febrero, no te digo más...

—Tu sueño, ¿no? —Odiaba profundamente a ese hombre, pero la conocía como pocas personas en este mundo.

—Más o menos. —Prefirió meterse un bocado más a contestarle algo más elaborado.

La cena transcurría entre conversaciones anodinas y copas y más copas de vino. Aunque no era vodka, Lily notaba cómo el alcohol comenzaba a subírsele a la cabeza, con lo que pensó que ya iba siendo hora de volver a casa, si no quería hacer algo de lo que al día siguiente pudiera arrepentirse.

—Bueno, Roberto... Esto... Pues nada, eh, muchas gracias por la cena. Me tengo que ir. Imagino que nos veremos algún otro día. —Las palabras le salían atropelladas.

—No, Lil, espera. —«Ya estamos»—. Quiero decirte algo.

La cogió del brazo y la empujó suavemente para que volviera a apoyar el culo en la silla.

—Es cierto que he venido por trabajo —prosiguió—, pero habría venido de todos modos. Necesito hablar contigo. —Esperó a que Lily dijera algo, pero no obtuvo respuesta alguna—. De hecho, quiero

hacerlo desde hace tiempo.

En realidad le importaba un pepino lo que Roberto tuviera que contarle, pero rápidamente recordó que era la única persona de su antigua vida a la que había visto desde que llegó a Nueva York. No había nadie mejor ni más cerca. Además, durante la cena notó que su odio había ido disminuyendo, ya no lo veía como una persona non grata en su vida. Simplemente, le daba igual. En el postre lo entendió: había superado su desamor con aquel tipo.

—Dispara —dijo Lily.

—Nunca he querido a Mireia.

Boom. Cataplof. Replof. Badum tssssss. Toda la orquesta de platillos, címbalos y demás familia de percusión vibraron a toda potencia. Lily notó cómo se atragantaba con el último sorbo de vino que le quedaba en la copa.

—¿Y? Roberto, me importa una mierda. —En realidad, y contra todo pronóstico, había conseguido captar toda su atención.

—No, espera, de verdad, necesito contarte esto. Nunca la he querido... como te quise a ti. Sé que la cagué y que nunca volveré a recuperarte, pero si no te lo digo me arrepentiré toda la vida. Nunca la he querido como a ti, pero la quiero. Muchísimo. Dicen que jamás se ama a dos personas de la misma manera, y supongo que es lo que me pasa con ella, pero no quiero dar un paso más sin cerrar esto contigo.

»¿Sabes lo que es decir una mentira? Pero no una mentira pequeña o mediana. Hablo de una mentira que hace que toda tu vida cambie, que ya no vuelva a ser la misma. Hablo de una mentira que te desgarra por dentro aun pasados los años, pensando que, quizás, si hubieras dicho la verdad, todo habría seguido como siempre.

—¿De qué estás hablando?

—Hablo de que me pillaste en la cama con esa chica porque quería que me pillases. Hablo de que lo planeé todo para que, cuando volvieras, me encontraras con ella. Hablo de que, desde

entonces, no me perdono lo que te hice, cada vez que me viene a la mente tu cara en ese momento.

No entendía nada.

—No te creo. ¿Por qué lo hiciste?

—Porque éramos muy jóvenes, Lil. No me quería casar. Me agobié. Me agobié tanto que no sabía cómo frenar la boda. Ya era demasiado tarde para decir la verdad y, bueno, preferí quedar como un cerdo a decirte que la auténtica cobardía venía de que me daba miedo decirte que no en el altar. Quería estar contigo hasta la muerte, pero la boda me dio un pánico atroz. No podía quedarme con esto dentro durante más tiempo.

Durante más de dos minutos, el restaurante pareció haberse quedado vacío. Allí sólo había tres presencias: Roberto, Lily y un algo que colgaba sobre las cabezas de ambos. No era rencor, ni enfado ni remordimiento. Era algo indefinible. Lily seguía sin hablar, con el cejo fruncido, como si lo estuviera escuchando, pero a la vez estuviera pensando en otra cosa.

—Creo que eso es todo. Bueno, una cosa más, perdóname. De verdad, perdóname.

—¿Sabes una cosa, Roberto? Que tienes razón. Que mira, que sí, que te perdono. Has tenido que venir hasta aquí para que yo me diera cuenta de que hay que predicar con el ejemplo y hay que dar segundas oportunidades. —Recordó el post en el que había aconsejado a los demás que se arriesgaran a perdonar y luego ella había hecho oídos sordos a sus propias palabras. «Consejos vendo y para mí no tengo»—. Y mira, ya puestos, es que hasta te voy a dar las gracias, fíjate.

—¿Gracias?

—Sí, por haberme abierto los ojos. Tienes razón. ¿Sabes qué dice un proverbio chino? Que la mentira es un fantasma que nunca te deja en paz mientras sólo tú sepas la verdad. Ahora ya lo sé yo también, así que, respira, que quedas perdonado. Y ahora, si me disculpas —cogió su abrigo—, tengo que ir a coger un vuelo.

—¿Cómo?

—Que me has abierto los ojos, Rober. No quiero vivir mi sueño si significa vivirlo en una mentira. Prefiero una vida llena de verdades dolorosas que de mentiras disfrazadas de silencio. —Él la miraba atónito, sin entender nada—. Déjalo. Es simplemente que yo también tengo que tener una conversación adulta con alguien. Por cierto, las rosas... Me gustan las amarillas. —Le dio un beso en la mejilla y salió disparada hacia la puerta—. ¡Jamás pensé que te diría esto, pero... gracias de nuevo!

No podía creerlo, pero sí, el Innombrable número uno le había hecho entender que el Innombrable número dos se merecía, al menos, poder explicarse. Corriendo, cogió una bolsa de deporte y metió cuatro prendas rápidamente. Ni siquiera pensó en lo que le costaría el primer billete de avión hacia Madrid. Tenía la imperiosa necesidad de llegar a su ciudad.

Probablemente las cosas no salieran como en las películas. Quizás incluso Ian ya estuviera con otra mujer, pero no quería dejar pasar la oportunidad, ahora que estaba convencida de que más que nunca tenía que hablar con él.

Encendió el ordenador y, a la velocidad de la luz, revisó las principales webs de venta de billetes. Lo tenía: el siguiente vuelo saldría a las nueve de la mañana de ese domingo. Sacó su tarjeta de crédito y prefirió no pensar en los novecientos cincuenta y tres dólares que acababa de gastarse en un «futuro incierto».

Antes de apagarlo, echó un ojo a su bandeja de entrada, aunque dudaba que fuera a tener ningún mail importante un sábado por la noche. Sin embargo, el Asunto de un correo de Luisa le pareció, cuanto menos, alarmante.

De: Luisa Juárez

Para: Lilyana Olsen

Asunto: Te vas a caer de culo

¡Qué fuerte, qué fuerte, qué fuerte! ¡Te vas a caer de culo, Patata! Bueno, lo primero de todo, estás bien, ¿no? ¿Estás sentada? ¿No? Pues siéntate. ¿Estás ya sentada? Perfecto, así no te caerás de culo.

Tienes que volver, tía, Lily. ¡No, no pasa nada grave, tranquila! Pero tía, es que tienes que volver, por favor... ¡¡Que no te lo vas a creer, pero que Ian no es ningún cerdo, Patata...!! De hecho, es el ser más maravilloso y jodidamente bueno que existe en este, nuestro querido planeta. ¿Pues no va y te mintió para que pudieras ir a cumplir tu sueño? ¡Que sí, que sabía lo de tu oferta para ir a Nueva York! ¡Qué fuerte, ¿no?!

Bueno, a ver, sé que no me estoy explicando bien, pero tía, ¡es que no sé ni por dónde empezar! Te he llamado hace un par de horas al Skype e incluso al teléfono, pero no había manera de localizarte. ¡Cruzando los dedos estoy por que no esperes al lunes para leer este correo en la oficina!

Resulta que tu querido hermano e Ian se han hecho súper coleguitas desde que celebraron la cena ésa en el Raiki, pero colegas de esos que hasta quedan para ver el fútbol y eso, ¿eh? Bueno, a lo que iba, que en una de ésas, va tu querido Ian y le suelta que necesita contarle algo a tu hermano, que necesita que le aconseje sobre no sé qué de hombre a hombre y que Jaime te conocía mejor que nadie porque es tu hermano y bla, bla, bla. La verdad es que esa parte de la historia me pareció un poco fea, porque, tía, tu hermano te quiere mucho y yo a él, por cierto, pero por favor, ¡que nadie ponga en duda que el Comando Ensaladilla te conoce mejor que nadie...!

Otra vez me estoy desviando... Pues eso, que resulta que en una de esas escapaditas de súper *friends*, Ian le ha soltado a tu hermano que te mintió a tope máximo y que vamos, que te sigue queriendo igual o más que antes. ¿Te lo puedes creer? Obviamente, Jaime no ha querido decirme nada más, pero me han bastado dos pellizcos en ambos pezones y la promesa de una felación nocturna durante toda una semana para que soltase por esa boquita de piñón que tiene toooooooooos los detalles.

La mujer a la que lo viste besando ese fatídico día era su ex y quedó con ella porque sabía que te morirías de celos al verlo con ella. El supuesto plan era mentirte diciéndote que se encontraba un poco confuso tras haber quedado con ella un par de veces y que necesitaba un tiempo para pensar las cosas (en esa parte entraba tu cabreo monumental y la espantada de mujer herida que se va ofendida a trabajar a miles de kilómetros de distancia para no verle la cara al cerdo que se la ha clavado), pero por lo visto tú te adelantaste y los viste en la puerta del Raiki. Lo que es verdad es que ella sí está loquita por sus huesos, así que la mujer se lanzó a darle un beso y él, al verte, no se apartó. No le hizo falta mirarte a los ojos para mentirte, supongo que ahí se ve la cobardía del género masculino.

¡Ah! Y también me ha contado tu hermano que se odia por esa estupidez, que no tendría que haber hecho el gilipollas de esa manera y que se arrepiente todos los días por ello. Y que el día de la boda quiso contártelo todo y pedirte que no te fueras. Pero claro, a la vista está que tú pillaste las maletas y te largaste.

Seguro que se me olvidan cosas, pero nena, ¡corre y cógete un vuelo *pa*' Madrid a la de ya! Sabemos que no estás bien allí, era cuestión de tiempo que cogiésemos nosotras un avión para rescatarte de las garras de la Wintour...Y, antes de que preguntes, él piensa que no lo quieres ni ver, pero no te creas que no se ha pensado un millón de veces ir para allá (sí, eso también se lo ha contado a Jaime, y él a mí, claro está). Creo que también ha intentado llamarte o escribirte un par de veces, pero conociéndote, le habrás borrado de tu vida mental y digital. *I'm flipping totally*, amiga!

Bueno, te dejo que me toca la primera mamada de la semana. El pobre se lo merece, después de mi interrogatorio. Te quiero, enana. ¡Y ven a la de YA, que el amor te espera!

Tu Atuncillo.

Una vez más, allí estaba aquello que desde el primer día la había unido a ese hombre: el destino. Ya sólo quedaba imprimir el billete y poner rumbo a Madrid.

35

Los nervios apenas la dejaban respirar. Pero cuando él entró, se disiparon todas sus dudas. Había recibido el mensaje.

—No digas nada.

Había llegado a Madrid hacía dos días, pero no había avisado a nadie. Necesitaba hacer las cosas bien con Ian y, si no salían tal como había planeado, se marcharía a Nueva York como si nada hubiera pasado. Volvería a su trabajo soñado por las mañanas y al vodka por las noches. Nadie lo sabría.

Sólo tuvo que sobornar a un chofer y cometer allanamiento de morada para llevar a cabo su plan, pero parecía haber resultado. Había pasado un año desde que estuvieron juntos allí mismo, pero Lily lo recordó como si no hubieran pasado ni dos segundos. Al lado de la carretera, flanqueó el camino con pequeñas velas tintineantes y rellenó el centro con pétalos de rosas amarillas. Al llegar a la casa, dejó sólo una iluminación tenue, con la única decoración de una mujer temblando de pies a cabeza, con un vestido rojo. El Vestido Rojo.

Ian entró y la miró de arriba abajo como si estuviera viendo un fantasma. Quiso articular palabra, pero le fue del todo imposible. Lily señaló el centro del salón con una mano, invitándolo a sentarse. Sin dejar de mirarla, él hizo caso de aquella mano y se sentó en el sofá. Ella adivinó su nerviosismo, ya que tenía las cuadradas mandíbulas muy apretadas. Si lo hubiera visto más de cerca, habría comprobado que unas gotas de sudor corrían por su frente.

—Lily, ¿qué haces aquí? Deberías estar en Nueva York. —Fue lo único que alcanzó a decir.

—Y tú dándote el lote con la perra inmunda de tu ex en la puerta del Raiki y mira, aquí estamos...

—Lily, yo... —balbuceó.

—Déjame hablar, por favor. —Tuvo que coger aire para no empezar a gritar. Y eso que había ensayado el discursito durante horas...—. Creo que nos debemos una conversación, aunque sólo sea eso, una conversación entre adultos.

Se sentó junto a él en el sofá, pero dejando una distancia prudencial entre ambos. Los separaban unos treinta o cuarenta centímetros, pero su olor la embriagó por completo. Se había obligado a sí misma a olvidar aquel aroma durante los últimos meses, pero le bastó una mota en el aire para reconocerlo. Olía a hogar, a refugio en sus brazos, a amor. Olía a Ian.

Sé la verdad. —Él levantó las cejas—. Sí, lo de que me engañaste para que me fuera a cumplir mi sueño y esas cosas.

—Sí, esa verdad. —Subrayó la palabra «esa»—. Joder, no sabes lo que me arrepiento, Lily. Si pudiera dar marcha atrás en el tiempo, no habría hecho las cosas así. Me entró el miedo, ¿sabes? Eso de que te ofrecieran ese súper puesto que siempre habías querido. No quería ni que te planteases la posibilidad de quedarte aquí. Quería que hicieras lo que siempre habías querido hacer y yo no quería ser un impedimento. Sé que la forma de llevarlo a cabo fue de una gilipollez absoluta típica de un hombre, pero me bloqueé. Soy consciente de lo que tu trabajo significa para ti, Lily, no quería que te quedaras aquí con un simple cocinero, pensando cada día en lo que podrías haber llegado a ser.

El argumento de Ian era de una simpleza absoluta, ni un niño de seis años habría hecho peor las cosas, pero su mirada no era la de un niño, sino la de un hombre muerto por dentro. Como ella había estado todo ese tiempo en que lo había podido mirar a los ojos e indagar en ellos y comprenderlo sin necesidad de pronunciar una palabra.

—En ese plan gilipollesco donde los haya, ¿no te paraste a pensar por un momento que yo también tenía algo que decir en el asunto? —Ian agachó la cabeza sin saber qué responder—. Por suerte para ti —hizo una pequeña pausa— alguien del pasado te ha echado una mano sin pretenderlo. Una persona me ha hecho comprender que lo que duele no son las verdades o mentiras absolutas, sino el miedo a decirlas en voz alta y que la otra persona no pueda o no quiera entenderte.

Le sujetó de la cara con ambas manos para que la mirase a los ojos:

—Ian, he venido a decirte que me da igual la absurda historia de «Voy a hacerme el duro para que ella parta hacia sus sueños». He venido a decirte que somos dos personas que no pueden estar la una sin la otra. Que estamos hechos tan al otro que sólo hay que echarnos un vistazo ahora para ver cómo el tiempo se ha cebado con nosotros en estas semanas sin vernos. Que nos complementamos, nos queremos y nos necesitamos de tal manera que nadie ni nada, ni siquiera un sueño inútil, nos va a quitar eso. Y que ya nos puedan separar miles de kilómetros o los treinta centímetros de un sofá, que siempre serás parte de mí. Y tú no serás sin mí.

No hicieron falta más palabras. Nada había salido como Lily había planeado, pero sentía que lo que acababa de decirle era lo que ella necesitaba soltar y él escuchar. En una milésima de segundo, esa pequeña distancia que los separaba desapareció, para que ambos se fundieran en un abrazo. Ella, con más fuerza si cabe, olió su cuello y supo que, por fin, estaba en casa.

No sabría decir cuánto tiempo estuvieron abrazados sin decir nada, pero no conocía una felicidad mayor que aquélla. Ian se separó lo suficiente como para agarrarle el mentón y besarla. Primero un beso tímido, reconociendo sus labios, para, poco después saborearse mutuamente, sabiéndose dueños del otro.

—¿Recuerdas lo que me contaste en Nochevieja de tu tradición familiar de pedir tres deseos para que se cumplieran a lo largo del año?

Lily esperó, impaciente. Era la mañana siguiente a la madre de todas las reconciliaciones. En esos momentos, con la cabeza apoyada en el torso de Ian y cubiertos con una sábana y tumbados en la alfombra frente a una chimenea humeante, pensó con amargura que no sabía cómo había podido vivir sin aquello durante los últimos meses. Pero sí lo sabía: no había vivido, sólo se había acostumbrado a hacerlo. Había, simplemente, sobrevivido.

—Pues acabas de cumplir el tercero de ellos —concluyó Ian.

—¿Cómo? —Lily se incorporó sobre un brazo para verlo mejor, al tiempo que le daba un beso en el hombro.

—Te hice caso y escribí en la servilleta las tres cosas que más deseaba, y acabas de concederme la tercera. —Ella le preguntó de qué se trataba con la mirada—. Mi tercer deseo tenía trampa. Pedí que la vida no me separase de ti ni un segundo. Pedí toda una vida a tu lado y por fin se ha cumplido.

—Pero ¡eso es trampa!

—Digamos que soy un tramposo con suerte, sí.

Te espero

Si estás leyendo esto es que el portero de tu casa ha hecho bien su trabajo y te ha dado la nota con este link (http://www.meemborracheparaolvidarteyahorateveodoble.blogspot.com.es/te-espero.html). En un primer momento se me ocurrió presentarme en el Raiki o en la puerta de tu casa, pero sé que contigo delante habría sido incapaz de articular palabra, así que he decidido hacer lo que mejor se me da —o eso creo—. He creado este blog única y exclusivamente con una entrada.

Parece mentira que el hombre que me ha abierto los ojos sea el que me hizo encerrarme en mí misma y olvidar que eso del amor es maravilloso si encuentras a La Persona adecuada. Y no hablo de una

persona, sino de La Persona. Y esa persona, Ian, eres tú.

Supongo que no es excusa decirte que, aun creyendo que lo estaba dando todo en nuestra relación, no era así, ya que el miedo me impedía ser cien por cien tuya. Una se engaña pensando que está haciendo las cosas bien, pero pasa el tiempo y, cuando se ven las cosas desde fuera, sabe que podría haberlas hecho mucho mejor.

Hace unos días, alguien me habló de las mentiras. ¿Has mentido alguna vez, Ian? Bueno, a los hechos me remito para saber que sí. Esa persona me habló de una mentira grande, importante, tan importante que podía cambiar toda una vida. Y tú, Ian, me mentiste de esa manera. De esas mentiras que duelen tanto que sólo te dejan dos posibilidades: afrontarlas o esconderlas en lo más profundo del alma como si nunca hubieran existido. La mayoría de las veces, los seres humanos elegimos la segunda opción y, con el tiempo, llegamos a llevar una carga tal a nuestras espaldas que la única forma de seguir viviendo es cerrar los ojos y continuar. Simplemente continuar.

Me mentiste y me fui sin querer escucharte, porque sí, porque me era más fácil esconderme que afrontarlo. Tuve miedo, mucho miedo de escucharte. El miedo acompañado de un silencio que nos separó mucho antes incluso de yo darme cuenta.

Si comparo nuestra historia con las películas de amor, la nuestra no tiene nada de especial. Todas las historias tienen un punto culminante donde los protagonistas se separan para luego reencontrarse con corazones a su alrededor. Supongo que la nuestra no es una de esas historias de cine precisamente, pero cuando la recuerdo lo hago en blanco y negro y con la más bonita de las bandas sonoras.

¿Sabes lo que es desear algo con verdadera fuerza y, cuando lo consigues, sentir que es el peor momento para llevarlo a cabo? Debatirte por tomar una u otra decisión, sabiendo que la otra te va a dejar parte del corazón destrozado. Yo tomé la mía. Y fue la decisión equivocada, pero bueno, no hablemos de culpables, porque a la vista está que esto ha sido cosa de dos.

¿Sabes? No quise que nadie me acompañase al aeropuerto el día que me marché. Nadie. De hecho, prácticamente nadie sabía que me iba sin billete de vuelta. Juro que en la boda de Merche, y aun con el corazón roto, dudé en guardar esa imagen dolorosa bien escondidita para no recordarla nunca más y quedarme entre tus brazos para siempre, como si nunca nada hubiera pasado.

Sin embargo, el orgullo siempre ha sido más fuerte que el perdón, así que me fui odiándote. Y así he seguido durante todo este tiempo, obligándome a verte como el peor de los mortales. Había momentos en los que flojeaba, pero me exigía recordar por qué me había marchado y eso hacía que te odiase aún más. Pero ahora me doy cuenta de que vivir con odio y resentimiento no te hace sentirte mejor, todo lo contrario, te amarga, te apolilla y te vuelve cada vez más mohíno y oscuro, hasta que ese odio se apodera de ti y ya no vuelves a ser tú mismo.

Ahora me doy cuenta también de que todo esto también fue culpa mía. Porque desde un principio, y aun pensando que estaba abierta a esta relación, en realidad, no era así, y el miedo ya se ha ido. Del todo. Quizás me hayan hecho falta un par de empujoncitos externos, pero por fin lo he comprendido. No puedo ni quiero vivir sin ti.

Perdóname, Ian, perdóname por huir, por salir corriendo sin siquiera escucharte, sin haberte dado la oportunidad de pedirme que me quedase. Perdóname por haber decantado la balanza hacia el lado equivocado y por mentirme a mí misma pensando que te olvidaría ahogando tus recuerdos en vodka.

Si quieres escuchar el resto de la historia, te espero en nuestro rincón amarillo. Dicen que las buenas historias tienen final circular, que se abren y cierran igual, así que finalizo con las mismas dos palabras con las que he empezado: te espero.

Lily

P. D.: Una cosa más, si aún no te he convencido con esto, te abro la puerta a todo mi mundo. Necesitas tiempo, son más de dos años de mi vida plasmadas en él.

El final del post incluía la dirección de su blog personal, en el que había contado todas sus historias con Ian, su familia, sus amigas. Y Rober.

36

La vida es eso que pasa mientras esperas que algo pase

Pues sí. La vida es eso que pasa mientras esperas que algo pase. No sé si existe esa frase o, por el contrario, soy una filósofa de la era moderna subida a unos tacones de trece centímetros, que se ha inventado un dicho que será recordado hasta el fin de los tiempos.

Y haciendo alusión a mi sabiduría infinita, no me puedo creer que, a veces, nos quedemos tirados en el sofá dejando que pase eso, la vida. Cuando te quieres dar cuenta, has cumplido treinta y un años y sí, has vivido, pero te quedas con la espinita de que podrías haberlo hecho muchísimo más. ¿No os pasa?

He decidido que en esta nueva etapa de mi vida voy a ser feliz. Y, creedme, soy más feliz de lo que podría haber imaginado hace unos meses, pero quiero serlo más. No quiero esperar a que algo me pase, voy a salir yo a buscarlo. Y he comenzado por el despertador. Sabéis que odio madrugar. Mi alarma ya no suena pipipipi pipipipi pipipipi*, ahora, en cambio, suena* Qué bonita la vida,[8] *de Dani Martín, que me hace recordar que cada día puede ser el último y que hay que exprimir cada gota de la copa, aunque ésta sea de vodka y te haga ver doble.*

Hoy, el día que cumplo treinta y un años, me he propuesto ser extremadamente feliz. Porque sí, porque nos empeñamos en no ver lo bueno que tenemos a nuestro alrededor. Estamos acostumbrados a revolcarnos en la ~~mierda~~, cuando, en realidad, estamos rodeados de cosas maravillosas que no vemos por la necedad de nuestra negativa a hacerlo.

Seguro que tenéis una familia a la que adoráis, como la tengo yo, y un grupo de amigos, como mi Comando, como el que tengo yo, y una persona que te hace volar por encima de las nubes cada día y te despierta con una rosa amarilla cada mañana, como tengo yo. ¿No? ¿Eso no? Seguro que ése es uno de los puntos que os atormentan. Solterones os llaman. Pues eso es algo que llega, amigos. No hay truco, en serio. Así que os acabo de dar la solución para, al menos, ese punto borrarlo de la lista de cosas negativas que os impiden ser felices cada día.

Mis invitados me esperan, así que no quiero enrollarme más. Este año mi salón está más lleno que nunca con las nuevas incorporaciones. ¡El año que viene no cabremos! El carrito de Pepinillo, o Martina, como en realidad deberíamos llamarla, ocupa media estancia. Por no hablar de Sandra, mi agente editorial, de Lucas, mi editor, del finlandés de Ale y también de Juan, la nueva ¿cómo lo llama mi madre?, ah, sí, la nueva ilusión de su vida.

Sí, amigos, la mujer que me dio la vida, contra todo pronóstico se ha vuelto a enamorar. Y, contra todo pronóstico, el tal Juan está loquito por ella. Ahora entiendo tanta clase de baile y pintura en el centro cívico... ¡Ah! Paloma y Luis también están a punto de venir, así que, como os decía, ¡aquí no cabe un alma más! ¡Así que espero, por el bien de mi pequeño loft, que mi familia de amigos no siga creciendo, porque cuando cumpla los treinta y dos no sé dónde los voy a meter!

Sólo quería deciros lo bello que es vivir. Nada más. Y recordad: no esperéis a que algo pase, id vosotros a buscarlo, que si luego os equivocáis, siempre podéis volver a tomar otro camino.

Yo no esperé, para bien o para mal, pero busqué mi destino y luché por él. Y aquí estoy, con las personas que me hacen feliz cada día, sin esperar que algo pase.

¡*Este año no me importan vuestras felicitaciones!*

Lily

P. D.: Sí, sí, habéis leído bien, he escrito «Lucas, mi editor». ¡Espero que hagáis de mi historia un bestseller!

—Nena, ¿qué haces? —Dios, no había vez que no se estremeciera al oír esa voz—. ¡Te estamos esperando!

—¡Ya voy, ya voy! —le respondió Lily a Ian— ¡Sólo un minuto! —dijo, mientras pulsaba la tecla que publicaría esa última entrada en su blog.

—Toma, tu regalo.

Ian no había podido esperar un segundo más en el salón y se acercó hasta el dormitorio, donde ella acababa de apagar su ordenador.

—Mmmmmmmm rosas amarillas. Mis favoritas.



ALBA CORPAS es licenciada en Periodismo por la Universidad Rey Juan Carlos de Madrid. Especializada en comercialización digital, es directora de Marketing y Comunicación en una empresa tecnológica, trabajo que compagina como redactora en dos periódicos online. Además, intenta entenderse a sí misma, cosa nada fácil, estudiando Psicología, aunque, de momento, lo único que ha comprendido es que la locura que la acompaña ha sido la verdadera musa de esta historia.

Como la protagonista, nunca ha cesado en su intento de cumplir el mayor de sus sueños: plasmar sus propias anécdotas en las páginas de un libro. Por ello, siempre ha dedicado gran parte de su tiempo a escribir en su propio blog de Rubia Neurótica, «Cómo sobrevivir a mí misma y no morir en el intento», además de algunos relatos cortos, como «Te lo prometo», que formó parte de la antología de romántica histórica *152 Rosas Blancas*.

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en: Twitter: @albuli y <https://www.facebook.com/albacorpasescritora>.

Notas

1. Apuesta máxima en el juego del póquer.

2. Abreviatura de «*Oh, My God*».

3. «¿Estás bromeando? ¿Me estás vacilando?», en inglés.

4. «El amor lo es todo en la vida», en italiano.

5. «¡Virgen santa! Pero ¿cómo...? ¿En serio?», en italiano.

6. «¿Amor? Pero ¿quién ha hablado de amor?», en italiano.

7. *Te quiero*, Polyarpa, Warner Twins, interpretada por Hombres G. *(N. de la E.)*

8. *Qué bonita la vida*, WARNER CHAPPELL MUSIC SPAIN, S. A., interpretada por Dani Martín *(N. de la E.)*

Me emborraché para olvidarte y ahora te veo doble
Alba Corpas

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© de la ilustración de la portada, © Anna Omelchenko, © Denizo, CoolR - Coprid - Shutterstock
© de la fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Alba Corpas, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2015

ISBN: 978-84-08-14114-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com